



Nicolas Mathieu

SUS HIJOS DESPUÉS DE ELLOS

AdN > Alianza de Novelas

Nicolas
Mathieu

SUS HIJOS DESPUÉS DE ELLOS

Traducción de Amaya García Gallego

AdN Alianza de Novelas

Índice

I. 1992. Smells Like Teen Spirit

II. 1994. You Could Be Mine

III. 14 de julio de 1996. La Fièvre

IV. 1998. I Will Survive

Agradecimientos

Créditos

Para Oscar

De otros no ha quedado recuerdo,
desaparecieron como si no hubieran existido,
pasaron cual si a ser no llegaran,
así como sus hijos después de ellos.

Eclesiástico, 44, 9

I

1992

Smells Like Teen Spirit

Anthony estaba de pie en la orilla, con la mirada al frente.

El sol caía a plomo sobre las aguas del lago, confiriéndoles la densidad del petróleo. De tanto en tanto, esa superficie de terciopelo se estremecía al pasar una carpa o un lucio. El chico sorbió. El aire estaba cargado con ese mismo olor a lodo y a tierra plúmbea por el sol. El mes de julio le había salpicado de pecas la espalda, ya ancha. No llevaba nada puesto aparte de un pantalón de fútbol viejo y un par de Ray-Ban falsas. Hacía un calor para morirse, pero eso no lo explicaba todo.

Anthony acababa de cumplir catorce años. Para merendar, se metía entre pecho y espalda un bocata de quesitos de una barra. Por las noches, a veces le daba por escribir canciones con los cascos puestos. Sus padres eran unos capullos. Ese curso entraba en tercero¹.

El primo, en cambio, no se comía el coco. Estaba medio dormido, echado en la toalla, la bonita que había comprado en el mercadillo de Calvi, el año que se fueron de campamento. Incluso tumbado, se veía lo alto que era. Todo el mundo le echaba no menos de veintidós o veintitrés años. Tanto que el primo lo aprovechaba para ir a sitios donde no debería poder estar. De bares, de disco y de ligue.

Anthony sacó un pitillo del paquete que llevaba metido en el pantalón y le preguntó al primo si a él también le parecía que, a veces, todo era un coñazo.

El primo no dijo ni mu. Por debajo de la piel se le podía seguir con precisión el trazado de los músculos. A ratos, se le posaba una mosca en el pliegue que formaba el sobaco. Entonces, se le estremecía la piel como la de un caballo molesto por un tábano. A Anthony le habría gustado ser así, esbelto y con el torso compartimentado. Todas las noches hacía fondos y abdominales en su cuarto. Pero él no era así. Seguía teniendo el cuerpo cuadrado y recio, un tocho. Un día, en el patio, un bedel se puso a darle la brasa por culpa de un balón de fútbol que se había pinchado. Anthony quedó con él en la calle. El bedel nunca apareció. Por si fuera poco, las Ray-Ban del primo eran auténticas.

Anthony encendió el pitillo y suspiró. El primo sabía de sobra lo que quería Anthony. Este llevaba días agobiándolo para ir a dar una vuelta por donde la playa nudista, a la que, por cierto, habían llamado así en un arranque de optimismo, porque solo se veían chicas en toples, y eso con suerte. Pero aun así, Anthony estaba totalmente obsesionado.

—Venga, vamos.

—No —gruñó el primo.

—Venga, hombre...

—Ahora no. Anda, báñate.

—Eso mismo...

Anthony contempló el agua con esa mirada suya tan rara, como torcida. El párpado derecho se le quedaba medio cerrado, como si tuviera pereza, y le falseaba el rostro con una expresión de estar siempre de malas. Era una de esas cosas que no van. Igual que ese calor que lo tenía atrapado, y ese cuerpo mal hecho que le quedaba pequeño, esa peana del 43 y los granos que le salían por toda la cara. Que se bañara... Qué gracioso, el primo. Anthony escupió entre los dientes.

Hacía un año que el hijo de los Colin se había ahogado. Fue el 14 de julio, era fácil acordarse. Esa noche, un montón de gente de la zona había ido al lago y al bosque para ver los fuegos artificiales. Habían encendido fogatas y barbacoas. Como siempre, poco después de las doce se montó una pelea. Los militronchos del cuartel, de permiso, la tomaron con los árabes de la ZUP², y luego también se metieron por medio los cabezudos de Hennicourt. Por último, algunos habituales del *camping*, sobre todo jóvenes pero también algunos padres de familia, belgas barrigones y colorados del sol, se sumaron a la fiesta. Al día siguiente aparecieron papeles grasientos, trozos de madera manchados de sangre, botellas rotas y hasta un Optimist del club náutico atascado en un árbol; no había sido poca cosa. Pero el que no apareció fue Colin hijo.

Sin embargo, sí que había pasado la noche a la orilla del lago. Se sabía fijo porque fue lo que, más tarde, declararon sus amigos. Unos chavales de lo más normal, que se llamaban Arnaud, Alexandre o Sébastien, con el *bac*³ recién aprobado y que ni siquiera se habían sacado el carné de conducir. Habían ido allí para no perderse la bronca tradicional, pero sin intención de zurrarse también. Solo que, en un momento dado, acabó arrastrándolos. Lo que pasó luego no quedó muy claro. Varios testigos aseguraron haber visto a un chico que parecía herido. Se hablaba de una camiseta llena de sangre y también de

una herida en la garganta, como una boca abierta hacia una hondura líquida y negra. Con todo el jaleo, nadie se ocupó de socorrerlo. A la mañana siguiente, la cama de Colin hijo estaba vacía.

En los días que siguieron, el prefecto⁴ organizó una batida por los bosques circundantes mientras se dragaba el lago con buceadores. Durante horas, los mirones estuvieron observando cómo iba y venía la zódiac naranja. Los buceadores se dejaban caer de espaldas con un «pluf» lejano y entonces tocaba esperar, en un silencio de muerte.

Se decía que la mujer de Colin estaba en el hospital, sedada. Se decía que se había ahorcado. O que la habían visto andando por ahí en camión. Colin padre trabajaba en la policía municipal. Como era cazador y todo el mundo creía, lógicamente, que había sido cosa de los árabes, se esperaba que habría un ajuste de cuentas o así. El padre era un hombre achaparrado que se quedaba en el barco de los bomberos, con la calva al aire bajo un sol de justicia. La gente lo observaba desde la orilla, tan inmóvil, con esa tranquilidad insoportable y la cabeza madurando lentamente. A todos les resultaba indignante esa paciencia, les habría gustado que hiciera algo, que al menos se moviera o se pusiera una gorra.

Después, lo que alteró mucho a la población fue aquel retrato que se publicó en el periódico. En la foto, Colin hijo tenía cara de buen chico, pálido y del montón que le pegaba ser víctima, vamos. Tenía el pelo rizado por los lados, los ojos marrones y llevaba una camiseta roja. El artículo decía que había sacado un notable en el *bac*. Conociendo a su familia, no dejaba de ser una proeza. «Para que veas», había dicho el padre de Anthony.

Al final, el cuerpo nunca apareció y Colin padre volvió mansamente a la rutina del curro. Su mujer no se ahorcó ni nada. Se conformó con empastillarse.

En cualquier caso, a Anthony no le apetecía para nada bañarse allí. Tiró la colilla, que emitió un silbidito al tocar la superficie del lago. Alzó los ojos hacia el cielo y, deslumbrado, frunció el ceño. Por un instante, se le equilibraron los párpados. El sol estaba muy alto, debían de ser las tres de la tarde. El pitillo le había dejado un sabor desagradable en la lengua. Definitivamente, el tiempo iba muy despacio. Y, por otra parte, el nuevo curso estaba a la vuelta de la esquina.

—Joder...

El primo se enderezó.

—Eres un plasta.

—Menudo coñazo. Todos los días sin hacer nada.

—Bueno, venga...

El primo se puso la toalla en los hombros, se subió a la bici de montaña y se marchó.

—Venga, espabila. Nos vamos.

—¿Adónde?

—Que espabiles, hombre.

Anthony metió la toalla en su mochila vieja de Chevignon, sacó el reloj de una de las botas de baloncesto y se vistió rápidamente. Apenas había levantado la bici BMX cuando el primo ya se perdía por el camino que rodeaba el lago.

—¡Espérame, joder!

Desde pequeños, Anthony siempre le iba pisando los talones. Sus respectivas madres, de jóvenes, también habían sido uña y carne. Las Mougel, las llamaban. Durante mucho tiempo habían arrasado en los bailes del condado antes de sentar la cabeza por culpa del amor verdadero. Hélène, la madre de Anthony, eligió al hijo de los Casati. Irène cayó más bajo aún. En cualquier caso, las Mougel, sus hombres, los primos y las familias políticas pertenecían todos al mismo mundo. Para darse cuenta bastaba con ver cómo funcionaban en las bodas, en los entierros o en Navidades. Los hombres hablaban poco y se morían pronto. Las mujeres se teñían el pelo y miraban la vida con un optimismo que se iba atenuando. Cuando llegaban a viejas, conservaban el recuerdo de los maridos que la habían palmado en el trabajo, en el bar o de silicosis, y de los hijos que se habían matado en la carretera, sin contar a los que habían ido por tabaco. Irène, la madre del primo, pertenecía precisamente a esta categoría de las esposas abandonadas. Por eso el primo se había hecho mayor tan rápido. A los dieciséis años, sabía afeitarse, conducir sin carné y hacer la comida. Hasta le dejaban fumar en su cuarto. Era intrépido y seguro de sí mismo. Anthony habría ido con él hasta el mismísimo infierno. En cambio, su familia, por su forma de ser, cada vez le caía peor. Los suyos, a fin de cuentas, le parecían insignificantes, por su alcance, su situación, sus esperanzas y hasta sus desgracias, tan extendidas y coyunturales. Eran gente despedida, divorciada, cornuda o cancerosa. Gente normal, en definitiva, y todo lo que había fuera se consideraba relativamente inadmisibile. Las familias crecían pues sobre grandes losas de ira, de subterráneos de disgustos apisonados que, por efecto del pastís, podían volver a la superficie de pronto en mitad de un banquete. Anthony cada vez estaba más convencido de que era

superior. Estaba deseando pirárselas.

No tardaron en llegar a la antigua vía del tren y el primo dejó tirada la bici entre las ortigas. Luego, de cuclillas en los raíles, se quedó mirando un momento el centro de vacaciones Léo-Lagrange, que estaba al pie del talud de la SNCF. El cobertizo de las embarcaciones estaba abierto de par en par. No había ni un alma. Anthony dejó la BMX para reunirse con él.

—No hay nadie —dijo el primo—. Nos cogemos una canoa y nos vamos.

—¿Estás seguro?

—No querrás ir nadando...

Y el primo se lanzó talud abajo, saltando entre zarzas y hierbajos. Anthony lo siguió. Tenía miedo, era una sensación deliciosa.

Cuando llegaron al cobertizo, tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra. Había cascarones, un 420 y canoas en un soporte de metal. De los chalecos salvavidas colgados en un perchero se desprendía un fuerte olor a moho. Por las puertas abiertas de par en par se veía la playa, el lago resplandeciente y el paisaje llano, como en una pantalla de cine recortada en la oscuridad húmeda.

—Ven, nos llevamos esta.

Descolgaron la canoa que había elegido el primo con un movimiento sincrónico y luego cogieron las palas. Antes de salir de la sombra fresca del cobertizo, hicieron una pausa. Se estaba bien. A lo lejos, una tabla de *windsurf* trazaba una estela clara en la superficie del lago. No venía nadie. Anthony podía sentir ese vértigo embriagador de cuando iba a hacer alguna gilipollez. Como cuando mangaba en el Prisunic⁵ o cometía imprudencias en moto.

—Venga. Vamos allá —dijo el primo.

Y se lanzaron con la canoa al hombro y las palas en la mano.

En conjunto, al centro de vacaciones Léo-Lagrange acudían críos bastante inofensivos cuyos padres los aparcaban allí hasta que empezaba el curso. Así, en lugar de meterse en líos en la ciudad, tenían la oportunidad de montar a caballo o pedalear en patín. Al final hacían una fiesta y todos se morreaban y privaban a escondidas; los más espabilados conseguían incluso enrollarse con una monitora. Pero en el grupo siempre había algunos chalados que se salían de lo normal, chulitos de algún pueblo perdido educados a latigazos. Si te pillaba por banda uno de esos, la cosa podía ponerse fea. Anthony intentaba no pensarlo. La canoa pesaba lo suyo. Había que aguantar hasta la orilla, unos

treinta metros como mucho. La embarcación se le clavaba en el hombro. Apretó los dientes. Fue entonces cuando al primo se le enganizó el pie en una raíz y la proa de la canoa se plantó en el suelo. Anthony tropezó a su vez y notó que algo duro le desgarraba la mano, una astilla o una punta que sobresalía en el interior. De rodillas, se miró la palma de la mano. Estaba sangrando. El primo ya se había puesto de pie.

—Venga, no tenemos tiempo.

—Un segundo. Me he hecho daño.

Se había llevado la herida a los labios. El sabor de la sangre le llenaba la boca.

—¡Corre!

Se acercaban voces. Retomaron la marcha a paso ligero, sujetando la embarcación como buenamente podían, con los ojos clavados en los pies. Aprovechando el impulso, se metieron en el agua hasta la cintura. Anthony pensó en el tabaco y el *walkman* que llevaba en la mochila.

—¡Sube! —dijo el primo, que empujaba la canoa lago adentro—. Deprisa.

—¡Eh! —gritó alguien a su espalda.

Era una voz nítida y masculina. Siguieron otros gritos, cada vez más cerca.

—¡Eh, volved aquí! ¡Oye!

Anthony se aupó como pudo en la canoa. El primo le dio un último empujón antes de trepar también. En la orilla, a su espalda, un crío en bañador y dos monitores se desgañitaban.

—Rema. Ahora juntos. ¡Vamos!

Después de unos tanteos, los chicos dieron con la forma correcta de remar, Anthony a babor y el primo a estribor. En la playa se veía pulular a un montón de críos que chillaban, histéricos. Los monitores desaparecieron en el cobertizo y salieron con tres canoas.

Por suerte, la embarcación de los primos hendía la superficie del lago con una fluidez reconfortante. Notaban cómo les subía la resistencia del agua por los hombros y, en los pies, una embriagadora sensación de velocidad. Anthony se fijó en que un hilillo de sangre le serpenteaba por el antebrazo. Soltó la pala un momento.

—¿Estás bien? —preguntó el primo.

—No es nada.

—¿Seguro?

—Sí.

A sus pies, unas gotas rojas habían formado al caer una cabeza de Mickey

Mouse. En la palma se abría un fino corte. Se lo llevó a la boca.

—¡Rema! —dijo el primo.

Los perseguían en embarcaciones de dos o tres personas, con varios adultos. No estaban tan lejos y Anthony se puso a palear a más y mejor. El sol pegaba fuerte en las aguas negras del lago, formando como un millón de reflejos blancos. Notaba cómo le corría el sudor por la frente y por los costados. En la espalda, la camiseta de tirantes se le había pegado a la piel. Estaba preocupado. Igual habían llamado a la policía.

—¿Qué vamos a hacer?

—No van a seguirnos.

—¿Seguro?

—¡Tú rema, joder!

Al cabo de un rato, el primo cambió de dirección para bordear la orilla. Tenía la esperanza de que así llegarían antes al Pointu, la estrecha franja de tierra que cortaba el lago en dos. Cuando doblaran el cabo, los perderían de vista durante unos minutos.

—Mira —dijo el primo.

En las playas circundantes, algunos bañistas se habían puesto de pie para ver mejor y silbaban o gritaban para animarlos. Anthony y el primo habían cogido la costumbre de ir siempre al mismo sitio, una playa a la que se accedía fácilmente, conocida como el Vertedero. Se suponía que estaba cerca de una salida de alcantarilla, y de ahí que estuviera tan tranquila, incluso en temporada alta. En el lago había otras. A su espalda, la playa del centro Léo-Lagrange. Más allá, la del *camping*. Y algo más lejos, la playa americana, donde iban los cabezudos. Del otro lado del Pointu estaba el club náutico, el mejor sitio, con abetos, arena casi clara, casetas y un bar, como en la costa.

—Ya está, ya llegamos —dijo el primo.

A unos cien metros, a su derecha, la silueta de una cabaña en ruinas que había pertenecido al Servicio de Aguas y Bosques señalaba el arranque del Pointu. Entonces se dieron la vuelta para calcular la distancia que los separaba de sus perseguidores. Estos habían dejado de avanzar y, por lo que se veía, estaban en plena discusión. Incluso de lejos se les notaban los nervios y los desacuerdos. En un momento dado, una silueta se puso de pie para enfatizar su punto de vista y alguien la obligó a sentarse de nuevo. Al final, dieron media vuelta hacia el centro de vacaciones. Los primos intercambiaron una sonrisa y Anthony se permitió sacarles un dedo, ahora que los tenía de espaldas.

—¿Qué hacemos?

—¿A ti que te parece?

—Seguro que llaman a la poli.

—¿Y qué? Tú rema.

Siguieron avanzando muy cerca del borde, a través de los cañaverales. Eran las cuatro pasadas y la luz iba siendo menos hiriente. Entre la maraña de hojas y ramas que flotaban a lo largo de las orillas, se oían ruidos y ranas croando. Anthony, que tenía la esperanza de ver alguna, tenía los ojos clavados en la superficie.

—¿Qué tal la mano?

—Bien. ¿Falta mucho?

—Diez minutos.

—Joder, la verdad es que está lejísimos.

—Te lo dije. Consuélate pensando en las nudistas.

Anthony ya se imaginaba aquel lugar como algo parecido a la sección de pelis X del videoclub. Se colaba a veces, de extranjis y acojonado, para meterse por los ojos cuanto pudiera antes de que un adulto fuese a desalojarlo. En general, esas ganas de escudriñar el cuerpo de las chicas eran constantes. Escondía revistas y cintas VHS en los cajones y debajo de la cama, por no hablar de los pañuelos de papel. En clase, todos sus colegas estaban igual de salidos. Tanto que se volvían subnormales. Pensándolo bien, casi todas las peleas venían de eso, en realidad. Uno mira a alguien en un pasillo, al otro se le cruzan los cables, y ¡hala!, a zurrarse y rodar por los suelos llamándose de todo. Algunos conseguían salir con tías mayores. Y Anthony había besado una vez a una chica, al fondo del autobús. Pero no le dejó tocarle las tetas. Así que pasó de ella. Ahora lo sentía; se llamaba Sandra, tenía los ojos azules y los vaqueros C17 le hacían un culo guay.

Lo sacó de su ensimismamiento un ruido de tubo de escape que venía de detrás de unos árboles altos. De inmediato, el primo y él se quedaron quietos. Venía hacia ellos. A Anthony no le costó reconocer las PW 50 del centro de vacaciones, unas motos de *cross* pequeñas, peleonas e infantiles. Hacía tiempo que el centro ofrecía la actividad de *motocross*. De hecho, era la base de su éxito, mucho más que el Jokari o las carreras de orientación.

—Están rodeando el lago por la carretera.

—Nos están buscando, eso seguro.

—Se supone que no deberían vernos.

Por si acaso, los primos se dejaron de chorradas. Pegados al fondo de la

canoa, escuchaban, con el corazón palpitante.

—¡Deprisa, quítate la camiseta! —susurró el primo.

—¿Qué?

—Tu camiseta. Se ve a kilómetros.

Anthony se quitó la camiseta de tirantes de los Chicago Bulls y se la metió bajo las nalgas. El petardeo agudo de las motos iba y venía por encima de sus cabezas como una rapaz. Estaban callados, impacientes e inmóviles. De la vegetación que se descomponía en la superficie subía un olor dulzón. Se les pegaba al sudor y picaba muchísimo. Al pensar en todo lo que pululaba en esa agua casi pantanosa, Anthony sintió un escalofrío.

—Vamos a llegar demasiado tarde —dijo.

—Cierra el pico...

Las motos acabaron alejándose, dejando tras de sí un leve traqueteo. Los chicos siguieron adelante con precauciones de sioux, doblaron el Pointu y en el horizonte se abrió la otra mitad del lago. Por fin se veía la famosa playa nudista, a estribor. Era una playa gris, rodeada de vertientes que impedían acceder por carretera, y estaba casi desierta. Una motora cabeceaba a unos treinta metros de la costa. Menuda mierda.

—Joder, no hay nadie —gimoteó Anthony.

En realidad, se veía al menos a dos chicas, pero llevaban puesta la parte de arriba del biquini. De lejos, era difícil saber si eran guapas o qué.

—¿Qué hacemos?

—Ya que estamos aquí...

Según se acercaban, las chicas empezaron a ponerse nerviosas. Ahora que las siluetas se iban definiendo, se adivinaba que eran muy jóvenes, estaban inquietas, preocupadas más bien. La más bajita al final se puso de pie para llamar a los de la motora. Con los pies en el agua, silbó muy fuerte, metiéndose los dedos en la boca, pero sin resultado. Así que se volvió corriendo a la toalla y se quedó pegada a su amiga.

—Están acojonadas —dijo Anthony.

—¿Y tú no?

Los primos arribaron, sacaron la canoa del agua y se sentaron cerca de la orilla. Como no sabían qué hacer, se echaron unos pitillos. No intercambiaron ni una mirada con las ocupantes del lugar. Pero sí sentían su presencia a su espalda, la hostilidad sorda e infranqueable. Ahora, lo que le apetecía a Anthony más bien era irse. Por otro lado, sería una pena, con lo que les había costado llegar. Si supieran qué hacer...

Al cabo de unos minutos, las chicas trasladaron sus cosas al otro extremo de la playa. La verdad es que estaban muy buenas, con esa cola de caballo, esas piernas y nalgas formadas, pecho, todo. Volvieron a pegar voces en dirección de la motora. Anthony les echaba miraditas de reojo. Le fastidiaba asustarlas tanto.

—Es la hija de los Durupt —dijo el primo, bajito.

—¿Cuál?

—La bajita del bañador blanco.

—¿Y la otra?

El primo no la conocía. Sin embargo, estaba como para no fijarse. Desde la nuca hasta los tobillos, se resumía en una sola línea, precisa y rotunda; llevaba la melena recogida muy alto, con una bonita caída de tan espesa. Unos cordones le sujetaban la parte de abajo del biquini a las caderas. Se le debían de quedar claramente marcados en la piel cuando los desataba. El culo, sobre todo, era alucinante.

—Ya te digo... —reconoció el primo, que a veces le leía el pensamiento.

Al final, los ocupantes de la motora acabaron reaccionando. Por supuesto, se trataba de una pareja, un tipo con pinta de deportista y una tía tan rubia que casi resultaba desagradable. Se recompusieron a toda prisa, el deportista tiró fuerte del arranque y enseguida la embarcación viró en redondo con un prolongado lamento de batidora. Llegaron en un pispás. El deportista preguntó a las chicas si estaban bien y le dijeron que sí. Mientras, la rubia miraba a los primos con una cara como si acabaran de colarse en su cuarto en vespino. Anthony se fijó en que el deportista llevaba unas Nike Air nuevitas. Ni siquiera se había molestado en quitárselas antes de saltar al agua. Se fue hacia ellos, con las tías detrás. El primo se puso de pie para hacerle frente. Así que Anthony también.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí?

—Nada.

—¿Qué queréis?

Se estaban metiendo en un terreno peligroso. Claro que el deportista era más bajo que el primo, pero del tipo borde y satisfecho de sí mismo. No iba a dejar el tema así como así. Anthony ya tenía los puños cerrados. Con una palabra, el primo desactivó la situación.

—¿No tendréis papel?

De primeras, no contestó nadie. Anthony estaba de lado, con la cabeza inclinada, una manía que había cogido para disimular el ojo mustio. El primo

acababa de sacar el librito de OCB empapado y se lo estaba enseñando:

—Se me ha caído al agua.

—¿Tenéis para fumar? —se sorprendió el deportista.

El primo se sacó un botecito de Kodak del bolsillo y lo movió para que sonara la china que había dentro. De pronto, todo el mundo se relajó, sobre todo el deportista. Sin darse cuenta, los dos grupos se juntaron. El deportista tenía papel y ahora estaba emocionadísimo.

—¿De dónde la has sacado? Ahora mismo no hay nada.

—También tengo maría —dijo el primo—. ¿Os interesa?

A todas luces, sí. Dos semanas antes, los chavales de la ZUP se habían quejado de los estupas, que tomaron represalias organizando una redada, con información bastante certera, en algunos pisos de la torre Degas. Según se contaba, la mitad de la familia Meryem o casi había acabado en el talego, y desde entonces no había nada que pillar en toda la ciudad. Y en pleno verano, era una putada.

El resultado fue que se montaron otros circuitos sobre la marcha. Los cabezudos hacían viajes de ida y vuelta a Maastricht y el primo encontró un apaño en el *camping* con unos belgas. Dos hermanos con *piercings* que se pasaban todo el rato poniéndose hasta el culo de X mientras escuchaban *techno*. Por pura potra, habían ido quince días a Heillange de vacaciones con la familia. Gracias a ellos, un enlace se vino desde Mons con skunk de los Países Bajos y un costo marroquí casi rojo que daban ganas de tomar leche mojando galletas y viendo pelis de Meg Ryan. El primo lo pasaba al doble de lo normal, a 100 pavos el gramo, en la urbanización La Grappe y alrededores. Claro que los compradores se quejaban un poco, pero seguían prefiriendo apoquinar a volver a estar sobrios.

Al caer la noche, cuando Anthony daba la última vuelta en bici por su barrio, podía oler toda esa mierda tan especial que se filtraba por las persianas entornadas. En la buhardilla, críos apenas mayores que él se zurraban jugando al *Street Fighter*. En la planta baja, el padre veía *Intervilles*⁶ con una birra en la mano.

El primo encendió un petardo y se lo pasó al deportista, que se llamaba Alex y era cada vez más majo. Luego le tocó a Anthony. Le dio unas caladas y lo pasó a su vez. A la hija de los Durupt, Anthony la conocía de nombre. Su padre era médico y ella tenía fama de ser tirando a temeraria. Contaban, en concreto, que una noche de sábado se había llevado el BMW Serie 3 de su padre, lo cual no dejaba de tener mérito para alguien que ni siquiera podía

conducir acompañada⁷. También se acostaba con tíos. Anthony la miraba imaginándose cosas.

En cambio, de la otra chica no sabían nada. Y encima se había sentado a su lado. Por eso pudo fijarse en las pecas, en la pelusilla rubia de los muslos y en esa gota de sudor que se le había escurrido desde el ombligo hasta la goma del bañador.

El primo lio enseguida otro porro y Alex le compró 200 pavos de skunk. Ahora estaban todos superrelajados, con la boca pastosa y la risa fácil. Las chicas, que se habían traído unas botellas de Vittel, ofrecieron agua a los demás.

—Queríamos venir aquí para ver chicas en toples.

—Gilipolleces. Aquí nadie se pone en bolas.

—Puede que antes.

—¿Queréis que nos despelotemos?

Anthony se volvió hacia su vecina. La pregunta la había hecho ella. Era sorprendente. De entrada, daba una impresión de pasividad, de indiferencia casi animal, y viéndola así, lastimera y a su bola, casi parecía que estaba esperando el tren en el andén de una estación. Pero luego también era descarada y divertida, con unas ganas tremendas de pasárselo bien. Además, con el primer peta se había quedado sobada un buen rato. Y también olía de maravilla.

—¡Eh, escuchad!

A lo lejos subían los quejidos de las motitos, con esas inflexiones agudas y esos reflujos graves, como los de hacía un rato.

—Nos están buscando.

—¿Quién?

—Los del centro.

—Buah, pues los de este año son un peligro.

—¿Y eso?

—Lo de los incendios, han sido ellos.

—Qué va, han sido los cabezudos.

—¿Y por qué os buscan?

—Por la canoa. Se la hemos mangado.

—¿En serio la habéis mangado?

Se estuvieron descojonando un buen rato, a salvo, tensos y complacientes. Había aflojado el calor, y un olor sutil, a carbón vegetal, a bosque y a abetos secos les subía por la nariz. Al caer el sol se habían callado los insectos y

solo se oía el chapoteo del lago, el rumor lejano de la autovía y los estallidos de los motores de dos tiempos que a ratos desgarraban el ambiente. Las chicas se habían puesto una camiseta y quitado la parte de arriba del bikini. Por debajo de la tela se adivinaba el movimiento de las tetas. A ellas les daba igual y los chicos fingían que también pasaban. Anthony había acabado quitándose las gafas de sol. En un momento dado, sorprendió a su vecina mirándolo como si tratara de comprender cómo iba ese rostro a la virulé. Luego, a eso de las seis, empezó a ponerse nerviosa. Debía de ser la hora de volver a casa y no paraba de menearse. Y como estaba sentada con las piernas cruzadas muy cerca de él, al final su rodilla rozó la de Anthony. Qué suaves son las chicas, uno nunca acaba de acostumbrarse.

Esta se llamaba Stéphanie Chaussoy.

Anthony estaba viviendo el verano de sus catorce años. Siempre tiene que haber una primera vez.

¹ En 1992, 1.º de BUP en España (actualmente, 3.º de ESO). (Todas las notas son de la traductora.)

² *Zone à urbaniser en priorité*: zona de urbanización prioritaria. Tipo de barriada de vivienda social en Francia, construida en terrenos sin ningún tipo de urbanización previa. En la práctica, muchas de ellas han acabado albergando a una población marginal y cerrada (muy vinculada a la emigración, incluso de 2.ª y 3.ª generaciones) y son sinónimo de «zona peligrosa» para quienes no viven en ellas.

³ Abreviatura coloquial de *Baccalauréat*, el examen final del bachillerato francés, que es necesario aprobar para cursar estudios superiores.

⁴ Delegado del gobierno francés en los departamentos o regiones.

⁵ Cadena de supermercados francesa.

⁶ Programa concurso de la televisión francesa de formato similar al *Grand Prix del verano* de la televisión española.

⁷ En Francia, a partir de los 15 años se puede «aprender a conducir anticipadamente» (*apprentissage anticipé de la conduite*) mediante la modalidad de «conducción acompañada» (*conduite accompagnée*), en la que un conductor adulto que cumple determinados requisitos supervisa al menor que va al volante.

Después de esconder la canoa, los dos chicos volvieron a casa en bici por el bosque de Le Petit-Fougeray. Como siempre, Anthony se divertía haciendo eses por la línea discontinua en medio de la carretera. Al primo le horripilaba esa manía. Unos días antes, subiendo la cuesta cerca de los almacenes, Anthony se había encontrado de frente con una Volkswagen Combi. El hombre tuvo que dar un volantazo. Cuando el primo le preguntó si estaba gilipollas o qué, Anthony le contestó que tenía prioridad.

—¿Qué prioridad ni qué leches? Estabas en mitad de la carretera.

A veces Anthony lo volvía tarumba. Como para preguntarse si estaba bien de la olla.

Pero de momento la carretera estaba desierta y los dos chicos pedaleaban deprisa, de cara al sol, con sus sombras persiguiéndolos. Después de los calores de la tarde, los bosques circundantes volvían a abandonarse en un suspiro y la caída de la noche era como una cuenta atrás. Porque al final, Alex el deportista les había propuesto un asunto. Un colega suyo organizaba un fiestón en casa de sus padres. Si querían, Anthony y el primo podían pasarse por allí, a condición de que llevaran la mandanga, claro. Por lo visto, la juerga era en una chabola con piscina. Iba a haber priva, chavalas, música y baño a medianoche. Anthony y el primo dijeron que vale, a ver si podían. Definitivamente, ser guay requería bastante dedicación.

Luego, el plan se torció porque la fiesta iba a ser en Drimblois. En bici, eran cuarenta kilómetros, ida y vuelta, una pasada. A menos que cogieran prestada la YZ de su padre. Llevaba años muerta de asco al fondo del garaje, debajo de una lona. Solo que no valía la pena ni pensarlo. A Anthony se la pelaba darse de narices con una Volkswagen Combi. Pero el viejo era otra cosa, ahí sí que no se andaba con chorradas.

—No se va a enterar, a tomar por culo —alegaba el primo.

—No, muy arriesgado —replicaba Anthony—. Intentamos ir en bici y listo.

—Qué dices, si ya son las siete, olvídате.

—En serio que no puedo. Si le cojo la moto, me estampa. Ya lo conoces.

En realidad, el primo lo conocía bastante bien. Patrick Casati era un buen hombre, pero a veces bastaba con una huella en la pantalla de la tele para que se cogiera unos cabreos que daba vergüenza verlos. Lo peor venía luego, cuando tomaba conciencia. Confundido y enrocado en la mala fe, incapaz de pedir disculpas, intentaba que le perdonaran hablando bajito y ofreciéndose a secar los cacharros. La madre de Anthony había hecho las maletas varias veces para ir a refugiarse a casa de su hermana. Cuando volvía a casa, la vida seguía como si no hubiera pasado nada. Lo que no quitaba para que entre los dos siguiera habiendo como una distancia, algo que te acababa quitando las ganas de vivir en familia.

—Va a estar tu amiga —insistió el primo—. Tenemos que ir.

—¿Quién?

—Venga ya, ya sabes quién.

—Pues sí...

Steph ya se había convertido como en una de esas musiquillas que se te meten en la cabeza y que te vuelven loco. La vida de Anthony estaba patas arriba. No había cambiado nada, pero ya nada estaba en su sitio. Estaba sufriendo; eso era bueno.

—Qué buena está la tía, fuera coñas.

—Que sí, hombre.

El primo se empezó a partir de risa. Conocía muy bien esa carita, la misma que en quinto⁸, cuando Anthony se quedó colgado de Natacha Glassman, una niña con un ojo de cada color y Kickers. Anthony se picó y se puso de pie en los pedales. Tenía que gastar toda esa energía. Se lanzó bailando sobre la bici, en mitad de la carretera, faltaría más.

El primo vivía con su madre y su hermana en un adosado estrecho de dos pisos, con geranios en las ventanas. La fachada se estaba desconchando. Cuando llegaron delante de la casa, los chicos dejaron las bicis tiradas en la gravilla y se abalanzaron dentro. En el cuarto de estar, la madre del primo estaba viendo *Fort Boyard*⁹. Tenía la manía de poner la tele a todo volumen. Con el sonido a tope, la voz del *père Fouras* cobraba una dimensión profética bastante inesperada. Cuando los oyó galopar por la escalera, Irène gritó:

—¡Quitaos los zapatos antes de subir!

Pues claro, porque en el piso de arriba había moqueta. Al llegar al rellano, Anthony echó un vistazo al cuarto de Carine, la hermana del primo. Por la puerta entornada, entrevió una silueta sentada en el suelo, con las piernas estiradas, en pantaloncito corto. Era Vanessa. De inmediato lo pusieron a

caldo, niñato, vicioso, vete a meneártela. Carine tenía dieciocho años, y ella y Vanessa Léonard, su amiga del alma, que solo tenía dieciséis, se pasaban el día juntas, despellejando a la peña, sin hacer nada e inventándose historias de amor tristes. En verano alternaban estas actividades con ir a broncearse con las tetas al aire al jardín de los Léonard. De vez en cuando, el padre de Vanessa aparecía sin previo aviso. Las chicas se reían, pero en el fondo a Vanessa le parecía algo turbio. Lo que no sabían era que Anthony, que vivía en la misma urbanización, iba a veces a espiarlas a través de los aligustres. Eran unas auténticas víboras y Anthony les tenía bastante miedo. Se batió en retirada antes de que la tomaran con él físicamente. Ya había pasado antes. Eran bastante duras.

Ya en el cuarto del primo, se dejó caer en la cama. Estaba en la buhardilla y, a pesar del ventilador, hacía un calor infernal. En las paredes, estanterías con cintas VHS, algunas fotos de *Los vigilantes de la playa* y un póster de Bruce Lee, muy relajado por una vez. Y además, un televisor grande con caja de madera de imitación, un vídeo de cuatro cabezales y un terrario vacío en el que había vivido brevemente una pitón neurasténica. En los rincones, calcetines sucios y un bate de béisbol. El primo ya estaba liando un dos papeles de maría.

—Joder...

—Ya...

—¿Qué hacemos?

—Ni idea.

Se quedaron un rato así, fumando por turnos, sin hacer nada más que pensar mientras el ventilador dispersaba el humo. Se miraban, con la piel sudorosa, nerviosos.

—Por una vez que nos sale un buen plan...

—Sí, pero mi padre me revienta como le toque la burra.

—Pero ¿tú has visto a la tía esa?

—Te digo que no puede ser.

Anthony estaba mosqueado. El primo sabía lo que se hacía.

—A las malas, ¿qué te puede pasar? En serio, hay nueve posibilidades contra una de que no se entere nunca. A la burra esa ya no le hace ni puto caso.

Llevaba parte de razón. El padre ya no quería ni oír hablar de esa moto. Le traía demasiados recuerdos, renunciadas, cómo podría haber sido su libertad. Lo cual no cambiaba en nada la prohibición que pesaba sobre ella, todo lo contrario. Anthony se llevó la mano maquinalmente al párpado derecho. Le

había entrado un poco de humo en el ojo.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Cómo?

—Nunca has salido con ninguna tía.

—¡Claro que sí!

—El cuento ese al fondo del autobús, vaya cosa. Y la Glassman esa con la que nos estuviste dando la tabarra dos años. Y al final, para nada.

Anthony notó un nudo en la garganta. A la tía esa no se la había quitado de la cabeza desde CM1 ¹⁰ hasta final de quinto. En clase siempre buscaba el sitio que estuviese más cerca de ella. Cuando daban gimnasia, la acechaba con ojos de perro apaleado. Tenía casetes con su nombre, recopilatorios de canciones que hacía escuchando la radio: Scorpions, Daniel Balavoine, Johnny Hallyday... Llegó incluso a rondar por su casa en bici. Y después de tanta historia, ni siquiera se había atrevido a pedirle salir. Al final, el que se la ligó fue Cyril Medranet, el hijo de la profe de mates. A Anthony le habría gustado partírle la cara. Se conformó con mangarle la mochila para tirarla al Henne. Acabó superándolo, no era más que una zorra.

—Bueno...

El primo dio una última calada, aplastó el peta y encendió la Mega Drive. Se acabó lo que se daba. A Anthony le daban ganas de llorar.

—A la mierda...

Se levantó de la cama de un brinco, salió del cuarto y bajó las escaleras de cuatro en cuatro. Ante la perspectiva de otra velada perdiendo a *Sonic* mientras las chicas iban a beber, a ligar y a dejar que otras lenguas se enrollasen con las suyas, casi prefería arriesgarse a que le dieran una paliza. Salió disparado en la BMX. Estaba decidido. Pero al final de la calle, vio a su prima y a Vanessa que volvían de la tienda de Derch con bolsas llenas de tercios de cerveza. Puso el pie en el suelo.

—¿Adónde vas?

—¿Tienes prisa?

—Eh, mírame cuando te hablo.

Vanessa le levantó la barbilla. Ella y la prima iban peinadas igual, con la melena suelta y un mechón recogido hacia atrás con una horquilla. Llevaban camiseta de tirantes, pantaloncitos cortos y chanclas, y olían a aceite de coco. En el tobillo de Vanessa brillaba una cadenita de oro. Anthony se fijó en que su prima no llevaba sujetador. Usaba una 95D, nada menos. Lo sabía de tanto hurgar en su cuarto cuando ella no estaba.

—Que adónde vas —repitió Vanessa sujetando la rueda de la bici entre las piernas para impedir que se largara.

—A casa.

—¿Ya?

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Quieres un trago?

—¿Qué estás mirando?

—Nada...

Anthony notó que se ponía colorado. Volvió a bajar los ojos.

—So perverso, ¿quieres ver si tengo marcas?

Y Vanessa le enseñó en la cadera la piel más clara. Anthony retrocedió para liberar la rueda.

—Tengo que irme.

—Oye, para, no me seas mariquita.

La prima, que ya había empezado un tercio, estaba detrás, muerta de risa. Pero aun así salió en su defensa.

—Ya está bien, déjalo en paz un rato.

Bebió otro trago de cerveza y un poco de líquido le brilló en la barbilla. Anthony intentó liberarse una vez más, pero Vanessa no lo soltaba. Le ponía caritas.

—Anthony...

Le puso una mano en la mejilla y el chico sintió la palma. La piel de la joven estaba sorprendentemente fresca. Sobre todo las yemas de los dedos. Le sonrió. Se sentía muy raro. Ella se echó a reír.

—¡Venga, vete!

Se largó sin pedir cuentas.

Durante un momento sintió cómo lo miraban por detrás y se saltó el *stop* antes de meterse por la calle Clément-Hader. A esas horas estaba totalmente desierta y bajaba en picado hacia el centro urbano. En el horizonte, el cielo había cobrado colores intensos. Embriagado, soltó el manillar y abrió los brazos. La velocidad le agitaba los lados de la camiseta. Cerró los ojos un instante, mientras le silbaba el viento en las orejas. En esa ciudad medio muerta, con esa pinta tan extraña, construida en una pendiente y con un puente encima, Anthony rodaba a tumba abierta, sintiendo escalofríos, joven a más no poder.

[8](#) 7.º de EGB (actualmente, 1.º de ESO).

[9](#) Concurso televisivo estival muy popular en Francia.

[10](#) 4.º de EGB (actualmente, 4.º de educación primaria).

Anthony reconoció enseguida la risa de Grandemange. Los vecinos debían de estar otra vez en casa, tomando el aperitivo con sus padres en la terraza. Dio la vuelta por detrás para reunirse con ellos. La casa de los Casati tenía una sola planta y nada alrededor, solo el césped medio seco, que bajo los pasos del chico sonaba como un papel arrugado. Su padre, que estaba harto de cuidarlo y de quitar malas hierbas, lo había rociado todo con Round Up. Desde entonces, podía ver el gran premio de automovilismo los domingos con la conciencia tranquila. Junto con las pelis de Clint Eastwood y *Los cañones de Navarone*, era lo único, o casi, que le aliviaba las penas. Anthony no tenía mucho en común con su viejo, pero al menos les quedaba eso, la tele, los deportes de motor y las pelis de guerra. En la penumbra del cuarto de estar, cada uno en su rincón, era el grado máximo de intimidad que se permitían.

Durante toda su vida, los padres de Anthony habían tenido esa ambición: «construir», la meta de la casa, y mal que bien, lo habían conseguido. Ahora ya solo les quedaban veinte años de pagar letras para que fuera suya de verdad. Las paredes eran de yeso laminado, con un tejado a dos aguas, como en todas las regiones donde llueve la mitad del año. En invierno, la calefacción eléctrica producía un poco de calor y unas facturas tremebundas. Por lo demás, dos habitaciones, cocina amueblada, sofá de cuero y cerámica de Lunéville en la vitrina del aparador. La mayoría de las veces, Anthony se sentía en casa.

—Anda, ya está aquí el que faltaba.

Évelyne Grandemange fue la primera en verlo. Conocía a Anthony desde muy pequeño. Hasta había dado sus primeros pasos en el caminito de su jardín.

—Y pensar que dio sus primeros pasos en el caminito del jardín...

Su marido asintió con la cabeza. La urbanización La Grappe ya tenía más de quince años. Se vivía como en un pueblo, o casi. El padre de Anthony consultó el reloj de pulsera.

—¿Dónde andabas?

Anthony contestó que había pasado la tarde con el primo.

—Volví a pasarme por casa de los Schmidt esta mañana —dijo el padre.

—Lo dejé todo hecho antes de irme...

—Sí, pero te olvidaste los guantes. Ven a sentarte.

Los adultos se habían sentado en sillas de *camping* alrededor de una mesa de jardín de plástico. Estaban pasándose a la cerveza con Picon, menos Évelyne que bebía un oporto.

—Hueles a lodo —observó Hélène, la madre de Anthony.

—Es que nos hemos bañado.

—Creía que te daba asco. Vas a pillar granos. Está lleno de agua de las alcantarillas.

El padre comentó que tampoco lo iba a matar.

—Anda, ve a por una silla.

Para hacer la gracia, Grandemange se palmeó el muslo, invitándolo a sentarse en su regazo.

—No te cortes, que este lo aguanta todo.

El hombre medía cerca de dos metros y tenía unas manos duras como la madera, a las que les faltaban tres falanges. Para ir de caza usaba una escopeta especial con la que podía apretar el gatillo con el dedo corazón. Era un cachondo impenitente con el que nadie se reía demasiado. Anthony conocía a un montón de tíos así, que bromeaban más por educación que por otra cosa.

—De todas formas, no me voy a quedar.

—¿Dónde piensas ir?

Anthony se volvió a su padre, cuyas facciones se habían endurecido. Cuando eso pasaba, la piel se le tensaba de pronto, con un aspecto de cuero mate bastante bonito.

—Mañana es sábado —contestó Anthony.

—Déjale, hombre, que está de vacas.

El vecino había intervenido. El padre suspiró. Él y Luc Grandemange habían trabajado juntos en el almacén Rexel tiempo atrás, un poco después de que cerraran los altos hornos. Formaban parte de la tanda de despedidos voluntarios reconvertidos en carretilleros a través del plan de formación. Por aquel entonces, les pareció una buena oportunidad; conducir máquinas durante el día, sonaba como un juego. Después, Patrick Casati tuvo varios altercados. Perdió el carné de conducir y el trabajo el mismo día y por el mismo motivo. Consiguió volver a sacarse el carné al cabo de seis meses de rollos administrativos y un cursillo en la Croix Bleue¹¹. En cambio, el trabajo

escaseaba en el valle y al final se decidió a crear su propio empleo. Compró una camioneta Iveco con volquete, un cortacésped, herramientas y un mono con su nombre bordado. Ahora se dedicaba a hacer chapuzas aquí y allí, esencialmente en negro. Los meses buenos conseguía sacarse 4.000 o 5.000 pavos. Con el sueldo de Hélène se apañaban más o menos. El verano era la temporada alta y había recurrido a Anthony para pasar el cortacésped o limpiar piscinas. Aquella ayuda resultaba especialmente útil cuando tenía resaca. Esa mañana, sin ir más lejos, Anthony se había encargado él solo de podar los setos del doctor Schmidt.

Al final, el padre sacó una birra de la nevera portátil que tenía a sus pies, le quitó la chapa y se la alargó a Anthony.

—Solo piensa en salir por ahí.

—Está en la edad —dijo el vecino filosóficamente.

Por debajo de la camiseta le asomaba un poco la barriga, una mole lívida bastante asquerosa. Se levantaba ya para cederle el sitio.

—Venga, siéntate un segundo. Cuéntanos qué tal todo.

—¿Ha vuelto a crecer, no? —dijo Évelyne.

Hélène Casati insistió a su vez para que se quedase un rato, recordándole que la casa no era una pensión. Cada segundo que pasaba allí se alejaba un poco más la fiesta de Drimblois.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—No es nada.

—¿Te has desinfectado?

—Que te he dicho que no es nada.

—Ve por una silla —dijo el padre.

Anthony lo miró. Estaba pensando en la moto. Obedeció. Su madre fue detrás de él hasta la cocina. A Anthony le tocó que le pusiera alcohol de 90 grados y una venda.

—No hacía falta —dijo.

—Un primo mío perdió un dedo así.

Su madre siempre se sacaba alguna anécdota familiar edificante, imprudencias que acababan en tragedia o porvenires envidiables truncados por una leucemia. Tanto que casi se había convertido en una filosofía de vida.

—Déjame ver.

Anthony le enseñó la mano. Estaba perfecta. Pudieron volver a la terraza.

Allí hicieron un brindis y Évelyne se puso a preguntarle cosas. Quería saber cómo le iba en el cole y a qué dedicaba las vacaciones. Anthony

contestaba con evasivas y ella lo escuchaba con una sonrisa bondadosa y ennegrecida por la nicotina. Para pasar la velada, se había llevado dos paquetes de Gauloises. Cuando cesaba la conversación, se la oía respirar con un pitido ronco y familiar, y entonces se encendía otro cigarro. En un momento dado, el padre quiso espantar a una avispa gorda que rondaba los papeles de los cubitos de queso. Pero como pasaba de él, se fue a buscar un matamoscas eléctrico. Hizo «bzzz» y el bicho se quedó tieso.

—Qué asquerosidad —dijo Hélène.

A modo de respuesta, el padre apuró la cerveza con Picon y cogió otra de la neverita. Se pusieron a hablar con el vecino del accidente que acababa de ocurrir en Furiani. A Luc Grandemange esa carnicería no le sorprendía nada. Había visto a los corsos en los talleres y le daba la risa. Como tantas veces, hablaban de fútbol, de corsos y de moros. Évelyne se apartó, no le gustaba cuando su marido empezaba a desbarrar con historias así. Hay que decir que las recientes desgracias de los estupas tenían conmocionada a la urbanización. La ZUP no estaba tan lejos. La gente ya se imaginaba a los moracos con pasamontañas quemando coches, como en Vaulx-en-Velin. El vecino y el padre solo podían decir que había cada vez más peligro y se imaginaban que eran el último baluarte.

—Deberíais ocuparos vosotros —dijo el gigante señalando a Anthony con la barbilla.

—Con esa gente, siempre hay problemas —convino el padre.

—Cuando era voluntario en los bomberos, fuimos varias veces a la ZUP. Críos que no levantaban tres palmos y que intentaban mangarnos las llaves del camión.

—¿Y luego qué?

—Luego nada, apagábamos el fuego. ¿Qué más quieres?

—Ahí está el error.

Se descojonaron, menos Anthony, que se puso de pie para pirarse.

—¿Adónde vas?

Esta vez fue Hélène, su madre, la que lo paró.

—Me tengo que ir.

—¿Con quién?

—Con el primo.

—¿Has visto a Irène?

Las hermanas ya no se trataban. Un jaleo con la hipoteca de la casa en la que vivía Irène y que habían heredado las dos. Siempre la pasta.

—Sí.

—¿Y? ¿Qué tal está?

—No sé. Bien.

—Pero ¿cómo?

—Pues eso, bien.

—¡Madre mía! Si te vas a poner borde, mejor vete.

El padre no dijo ni mu. El vecino y él se estaban poniendo otra cerveza con Picon. En la noche ya cerrada, confraternizaban en la ira y la calentaban juntándose mucho, cómplices y feroces.

Anthony aprovechó para irse a su cuarto, que era mucho menos chulo que el del primo, la verdad. Su padre había recogido para él una litera cuajada de cromos Panini, retratos de futbolistas franceses y argentinos, y también de Chris Waddle con la camiseta del Olympique de Marsella. Una tabla apoyada en unos caballetes hacía las veces de escritorio. Ni siquiera tenía una silla propia, lo que no contribuía a que se aprendiera las lecciones. Sin contar con que en casa siempre había gente, un tío, unos colegas o un vecino para tomar una copa. Se puso a revolver en el armario empotrado, en busca de algo de ropa decente. No encontró nada mejor que unos vaqueros negros y un polo blanco. De talla L. En el pecho ponía «Agrigel»¹². Se miró un rato en el espejo que había en el cuarto de sus padres. Si no se hubiera gastado toda la guita en la feria y en el Metro, podría haberse comprado ropa molona. Hay que decir que, hasta ese momento, los problemas de vestuario no lo habían preocupado. Pero desde hacía poco las conversaciones en clase habían empezado a tomar un giro inhabitual. Tíos que perdían la chaveta por unas Torsion o una camiseta Waikiki. Mientras contemplaba su pinta lamentable en el espejo, se juró que iba a empezar a ahorrar.

En el garaje, la YZ estaba donde siempre, encajada al fondo del todo, detrás de la mesa de pimpón vieja. Tras doblar con esmero la lona que la protegía, Anthony olfateó con gusto el olor a carburante y palpó las ruedas de tacos. Era un modelo del 82, rojo y blanco, que llevaba el número 16. En otros tiempos, su padre había competido un poco. Cuando estaba de buenas, le dejaba dar una vuelta por el barrio. A Hélène no le gustaba. Todos los motoristas acaban tirados encima de los quitamiedos, no hay que ser estadístico para saberlo. Pero a Anthony le daba igual. Llevaba las motos en la sangre, hasta su padre lo decía. Cuando cambiaba de marcha o se tumbaba en las curvas, estaba en su

elemento. Algún día, seguro que tendría su propia moto. En su cabeza, esa idea fija se mezclaba con imágenes de paisajes costeros, puestas de sol, chicas en bañador y fragmentos de Aerosmith.

Empujó la YZ en la oscuridad, procurando no rayar el Opel de su madre. Luego abrió con precaución la puerta del garaje. Entonces, una voz se le escurrió por la nuca.

—Ya me parecía que había oído un ruido.

Su madre estaba fumando fuera. Podía verla en el vano de la puerta, sobre el fondo azul de la noche. Tenía la mirada perdida, con una rebeca echada por los hombros y los brazos cruzados.

Anthony no dijo nada. Tenía las manos puestas en el manillar y ciertas ganas de llorar. Pensó en Stéphanie.

Su madre dejó caer el cigarro y aplastó la colilla con el zueco de cuero.

—¿Has pensado en el número que nos puede montar tu padre?

Como se le había acercado, Anthony podía olerla, esa mezcla de tabaco frío, champú de tilo, sudor y todo lo que había bebido. Anthony le prometió que iba a tener cuidado. Le estaba suplicando.

—Sabes, bichejo...

Estaba muy cerca, tambaleante. La luz de la farola le daba en los muslos y le perfilaba con una línea clara la pierna y la tibia en la penumbra. Se humedeció el pulgar para limpiar un resto de algo en la mejilla de Anthony. El chico se zafó.

—¿Qué?

Hélène parecía ausente. Pero volvió.

—Yo tenía tu edad cuando perdimos a mamá.

Apoyó los antebrazos en los hombros de su hijo y entrelazó las manos detrás de su nuca.

—Sabes, la vida no siempre es una juerga.

Anthony callaba. Le horrorizaban ese tipo de conversaciones, cuando su madre se buscaba excusas, aliados.

—Mamá, porfa...

—¿Qué?...

Tras un instante de vacilación, su madre le dio un beso en la mejilla y a punto estuvo de acabar en el suelo. Daba la impresión de que oscilaba subida a unos zancos y se apoyó en la pared en el último momento. Le entró la risa. Una risa de niña, aguda y fugaz.

—Creo que me he pasado un pelín. Y encima, me he hecho daño.

Se llevó a la boca la falange que se había desollado con el cemento. Chupó la sangre, se miró el dedo y se lo volvió a meter en la boca, sonriente.

—¿Es por una chica, a que sí?

Anthony no contestó. Ella volvió a sonreír y dio media vuelta para regresar a la terraza. Al final, sí que andaba recto. Era alta y superdelgada. En la urbanización la llamaban «la zorra».

Después de alejarse un buen trecho, Anthony arrancó la YZ con el pedal. En la oscuridad, estalló un petardazo ultragudo y Anthony echó a rodar en la noche resonante. Iba deprisa y sin casco. El aire le inflaba el polo demasiado ancho. Aún hacía bueno. Enseguida dejó de pensar. Conducía.

¹¹ Organización internacional dedicada a asistir a personas con adicciones, en particular a la bebida.

¹² Marca francesa de productos congelados.

El primo se montó detrás y cogieron la D953. Anthony apuraba el motor, separaba la pierna en las curvas y se lanzaba a fondo en las rectas. La velocidad les hacía llorar los ojos y se les subía al pecho. Iban raudos por la tierra apagada, con la cabeza descubierta, ajenos a los accidentes, demasiado rápidos, demasiado jóvenes y escasamente mortales. Aunque el primo sí le pidió en cierto momento que se cortase un poco.

Drimblois era un pueblecito modélico, con su iglesia, algunas granjas al borde de la carretera departamental, algunos chalés más recientes, una vieja chabola de dentista con verja de hierro forjado. Tardaron apenas veinte minutos en llegar. Una vez allí, estuvieron un rato dando vueltas antes de localizar la casa donde se celebraba el famoso fiestón. Era bonita, una chabola moderna y transparente. Había luz en todas las habitaciones, tenía un césped ondulado como el de un campo de golf y, al fondo, la piscina brillaba con un reflejo turquesa. La YZ se detuvo como con un titubeo elástico delante de las otras motos. Anthony apoyó el pie en el suelo.

—Es aquí.

—Ya —dijo el primo.

El aire olía de maravilla a fuego de leña, carne a la brasa y hierba cortada. Se oía música. *Reggae*, puede que *Natural Mystic*.

—Parece guay.

—Se me ha olvidado el antirrobo.

El primo acababa de bajarse de la moto. Estaba inspeccionando el lugar.

—De todas formas, aquí no hay peligro. La dejas ahí y listo.

Señalaba una granja alargada con los postigos echados. Un poco más allá, había diez palés de leña esperando a que llegara el invierno. Anthony aparcó la burra detrás. Aunque no estaba del todo tranquilo.

El primo se sacó una botellita de ron de la chupa y pegó un buen trago antes de pasársela a Anthony. Luego pilló una lata de birra en su mochila y repitió la jugada. Estuvieron así bebiendo por turno y luego tiraron la lata en el césped recién cortado. Les hizo gracia; se fueron para allá.

En la terraza situada al otro lado había un montón de gente joven, muy animada ya en torno a una mesa grande. Encima había ensaladas, patatas fritas, pan y botellas de vino. También había bastante prisa más fuerte, botellas metidas en un barreño lleno de hielo. Unos chicos altos y estilosos se encargaban de la barbacoa mientras bebían cerveza Sol. Pertenecían al Círculo de Natación; se les notaba en los hombros, la fatuidad y, sobre todo, por lo que llevaban escrito en las camisetas. En el valle, esos tíos representaban lo más guay que se podía hacer, los atletas, los surfistas de interior. Se tiraban a todas las tías y no le caían bien a nadie. El *reggae* había dado paso a un *rock* llorica, tipo REM.

—¿Conoces a alguien?

—A nadie, contestó el primo.

Dicho lo cual, se encendió un pitillo.

El caso es que los invitados parecían contentos de estar allí. Anthony vio a algunas chicas de las que se podría haber enamorado enseguida. Tías altas con coleta y camisetitas claras. Tenían los dientes blancos, la frente ancha y un culo minúsculo. Los chicos hablaban con ellas como si nada. Todo fluía de una forma bastante inaguantable. En una esquina dos tíos compartían un *cubi*¹³ de rosado, sentados en sendas tumbonas viejas. Por las camisetas y los pelos que llevaban, se notaba que les gustaba mucho Iron Maiden.

—Venga, nos piramos —dijo Anthony.

—No fastidies. Ya que estamos aquí...

Encontraron unas birras en la cocina y se pusieron a beber mientras daban una vuelta para ver la casa. Como nadie los conocía, se les quedaban mirando, pero sin especial hostilidad. La verdad es que era una casa estupenda, tenía hasta un futbolín en la entreplanta. Los primos volvieron con regularidad a la nevera para reabastecerse. Progresivamente, se fueron familiarizando con los rostros y, con ayuda del alcohol, empezaron a hacer buenas migas con un montón de peña.

—¡Anda, joder, aquí estáis!

Alex, el deportista, acababa de echarles la mano encima y los sacudía amistosamente.

—Qué guay que hayáis venido.

—Ya —dijo el primo.

—Mola la casa, ¿eh?

—¿De quién es?

—De Thomas. Su padre es radiólogo.

Los chicos recibieron la noticia sin aspavientos. Alex se volvió hacia el primo:

—¿Podemos hablar un minuto?

—Claro.

Anthony se quedó solo. Steph y su amiga seguían sin llegar y pilló otra birra mientras esperaba. Era la quinta y empezaba a estar mareado. También tenía ganas de mear. En lugar de buscar el baño, bajó hacia la piscina y se buscó un sitio tranquilo. Allá arriba, la luna brillaba mecánicamente. Se sentía bien, libre. Mañana y durante varias semanas más, no habría clase. Aspiraba la noche a pleno pulmón. Al fin y al cabo, la vida no estaba tan mal.

—Hola.

Apenas le dio tiempo a abrocharse la bragueta y ya tenía a Steph y a su amiga encima.

—¿Por casualidad no habrás visto a Alex? —preguntó Clem.

—Sí. Está con mi primo.

Steph llevaba unos vaqueros ajustados, sandalias de tiras de cuero y una camiseta blanca sin mangas. Su amiga iba igual, con otra combinación de colores, y unos aros de oro en la muñeca derecha. Juntas estaban superguapas, aún más que por separado. Aunque Steph iba más allá. Anthony buscaba algo que decir. Solo se le ocurrió esto:

—¿Os hace un canuto?

—Y tanto —dijo Steph.

El chico sacó el papel. Iba a agacharse para liar, pero Clem lo detuvo.

—Espera. No vamos a sentarnos aquí, acabas de mear.

Se puso rojo, pero las chicas no tuvieron ocasión de fijarse, estaba demasiado oscuro. Bajaron un poco más hacia la piscina y se fumaron el porro sin decir nada, deprisa, sentados en círculo. La música ahora estaba a tope. Anthony pensó en los vecinos. Si seguía así, acabarían llamando a la poli. Se lo comentó a las chicas, que no se inmutaron. Tenían problemas mayores en qué pensar. Por lo visto, alguien que debería estar allí aún no había llegado. Era un problema, sobre todo para Steph.

—¿Vais al Fourrier? —preguntó Anthony.

Se volvieron hacia él, casi sorprendidas de que aún siguiera ahí.

—Sí.

—¿Y tú?

La que preguntó fue Stéphanie.

—Empiezo este curso en el Clément-Hader.

Mentía, acababa de pasar a tercero, y a duras penas¹⁴. Como no sabía muy bien qué decir, escupió entre los dientes. Las chicas se miraron con complicidad y Anthony deseó que se lo tragara la tierra. No tardaron en dejarlo plantado para irse a la terraza y el chico miró cómo se alejaban, con esos hombros estrechos, el culo atrapado en los vaqueros, los tobillos sujetos y las coletas balanceándose con un movimiento elástico y altanero. Anthony empezaba a estar hecho polvo y sensaciones desagradables, de mareo y de melancolía, habían sustituido a la jovialidad de poco antes. Subió a su vez con la intención de quedarse un rato en una silla. El primo se le echó encima, radiante.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí. Fumando con las chicas.

—¿Han venido?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Pues nada...

El primo se lo quedó mirando un momento.

—A la vuelta, conduzco yo.

—¿Qué quería ese?

—Es de locos. Aquí todo el mundo está buscando algo que fumar. Les he vendido 600 pavos en barras.

—¿En serio?

El primo le enseñó la pasta y Anthony se sintió muy animado. Tanto que volvió a tener sed.

—Pero córtate un poco —le dijo el primo.

Al cabo de un par de birras, Anthony se aventuró a ir al salón. Había un montón de parejas acopladas por el suelo, por los sofás, muy ocupadas en sobarse y morrearse. Como las chicas ya no se defendían, les metían mano por debajo de la camiseta. Se veían brazos y piernas enredados, piel y vaqueros claros. En ese mogollón, las uñas pintadas eran como manchas de colores.

Steph y su amiga también estaban allí, al fondo, apoyadas contra las puertas acristaladas que llevaban fuera. Con ellas había tres chicos a los que Anthony no había visto nunca. Estaban todos sentados en el suelo, parecía que bastante cómodos, mezclados, con las rodillas tocándose, el chico más alto incluso estaba tumbado. Pero el que llamaba la atención era el que tenía al lado, un tío con chupa de cuero y el pelo sucio, realmente mono, con una pinta de Bob Dylan bastante insufrible, a la vez pretencioso y descuidado. Además, estaba

sonando *Let It Be*, menudo muermazo. Anthony se acercó unos pasos. Le habría gustado sumarse a ese grupito. Era imposible, claro está.

Entonces, el de la chupa se sacó un frasquito del bolsillo y después de destapararlo se lo llevó a la nariz y aspiró fuerte. Luego se lo pasó a Steph. Esnifaron por turno y a cada vez rompían a reír con carcajadas dementes. El efecto parecía ser casi inmediato, pero se disipaba enseguida. No tardaron en volver a la misma atonía lánguida. Steph y el tío mono se echaban miraditas, se buscaban bajo la superficie. En la habitación hacía lo menos 30 °C. ¿Cómo podía aguantar el gilipollas ese en chupa de cuero con semejante calor? Cuando el frasquito empezó otra ronda, Anthony probó suerte.

—Hola.

Cinco pares de ojos se volvieron hacia él.

—¿Este quién es? —preguntó el alto, el que estaba tumbado.

A todas luces, Steph y su amiga ya no tenían ni idea. El alto se incorporó y chasqueó los dedos. Incluso sentado, se veía que era superganso, tipo pasmado californiano, con camiseta color pastel y unas Vans sin calcetines.

—Eh. ¿Qué quieres?

Clémence acababa de esnifar. Soltó una risa aguda y nerviosa mientras se rehacía la coleta. Luego le tocó a Steph. Inspiró profundamente.

—Joder, es como meterse un Mister Freeze¹⁵ en la cabeza.

A los demás la comparación les pareció acertadísima, era exactamente eso. Cuando el de la chupa recuperó el frasco, le preguntó a Anthony.

—¿Quieres probar?

Todo el mundo estaba esperando a ver qué pasaba, con ojos químicos y pinta aplatanada.

—¿Qué es? —preguntó Anthony.

—Prueba y verás.

Sin saber muy bien por qué, el chico les veía cierto parecido entre sí. Era algo sutil, detalles en la forma de vestir, la actitud, una facilidad inconcreta. No habría sabido decirlo con palabras, pero resultaba muy raro, una sensación de deuda, de carencia y de pequeñez. Tenía ganas de que lo vieran bien. Cogió el frasquito.

—Vamos —insistió el de la chupa, sorbiendo en el aire.

—Déjalo en paz, Simon —dijo Clémence.

El californiano siguió:

—Oye, ¿estás bien? ¿Crees que podrás?

Con el ojo derecho medio cerrado, se burlaba del rostro asimétrico.

Anthony apretó los puños, lo que resultaba aún más ridículo que todo lo demás.

—¡Para ya, so capullo! —dijo Clem, empujando al imitador con el pie.

Y luego, volviéndose hacia Anthony, le dijo, irritada:

—¿Y tú qué quieres? Vete ya.

Pero Anthony no podía ya ni mover un dedo. Miraba fijamente al tío alto. Lo tenía atrapado una sensación de vértigo. Steph, que lo miraba todo con una indiferencia bovina, decidió que era hora de cambiar de aires.

—Bueno...

Se había puesto de pie y se estaba estirando como un gatazo. El californiano alto también se levantó. Le sacaba a Anthony lo menos una cabeza.

—Estamos de coña, hombre —dijo el tercer tío.

—De todas formas, está que se cae.

—¿Vas a potar?

—Va a potar fijo.

—Está blanco.

—¡Eh!

Anthony ya no sabía dónde estaba. Se llevó el frasquito a la nariz, para serenarse más que otra cosa, y aspiró profundamente. De inmediato, le entró en el cerebro una corriente de aire y empezó a reírse. El de la chupa recuperó el frasquito. Los demás se largaron. Y Anthony se quedó solo, sentado con las piernas cruzadas y la cabeza colgando, totalmente grogui.

Cuando volvió en sí, estaba fuera, tumbado a lo largo de una escalera. Tenía el pelo empapado y el primo estaba intentando que bebiera un poco de agua. Clem también estaba allí.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado.

Se quedó un rato sin entender. Oía música, la voz de los otros dos e intentaba mantener los ojos abiertos. Luego Clem se piró y él volvió a preguntar qué había pasado.

—Has bebido como una esponja. Y te has caído redondo, nada más.

—También he olido no sé qué.

—Ya, me lo ha dicho Clem.

—¿Ah, sí?

—Fue ella la que vino a buscarme cuando te caíste.

—Ella también mola.

—Sí, ya te digo.

Luego el primo le contó quiénes eran los dos tíos esos, el pasmado y el de la chupa. Anthony los conocía de nombre, los hermanos Rotier, unos niños de papá que siempre la estaban liando y se creían los señores del valle. De hecho, su tío había sido alcalde treinta años seguidos antes de dejarlo por un cáncer de páncreas. Aun enfermo, se lo siguió viendo mucho tiempo paseando por Heillange, su ciudad, con cara malvada y el vientre hinchado debajo de un cinturón muy subido. Lo que más llamaba la atención era ese rostro chupado hacia dentro y amarillo, donde se revolvían los ojos oblicuos de ave de persa. Se murió sin dejar el mandato, alcalde hasta el fin. Los demás Rotier ocupaban más o menos todos cargos electos, eran farmacéuticos, ingenieros, comerciantes enriquecidos o médicos generalistas. Te los encontrabas hasta en París o Toulouse. Aquí y allí ejercían funciones de responsabilidad, de organización, de dirección, profesiones necesarias y protegidas. Lo cual no quita que algunos de sus vástagos pasaran una pubertad difícil. Que a todas luces era el caso de Simon y su hermano.

—No sé lo que he tomado.

—Triclono, o popper. Los tíos esos están de la olla, se meten cualquier cosa.

—Tu amiga también ha tomado.

—Ya lo sé —dijo el primo.

—¿Habéis hablado mucho?

—Poca cosa.

Cuando Anthony se tuvo en pie, dieron un par de vueltas a la casa. Anthony se notaba muy pedo. Tenía ganas de volver a casa.

—Nos vamos yendo, ¿no? No puedo más.

—Ni siquiera son las doce.

—Estoy fatal. Lo que quiero es acostarme.

—Arriba hay un montón de cuartos. Échate una o dos horas y listo.

Anthony no tuvo ocasión de insistir. Según subían de nuevo hacia la terraza, el barullo alegre de los invitados se interrumpió de golpe y solo quedó la voz de Cyndi Lauper. Estaba cantando *Girls Just Want to Have Fun*. En aquel súbito ambiente de funeral, quedaba de lo más incongruente.

Los primos se acercaron para ver lo que pasaba. Todo el mundo estaba formando un corro en torno a dos intrusos con chaqueta de chándal, la cabeza

rapada por los lados y ni rastro de culo en los pantacas. Viéndoles las pintas vindicativas y la cara de susto, era difícil saber si iban a atacar o acababan de caer en una emboscada. El más bajito llevaba un anillo con sello y una cadena de oro por encima de la chaqueta Tacchini. El otro se llamaba Hacine Bouali.

A este, por lo menos, Anthony lo conocía. Hacine iba al mismo centro que él. Dedicaba su escolaridad esencialmente a vagabundear por la marquesina de los escúteres escupiendo en el suelo. Cuando te cruzabas con él por un pasillo, lo normal era bajar la vista. Tenía fama de peligroso y de colarse en las fiestas para privar de gorra, mangar cosas, montar bronca y pirárselas *in extremis* cuando llegaba la poli. Estaba claro que no era bienvenido. Cincuenta personas se lo estaban notificando con su silencio. Por fin, un tío muy bajito dio un paso al frente para resolver la crisis. Estaba tan bien proporcionado, tan cuco con su corte a tazón, que casi parecía un click de Playmobil.

—No queremos broncas —dijo—. No podéis quedaros aquí.

—¡Vete a la mierda! —replicó Hacine.

—Tranqui, que venimos de buenas —añadió su colega.

—No estáis invitados —explicó el click—. No podéis quedaros.

—Venga, que no queremos líos —añadió un nadador.

Se había puesto la capucha de la sudadera y se acercaba estirando las manos con la palma hacia arriba. Añadió:

—Y ahora, largaos.

—Venga, hombre, no seáis ratas —probó el colega de Hacine—. Nos tomamos una birra rapidito y nos abrimos...

El nadador dio otro paso hacia ellos, abriendo los brazos en señal de paz. Llevaba chanclas, lo que decía mucho de su buena voluntad.

—Venga, tíos. Coged una birra y a la calle. No queremos jaleos.

Pasó un ángel y luego, abriendo los brazos a su vez, Hacine comunicó lo siguiente:

—Que les den a vuestras madres...

En el silencio, se oyó crepitar en la barbacoa la grasa que había chorreado en las brasas. Las estrellas impasibles brillaban a la par. Nadie se atrevió a llevarle la contraria.

—Venga, no merece la pena —dijo el nadador—. No vamos a pelearnos. Ya está bien.

—Estás empezando a tocarme los huevos —replicó Hacine.

—Venga, hombree, que no estamos haciendo nada malo —volvió a

intentar el acólito—. Solo queremos un trago, tranquilitos.

Pero el click no quería saber nada. Ya se habían colado unos que no pintaban nada allí, pero de ahí no pasaba. Además, sus padres volvían al día siguiente, o sea, que imposible. Entonces Hacine se atrevió con la palabra «racista». El nadador le chasqueó los dedos dos veces en las narices.

—Eh, espabila. Que no estás invitado. Te largas y punto. Ya está bien, hombre.

—Tú, joder...

Hacine no tuvo tiempo de añadir nada. Una mujer pelirroja con vestido de flores apareció en la ventana del primer piso. Gritó:

—Acabo de llamar a la poli. Os aviso, acabo de llamar, están viniendo.

Y blandió el teléfono inalámbrico para demostrar que iba muy en serio.

—Marchaos ya —se envalentonó el click.

Bien mirado, los dos gorriones no eran para tanto, con esa facha fugitiva, el bozo del labio y las patas flacas saliendo de las Nike desproporcionadas. Y aun así hacían falta cincuenta personas, un nadador y los gendarmes para acabar con ellos.

Hacine empezó a batirse en retirada, intentando mantener el tipo, lo que consistía esencialmente en contonearse como si viviera en el Bronx. Enseguida llegó a la altura de la barbacoa y de un patadón la tiró en la hierba. El chisme cayó proyectando brasas hasta la terraza. De inmediato, una chavalita que estaba justo al lado empezó a soltar chilliditos con voz agudísima.

—¡Estáis gilipollas perdidos! —gritó su amiga.

—¡Venga, largaos ya, mierda!

—¡Se ha quemado!

A los intrusos no les quedó otra que abrirse por la vía rápida y, para mayor seguridad, los siguieron hasta la calle. Se tomaron su tiempo para cruzar el pueblo, volviéndose de vez en cuando para insultarlos a voces y sacarles el dedo. Las siluetas desaparecieron progresivamente, hasta que se oyó el lamento de un escúter, que se estiró en la distancia hasta morir.

Al cabo de diez minutos, la fiesta se fue recuperando a trompicones. La peña se había agrupado en corrillos escandalizados. Se contaban unos a otros los sucesos entre risas, sin acabar de creérselo. La chica que se había quemado seguía lloriqueando un poco, pero no estaba tan mal. Por su parte, al de la sudadera con capucha solo le quedaba hacerse el modesto y recoger los laureles. El único que seguía atacado era el click. En lo que llegaba la poli, se dedicaba a recoger colillas de porro y gritaba que era la última vez que lo

liaban.

Más tarde, acabó apareciendo, en efecto, una furgoneta de la gendarmería y les contaron lo que había pasado. A los polis no pareció que los sorprendiera mucho, ni tampoco que les importara. Se marcharon por donde habían venido.

Los primeros «pluf» resonaron al fondo del jardín y Anthony bajó hacia la piscina, que formaba como una pantalla azul entre las ramas. Una docena de bañistas bebía birras y hacía inmersiones. Una pareja se comía la boca contra el bordillo. En un momento dado, una tía salió del agua totalmente en bolas y se puso a bailar para divertir a la concurrencia. Anthony no se lo podía creer. Esa peña se atrevía con todo. Hasta la aplaudieron. Tenía el coño depilado y muy poco pecho, era precioso. Pero por otra parte, le quedaba tan lejos...

—¿No vas a bañarte?

Steph estaba debajo de un sauce, a unos pasos de él. Parecía un poco confundida, con la cara revuelta. El vaquero tenía una mancha de grasa en el muslo izquierdo. Como Anthony no contestaba, insistió.

—¿Te bañas o no?

—Bah, no lo sé.

Ella había empezado a quitarse las sandalias y pronto se quedó descalza en la hierba.

—¿Tu amigo no está?

—Es mi primo.

—Eso, tu primo. Vaya fiesta más rara. Me parece que llevo aquí dos días.

—Ya —contestó Anthony sin entender.

—Pronto va a ser de día.

Él se miró el reloj.

—Solo son las tres.

—Joder, qué frío tengo —dijo Steph empezando a desabrocharse el cinturón.

Se abrió el pantalón y se puso a bajárselo por los muslos, pero la tela se resistía, pegada a la piel. Luego se quitó el top por encima de la cabeza. Llevaba un bañador claro, menos sexi que el de la tarde.

—Bueno, pues me voy al agua.

Anthony la vio correr hacia la piscina, con muslos rápidos y nalgas elásticas. Justo antes de llegar al borde, cogió impulso y se zambulló, con los brazos estirados. Su cuerpo penetró en el agua con exquisita facilidad. Cuando

volvió a la superficie, estaba riéndose con la boca abierta y la coleta trazaba círculos mojados en el aire. Los bañistas que estaban en los peldaños se pusieron a berrear. Anthony no podía oír lo que decían. A su vez se descalzó y se abrió los vaqueros, pero llevaba unos calzoncillos con paraguas de colorines y se le cortó el rollo. Tiritaba un poco. Era verdad que hacía frío. En la terraza el volumen sonoro subió de golpe y todo el mundo se puso a escuchar.

Era una canción que ponían una y otra vez en el canal M6. Normalmente te daba ganas de estampar una guitarra o de quemar el colegio, pero ahora, en cambio, todo el mundo se puso meditativo. Era muy reciente, un tema que venía de una ciudad estadounidense e igual de oxidada, una mierda de ciudad perdida allá a lo lejos, donde unos blancos insignificantes y mugrientos bebían birra barata con su camisa de cuadros. Y esa canción, como un virus, se propagó allí donde había hijos de proletas puteados, adolescentes corrompidos, desechos de la crisis, madres solteras, tarados en vespino, fumetas y alumnos de educación especial. En Berlín había caído un muro y la paz se anunciaba ya como una espantosa apisonadora. En todas las ciudades que había en este mundo desindustrializado y unívoco, en cada pueblucho caído en desgracia, chavales sin sueños oían ahora a ese grupo de Seattle que se llamaba Nirvana. Se dejaban el pelo largo e intentaban convertir la melancolía en ira y la depre en decibelios. El paraíso estaba perdido definitivamente, la revolución no iba a llegar nunca; lo único que quedaba ya era hacer ruido. Anthony seguía el ritmo con la cabeza. Igual que otros treinta. Hacia el final, los recorrió un escalofrío y se acabó. Podían volverse a casa.

Hacia las cinco de la madrugada, Anthony se despertó por culpa del frío que hacía en el jardín. Se había dormido en una tumbona sin ni siquiera darse cuenta. Estaba debajo de un árbol. Estornudó varias veces y se fue a buscar al primo.

Dentro de la casa quedaba un grupo charlando tranquilamente en la planta baja, con el pelo mojado, en tono confidencial y con voz ronca. Las chicas se habían envuelto en gruesas toallas y se acurrucaban contra sus chicos. En el aire flotaba cierto olor a cloro. Faltaba poco para que saliera el sol y Anthony pensó en la tristeza que vendría luego, el corazón encogido de los amaneceres pálidos. Además, su madre lo iba a matar.

En el primer piso, buscó en el cuarto de baño y abrió la puerta de los

dormitorios. Las camas estaban llenas, con formas dormidas debajo de las sábanas, tres o cuatro por piltra. Los dos *heavies* habían encontrado una trampilla para subir a la azotea. Allí estaban, bebiendo vino bajo las estrellas. Anthony les preguntó si habían visto a su primo.

—¿A quién?

—A mi primo. El alto.

Los *heavies* lo invitaron a un trago. Anthony lo rechazó.

—Entonces, ¿no lo habéis visto?

—No.

—¿Has mirado en los cuartos?

—Acabo de hacer la ronda.

—Pues ven a sentarte. Mira qué bonito.

El *heavy* que tenía más cerca señalaba un punto en el horizonte. Una estrecha franja ocre subía desde la tierra e infundía luz en el cielo. La noche se iba poniendo azul paulatinamente.

—¿Y has probado en la cabaña del jardín? —dijo el otro. Tenía las manos puestas detrás de la nuca y los ojos clavados en el cielo. De las mangas de la camiseta le salía una mata de pelo claro, casi pelirrojo.

Anthony cruzó la casa. El salón ahora estaba vacío y tenía cierta sensación de estar viendo la escena de un crimen. Botellines, colillas, un vinilo que giraba en el aire y los bafles en los que hipaba el carraspeo de cuando se acaba un disco. El cielo ya estaba clareando. Corrió por el jardín. Curiosamente, la piscina estaba impoluta, azul como el agua del váter, iridiscente y ficticio. Se paró un segundo en el bordillo, aguantando las ganas de zambullirse, acunado por el chapoteo mínimo. En el fondo se veía la parte de abajo de un bikini o unas bragas. Pensó en Steph, no había vuelto a verla desde el chapuzón. De todas formas, le importaba un bledo. Escupió en el agua. Estaba hecho polvo, nada más.

—¡Eh!

Se volvió rápidamente y se encontró con que el primo le estaba haciendo señas desde la terraza. Y llevaba puesta una camiseta que no era suya. Anthony se reunió con él arrastrando los pies. Se fueron camino de la salida.

—Es casi de día. ¿Dónde estabas?

—Por ahí —dijo el primo.

—¿Has vuelto a ver a Steph?

—No.

—¿Y esa camiseta?

—No es nada.

A Anthony le dolía la cabeza. Cantó un gallo. Llegaron a la pila de leña detrás de la que habían dejado la moto unas horas antes. En otra vida prácticamente.

La YZ ya no estaba allí. Anthony se desplomó de rodillas.

¹³ Tetrabrik de vino de 5 litros (en España se ha empezado a comercializar recientemente bajo la denominación *bag in box*). Este tipo de envase no significa que sea necesariamente vino de mala calidad.

¹⁴ En Francia, entre la escuela primaria (*école primaire*, de los 6 a los 11 años) y el instituto (*lycée*, de los 15 a los 18 años), hay un tipo de centro más que en España: el *collège*, que abarca de los 11 a los 15 años; Anthony va a empezar el último año de *collège* pero finge que va a pasar ya al *lycée*.

¹⁵ Marca de helados tipo «flash».

Esa mañana, algo después, Hacine tenía cita en la planta baja del ayuntamiento de Heillange, en un despacho de aspecto vetusto. Casi no había dormido. Tenía frío. Hay que decir que el ayuntamiento ocupaba los locales de una antigua escuela de primaria: de ahí los pasillos interminables, el hueco de las escaleras lleno de ecos y aquella temperatura de castillo medieval. De hecho, los que trabajaban allí nunca iban sin una rebequita. Hacine no había tomado esa precaución y se estaba congelando. Tanto que se ponía nervioso. Como si no tuviese ya pocas ganas de estar allí.

Frente a él, una joven de ojos saltones estaba examinando su currículum. Llevaba pendientes de fantasía. De vez en cuando le comentaba o le preguntaba algo. En los pendientes había un elefantito o un gato. Era difícil saberlo. Sin alzar la vista, le preguntó:

—Aquí, por ejemplo, ¿qué has querido decir?

Con el índice señalaba un punto del apartado «Intereses». Hacine se inclinó para descifrarlo.

—Es boxeo —dijo concisamente.

—Ah, vale.

Después de graduarse, la joven se había especializado en derecho laboral, una carrera cuya gran ventaja era una tasa de colocación digna de la década de 1960. Esa era la vía por la que se solía acceder a las profesiones relacionadas con la gestión de recursos humanos, un sector que llevaba treinta años en pleno auge, a pesar de la considerable disminución de puestos de trabajo que había caracterizado ese mismo periodo. Además, cuando obtuvo la licenciatura, no tardó ni dos meses en encontrar trabajo. Así que tenía tendencia a considerar el paro una de esas amenazas abstractas de las que hablaban en las noticias de la tele, al mismo nivel que una epidemia de paludismo, los tsunamis o las erupciones volcánicas. De momento, estaba iniciando a Hacine en las sutilezas de saber vender sus capacidades. El chico colaboraba dentro de un orden. La joven continuó. Eso del boxeo no la dejaba indiferente.

- ¿Y cómo se pronuncia?
—*Muay thai*. O sea, boxeo tailandés.
—¿Y crees que sirve de algo poner eso?
—Es deporte —contestó Hacine.
—Sí, ya, pero con tu perfil...

Hacine se enfurruñó. Que en su caso consistía en adoptar simultáneamente una expresión desdeñosa y una mueca que le ponía cara de pato. Con el bozo que le cubría el labio superior además, quedaba realmente sorprendente.

La joven sonrió.

- ¿Ves lo que quiero decir?
—Sí.
—Bueno. Y en las competencias informáticas, ¿puedes precisar más?
—Pues hacer cosas en el ordenador.
—¿Tienes un ordenador en casa?
—Sí.

El chico había enganchado los pies a las patas de la silla. Cada vez que se movía, chirriaba contra el suelo de mosaico. Así que intentaba estarse quieto. ¿Cuánto más iba a durar esa gilipollez?

- Dame ejemplos. ¿Qué sabes hacer? ¿Word? ¿Excel?
—Un poco de todo.
—Es importante precisarlo. Fíjate, es que se trata de ofrecer tus competencias. Eso es lo que estás vendiendo. Por ejemplo, ¿dominas las herramientas ofimáticas?
—Sí. Y también programación. JavaScript. Cosas de esas.
—Eso está bien. Más que bien, incluso.

El cumplido lo hirió. ¿Qué se creía la imbécil esa? ¿Que solo sabía apretar el botón de *power*? Así que se cerró en banda. Una pena. Seguro que le habría gustado la edificante historia del crío que iba todos los sábados por la mañana a Microfun. Esa tiendecita que estaba al pie de la cuesta de la ZUP y recogía material informático viejo para colocárselo a colegios, indigentes o revenderlo al peso. El Amstrad 6128 todavía costaba más de 3.000 pavos, ni Hacine ni ninguno de sus amigos tenía medios para comprar algo así. Así que iban a Microfun. Se pasaban horas desguazando las CPU de IBM obsoletas e intercambiaban procesadores y consejos. Su profe de tecnología de cuarto¹⁶ incluso le había echado una mano para soldar algunos componentes. De ese modo acabó montándose una CPU potable, en cualquier caso con bastante potencia para jugar a *Double Dragon*. Y desde entonces lo había ido dejando,

más o menos. Pensándolo bien, lo había ido dejando casi todo desde hacía algún tiempo.

—¿Así que has estado en Fráncfort?

Hacine asintió con la cabeza.

—Londres. Y Bangkok.

—Sí.

—Has viajado bastante para la edad que tienes.

La joven lo miraba, con sonrisa amable, mientras se toqueteaba un pendiente. Puede que en realidad fuese una sonrisa burlona. Debía de pensar que era un trolero. En realidad, nunca había pisado Fráncfort. ¿Qué coño iba a hacer en Fráncfort? Daba lo mismo, no por eso podía permitirse dudar, la hijaputa esa.

—¿Hablas inglés?

Hacine hizo un ademán con la cabeza que podía significar sí o no.

—Vale. De todas formas, todo el mundo lo pone —dijo la chica, con nuevos e inesperados ánimos.

Entonces sonó el teléfono. Sobrevoló el auricular con mano indecisa durante tres timbrazos. Hacine estaba cada vez más tenso. ¿Era una prueba o qué?

—¿Diga? Sí, hola. Sí... Claro, sí...

Decía los «síes» arrastrándolos, maternalmente. De hecho, parecía que estaba hablando con un retrasado. De algún modo, a Hacine lo reconfortó. En realidad le hablaba así a todo el mundo.

—Por supuesto, señor. En ese caso, vuelva a llamarme a comienzo de curso. Sí, eso es...

Ponía caras, tomando a Hacine por testigo. Hay que ver qué cosas pregunta la gente. Después de aconsejar a su interlocutor que fuese a la ANPE¹⁷, colgó el teléfono.

—Y así todo el día...

Hubo aún varias preguntas más. El currículo de Hacine tenía varias afirmaciones dudosas. Es verdad que todo el mundo hacía trampas, pero convenía mantener cierta modestia. Los viajes transatlánticos, el inglés *fluent*, las prácticas en ministerios o el entusiasmo por el voluntariado en algunos casos podían levantar sospechas. Lo que la tenía más preocupada era lo del boxeo tailandés.

—¿Lo ves? Sobre todo, viniendo de donde vienes.

—¿Y lo del curro? —dijo Hacine—. ¿Al final tiene algo o no?

—¿A qué te refieres?

—Yo qué sé. Mi padre me dijo que viniera al ayuntamiento. Dijo que tenían trabajo.

—Ah, no, qué va. Tu padre vino a ver al alcalde en su horario de atención al ciudadano, no sé qué le contaría. Nosotros solo nos encargamos de la orientación. Ayudamos a reincorporarse al mercado laboral.

—O sea, que en realidad no hay curro, ¿no?

—Debe de ser un malentendido. Nuestra función consiste en ayudar a la gente a encontrar sus puntos fuertes, a recobrar la confianza. Los orientamos con el currículo y la formación. También podemos prepararlos. Además, aún no tienes los dieciocho, ¿no?

Hacine lo admitió. De pronto le habían entrado unas ganas tremendas de preguntarle qué coño pintaba él allí.

—Sí, bueno, encima menor. Aquí no tenemos nada. Y encima en verano, olvídate.

Al irse, ella insistió en acompañarlo hasta la salida, porque quería salir a fumar. Y ya de paso, seguro que no se perdía. El lugar estaba casi desierto, y en los pasillos vacíos el taconeo ejecutivo de la joven intimidaba bastante. Por el contrario, su actitud se había vuelto abiertamente cordial, casi campechana. Al fin y al cabo, era joven y tenía apertura de miras, podían entenderse. Cuando llegaron a la calle, le estrechó la mano, claramente complacida. Y, sin previo aviso, se puso muy seria.

—Se me ha olvidado preguntártelo. ¿La chocas?

Hacine no la entendió enseguida.

—Ya sabes, en plan así...

Abrió la mano y a Hacine no le quedó otra que darle una palmada.

—Porque el otro día me reuní con unos empresarios, sabes, que estaban superconfusos. Tienen a empleados jóvenes que a veces la chocan en el curro. Con todo el mundo. Y lo llevan regular.

Hacine se preguntó si le estaba tomando el pelo. Parecía que no.

—Me tengo que ir.

—Sí, claro.

Podría haber cogido el autobús enfrente. El 11 lo llevaba directo a casa. Pero pensó que entonces ella se le iba a acoplar. Prefirió volver a pata. A su espalda, notó cómo lo miraba mientras giraba en la esquina. Por suerte,

llevaba bolsillos para poder meter las manos.

De camino, entró en una panadería para comprar una coca-cola y dos cruasanes, y luego subió la cuesta de la ZUP comiéndose el desayuno. Ya apretaba el calor y la coca-cola fresquita parecía casi milagrosa. Enseguida vio a Elliot vagueando en la explanada de cemento. Como todos los años, unos feriantes habían montado una pista de coches de choque y un puestecito de gofres. Hacine y sus colegas acampaban allí el día entero. Cuando Elliot lo vio, lo saludó con la mano y Hacine se acercó sin prisa.

—¿Qué es esta mierda? —dijo Hacine dando una patada a la rueda de la silla de Elliot.

—No me queda batería. De todas formas, el motor está muerto. He sacado la vieja.

—Qué putada.

—Y tanto.

—¿Cómo has hecho para bajar?

—Me las apaño, tranqui.

Para Elliot era una cuestión de honor no andar jodiendo a los demás con su minusvalía. Incluso casi se había convertido en una ventaja. Una vez, los estupas irrumpieron en el portal de la torre Manet para un control de identidad. Elliot iba cargado de mierda y los polis no solo no lo registraron, sino que lo subieron hasta el entresuelo para coger el ascensor. Elliot les comentó que hay que ser gilipollas para poner una escalera justo delante del ascensor. Los tíos le dieron la razón, fastidiados, como si los planos los hubiesen hecho ellos.

—¿Te cuentas algo? —preguntó Hacine.

—Nada nuevo. La cosa está muerta. Si no pillamos mañana, me quedo seco.

Desde que los Morgan estaban fuera de juego, los problemas de abastecimiento de costo alcanzaban un nivel crítico. Hacine hasta se había puesto en contacto con su hermano que vivía en París.

—¿Y tu hermano? —preguntó Elliot, precisamente.

Hacine se encogió de hombros. Se quedaron un rato callados, y Elliot siguió:

—¿Has ido al centro?

—Sí.

—¿Para?

—Nada especial.

Elliot no insistió y Hacine fue a sentarse en un murito que había cerca.

—Cómo pega ya.

—Y tanto.

Hacine se dedicó a contemplar las pinturas que decoraban la atracción de feria. Michael Jackson, hombres lobo, una momia, Frankenstein... Era chillón y bonito, con bombillas que daban un toque colorido al caer la noche. Desde hacía algunos años, las demás atracciones ya no venían. A Hacine le gustaba mucho el algodón de azúcar.

Paulatinamente, la temperatura fue subiendo y los dos chicos fueron a ponerse a la sombra, debajo de la marquesina de la pista de petanca. Desde allí podían ver venir a los clientes. Llevaban dos días marchándose con las manos vacías. A su alrededor se alzaban los edificios, indiferentes y cúbicos. Un poco de polvo levitaba en la luz.

Después de comer, los demás empezaron a aparecer. Normalmente, la pandilla la formaban una decena de tíos. Estaban Djamel, Seb, Mouss, Saïd, Steve, Abdel, Radouane y Kader, el más bajito. Vivían todos en el barrio. Se levantaban tarde, bajaban a pie o iban en vespino. Se quedaban un rato, volvían a lo suyo y luego regresaban. De ese modo había una rotación continua de caras conocidas, colegas que se iban turnando y rompían la monotonía del tráfico. El caso es que por la tarde siempre había cinco o seis chicos que esperaban indefinidamente debajo de la marquesina, apoyados en la pared o sentados en el murito, escupiendo en el suelo y fumando porros. También estaban los mayores que iban a largar un rato. Apretón de manos, mano en el corazón y un par de frases rápidas, qué tal la familia, bien y tú, bien también. La mayoría había sentado la cabeza. Ahora hacían sustituciones o estaban fijos en algún puesto de baja cualificación en Carglass o en Darty. Sami acababa de abrir su propio kebab cerca de la estación. Le preguntaban que qué tal el negocio. Aunque pusiera buena cara, se le adivinaban la ansiedad y el constante temor a la bancarrota. Él, que había sido el principal mayorista del valle, ahora tenía un Peugeot 205. A disgusto, los chicos le prometían que se iban a pasar más tarde y Sami se volvía a currar, con los michelines embutidos en una camiseta del Olympique de Marsella, sus dos críos y su crédito. Luego, los pequeños pasaban en bici, de vuelta de la piscina. Mientras, se metían un poco unos con otros, pero a grandes rasgos no había mucho que hacer hasta que abrían los coches de choque. A menudo, el calor y el aburrimiento se

subían a la cabeza como el alcohol. Podían incluso llegar hasta las manos, por hastío y por ociosidad. Después volvía la calma, el muermo.

No tardó en llegar el retaco de Kader en escúter. No llevaba casco y conducía en chanclas. Hizo un caballito por puro trámite. Seb también estaba allí, con la gorra de los 49ers calada hasta las orejas.

—Bueno, pues ¿qué hacemos?

—¿Qué quieres hacer?

—Ni idea. Vámonos.

—Pues vete.

—Esta noche, digo, ¿no? Es viernes. En serio, ¿qué hacemos?

—Pillamos unas birras.

—Vale.

—Me estáis empezando a tocar los huevos con las birras. A la calle como vagabundos.

Como Hacine había hablado, no había más que añadir. Desde que habían empezado las vacaciones estaba de un humor de perros. Se entendía. Su escúter había muerto en junio y desde entonces tenía que ir andando como un condenado. Primero fue el arranque. Y luego, de repente, cilindros, pistones, zapatas, bujías... Todo se había ido al carajo. Y de propina, con la escasez de costo, cada vez era más difícil llevar una vida aceptable. Hacine escupió entre los incisivos. Ya nadie decía ni mu. Elliot decidió por su cuenta liar un canuto.

Poco después de las tres de la tarde, el tiempo se volvió como una masa, densa y extensible hasta el infinito. Todos los días pasaba lo mismo. En las horas muertas de la tarde, un sopor inconcreto tomaba la barriada. Ya no se oía ni a los niños ni las teles por las ventanas abiertas. Hasta las torres parecían a punto de desplomarse, entre las brumas del calor. De tanto en tanto, una vespino trucada practicaba en el silencio una incisión precisa. Los chicos guiñaban los ojos y se limpiaban el sudor que les ennegrecía las gorras. Por dentro, el nerviosismo se marinaba bajo la tapadera. Estaban todos soñolientos, resentidos y con ese sabor ácido del tabaco en la lengua. Tendrían que haber estado en otro sitio, en una oficina climatizada, por qué no. O si no, en el mar.

Por su parte, Hacine le daba vueltas a la cabeza. Desde esa mañana no había visto ni a diez clientes. Seguramente habían aparecido otras fuentes de suministro. La oferta y la demanda obedecen a leyes magnéticas y seguramente se habían encontrado en otro lugar, como los amantes contrariados. Como se prolongara la escasez, a Hacine y sus colegas se la iban a dar bien dada, lo

perderían todo. Y por mucho que diera a entender que su hermano podía echarles un cable, en el fondo no se lo creía. El hijoputa ese hacía bisnes de verdad, con Peña de Bobigny, vivía en la región parisina y hacía lo menos tres años que no había vuelto a Heillange. No devolvía las llamadas. No se podía contar con él. Si la cosa seguía así, habría que hablar con los cabezudos. Esa gente siempre tenía apaños y circuitos. Pero no le hacía ninguna gracia. Ser camello con esa Peña era un peligro. Eran capaces de cualquier cosa. Follaban unos con otros, los muy degenerados; solo de pensarlo, Hacine se ponía malo.

Estaba rumiando todo aquello cuando apareció Fred. Era uno de esos yonkis auténticos, siempre flojo y afable. Hacine no podía con él. Sobre todo porque la basura esa creía que podía tomarse confianzas so pretexto de que, hacía tiempo, había conocido a los primos Bouali, que fueron los primeros en montar la distribución de costo en Heillange en los ochenta.

—Qué hay, hermano —dijo Fred.

—No tenemos nada. Pírate.

Todo sucedió como de costumbre. Fred no se dio por enterado y Hacine se puso cada vez más monosilábico. Fred se puso a mendigar, una chinita, solo una chinita. Los insultos se dispararon. Al final llegaron las amenazas y Fred accedió a largarse, lento y miserable. La sobriedad era su maldición. No había encontrado nada que hacer en la vida, ni oficio, ni mujer, ni crimen. Perduraba pobremente, alojado en casa de su madre. Gracias a Dios, esta alimentaba un abundante botiquín en el que Fred encontraba consuelo cuando ya no tenía nada que fumar. Aquí los médicos eran complacientes. Todo el valle estaba en cuidados paliativos, de algún modo.

—Por lo visto, también tiene sida —dijo Elliot, mientras miraba cómo desaparecía el invertebrado.

—Gilipolleces.

—Se está muriendo, eso se ve.

—Pues que se muera, el muy hijoputa.

Hacia las cinco, la chica de los coches de choque apareció con su madre, que llevaba el puesto de gofres. Las dos mujeres se pasaban el rato zampando churros y caramelos con el culo pegado a la silla, y, curiosamente, todo lo que la madre tenía de flaca, lo tenía la hija de gorda. En cuanto encendieron el grupo electrógeno, la pista se iluminó. La madre puso a calentar los moldes y encendió la máquina del algodón dulce. Un olor a azúcar caramelizado fue

llenando la explanada. Empezó a sonar la música.

Por su parte, los chicos, que habían pasado por sus respectivas casas, olían a gel de ducha, les brillaba el pelo y algunos se habían pasado con el desodorante. Se las daban de estar aburridos y de vuelta de todo, pero se les notaba mucho lo ansiosos que estaban. Por fin, llegaron ellas. De dos en dos, o en grupitos. Las chicas, que bajaban los ojos y se reían disimuladamente, con su melena negra y sus miradas de reojo. Se acomodaron al otro lado de la pista, en los bancos o acodadas en la barrera de seguridad. Venían de los otros barrios de Heillange o de Lambeck, Étange o incluso Mondeveaux, las que habían cogido el autobús. Tenían permiso porque estaban de vacaciones y a condición de no volver tarde. En el barrio no se ligaba porque todas las tías tenían la fatalidad de ser hermanas o hijas de alguien. Pero esas visitantes estaban autorizadas. Se presentaban todos los días gracias a ese simulacro de feria. Había que aprovechar.

Hacine fue el primero en ir a la caja. Compró diez fichas por 20 pavos. Detrás del cristal, la chica ya estaba sudando la gota gorda. Cuando reconoció la canción que sonaba por los altavoces, subió el volumen. Era un tema de Bryan Adams bastante ñoño y la madre alzó los ojos al cielo. Acababa de sacar los primeros gofres y se abanicaba con un periódico de anuncios por palabras. Los demás chicos ya estaban haciendo cola para comprar fichas. La cosa estaba en marcha.

Cuando gastó las primeras diez fichas, Hacine compró otras diez. Estuvo dando vueltas a la pista dos horas. Los colegas lo embestían. Él hacía lo mismo. Y todo ese rato, no dejó de pensar en la chica que estaba en el borde con dos amigas, la de los aros en las orejas y la manicura francesa. Ella lo seguía con los ojos. Cada vez que Hacine miraba hacia allí, desviaba la mirada. Todos los días esperaban a que pasara algo. Nunca sucedía. Él no sabía ni cómo se llamaba ella, nada. No se lo había contado a nadie. Poco antes de las ocho, la chica se marchó. Nunca se quedaba mucho rato.

Hacine salió de la pista y se fue al murito en el que transcurría su vida, asqueado. Elliot le preguntó que qué le pasaba.

—Nada, no me des la vara.

Además, Saïd y Steve habían conseguido que se subieran unas tías a su cochecito. Con lo ceporros que eran. Hacine escupió entre los incisivos. El retaco de Kader lo estaba mirando. Justo lo que no debería haber hecho.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué miras?

—Que nada.

—Deja de mirarme así, hijoputa.

Siguió igual un rato. A Kader no le quedó otra que bajar los ojos. Por encima de sus cabezas, el cielo estaba atrapado en la mandíbula que dibujaban las dos torres. En las fachadas, las ventanas abrían ojos angostos y bocas enfermas. Olía bien a gofres y Freddie Mercury cantaba *I Want to Break Free*. Hacine acabó abriéndose. Kader estaba negro porque se había llevado una bronca sin haber hecho nada.

—Buah, no sé qué le pasa. Ayer mismo estuvimos en una fiesta. Y estaba como loco.

—¿Y eso?

—Yo qué sé. Volcó la barbacoa. Los llamó a todos hijoputas.

—Ahí lleva razón. Son todos unos hijoputas.

—Ya te digo.

Se descojonaron. Eso no quitaba que a ratos uno se preguntara si estaría de la olla.

Hacine bajó la cuesta de la ZUP montado en la YZ, a toda velocidad, con el torso hacia delante. Enfiló hacia el centro con la tercera a fondo. Ahora el juego consistía en no frenar más. Para eso bastaba con anticipar los giros y acelerar al final de la curva. El motorcito crepitaba rabioso en las callejuelas. Según pasaba, la gente solo veía una silueta flaca y dos brazos filiformes saliendo de una camiseta extraancha. De esa visión y del malestar que le causaba enseguida sacaba conclusiones políticas. En el pecho de Hacine había un corazón de diecisiete años atrapado en alambre de espino. Por descontado, ni se planteaba pararse en los semáforos. No podía más. A ratos, la muerte parecía un destino envidiable.

Pronto llegó a la carretera departamental que se alargaba en línea recta hasta Étange y decidió pararse al borde de un campo con varias pacas de paja enormes. Dejó la burra y anduvo a través de los tallos secos. Andaba a buen paso, con el labio húmedo y los brazos desnudos balanceándose a lo largo del cuerpo. La lengua le sabía a moneda de cobre. Se abrió paso con un roce seco, dejando tras de sí una estela aplastada. Siguió hasta sentirse cansado y se apoyó contra un almiar, a la sombra. Entonces se sacó el Zippo del bolsillo y empezó a jugar con él. Lo abrió con el pulgar y lo encendió contra el vaquero.

El sol había aflojado y ahora difundía por el campo una luz envolvente y suave. Era un mechero viejo color bronce, como los de Vietnam. Se lo había mangado a un chaval durante la reválida de tercero. Todos los años, los alumnos de tercero de Hurlevent, un colegio privado del centro, iban a pasar el examen al Louis-Armand. Había que verlos cuando llegaban, con sus jerséis de Benetton. Los padres los dejaban allí lanzando miradas preocupadas a los edificios públicos y grises. Era como estar en el andén de una estación después del reclutamiento. Esa tradición republicana del examen en otro centro tenía ya unos cuantos años. Las primeras veces fueron bastante fructíferas entre los atracos variados y otras humillaciones compensatorias. Pero esa lucha de clases de baja intensidad no aportó nada más. Los ricachones de Hurlevent se fueron pasando la voz y ahora se dejaban en casa el reloj de la primera comunión; y tampoco era cosa de quitarles la cartera de colegial. La última vez, Hacine la tomó con unos melencos con camisetas rocanroleras. Así fue como se agenció el Zippo y dos cejillas. La llama azul olía bien a petróleo y encendió una brizna de la paja que había a sus pies. Prendió enseguida. A pesar de la tentación, Hacine sofocó el fuego con el pie. Aquel gusto a moneda de cobre se le extendía por la garganta. Una acidez se le subía al pecho y notó que la boca se le llenaba de saliva. Volvió a encender el mechero. El almiar prendió con un intenso crepitar de calor, un suspiro de humo. Las llamas subían, afiladas y voluptuosas. El olor era maravilloso. Retrocedió unos pasos para verlo mejor. El fuego ya estaba corriendo por el suelo para buscar su alimento más allá. Hacine respiraba a pleno pulmón. Empezó a sentir esa tranquilidad fulminante que le entraba cada vez. Por fin podía volver a casa. Cuando la moto arrancó, parecía que todo el valle estaba en llamas a su espalda.

—¿Has fumado otra vez? —dijo el anciano.

Como no encontraba sus llaves, Hacine había tenido que tocar el timbre para que su padre le abriese y allí estaba, con los talones desnudos asomando de las zapatillas, vestido de tela vaquera de arriba abajo y con el botón del cuello abrochado. En el rostro arrugado, los ojos resultaban inescrutables. Debajo de la nariz, una mata de pelos blancos se había escapado de la cuchilla de afeitar. Cada vez veía menos.

—Qué va —contestó Hacine—. ¿Vale? ¿Puedo pasar?

—Hueles a humo. ¿Fumas?

—¡Que te he dicho que no!

El padre frunció el ceño y se inclinó para olfatear la camiseta de su hijo. Aunque refunfuñando, le dejó sitio para pasar. Cuando estuvo dentro, Hacine se quitó las Nike. De la cocina llegaba el sonido de la olla a presión. Olía a patatas.

—Hay unos que han visto a tu hermano —dijo el padre, muy serio.

Tenía una hermosa voz, pedregosa y grave. Las palabras se quedaban sumergidas, como cantos rodados en un tamiz.

—Se lo habrán imaginado.

—Dicen que lo han visto.

El chico se volvió hacia su padre, cuya pupila había cobrado un contorno impreciso, un color opalino que suele ser síntoma de vejez. Pero solo tenía cincuenta y nueve años.

—¿Por qué lo iban a decir si no lo han visto?

—Yo qué sé. Se habrán confundido.

—Me han dicho que estaba aquí.

—Gilipolleces. Déjalo ya —gimoteó Hacine.

El hombre parecía preocupado. Llevaba ya mucho tiempo sin ver a su hijo mayor. A Hacine se le encogió el corazón. Él y su padre estaban atascados en el pasillo angosto. De la pared colgaban espejos, fotos viejas y objetos de allá; y en el suelo, los zapatos de ambos, alineados. Hacine habló de nuevo:

—¿Qué hay de cena?

—Lo de siempre. Anda, ven.

El padre volvió a los fogones. Doró dos filetes de carne picada en la sartén y subió el volumen de la radio porque la tapaba el chisporroteo de la carne. Luego apagó el fuego de la olla y se sentaron a la mesa. El padre bebía agua y el hijo se sirvió un vaso de granadina. Todavía no era de noche, pero la temperatura ya resultaba más soportable. Se notaba el olor del café que se había mantenido caliente todo el día. Comían sin hablar, con un codo apoyado en la mesa. Sonó el teléfono y Hacine corrió al cuarto de estar para cogerlo. Era su madre. Llamaba desde allá. Se dijeron unas palabras, pero la que más hablaba era ella. Le decía que hacía calor. Que se alegraba de volver a verlo pronto. Le preguntó si se estaba portando bien. Luego, el padre cogió el auricular y habló unos minutos con su mujer, en árabe. Hacine fue a encerrarse en su cuarto para no molestar.

Más tarde, el padre fue a verlo.

—¿Fuiste al ayuntamiento?

—Sí.

—¿Estaba el trabajo?

A pesar de que llevaba casi treinta y cinco años viviendo allí, el padre seguía sin dominar el francés, aunque sí que se le había pegado el acento basto del valle. Cada vez que abría la boca, a Hacine le entraban ganas de dejarlo plantado.

—Qué va, no había trabajo.

—¿No estaba el trabajo? Pero la mujer me dijo que de acuerdo.

El hombre entró en el cuarto para cerciorarse.

—No. No lo entendiste. Ella solo está ahí para ayudar a la gente que busca curro. Pero no tienen nada. No sirven para nada.

—¿Cómo?

—Me ayudó con mi currículo, nada más. Te digo que no sirve para nada.

—Ah.

Las cejas del padre se juntaron y farfulló algo inaudible en árabe. Por debajo del bigote, apenas se adivinaba el movimiento estrecho de los labios morenos. Hacine le pidió que lo repitiera.

—Hay que trabajar —afirmó el padre con repentina solemnidad.

—Ya. Lo que hace falta es curro.

—Se encuentra. Si quieres, lo encuentras —replicó el padre, convencidísimo.

—Seguro. Por cierto, voy a ir a hacer la compra el lunes por la mañana. En la nevera casi no hay nada.

—Sí, está bien.

Al viejo se le daba muy bien sermonear, pero cuando Hacine llenaba la nevera, se acababa la moralina. El chico se había puesto de pie. Dijo que iba a salir.

—¿Para ir dónde?

—No sé. Por ahí.

—¿Cómo que por ahí?

—No volveré tarde.

—Siempre vuelves tarde.

Hacine ya había salido de la habitación. En el pasillo se apresuró a calzarse y ponerse la chupa, pero no se libró de un último consejo.

—Ojo con hacer tonterías.

Hacine prometió que no las haría y se reunió con los colegas en la explanada. Kader estaba algo de morros. Hacine se metió con él, lo suficiente

para poner el contador a cero. Luego se pusieron a deambular mientras observaban la danza de los coches de choque. Elliot lio un dos papeles pequeño, no le quedaba casi nada. Para seis, se quedaba un poco corto. En lugar de relajar el ambiente, los irritó a todos.

—¿Qué hacemos? —dijo Saïd.

Era la pregunta ritual, la misma diez veces al día.

—Ni idea.

—Nos movemos.

—¿Nos movemos adónde?

—Vamos a movernos y ya veremos.

—Pues ve, no te duermas.

Cada uno trataba de sacarle todo lo posible al porro. A Mouss se la dieron bien dada, solo le llegó para apagar la colilla en el polvo.

Las feriantes no tardaron en cortar la electricidad y los últimos clientes se dispersaron en la oscuridad. Las dos mujeres también se marcharon, con la caja, despidiéndose de los chicos con la mano. Los edificios componían ahora un paisaje de líneas rectas salpicadas de destellos azules. La edad de la barriada se diluía en la noche. Solo quedaban moles, aristas, ventanas iluminadas y el aburrimiento otra vez.

—Joder, menudo tostón..

—Hostia puta, ¿qué hacemos?

—Hazte otro porro, por lo menos.

—No, casi no me queda nada.

—Vas a pillar mañana, venga.

—Ya veremos mañana.

—No seas cabrón, nos la pela.

—Mañana y punto.

La jornada tocaba a su fin. El lunes, Hacine vería cómo vender la burra. Conocía a un chatarrero. Le sacaría al menos 500 pavos.

¹⁶ 8.º de EGB (actualmente, 2.º de ESO).

¹⁷ Agence Nationale Pour l'Emploi (Agencia Nacional de Empleo).

Cuando los primos llegaron a casa de Anthony, ya estaba muy entrada la mañana. Se sentían sucios y desfallecidos. Por si fuera poco, el padre los estaba esperando sentado al volante de la camioneta. También estaba allí el vecino, en pantalón corto y Birkenstock, con un vaso de café humeante en la mano. Al verlos llegar juntos, se echó a reír, más para desdramatizar que para otra cosa. En la radio de la camioneta, una voz nasal repetía *stop ou encore*¹⁸.

—¿Dónde estabais, par de atontados?

El padre miró al cielo por encima de las Vuarnet como si quisiera deducir la hora por la posición del sol. Los chicos se habían parado a una buena distancia, con los brazos colgando.

—Sí que tienes unos buenos pájaros —dijo el vecino.

El padre se aclaró la garganta y cogió una botella de agua que tenía al alcance de la mano en el asiento. Se bebió puede que la mitad antes de soltarla. Por lo visto, tampoco él estaba en su mejor momento. Volvió a carraspear y tosió.

—Llevo las horas muertas esperándote. ¿Dónde te habías metido?

—Es sábado —dijo Anthony.

—¿Y qué? ¿Por eso tienes permiso para pasar la noche fuera?

Los chicos habían andado mucho para volver desde Drimblois, levantando el pulgar cada vez que pasaba un coche. En total no habían cruzado ni cien palabras en todo el trayecto. A Anthony le estaban entrando ganas de potar.

—Solo son críos —dijo el vecino, bondadoso—. No es para tanto.

—Ya —dijo el padre—. Si no te importa, voy a ocuparme de mis propios asuntos.

El vecino pilló la indirecta y el padre bajó de un salto de la cabina de la Iveco. Llevaba las botas de seguridad, unos bermudas vaqueros y una camiseta que le dejaba los brazos al aire. Se buscó el tabaco en los bolsillos y los chicos vieron los nudos que formaban los tendones y los deltoides bajo la piel bronceada.

—Yo me voy a ir yendo —dijo el vecino.

El padre hizo como que no lo había oído. Después de encender el pitillo, continuó con Anthony.

—¿Y bien? ¿Tienes alguna explicación?

—Bueno, pues os dejo —volvió a decir el vecino.

Le costaba mantener la sonrisa. Levantó la mano de los dedos cortados para despedirse.

—Ya. Saludos a Évelyne —dijo el padre.

De su parte. Se alejó remoloneando. La circunferencia de sus pantorrillas era absolutamente escandalosa. Una vez que se hizo un análisis de sangre descubrió que tenía una tasa de colesterol sobrehumana. Estuvo tres días sin pegar ojo, pero no por ello se moderó con el embutido. De todas formas, de algo hay que morir. El padre se quitó una hebra de tabaco de la punta de la lengua. Anthony podía verse en sus gafas de sol, deformado y no muy animado.

—¿Y bien?

—Estábamos en casa de unos amigos. Bebimos un poco. Nos pareció mejor dormir allí.

Una sonrisa ambigua se dibujó en los labios del padre, que se volvió hacia el primo.

—En tu casa te deben de estar esperando.

Los dos chicos tuvieron un momento para darse una palmada en la mano y el primo salió por pies a su vez. Anthony se quedó solo, con su resaca, al sol y ante la mirada de su padre.

—¿Qué son esas zalamerías que os traéis? ¿Ahora os dais la mano como los moros?

Anthony no abrió el pico. Estaba pensando en el hueco que había al fondo del garaje.

—Venga, sube —dijo el padre—. Tenemos faena.

—¿Puedo ducharme antes?

—Te he dicho que subas.

Anthony obedeció. Su padre agarró el volante. El camión se puso en marcha mientras Anthony se acodaba en la ventanilla para que le diera el aire.

—Ponte el cinturón. No quiero que me casquen una multa, de propina.

Al salir de la urbanización, el padre ya había metido la cuarta y casi iba a 80. Apenas se molestó en levantar el pie cuando pasaron por los badenes que había antes de llegar a la escuela primaria colindante con el parque de bomberos. Anthony notó un náusea y pensó que iba a echar la pota. Tenían que pararse, al menos un minuto, a tomar el aire. Se volvió hacia su viejo. Pero

este miraba fijamente la carretera y tenía las manos cuadradas pegadas al volante, con un pitillo entre los dedos índice y corazón. En las gafas de sol, el cielo se deslizaba sin fin. Salieron de la ciudad y Anthony tardó aún diez minutos en reunir el valor necesario.

—Tienes que parar.

El padre lo miró.

—¿Estás bien?

—No.

En efecto, el chico estaba blanco como el papel. La camioneta se detuvo en el arcén con un quejido hidráulico. Anthony bajó de un salto del habitáculo. No pudo ni dar tres pasos y vomitó todo lo que tenía en el estómago. Cuando se enderezó, estaba sudando la gota gorda. Usó el polo para limpiarse la cara y la boca. La venda de la mano derecha estaba negra de mugre. Ante él, la carretera departamental que llevaba hacia Étange, Lameck, Thioville y, más allá, a Luxemburgo se estiraba hasta perderse de vista. Un Fiat Panda pasó zumbando y vio venir de muy lejos a un viejecito en vespino que tiraba de un carro. El rumor agudo fue creciendo, el viejecito pasó, regió, con los ojos clavados en el horizonte y un casco redondo en la cabeza. Al seguirlo con los ojos, Anthony se topó con el retrovisor de la camioneta. Vio la mandíbula del padre, el cuello, el hombro nervudo y las primeras canas en la nuca. Escupió para quitarse el sabor amargo de la boca y volvió al camión.

—¿Mejor? —preguntó el padre.

—Sí.

—Toma.

Anthony cogió la botella de agua y estuvo un buen rato bebiendo. El camión retomó la marcha. Del asfalto se elevaban ya los espejos borrosos del calor. Curiosamente, no volvieron a ver al viejecito de la vespino, como si se hubiera volatilizado. En la radio, el locutor les deseaba que disfrutaran mucho a los veraneantes de agosto y, a los de julio que volvían al tajo el lunes, mucho ánimo. A continuación, las primeras notas de *J'aime regarder les filles* sonaron en el habitáculo.

—¿Tú sabes qué trama tu madre algunas veces?

—¿Cómo?

El padre se quitó las gafas y se pasó las manos por la cara y la nuca. Luego soltó un momento el volante para estirarse. La camioneta corría ahora a buen ritmo entre prados y campos de colza de un amarillo brutal. Las líneas de alta tensión ponían, de tanto en tanto, una tachadura en la fluidez del paisaje.

—Lo ha dejado para esta mañana. Y encima tú lo jodes más pasando la noche fuera.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —dijo el padre muy seco.

Y, al cabo de un silencio, añadió:

—En cualquier caso, si se quiere ir, no voy a ser yo quien se lo impida.

Siguieron adelante. En casa, las peleas podían desencadenarse por cualquier motivo, la mirada de un hombre, el programa de la tele o una palabra más alta que otra. Hélène sabía apretar donde dolía. A su padre le faltaban las palabras. Anthony se dijo que si volvía a levantar la mano a su madre, lo mataría. Ahora ya tenía casi la fuerza necesaria. Se sentía aplatanado y con ciertas ganas de llorar. Y la moto, joder.

Cuarenta minutos después llegaron delante de una casa de ricos en un lugar que llamaban La Grange¹⁹. Cabía preguntarse qué pintaba ahí, con la fachada simétrica y el tejado de pizarra, el reloj solar y la gravilla blanca en torno. En los alrededores solo había granjas largas y estrechas, la mayoría abandonadas, bosques, restos de tiendecitas y carcasas de vehículos agrícolas.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Anthony.

—Ni idea. Me manda una agencia inmobiliaria. Hay que cortar el césped y podar los setos, que quede de revista. Van a venderla.

Un cartel colgado en la verja, donde ponía «Vendida», lo contradecía. Desde hacía una temporada, los puebluchos fantasma cercanos a la frontera vivían un renacer inesperado. El mérito era de Luxemburgo, que desde siempre padecía una escasez crónica de mano de obra y, de forma natural, iba a buscar al país vecino los brazos y las cabezas que le faltaban. Y de ese modo, un montón de gente acababa desplazándose al extranjero todos los días para ir a trabajar. Allí había buenos sueldos pero pocas coberturas. Así que la gente vivía a caballo, con el trabajo de un lado y todo lo demás del otro. Y por efecto de esta perfusión transfronteriza, revivían territorios moribundos, se salvaba una escuela, un panadero se establecía al pie de una iglesia zombi y las casas crecían de repente como setas en pleno campo. Un mundo entero brotaba de la tierra como por arte de magia. Y todas las mañanas y todas las tardes, las procesiones de trabajadores ojerosos abarrotaban los trenes, se amontonaban en la carretera e iban a buscar más allá su medio de vida. La economía había encontrado nuevas vías subterráneas para desarrollarse.

El padre se encargó de los setos mientras Anthony cortaba el césped. Con el ronroneo de la máquina, el chico no tardó en quedarse atontado y olvidarse de sus problemas. Cuando el sol estuvo a bastante altura, se quitó el polo y los zapatos. Las briznas de hierba se le pegaban al sudor, el torso y la cara. Aunque le picaba, si empezaba a rascarse no podría parar. Empujaba la pesada máquina zumbadora, tiraba de ella y rodeaba los árboles sin pensar en nada. De vez en cuando, se miraba los pies desnudos en la hierba seca y pensaba que podría escurrirse. Al fin y al cabo, hacía calor y estaba hecho polvo, así es como pasan los accidentes. El pie se le metería directamente en la cuchilla, que seguiría girando a tres mil revoluciones por minuto sin inmutarse. Curiosamente, aquella idea lo animó. A menudo, la sangre se parecía a una escapatoria.

Hacia las tres, el padre lo llamó para comer. Anthony casi había terminado y subía hacia la terraza con una agradable sensación de deber cumplido, sudoroso y cubierto de hierba. El padre le indicó por señas que lo esperase y lo alcanzó:

—Sígueme.

Dieron la vuelta a la casa para llegar delante del garaje. Allí, el padre enchufó una manguera a un grifo que salía de la pared y, después de unos carraspeos, el agua empezó a correr abundantemente hacia el suelo.

—Desnúdate —dijo el padre.

—¿Qué?

—Que te desnudes, hombre. No vas a comer estando así.

—No me voy a despelotar así por las buenas.

—No discutas. Piensa que yo no estoy aquí y listo.

El chico se quitó los vaqueros y los calzoncillos y se tapó la entrepierna con las manos.

—¿Te crees que me importa algo tu pilila?

El padre empezó a enjuagarlo. Para dar más presión al agua, tapaba el extremo de la manguera con el pulgar. Salía un chorro intenso y lacerante. Al principio resultó desagradable e incluso bastante bochornoso, hasta que, progresivamente, Anthony se acostumbró y el agua fresca le hizo efecto. El padre insistió en la nuca y la cabeza, a ver si se le aclaraban las ideas.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¿A que sienta bien?

—Sí.

El padre cortó el agua y enrolló la manguera.

—Bueno, comemos deprisita y luego me echas una mano para rematar los setos.

Volvieron a la terraza y el padre le dio un bocata. Salchichón con mantequilla. La neverita portátil que había traído estaba medio llena de birras.

—¿Quieres un trago?

—Sí.

El padre le sirvió y se sentaron en el césped, a la sombra de un cerezo. El olor a hierba cortada era delicioso. Por encima de sus cabezas, la luz jugaba a través del ramaje. Se bebieron la cerveza cruzando algunas palabras. Antes de comerse el tentempié, el padre vació la segunda. Estaba contento de cómo progresaba el trabajo.

—No hay nada como un vago cuando se pone manos a la obra.

Anthony sonrió. Al final, también él estaba bastante contento. Ahora disfrutaba de la tranquilidad del campo. La comida le había sentado bien y también el trabajo. Le gustaba trabajar al aire libre. Le gustaba cuando el viejo estaba satisfecho. No pasaba muy a menudo.

—No debería haberte contado eso, hace un rato.

El viejo estaba ahí mismo, sentado, muy sereno. Se tocó la mejilla mal afeitada, que produjo un hermoso sonido varonil, suave y tranquilizador. Hablaba de sus movidas con Hélène. Debía de haber montado una buena y ya se estaba arrepintiendo.

—De todas formas, se arreglará.

El padre se aclaró la garganta y se puso a buscar el tabaco. Era todo por hoy. Luego se puso de pie, recogió los guantes y se metió un cigarrillo entre los labios.

—Bueno... Se acabó lo que se daba...

Y Anthony lo miró mientras iba a seguir currando, con los guantes en la mano y el humo saliéndole de la nariz. En momentos así, casi se olvidaba de hasta dónde podía llegar.

Tardaron aún tres horas largas en acabar el seto. Antes de marcharse, se pararon a fumar un último cigarrillo mientras contemplaban el resultado de su trabajo. Se lo habían currado, la casa estaba limpia, todo estaba impoluto y renovado, y a Anthony no le habría importado quedarse allí, disfrutando del silencio y de la presencia tranquila de su padre. Pero aún tenían un buen trecho para volver. Recogieron la herramienta y volvieron a cerrar la verja. Anthony casi se había olvidado de aquella historia. La fiesta de Drimblois le parecía

muy lejana en el tiempo. Tiene gracia lo fácil que se le olvidan a uno las cosas cuando está ocupado. El drama se había diluido con el esfuerzo y el sudor. Ya casi no se sentía culpable. Hasta que pensó en su madre. Había tenido el día entero para rumiarlo todo. No se atrevía a imaginar cómo debía de estar.

En el trayecto de vuelta, acabó quedándose dormido con la cabeza apoyada en el cristal, que vibraba suavemente. Cuando se despertó, ya casi habían llegado. El padre decidió abrir el melón.

—Entonces, ¿qué estuviste haciendo anoche?

—Ya te lo he dicho, fuimos a una fiesta.

—¿Y?

—Y nada. Lo que es una fiesta.

—¿Dónde era?

Drimblois estaba demasiado lejos. Si decía la verdad, el padre querría saber cómo se las habían arreglado para ir. Quién los había llevado de vuelta.

—En el centro —dijo Anthony.

—¿En casa de quién?

—No lo sé muy bien. Unos pijitos.

—¿De qué los conoces?

—Por el primo.

Al cabo de un silencio, el padre le preguntó si había chicas.

—Sí.

Transcurrió casi un minuto antes de que el padre retomara la palabra.

—En cualquier caso, es la última vez que pasas la noche fuera. Tu madre estaba medio pirada esta mañana. Como me vuelvas a hacer algo así, me tendré que ocupar de ti.

Anthony miró a su padre. Tenía un rostro de hombre cansado que bebía demasiado y dormía mal, engañoso como el mar. A Anthony le gustaba ese rostro.

Se encontraron a Hélène sentada en la cocina, a la luz del tubo fluorescente, hojeando la programación de la tele mientras fumaba un cigarrillo.

—Qué bien huele —dijo el padre acercándose una silla para sentarse—. ¿Qué hay de cena?

Hélène sacudió la ceniza y aplastó el cigarrillo. Fumaba Winston. En el cenicero debía de haber como veinticinco colillas. Anthony ni siquiera se atrevió a mirarla. Llevaba las gafas de ver, cosa que nunca era buen síntoma.

—Patatas —dijo—. Con huevos y ensalada.

—Estupendo —dijo el padre. Y luego, dirigiéndose a Anthony—: ¿Tú no tienes nada que decir?

Anthony sabía cómo debía de estar consumiéndose por dentro. Sentía su hostilidad por encima de la mesa. Aquel rostro fruncido, del que habían desaparecido los labios.

—Lo siento —dijo.

—¿Sabes que vomitó a la ida? —encadenó el padre.

—De todas formas, lo de salir se ha terminado —dijo la madre.

Su intención era decirlo de forma lapidaria, pero se le quebró la voz a la mitad. El padre le preguntó si estaba bien.

—Sí. Estoy cansada.

—¿Lo ves? —dijo el padre, tomando al hijo por testigo.

—Yo también estoy reventado —dijo Anthony—. Me voy a la cama.

—De momento, vas a comer —dijo el padre—. Cuando uno trabaja, tiene que comer.

No admitía réplica. Anthony se sentó a la mesa y la madre les sirvió. Las patatas estaban tiernas; los huevos, viscosos y salados. Anthony se zampó la comida a toda prisa. Por su parte, su padre parecía estar de un humor excelente, como sucedía tantas veces cuando el día había quedado atrás. O bien tenía algo de lo que arrepentirse y prefería olvidarlo. Se puso a hablar de los próximos encargos. Tenía el verano casi cubierto, le faltaba muy poco para trabajar a tiempo completo. A punto estaba de creerse que el negocio iba viento en popa. Le preguntó a su mujer si quedaba algo que beber. Hélène fue a llenarle un vaso grande de vino, directamente del *cubi*.

—¿Sigue siendo el de la barbacoa?

—Sí.

—Está bueno, habrá que comprar más.

—No sé yo si merece la pena comprar tintorro de cinco en cinco litros.

El padre pegó un buen trago y suspiró de gusto. Anthony había vaciado su plato. Se puso de pie.

—Espera un segundo —dijo el padre.

Anthony se quedó inmóvil. Su madre había empezado a meter las patatas que habían sobrado en un táper. Incluso de espaldas, solo por los gestos, se le notaba la preocupación.

—Esta noche echan una buena peli en la tele.

Y mirando la programación para estar seguro, añadió:

—*Los violentos de Kelly*. Puntuación de tres sietes.

—No —contestó Anthony—. Estoy matado. Me voy al sobre.

—Ay, cómo está la juventud...

Cuando estuvo en su cuarto, el chico se desnudó rápidamente y se metió la cama sin ni siquiera ducharse. Tenía la esperanza de dormirse enseguida y olvidarse de todo. Apagó la luz y cerró los ojos. Al otro extremo del pasillo podía oír a sus padres hablar mientras fregaban los cacharros. El viejo debía de haberse tomado otro vaso de vino. Se le notaba en la voz, que le salía de prisa y algo quejumbrosa. Su madre se limitaba a contestar sí o no. En un momento dado debió de mandarlo a paseo porque se oyó «mierda, no vamos a volver a lo mismo», y luego, nada. A continuación alguien encendió la tele en el salón. Casi enseguida reconoció los pasos de su madre en el pasillo. Entró sin llamar.

—Bueno, ¿qué es todo esto? ¿Qué ha pasado?

Hablaba muy bajito. Como Anthony seguía tumbado sin reaccionar, Hélène cerró la puerta y se sentó en la cama.

—¿Qué habéis hecho con la moto?

Lo meneó.

—Anthony...

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿Qué me estás contando?

Era demasiado largo, demasiado complicado. Anthony quería dormir; eso fue lo que le dijo.

Entonces la madre le pegó. Con la mano abierta, cayendo desde arriba sobre la cara del hijo. En el cuartito con las contraventanas cerradas, la bofetada sonó como una pistola de pistones. Anthony se incorporó y agarró a su madre por la muñeca antes de que le soltara otra. Le zumbaba el oído.

—¡Eh, te has vuelto loca!

—¿Te das cuenta? —dijo ella—. Pero ¿tú te das cuenta?

Hablaba con una voz casi inaudible, para sí misma. O puede que con Dios.

—Yo no he hecho nada —gimoteó Anthony—. Cuando salimos, ya no estaba.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Y ahora qué hacemos?

Algo crujió fuera de la casa, un ruido seco, de viga, o puede que de pasos, y la madre se tensó, girando bruscamente la cabeza hacia la puerta.

—Mamá...

Tuvo que llamarla otra vez para sacarla del pasmo. Cuando se volvió hacia

él, tenía los ojos grandes húmedos y desorbitados y le temblaban las manos.

—Lo siento mucho, mamá.

Hélène se secó las mejillas enseguida, sorbió y se estiró el bajo de la camiseta. Se había puesto de pie.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Anthony.

—No lo sé. Tenemos que encontrarla. No nos queda otra.

Y antes de marcharse del cuarto, dejó caer una última frase.

—Si no, esta familia está jodida.

¹⁸ Estribillo de la canción *Stop ou encore* de Plastic Bertrand.

¹⁹ Literalmente, «el granero».

Anthony tenía muchas esperanzas puestas en el primo para salir de aquella; se equivocaba.

El domingo se pasó el día intentando dar con él, hasta fue a su casa, sin resultado. El lunes, más de lo mismo, el primo seguía ilocalizable.

Si se paraba a pensarlo, el primo no era muy de fiar. Pero el tiempo se le echaba encima y Anthony sabía que no lo conseguiría solo. Cada vez que entraba en el garaje, se fijaba en el hueco de debajo de la lona y se quedaba ahí plantado dudando entre fugarse o pegarse un tiro.

Por suerte, su madre había echado mano de una caja vieja de Xanax, que se tomaba antes de dormir y la dejaba grogui hasta el mediodía. El domingo por la mañana, a la hora de desayunar, se había pasado cinco minutos indecisa delante de un armario de la cocina abierto, sin saber si quería coger el pan tostado o el pan de molde. Y el lunes volvió al curro sin ponerse las lentillas y, sobre todo, los tacones. A Patrick no se le pasó ese estado semicomatoso, pero había zanjado de una vez por todas el problema de los estados de ánimo de Hélène: era una mujer complicada.

Por fin, el primo reapareció el martes. Anthony lo encontró en el cuarto de baño de su casa, en calzoncillos y con el torso desnudo. Acababa de salir de la ducha y se estaba poniendo gel en el pelo.

—¿Dónde estabas? Llevo tres días buscándote.

—Tenía cosas que hacer.

Anthony no daba crédito. Cómo se podía ser tan pasota. El primo acabó de arreglarse tranquilamente. Se lavó los dientes y se puso una camiseta. Por último, subieron al piso de arriba. El cuarto estaba especialmente ordenado. El primo puso música, como siempre. Aún no eran las doce, muy pronto para fumar. Anthony no se atrevía ni a sentarse. Se quedó esperando, con las manos en los bolsillos.

—Déjalo ya —dijo el primo—. Siéntate.

—Esto es un marrón que te cagas. No sé qué hacer.

El primo se estaba cortando las uñas con la ventana abierta. Unos pájaros

piaban muy cerca. El tío del tiempo había anunciado un calor récord, pero corría un poco de aire que movía las cortinas y la temperatura era muy soportable. Anthony se dejó caer en la cama y se quedó mirando el techo.

—Despídete de la burra esa —dijo el primo al cabo de un rato.

—¿Y eso?

—A estas horas, se habrá ido.

—¿Ido dónde?

Con un gesto elíptico el primo aludió a parajes lejanos. Había circuitos que, pasando por Marsella, llegaban hasta Argelia e incluso más allá. Lo había visto en *Le Droit de savoir*²⁰. Tíos que te desmontaban la Peugeot en un pispás y te la encontrabas en piezas sueltas hasta en Bamako. Anthony no lo ponía en duda, pero no tenía nada que ver con la YZ de su viejo.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Yo qué sé. Ir a ver al Largo.

El primo sopló del borde de la ventana los pedacitos de uña que habían caído y luego se volvió hacia Anthony. Desde que llegó, no lo había mirado a la cara ni una sola vez.

—No servirá de nada. Se lo tienes que decir a tu viejo y punto.

Para Anthony eso era inconcebible.

Una vez, en la autopista, mientras su padre estaba adelantando a un camión, una berlina alemana que venía detrás se puso a pitarle. Debía de ir a 200 y le había hecho ráfagas al padre desde muy lejos para que se echara a la derecha. Hélène y el crío se habían dado la vuelta para mirar. Era un coche realmente prodigioso, negro, rugiente, torneado como un obús. Probablemente un Mercedes, Anthony ya no se acordaba. Pero en lugar de echarse a la derecha, el padre levantó el pie para mantenerse a la altura del camión. No se le movió ni un músculo de la cara. Aguantó así al menos cinco minutos. Que resultaron muy largos en un Lancia con un V6 en el culo.

—Patrick, déjalo ya —dijo la madre.

—Cierra el pico.

El ambiente se puso tan tenso que tuvieron que entreabrir las ventanillas para disipar el vaho. Aquel episodio fastidió el principio de las vacaciones. A la vuelta, la familia cogió la ruta alternativa.

Entonces Anthony machacó al primo. Insistió. Era su única oportunidad. El primo acabó cediendo. Irían a ver al Largo.

Así pues, hacia las dos llegaron a la Fábrica. El viento había parado y el valle volvía a ser una auténtica sartén. El aire parecía denso, y el asfalto, pegajoso. Todo pringaba. Poco antes de llegar al bareto, el primo le explicó cómo iba:

—Te aviso. Lo liquidamos deprisita. No me apetece pasarme aquí el día.

—Vale.

—Entrar y salir.

—De acuerdo.

—Y déjame hablar a mí.

El Café de la Fábrica estaba enfrente del H4, el alto horno que había aguantado más tiempo, en una calle recta, de doble sentido, que conducía al cementerio. Dentro, la temperatura se acercaba a los 35 °C y los clientes de la barra parecían parte del decorado. Había cinco. Anthony los conocía a todos por su nombre. La puerta se cerró tras ellos y fue como si se apagara una vela.

—Muy buenas, jóvenes —dijo la dueña.

Los chicos le devolvieron el saludo mientras se les acostumbraban los ojos a la penumbra. Tres ventiladores removían el aire con un ronroneo soporífero. Los consumidores estaban encaramados a unas banquetas, menos Rudi, que prefería el banco de escay del fondo. Una extraña elección dado que iba en pantalón corto.

Los chicos se acercaron a la barra, no muy convencidos. Las miradas de párpados pesados se desviaron. Alguien sorbió. Algunos esbozaron un ademán por educación. En conjunto, el ambiente recordaba mucho al del museo Grévin²¹.

—¿Qué os contáis? —preguntó la dueña.

—Nada del otro mundo.

El primo se acodó sobre la superficie de zinc y se inclinó para darle un beso. Anthony se quedó un paso por detrás. Se sentía a disgusto y acabó dándose cuenta de que Rudi lo espiaba desde el banco. El hombre respiraba deprisa, con la boca abierta y la misma expresión atónita de siempre. El remolino de punta que le coronaba la cabeza acentuaba el aspecto pasmado. Ese día llevaba una camiseta de Castorama²² nuevecita, de un azul bastante magnético. De repente, gritó:

—¡Qué calor!

—¡Eh! —soltó la dueña con autoridad.

Rudi dio un respingo y bebió un trago de cerveza. Se quedó mirando al vacío, jadeante aún. Decían que de pequeño había tenido meningitis.

—No le hagáis ni caso —les aconsejó la dueña.

Luego, dirigiéndose a Anthony, le preguntó si se había vuelto un estirado o qué. No, no, contestó el chico, y le dio un beso a su vez.

—Y tu padre, ¿qué tal? Ya no lo vemos.

—Ya, está ocupado.

—Salúdalo de mi parte.

—Vale.

—Dile que a ver si se pasa.

Era poco probable, con la cuenta que había dejado.

—Bueno, ¿qué os pongo, caballeros?

—Solo hemos venido a ver al Largo —dijo el primo—. ¿No está aquí?

—¿Manu? Debe de estar detrás, jugando al billar.

Y gritó «¡Manu!» abriendo mucho la U. Seguía siendo de Schiltigheim, con acento y todo. Los clientes no se inmutaron. Iban bebiendo por turno un traguito de cerveza y se volvían a enfrascar en sus pensamientos, ahorrativos y linfáticos.

Cuando lo llamaron por segunda vez, el Largo apareció por fin, con un taco de billar en la mano.

—Han venido a verte —dijo la dueña.

Pero Manu ya había visto a los chicos y se acercaba corriendo para darles la mano.

—Hombre —dijo Manu, mostrando unos dientes de un blanco mineral, todos falsos—. ¿Otra vez por aquí?

—Ya ves —dijo el primo.

—Te daba por muerto. ¿A qué te dedicas?

—A nada del otro mundo. De vacaciones. Nada más.

—¿Ah, sí?

Cruzaron unos cuantos comentarios más del mismo estilo, ácidos, con doble sentido, y luego el Largo pidió tres birras. Él y el primo habían trapicheado bastante una temporada y luego, progresivamente, las cosas fueron degenerando. Fue sobre todo el primo el que se distanció porque Manu era un tío raro, posesivo, y casi siempre estaba hasta arriba de coca. Se notaba entre ellos un mar de fondo complicado. Cuando Manu terminó de pincharle, se volvió hacia Anthony y le preguntó por su viejo.

—Está bien. Tranquilo.

—¿Encontró trabajo?

—Se lo ha montado por su cuenta.

—¿Montado qué?

—Ahora es paisajista.

Manu se alegró de la noticia. Cathy había dejado encima de la barra tres tercios de Kronenbourg abiertos. Estaban rociados de gotitas, como si estuvieran a pleno sol. Anthony notó que se le llenaba la boca de saliva. El Largo pagó y repartió las birras. Brindaron por que el padre tuviera éxito. El frescor de la cerveza los atravesó de lado a lado. Era intenso, verde, como estar en primavera.

—No hay nada como esto —dijo Manu.

Su botellín ya estaba casi vacío.

—Queríamos hablar contigo.

—¿Ah, sí?

Y el Largo empezó a descojonarse, con esa risa tan rara que tenía. Parecía un gañido. Con esos dientes perfectos en la cara sudorosa.

—¿Podemos ir fuera? —preguntó el primo.

—Aquí estamos bien.

Hacía tiempo que Manu había establecido su cuartel general en el Café de la Fábrica. Vivía muy cerca y se pasaba la vida allí, jugando al billar o a los dardos, ahí sentado para beber y ver a los colegas. Se sentía como en casa, tanto que le había ofrecido a Cathy echar una mano para renovar el local. Ella lo había rechazado, aunque el bareto vegetaba en su jugo desde hacía casi diez años, sin una mano de pintura ni aire acondicionado, la limpieza y gracias.

Era un lugar histórico. Los habituales lo llamaban la Fábrica; los demás, ni iban. Bebían en silencio hasta las cinco de la tarde y luego ya se soltaban. Colgados, divertidos o malas personas, cada cual actuaba según su temperamento. Cathy los llevaba a todos con mano firme. La policía nunca iba, porque ella sabía cómo ocuparse de los borrachos. De vez en cuando, si estaba de buen humor, ponía un cedé de Joe Dassin y entonces se intuía, enterrada en el maquillaje, a la jovencita que había sido.

—Ya, pero prefiero que salgamos —insistió el primo.

—Bueno...

Se acabaron la birra antes de trasladarse.

Rudi, que no había perdido nada de la escena, cobró vida de repente, estirándose el cuello de la camiseta y alzando las manos.

—¿Dónde vais?

Una vez más, había hablado demasiado alto y la dueña le aconsejó que se calmase o si no tendría que ir a beber a otra parte.

—Por ahí —contestó Manu—. Volvemos enseguida.

—¿Puedo ir yo? —preguntó Rudi, nervioso.

—Quédate aquí. Ya te he dicho que vamos a volver.

—Esperadme...

Rudi había empezado a despegarse del banco, no sin esfuerzo.

—Te he dicho que te quedas —dijo el Largo—. Ahora vuelvo. No hace falta que te agobies.

Los habituales disfrutaban del espectáculo sin muchas expectativas. Manu estaba junto a la puerta. La verdad es que tenía una pinta muy chungu con los vaqueros ceñidos y las Dr. Martens. Llevaba una camiseta de Jack Daniel's picada de agujeritos y más oscura en los sobacos. Lo que más llamaba la atención era ese corte de futbolista, con el pelo más largo en la nuca y casi rapado en las sienes. Era difícil saber qué edad tenía. La dueña prometió echarle un ojo a Rudi, que se tranquilizó.

Cuando Manu y los chicos salieron, la luz los golpeó por sorpresa. El Largo guiñaba tanto los ojos que ni se le veían.

—A ver, ¿qué secretitos os traéis?

El primo iba a tirarse a la piscina, pero el Largo alzó la mano.

—¿No lo oís?

La calle les pasaba por delante, desierta, flanqueada de casas de ladrillo mediocres. Los escasos escaparates estaban pintados de blanco. En la acera de enfrente, el alto horno alzaba su estructura resonante en el aire vibrante de calor. A su alrededor proliferaban una jungla de óxido y un amontonamiento de cañerías, ladrillos, pernos y enrejados de acero, todo un revoltijo de escaleras y corredores, tuberías y escalerillas, naves y cabinas abandonadas.

—¿Eh? —insistió el Largo.

En efecto, a intervalos regulares se oía «cling» y «dong» a lo lejos.

—¿Qué es eso?

—Críos jugando con tirachinas. Están totalmente de la olla. Se disparan con rodamientos de acero. Ahí dentro parece un colador. Cualquier día se hunde todo.

—¿No hay nadie que lo impida?

—¿Para qué?

Durante todo un siglo, los altos hornos de Heillange habían absorbido todos los recursos de la región, abarcando con un único movimiento seres, horas y materias primas. Por un extremo, las vagonetas traían combustible y

mineral por las vías. Por el otro, los lingotes salían por el raíl antes de iniciar por transporte fluvial su lento recorrido por Europa.

El cuerpo insaciable de la fábrica había durado cuanto había podido, en la encrucijada de caminos, alimentándose de carreteras y fatigas, nutriéndose de toda una red de conductos que, cuando cayeron en desuso y los vendieron al peso, dejaron en la ciudad aberturas crueles. Aquellos socavones fantasmagóricos atizaban las memorias, al igual que el balasto cubierto de hierbajos, los carteles publicitarios que palidecían en las paredes y los paneles indicadores cuajados de perdigonazos.

Anthony se sabía muy bien esa historia. Se la habían contado toda su infancia. Por debajo del tragante, la tierra se convertía en metal fundido a 1.800 °C, en un desbordamiento de calor que engendraba muertes y orgullo. Esa fábrica suya se había pasado seis generaciones aullando, gimiendo y quemando, hasta por la noche. Interrumpirla habría costado un ojo de la cara; traía más a cuenta arrancar a los hombres de su cama y de los brazos de su mujer. Y al final, solo quedaba eso, unas siluetas rojizas, una tapia y una verja cerrada con un candadito. El año anterior habían inaugurado allí una exposición de pintura. Un candidato a la Asamblea Nacional había propuesto convertirla en parque temático. Unos críos se la cargaban a golpe de tirachinas.

—El otro día vinieron los bomberos —contó el Largo—. Encontraron a un chavalín medio muerto. Le habían dado de lleno en la sien.

—¿Ah, sí?

—Pues sí.

—¿Y qué pasó?

—Ni idea, no leo el periódico.

—¿Quién era?

—Uno de esos críos raros de Hennicourt. Por lo visto sangraba a chorros cuando lo encontraron.

—Esos lo aguantan todo. Seguro que se salvó.

Ese sarcasmo, habitual cuando se hablaba de los cabezudos, a Manu no le hizo gracia. Su padre había trabajado en Metalor desde que terminó la escuela hasta que tuvo el accidente. Sus tíos también se habían pasado la vida ahí metidos. Y su abuelo. La historia de los Casati era la misma, y la de la mitad de la gente del valle. Con voz monótona, continuó:

—Bueno, chicos. ¿Qué es lo que queréis?

—Es por los Bouali.

—¿Qué les pasa?

—Los conoces. Tú te llevas bien con todo el mundo.

—Yo no conozco a nadie. A esa gente no la veo nunca. ¿Qué problema tenéis?

El primo se lo contó en dos palabras. La fiesta y la visita de Hacine. La desaparición de la moto. Lo que sospechaban. Al oír lo de la burra, el Largo silbó con admiración.

—Pues cuando tu padre se entere...

—¿Seguro que no puedes hablar con ellos?

—¿Y qué les iba a decir? Ni siquiera sabéis si han sido ellos.

Visto así, la iniciativa resultaba totalmente ridícula, obviamente. El primo dio un poco la murga por mero trámite, pero la conversación cayó por su propio peso. De nuevo se oyó el tintineo grave de los rodamientos de acero. Poniéndose la mano de visera, el Largo intentaba ver algo. Hasta que renunció.

—Bueno, os invito a un trago, al menos algo es algo.

Los chicos pensaron que irían a tomar otra birra a la Fábrica, pero en lugar de eso los invitó a su casa. Vivía justo al lado. Había que ir en dirección al cementerio. Los chicos no se atrevieron a decir que no.

Por el camino, Anthony se acordó de esos críos medio zumbados que estaban reventando la fábrica. Vivían todos en aldeúchas diminutas apiñadas en torno a las carreteras departamentales desiertas, con granjas medio en ruinas, oficinas de correos abandonadas y carteles de Monsavon²³ en las paredes. No se sabía por qué, pero todos los que vivían en esa zona tenían más o menos la misma pinta, con esa cabeza desproporcionada, el pelo rapado y las orejas de soplillo. En invierno apenas se los veía, pero cuando empezaba a hacer bueno se plantaban en la ciudad con sus coches remendados y sus vespinos estruendosas. Cuando te los cruzabas por el centro, iban pegados a la pared. Pero en su elemento, casi no tenían límites. Se decía que comían carne de perro y de erizo. Anthony había coincidido con algunos en primaria. Jérémy Huguenot, Lucie Keper o Fred Carton. No eran tan malos, pero sí estaban ya curtidos, además de tener orgullo y la mano muy larga. Al acabar el ciclo, no volvían a aparecer. Seguramente se juntaban todos en formación profesional hasta cumplir la edad legal. Luego llevaban vidas marginales, de subvenciones y de hurtos, follando y zurrándose en familia, y de vez en cuando parían alguna fuerza de la naturaleza que hacía temblar a toda la comarca.

El piso de Manu estaba en la buhardilla y hacía aún más calor que en el bareto.

—Poneos cómodos —dijo el Largo señalando el clic-clac.

Luego abrió las ventanas de par en par. Los chicos ya estaban sudando a chorros.

En el suelo, metido en una cesta, dormía un chucho pequeño y jadeante. En las vigas vistas había algunos libros de bolsillo y adornos africanos; en un rincón colgaba un atrapasueños. Aparte de eso, no había mucho más que un sillón grande y naranja y un cartel de *Subway* en una pared. Le faltaba una chincheta y la esquina de arriba a la derecha estaba caída.

Manu volvió de la cocina americana con un *pack* de birras del Aldi. Eran de 50, como meado, pero salían de la nevera. Cogió una, puso las otras encima de la mesa baja y se dejó caer en el sillón.

—Bebed ahora que están frías.

Los chicos obedecieron. La cerveza estaba helada. Qué delicia.

Manu soltó la birra e hizo girar el sillón para rascarle la cabeza al perrillo, que seguía durmiendo en la cesta. Era un bastardo rojizo y negro de hocico puntiagudo. Con las caricias, el animal suspiró y Manu le echó un poco de cerveza en la escudilla.

—¿Quieres un trago?

Le acercó el cuenco al perro, que abrió un ojo indeciso antes de darle un par de lametazos. Luego dejó caer de nuevo la cabeza en el fondo de la cesta.

—Pobre bicho. Con este calor, se pasa el día durmiendo.

Después encendió la cadena de música. Un tío empezó a cantar *Je peux très bien me passer de toi*. Como era un buen tema, Manu subió un poco el volumen.

—Mola tu casa —dijo el primo—. No sabía que habías viajado.

—Qué dices. Tres cuartas partes vienen de Saint-Ouen²⁴. Iba mucho por allí una temporada. Los tíos siempre me pasaban montones de trastos.

Manu le dio un trago largo a la birra y luego tuvo buen cuidado de depositarla en el mismo cerco que había dejado en la mesita.

—Pero bueno, aquí estoy bien. Tengo piltra para mi hija. Menos en verano. Te asas.

Los primos las estaban pasando canutas en el clic-clac. Estaba duro como una tabla. El Largo los miraba mientras sorbía la birra, a todas luces encantado de comprobar su incomodidad.

—¿Qué tal?

—Bien.

De repente se puso serio y se inclinó hacia ellos:

—Sabéis, yo de los Bouali conocía sobre todo a los primos, cuando trabajaba en La Escala. Y Saïd estuvo en la trena cuando estaba yo. Pero debimos de hablar un par de veces, y exagero. Pero de los chavales, ni idea. Ahora estoy tranqui.

Mientras hablaba, se puso a revolver debajo de la mesita. Aquello era un follón de películas, revistas, envoltorios de comida y hasta un biberón con leche cuajada en el fondo. Los primos se buscaron con la mirada. Empezaban a arrepentirse de haber ido.

—Hombre, aquí está.

Manu había encontrado lo que buscaba, una cajita metálica de parches para bici. La abrió y dejó caer dos gramos de coca en la mesita. Estaba grumosa y un poco rosada. Anthony nunca la había visto antes. Se le secó la boca en el acto. Manu ya estaba preparando tres rayas bien simétricas. Usaba una carta de baraja, el ocho de diamantes.

—Oye, Manu —dijo el primo por si colaba—, nosotros pasamos de coca. Se agradece, pero nos abrimos ya.

En ese momento, el chucho abrió la boca y bostezó. Al ver lo que estaba haciendo su dueño, se levantó de un brinco y se sacudió muy contento. Anthony sintió una bocanada de angustia. El perrillo se sostenía solo con tres patas; la cuarta no era más que un muñón renegrido. Lo vio dirigirse a saltitos hacia su amo. Este tomó un poco de coca con la yema húmeda y se la ofreció al perro, que la lamió, muy satisfecho. Ladrando y todo. Manu empezó a partirse, tomando a los primos por testigos.

—¿A que es la monda?

—Ya te digo —dijo Anthony.

—En serio, Manu —volvió a intentarlo el primo—. Nos abrimos. Yo tengo una movida, además.

—Que sí, hombre. Si hasta el perro la toma.

El Largo enrolló un pósito y se metió de golpe una raya de por lo menos diez centímetros.

—Os toca.

Le alargó el pósito a Anthony, que estaba, literalmente, chorreando.

—Espera —dijo el primo—, tenemos...

—Hombre, no me jodas.

Mientras tanto, el bastardo gruñía y daba vueltas en la cesta a toda leche

intentando cogerse la cola.

—¿Será zampón, el jodido?

Se descojonaba de risa, el chucho daba vueltas, tozudo y pasado de rosca, y los primos casi no se podían creer lo que veían.

—Hala, ya está bien, cálmate —dijo el Largo—. ¡Eh! —dio una palmada seca en los cuartos traseros del perrillo, que soltó un gemido y se echó—. Siempre el mismo numerito. Quiere probar y luego se pone como una moto.

Se volvió hacia sus invitados, sorbió por la nariz varias veces, sonrió y sus dientes sintéticos reaparecieron. Anthony pensó que ese careto le sonaba mucho. Pues claro, era el Inca de *Las 7 bolas de cristal*.

—¡Su puta madre, pero qué calor, joder!

Y Manu tiró por los aires la camiseta. Debajo, era seco como una mojava. Incluso estando sentado, no le salía ni un pliegue en la barriga. Se volvió hacia Anthony, implacable:

—Bueno, venga. ¡Llegó tu hora, chaval! Dale. Tienes que sorber hasta el fondo, ¡schlak!

Anthony se puso de rodillas delante de la mesa. Le caían goterones por la frente y tenía el pecho tan oprimido que pensó que se iba a caer redondo.

—Ya verás. Te va a sentar de miedo.

El chico se introdujo la pajita el lado derecho de la nariz e inhaló con fuerza. Cuando se incorporó, el miedo había desaparecido. Lo había hecho. Al final, hasta se sentía bastante orgulloso de sí mismo.

—¡Je, je! —rió el Largo—. ¿Qué tal?

Anthony guiñaba los ojos. Aparte de la irritación de la mucosa, no sentía nada. Sorbía. Se pellizcó la nariz entre el pulgar y el índice. Sonrió. Se pasó la lengua por los labios.

—La hostia...

El Largo soltó la carcajada.

—¿Tú lo has visto?

El adolescente no habría sabido describir esa sensación. No tenía nada que ver con la priva ni los petas. Se sentía seguro de sí mismo, agudo como un bisturí. Podría haber aprobado el *bac* por libre. Y de pronto, Steph le parecía de lo más accesible.

El primo esnifó a su vez. Cuando levantó la cabeza, estaba sonriendo. Los dos chicos estaban en la otra orilla y habían llegado a buen puerto, a fin de cuentas. Y sentaba de puta madre.

Desde ese momento, la tarde fue un sin parar.

Manu hizo otras tres rayas, encontró una botella de pastís y lo sirvió en vasos grandes con cubitos de hielo. Anthony hablaba y hablaba y hablaba, a toda velocidad, del sentido de la vida, de la coca, y le daba las gracias al Largo, le encantaba estar allí, en serio, era guay, tenían que quedar otra vez, se atrevió a decir. Y mientras estaba hablando, disfrutaba de lo preciso que era, de su elocución milimetrada, de aquella celeridad increíble con que le fluía el pensamiento. La conversación parecía una carrera de patinaje sobre hielo. En las curvas, la sensación de velocidad resultaba fabulosa.

Anthony no tardó en quitarse la camiseta. El primo rechinaba los dientes. También él se acabó desnudando de cintura para arriba. Manu quiso que oyeran una canción. Estuvo un buen rato buscándola, a base de pulsar *forward* y *play* en la cadena de música. En realidad buscaba una parte en la que Janis Joplin le pide a Dios que le regale un Mercedes-Benz, pero debía de estar en otra cinta, así que al final lo dejó. En cierto momento, Anthony miró la hora en su reloj y le sorprendió comprobar que eran poco más de las tres. Sin embargo, le parecía que llevaba horas allí. El perro había vuelto a dormirse. Preguntó qué le había pasado en la pata.

Manu se sentó de nuevo en el sillón, repentinamente alicaído, y se puso a carbonizar con el pitillo el vello rizado que le crecía debajo del ombligo. Un desagradable olor a chamusquina se extendió por la habitación.

—Fue un accidente.

—¿Un coche?

—Qué va. Un capullo en una fiesta. El chucho se había dormido encima del sofá. El muy animal se le sentó encima.

—Qué putada...

—Le partió la pata por cuatro sitios. Nadie me avisó. En lo que tardé en darme cuenta, se fue a la mierda. Hubo que cortarla.

—No...

—El pobre se pasó horas lloriqueando. Nadie movió el culo.

Dio una calada, tan intensa que se oyó cómo crepitaba el tabaco. El relato les había cortado el rollo. Ahora parecía que la presencia del perrillo no les autorizaba a sentirse a gusto. A Anthony le pesaba la cabeza. Vio que el primo se volvía a poner la camiseta.

—¿De verdad quieres recuperar la burra?

—¿Qué?

Antes de contestar, el Largo quiso disfrutar del efecto que había causado. Chupó de nuevo el cigarrillo, a fondo, con las mejillas hundidas y los ojos

redondos e inquietos, como un cuervo.

—La burra. Si te la ha mangado Hacine, solo hay una cosa que hacer, chaval.

Se puso de pie y fue a la cocina. Los chicos lo oyeron revolver debajo del fregadero. Cuando volvió, vacilante, buscando la pared con el hombro, llevaba un paquete en la mano. Lo lanzó hacia ellos, pero calculó mal la distancia y cayó en el suelo.

—Venga. Míralo.

—¿Qué es? —dijo el primo.

—¿A ti qué te parece?

En efecto, la forma del paquete en su conjunto no dejaba muchas dudas sobre lo que había dentro.

—Vamos.

Anthony se puso de pie para recoger la pipa y retiró las hojas viejas de *L'Équipe* que la envolvían. Y luego, el trapo que la cubría. Era una MAC 50. La agarró con ambas manos y la contempló. Era una belleza.

—Está cargada —dijo Manu.

El chisme impresionaba bastante, por su densidad, lo anchos que eran los tornillos de la culata, la sensación de solidez y, por qué no decirlo, el aspecto tan sumamente rudimentario. Anthony pasó el pulgar por las estrías excavadas en el metal del extractor. El primo se había puesto de pie para ir a ver. También él la tocó.

—Déjame verla.

Anthony le entregó el objeto, de mala gana.

—Cómo pesa.

El Largo estaba de nuevo en el sillón, fumándose el enésimo pitillo. Parecía a punto de ponerse malo. Intentó sonreír y, con ademán desdeñoso, sacudió la ceniza en el aire.

—Está limpia. Os hago un favor.

El primo dejó el arma en la mesita. Anthony lamentaba no haberla empuñado. Ahora se moría de ganas. Le habría gustado sujetarla para ver qué se sentía. Esa posibilidad al alcance de la mano.

—Nos tenemos que ir —dijo el primo.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde piensas ir?

—No empieces, Manu...

Debajo del ojo del Largo, una venita latía a toda velocidad. De un papirotazo, lanzó la colilla por ahí, a través de la habitación.

—Qué huevos tienes, cabroncete...

El primo le indicó por señas a Anthony que lo siguiera hacia la salida.

—Te plantas en mi casa, te bebes mis birras y te metes mi coca por la cara... ¿Qué te crees que es esto, fuera coñas?

—Oye —dijo el primo, alzando las manos con gesto conciliador—, ha sido guay, pero tenemos que irnos.

—Tú de aquí no te mueves.

Entonces al Largo le dio una arcada que le pilló el esternón y le abrasó todo el esófago. Se debatió brevemente, con la barbilla pegada al pecho y los ojos cerrados. Cuando los abrió, tenía las pupilas tan dilatadas que parecían el lago, negro, impasible y sin fondo. Anthony sintió un escalofrío. La pipa se había quedado entre el Largo y ellos dos, encima de la mesita. Manu se inclinó para empuñarla.

—Ahora, a la puta calle.

Sujetaba el arma como con un extraño desdén, entre los muslos algo separados, con la muñeca quebrada.

—¿Estás bien? —preguntó el primo.

El otro estaba lívido y habían empezado a correrle goterones de sudor por las sienas. Sorbió.

—Te he dicho que a la calle.

En el momento en que Anthony pasó a su lado, el Largo lo agarró, aferrándole el bíceps con la mano flaca. Estaba ardiendo, y aquel contacto tenía algo repulsivo. Anthony pensó en el sida. Sabía de sobra que no se pillaba por la piel, no paraban de decirlo en la tele. Pero no pudo evitarlo y un escalofrío le recorrió la nuca mientras se zafaba.

—Niñato de mierda...

Los primos salieron dando un portazo. En el descansillo hacía fresco. Bajaron las escaleras a toda leche. Anthony se preguntaba qué le habría pasado al tío que se habría sentado encima del chucho.

²⁰ Programa de periodismo de investigación de la televisión francesa.

²¹ El museo de cera de París.

²² Cadena francesa de almacenes de bricolaje y decoración.

²³ Marca de jabón de afeitar con brocha muy tradicional, muy básico y muy barato.

[24](#) *Puces* de Saint-Ouen: el equivalente en París al Rastro de Madrid.

Los dos chicos volvieron a casa a pie pasando por el centro y luego por Blonds-Champs. Los restos del subidón anulaban las distancias e hicieron el recorrido sin ni siquiera darse cuenta. Y eso que seguía apretando el calor y aún se notaba el peso de la ciudad, su olor a alquitrán derretido y a polvo seco, su lenta zambullida hacia el anochecer.

Anthony caminaba un poco rezagado, dividido y silencioso. Por una parte, se alegraba de haber probado la coca en casa del Largo, era un gran avance, caramba. De hecho, le habría gustado gritarlo a los cuatro vientos. Pero por otra, no había solucionado ninguno de sus marrones. Y el primo iba delante, dando zancadas, sin abrir la boca. ¿En qué estaría pensando? ¿Estaba de morros o qué? Eso de que los demás tuvieran vida interior definitivamente era un rollo.

—¡Eh! Pero ¿yo qué te he hecho, hombre? ¿Estás mosqueado o qué?

La única respuesta del primo fue acelerar el ritmo, tanto que Anthony tuvo que andar a paso ligero para no quedarse atrás. Y dado que acababa de ponerse hasta arriba como un Rolling Stone, era una jodienda.

—¡Espérame! ¡Que me esperes, coño!

Cuando iban a empezar a subir la calle Clément-Hader, tuvo un cambio de humor. Sintió que se le venía encima ese tremendo desasosiego, una vez más, sin ganas de nada, la sensación de que no acabaría nunca, la obediencia, la infancia, el tener que rendir cuentas. A ratos se sentía tan mal que se le ocurrían soluciones expeditivas. En las pelis, todo el mundo tenía una cara simétrica, ropa de su talla y, a menudo, medio de transporte. Él se conformaba con vivir por defecto: negado en clase, peatón, incapaz de ligarse a nadie, ni tan siquiera de estar bien.

Al menos, al llegar delante de la casa del primo, tuvo la satisfacción de encontrar su BMX donde la había dejado, contra la pared. Los chicos se quedaron un rato sin decirse nada. Era la hora de recuperar fuerzas, entre las tres y las cinco. El primo no le invitaba a entrar. Anthony no se resignaba a marcharse.

—Pero ¿qué te he hecho yo?

—Se lo tienes que decir a tu viejo. Se acabó, ya está.

—No puedo hacerlo.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con eso? ¿Qué quieres? ¿Ir a buscarla con una pipa?

El primo dijo aquello con una ironía malintencionada. Nunca la edad los había distanciado tanto.

—Hala, chao... —dijo el primo.

Y se metió en casa.

Anthony se quedó solo un rato. A su alrededor, la manzana permanecía cruelmente idéntica, con su edificación estándar, sus árboles secos y sus vallas a media altura. En la acera, unos niños habían escrito su nombre con tiza. Los buzones rebosaban de folletos publicitarios.

Por fin, subió los tres peldaños que llevaban a la puerta y entró a su vez en la casita. Al primo no le había dado tiempo a irse muy lejos, su madre lo había cazado cuando cruzaba al pasillo. Como de costumbre, el sonido de la tele lo llenaba todo. Anthony avanzó, y al verlo aparecer en el vano de la puerta, Irène se dignó a bajar un poco el volumen.

—Menuda cara traes —le dijo.

Estaba tumbada en el sofá, con el mando a distancia en la mano. En la pantalla, un detective estadounidense conducía camino de Santa Mónica y el saloncito con los postigos cerrados se llenaba de destellos californianos.

—¿Qué os pasa? ¿Os habéis peleado o qué?

Los chicos no dijeron ni mu. Normalmente, era mejor no dar cancha a Irène, pues su humor dependía demasiado de los comprimidos que le hubiesen recetado en ese momento. Así que siguió hablando ella sobre todo lo que se le pasaba por la cabeza. Para empezar ¿dónde estaba su hija? Se suponía que le tenía que hacer las raíces. El primo no tenía ni idea. Luego siguió con las facturas, los temas vecinales, el curro, su colon irritable, la colada, la plancha, la tele, todo. De tanto en tanto volvía al gran tema de su vida y hablaba de «su depresión». Lo decía con el mismo tono con el que podría haberse referido a «su hija» o a «su perro». Aquella dolencia con la que se entendía desde hacía años se había convertido en una especie de compañía, una presencia. Su antiguo jefe la estaba puteando. Después de un año de baja, el muy cabrón quería despedirla. Aunque hay que decir que tampoco le quitaba el sueño. El médico la había tranquilizado. En el peor de los casos, iría a la inspección laboral. Por otra parte, comprendía al jefe. Tenía que sostener la empresa.

Pero mira, bastante pasta ganaban ya los cabrones esos a costa de gente como ella, no le iban a empezar a dar pena ahora.

Entonces, en la pantalla sucedió algo, Irène subió el volumen y se olvidó de ellos. Se acabó. El primo aprovechó para subir al piso de arriba. Anthony se fue detrás.

Se le hacía raro acordarse de cómo era su tía antes. Cuando era pequeño, curraba de contable para una empresa de transporte refrigerado. Cada vez que iba a ver a su hermana, les llevaba montones de Danettes, Liégeois²⁵ y yogures. Casi no estaban pasados de fecha. Por entonces salía con ese tío barbudo, Bruno, un camionero. Su hermana los invitaba a casa muchas veces, a ellos y a los primos. Las cenas se eternizaban hasta pasada la medianoche y Anthony siempre acababa durmiéndose en el sofá, arrullado por la conversación de los adultos. Su padre sacaba los licores. Llevaban etiquetas de cuaderno escolar con las palabras «ciruela» y «mirabel» escritas en tinta azul. El olor de los Gauloises, los hombres quitándose una hebra de tabaco de la punta de la lengua. Los chistes. Las mujeres parloteando en la cocina. La cafetera borboteando a la una de la madrugada. Los brazos del padre que lo llevaba a la cama.

Una vez, estando en su cuarto con el primo, este sacó un cataloguito muy raro en el que ponía René Château²⁶, lleno de fotos de chicas desnudas. Lo miraron a escondidas y con la puerta cerrada, pero Carine se empeñó en mirar ella también, o si no se lo contaría a los mayores. Anthony tenía diez años, y el primo, doce. Mientras lo hojeaban, hicieron como que no los sorprendía nada, aunque aquel asunto de los pelos entre las piernas sí que los dejó bastante circunspectos. Carine les enseñó su entrepierna. Ella no tenía pelos, sino una hendidura muy nítida que daba ganas de saber más. Anthony también tuvo que bajarse los pantalones. Qué lejos quedaba todo eso.

Los chicos no llevaban ni diez minutos en el cuarto del primo, hostiles, callados y a disgusto, cuando llamaron abajo. No era habitual. A casa de los Mouguel no iba mucha gente, aparte de Anthony y Vanessa. Y ellos no llamaban. El primo se asomó a la ventana y les dijo a los visitantes que subieran.

—¿Quién es? —preguntó Anthony.

Ya se oían pasos en la escalera. El primo, contrariado, hacía como que estaba recogiendo un poco el cuarto. Anthony volvió a hacer la misma

pregunta:

—Bueno, pero ¿quién es?

El primo suspiró.

—No puedes quedarte. Te tienes que ir.

Y entonces Clémence apareció en el umbral, con Steph justo detrás. Mecánicamente, Anthony se llevó los dedos al ojo triste. ¿Qué coño estaba pasando?

—Hola —dijo Clem.

Llevaba un moño, los ojos con raya y al pasar dejaba tras de sí un olor dulce, como de algodón de azúcar. Por su parte, Steph estaba ostensiblemente mosqueada. Ahora que eran cuatro en el dormitorio, este parecía diminuto y especialmente feo. El primo, que se había dado cuenta, sacudió la almohada para ahuecarla y escondió unos cables que había por el suelo. Clémence se acercó a él y se besaron con la punta de los labios. Anthony estaba alucinando. Un piquito. Se volvió hacia Steph.

—¿Qué? —dijo.

Qué de qué. Los tortolitos fueron a sentarse en el borde de la ventana. Se les recortaban las siluetas a contraluz sobre los colores vivos del exterior. Eran tan jóvenes y tan guapos que daba miedo.

Los siguientes cinco minutos fueron bastante penosos. Steph no colaboraba lo más mínimo, Anthony no se atrevía y los otros dos habrían preferido estar solos. Aquel embrollo diplomático se traducía en un silencio tenso, movimientos evasivos y los suspiros de Steph. El primo acabó cogiendo de la mano a Clémence para llevársela fuera.

—¿Adónde vais? —gruñó Steph.

—Ahora volvemos.

—Pero ¿va en serio?

—Que ahora volvemos. Hacedos un porro y listo.

La pareja desapareció y Anthony de encontró solo con Steph. Era tan alucinante, tan inesperado y tan magnífico... Una vez más, se llevó los dedos al ojo derecho.

Por su parte, Steph se había puesto a mirar las cintas de vídeo que había en las paredes. Con la cabeza inclinada, descifraba los títulos. De tanto en tanto, enarcaba una ceja con desolación. Llevaba una camiseta con las mangas muy cortas que dejaba al aire la cicatriz de la vacuna contra la tuberculosis, en el hombro izquierdo. Anthony podría haberla tocado solo con estirar la mano. Tenía un aspecto algo aniñado con el pantalón de peto corto, las pantorrillas

redondeadas, el pliegue del cuello y el pelo ensortijado de la nuca. Cogió una revista y se puso a abanicarse. En ese horno, la piel se cubría de reflejos húmedos. Era de esas personas dejadas y con cachaza que comen con los dedos y luego se los chupan. Se dejó caer en la cama y, apoyándose en los codos, cruzó las piernas. El pie derecho se le balanceaba en el aire y la bota deportiva se le cayó. Anthony vio que al apoyarse contra el edredón, sus muslos cambiaban de aspecto, cobraban una densidad distinta, conmovedora y con hoyuelos.

—¡Eh! —dijo Steph, que lo había pillado mirando.

El chico se ruborizó y se rascó la cabeza. Informó de que iba a liar un porro.

—¿Y la madre? —preguntó la joven.

—No hay peligro. No sube nunca.

—¿Seguro?

—Palabra. No hay peligro.

Esta respuesta no la tranquilizó del todo. Anthony encontró papel y costo en el reducido escritorio y empezó con el *collage*. Lo que debería hacer era contarle la visita a casa de Manu.

Parecía la forma más segura de demostrarle que era un tío de pelo en pecho. Pero Steph tenía otras preocupaciones.

—Pero la madre, ¿qué hace ahí, no trabaja?

Anthony no sabía qué contestar a eso.

—Tiene problemas de salud.

—¿Cuáles?

—El corazón.

Era un comodín y Steph se conformó. Anthony acababa de terminar el canuto. Se lo ofreció a Steph.

—Toma.

—No, estoy bien...

De verdad, Steph se preguntaba cómo su amiga había podido arrastrarla hasta allí. Era una casucha inmunda. ¿Cuántos vivirían allí dentro? Además, olía a perro y la moqueta estaba asquerosa. Lo que la traía de cabeza era la loca de ahí abajo que les había abierto la puerta. Les había preguntado si eran mayores de edad antes de gorronearles un pitillo. Hay que reconocer que era peculiar.

Desde la primera calada, Anthony notó cómo se le quedaba la boca seca y pastosa, y se arrepintió de haberse ofrecido a hacer un porro. Por otra parte,

había muy pocas posibilidades de que Steph y él se acabasen morreando en la hora siguiente. Por múltiples detalles, como esa pulsera, la pose que tenía, el pelo intacto o la textura de la piel, adivinaba a través de ella un mundo cerrado y coqueto. Se creaba una imagen confusa y envidiosa de casas de veraneo, fotos de familia, un libro abierto en una tumbona y un perrazo debajo de un cerezo, la clase de felicidad de anuncio que veía en las revistas de la consulta del dentista. Esa tía era inasequible.

—¿Sabes si llevan mucho saliendo?

—No —dijo Steph—. De todas formas, paso mucho.

Anthony le ofreció otra vez el porro.

—Te he dicho que no. Hace demasiado calor, me da asco.

Steph comprobó el efecto de esas palabras y casi se sintió mal por haber sido tan borde. La verdad es que tenía gracia, el crío ese, con el ojo cerrado. Nada que ver con Simon. Solo de pensar en él, se ponía mala. Cogió al vuelo la ocasión de seguir disfrutando de su papel de enamorada caída en desgracia, de regodearse con el despecho, de rehogar su pena. En el fondo, le habría gustado pasarse el día pensando en eso. Que, de hecho, era más o menos lo que hacía. Anthony la interrumpió:

—Pero ¿qué coño están haciendo?

—¿Tú qué crees?

—No entiendo por qué no me ha dicho nada.

—Clem siempre me hace jugadas como esta.

—¿Como qué?

—Yo qué sé... Por ejemplo, ¿qué pinto yo aquí, fuera coñas?

—Ya te digo —reconoció el chico.

A Steph le hizo gracia esa sinceridad. Dejó caer las Converse en el suelo y se sentó con las piernas cruzadas encima de la cama. Definitivamente, a Anthony esa coleta lo traía a mal traer.

—Venga, pásame eso —dijo la joven señalando el porro.

Lo volvió a encender y le dio tres caladas muy seguidas. A partir de ahí, la situación se relajó bastante. Steph se recostó en la cama, mirando al techo. Así, Anthony podía mirarle las piernas, la pelusilla rubia de los muslos y la tibia nítida. Muy arriba, casi en la cadera, le asomaba un cardenal de color arcoíris. La mano derecha le colgaba en el aire, con el porro encendido entre los dedos índice y corazón.

—Y tú ¿sales con alguien?

Sorprendido, Anthony dijo que sí. Steph se volvió para mirarlo a la cara y

comprobar si era verdad. Se burló.

—¿Qué? —dijo el chico.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince —mintió Anthony.

—Por lo menos, habrás besado a alguna chica...

—Sí.

—¿Y cómo lo haces?

—¿Cómo?

—¿Hacia qué lado giras la lengua?

Aquel debate había tenido a Anthony muy ocupado ese último curso. Sobre ese tema había opiniones encontradas. Aunque él había elegido bando, el de la mayoría. Así que contestó que había que seguir el sentido de las agujas del reloj.

A la joven se le puso una expresión pícaro y Anthony se enfurruñó.

—¿Y tú? —preguntó al rato.

—¿Yo qué?

—¿Sales con alguien?

Steph suspiró. Era complicado, y prefería no hablar del tema. Pero eso fue lo que hizo, y con todo lujo de detalles. Fue así como Anthony se enteró de que había un tío supermono que se portaba fatal, pero que era tan mono... A veces estaba de buenas; otras, hacía como si Steph no existiera. Aunque, en cierto modo, le comprendía. Era un hombre complicado. Sin ir más lejos, leía a Camus y *Pregúntale a Alicia*. En cualquier caso, la estaba volviendo loca perdida. Anthony no tardó en arrepentirse de su curiosidad. Acabó por volver al peto, para consolarse. Steph seguía con su monólogo, contenta de poder reavivar su pena frotándola con la mirada de otro. Mientras hablaba, Anthony la contemplaba a su gusto. Veía cómo se le alzaba el pecho e intuía, debajo de la camiseta, el relieve de un sujetador. Tenía las piernas estiradas y los tobillos cruzados encima de la cabecera de la cama. Esa postura le acentuaba el triángulo de la entrepierna. Al cabo de un rato, se calló al fin. Anthony se fijó entonces en que se estaba columpiando levemente con el culo. Tenía que tocarla. Fue abajo a por algo de beber.

Mientras sacaba de la bandeja los cubitos para las coca-colas, su tía irrumpió en la cocina.

—¿Quiénes son esas?

Tres cubitos se rompieron contra las baldosas del suelo y acabaron por toda la habitación.

—¡Joder, qué susto me has dado!

—¿Quiénes son? No conozco a esas niñas.

—Son solo unas amigas.

Anthony se había puesto a reparar los daños con la fregona. Su tía lo miraba, flemática, con el mando en la mano.

—¿De dónde han salido?

—¿Cómo?

—¿Vienen aquí para drogarse?

—Claro que no. Solo son unas amigas.

Metió la cubitera en el congelador y cogió las coca-colas para llevarlas arriba. Su tía le impedía el paso, cruzada en el vano de la puerta con el hombro apoyado en el marco. Lo miraba acercarse, burlona.

—¿La gorda es tu novia?

—No está gorda —dijo Anthony.

Al derretirse, los cubitos tintineaban sutilmente contra el cristal. El chico notaba cómo le iba subiendo el frío por las manos. Como solía pasar cuando se encontraba a disgusto, le entraron ciertas ganas de mear.

—Ya, pues más le vale vigilar lo que come. ¿Y dónde viven esas amigas?

—Ni idea.

—El caso es que son monas. Diles que la próxima vez saluden al entrar.

Después de eso, Anthony y Steph no se quedaron solos mucho más rato. Los otros dos subieron, frescos como lechugas, sin haberse despeinado siquiera. Daban ganas de saber lo que habrían estado haciendo. Luego, las chicas se fueron igual que habían llegado, en un escúter. Clem se despidió con la mano antes de arrancar; Steph, ni eso.

²⁵ Nombres con los que se comercializaban en Francia las natillas Danone (actualmente Danet) y los postres tipo Dalky.

²⁶ Editor y distribuidor de películas de vídeo francés.

El jueves por la mañana, H el ene madrug o. Al final, su hijo le había contado toda la historia con pelos y señales. Ella había analizado el problema desde todos los ángulos. Y había tomado una decisión. Así que fue al cuarto de Anthony, abrió de par en par la ventana y los postigos y se sentó al borde de la cama. Fuera se oía cantar a los pájaros y, más allá, el rumor de la autopista. Se anunciaba un hermoso día. Había estado pensando mucho en cómo formular las frases. Sentía como si todo el porvenir de su familia dependiera de que fueran sólidas.

—Vamos a ir a casa de ese chico. Voy a hablar con su padre. Voy a hablar con tu amigo. Estoy segura de que nos entenderemos.

—Estás loca de remate.

Anthony intentó disuadirla, pero fue en vano. Cuando se le metía una idea en la cabeza, ya no había nada que hacer. Se fue a trabajar puntualmente, arreglada, con tacones de cinco centímetros y sombra de ojos azul. Ahora que había decidido qué hacer, la preocupación se disipaba casi por completo. Anthony se pasó toda la mañana dándole vueltas al tema mientras se reventaba espinillas delante del espejo del cuarto de baño. Su madre fue a buscarlo a primera hora de la tarde, como habían acordado. Fue apretando los dientes todo el camino. Le había explicado diez veces que hablar con esa gente no servía de nada. H el ene no opinaba igual. Iban a hablar entre adultos, todo iba a ir bien. Tenía confianza. Pero no tanta como para aparcar junto a las torres. Acabaron el camino a pie.

La ZUP donde vivían los Bouali no tenía nada que llamase mucho la atención. No era como esas ciudades dormitorio inmensas, uno de esos laberintos del sueño de Sarcelles o Mantes-la-Jolie. Tenía apenas una decena de bloques, de baja altura y, a vista de pájaro, dispuestos al tresbolillo. A eso había que añadir tres torres, de unos quince pisos, entre ellas la famosa torre Manet.

Desde hacía algunos años, esa ZUP de los Treinta Gloriosos²⁷ había ido desdoblándose bastante y a los inquilinos que seguían all  les había parecido

que era natural extender sus dominios personales a los pisos que se habían quedado vacíos. Así era como se habían apañado unos bonitos pisos de cuatro habitaciones a golpe de maza. Dos cocinas, dos cuartos de baño y un dormitorio para cada crío. En cambio, el alquiler seguía siendo el mismo. En la agencia de vivienda social fingían no estar enterados de que se tomaran esas libertades. De todas formas, con esas torres no pensaban hacer nada. Entre las antenas parabólicas y la ropa tendida, se iban desconchando las paredes, los balcones se llenaban de óxido y el goteo de los desagües llenaba las fachadas de chorreones parduzcos. Los que podían permitírselo, hacía tiempo que se habían ido, a Luxemburgo, a la Isla de Francia o a su tierra, si estaban cobrando ya la pensión. En el fondo, aquellos edificios cochambrosos representaban el fracaso de un mundo y de sus arquitectos. Pronto se vendrían abajo, y no en una de esas bonitas demoliciones que se ven en la tele. Los desmembrarían con excavadoras, una pared tras otra, con métodos de insecto. Los edificios destripados dejarían al aire tapicerías de flores, barras de hierro, trozos de formica y armarios empotrados abiertos, como en Londres durante el *Blitz*. En dos semanas estarían liquidadas. Cincuenta años de vida reducidos a escombros. Y cuanto antes, mejor, pensaban los planificadores. Hasta entonces, seguían pululando, módicamente, familias antiguas que se habían instalado allí hacía, sin ir más lejos, treinta años.

Antes de subir, Anthony y su madre dudaron debajo de los soportales de la torre Picasso, enfrente de la torre Cézanne. El chico tenía ganas de mear y de lavarse las manos. Las líneas de la vida y de la suerte de sus palmas estaban negras de mugre. Se sentía sudoroso e inflado.

—Estate quieto de una vez.

—Me estoy meando.

—Yo también. Aguanta.

Para infundirse valor, Hélène se tomó un Tic Tac.

—Vamos allá.

Anthony soltó un gemido, pero ella ya estaba cruzando la calle. Eran las tres y pico. A su derecha, algo más allá, unos críos jugaban en una zona de juego, columpiándose en unos pandas con muelles. Las madres, extenuadas, los miraban desde los bancos. Algunas meneaban un cochecito donde dormitaba un niño de pecho. Cuando Anthony y su madre cruzaron la calle, se volvieron hacia ellos y vieron pasar a una mujer alta y morena con zapatos de

cuña y a un chico con una mochila. Parecían ladrones.

En el portal, a la madre y el hijo les pilló por sorpresa el frescor del hormigón. Se adentraron por las escaleras. Reinaba un absoluto silencio. En los peldaños, sus suelas sonaban con crujidos desagradables que retumbaban por el hueco de la escalera. Se detuvieron en el tercer piso y buscaron el apellido en los timbres. Los Bouali vivían en la primera puerta a la derecha.

—¿Listo?

—Dale.

La madre llamó y un sonido chillón subió por todos los pisos hasta arriba. En el silencio sepulcral, parecía, de repente, que todo el edificio tenía la carne de gallina.

—¡Ya está bien, para! —dijo Anthony agarrándole el brazo.

El eco de su propia voz lo dejó helado. Entre esas paredes, cualquier ruido los delataba. Esperaron a que pasara algo, pero no fue así. Anthony y su madre estaban solos en territorio enemigo, muertos de miedo y sintiéndose cada segundo menos audaces.

Entonces un ruido metálico subió de la cerradura. Unos mecanismos complicados giraron por detrás de la puerta, que al abrirse dio paso a un hombre bajito, con bigote y vestido de tela vaquera de arriba abajo. La madre quiso sonreír. Anthony agachaba la cabeza. En la luz amarilla del pasillo, la silueta del señor Bouali parecía contrahecha, con la cabeza grande y las manos demasiado recias. Tenía el rostro surcado de arrugas profundas y concéntricas, entre las que los ojos semejaban dos tenues espejos. Los observaba, apacible, con sosegada estupefacción.

—Buenas tardes, señor —dijo Hélène con tono de disculpa.

El hombre callaba, curioso y abierto. Cuando Hélène le preguntó si Hacine estaba en casa, los pliegues de la frente se le marcaron más.

—No. No está aquí.

—¿Sabe si va a volver pronto?

—¿Qué es lo que quieren?

A su espalda, Hélène y su hijo percibían el vacío del hueco de la escalera, la verticalidad silenciosa del edificio, una presencia nutrida y móvil, un rebullir sordo. Había allí toda una población ociosa, a la que contenían los televisores, las drogas y las distracciones, el calor y el aburrimiento. Hacía falta muy poca cosa para despertarla. Hélène contestó que quería hablar con

él. Era algo importante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre.

—Preferiría hablar cuando su hijo esté aquí, señor.

Había en la cortesía de Héléne algo que resultaba sospechoso. Algo que recordaba el distanciamiento calculado de un notario, o la entonación de un médico comunicando algo malo.

—No está aquí —repitió el hombre, cerrando ya la puerta.

Héléne la contuvo con la mano abierta y luego el hombro.

—Es algo importante. De verdad que tengo que hablar con él, señor Bouali.

—¿Qué ha hecho?

A través de la corteza, Héléne había notado una vacilación. Le preguntó si podía pasar un momento. El señor Bouali no lo sabía. Estaba preocupado. Por encima de todo, no quería que lo fastidiaran. Héléne insistió.

—No —dijo el hombre—, déjeme.

En el piso de arriba se abrió una puerta y resonaron unas voces jóvenes y características. Se oía el sonido de una cadena, los jadeos y los gruñidos de un perro. Anthony empujó la puerta por las buenas y tiró de su madre.

—Ven...

—¿Qué hacen? No tienen derecho.

El hombre trastabilló ante la embestida de los intrusos. Los miraba sin dar crédito.

—Están locos. Fuera de aquí.

Anthony cerró la puerta y echó el cerrojo. Ahora, los tres se encontraban en la exigüidad del pasillo. El hombre podía oler los efluvios procedentes de la melena de Héléne. Era un olor a tilo fresco y estimulante, una bocanada de mujer. Se quedó parado. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos y el índice en los labios, suplicándole que no dijera nada. Los vecinos bajaron con el perro. Hablaban en árabe, bastante animados. Anthony cada vez tenía más ganas de mear. Cuando los otros se alejaron, preguntó:

—¿Tiene baño?

La pregunta desconcertó al anciano. Le dijo que fuera al fondo del pasillo, a la derecha. Héléne aprovechó para contárselo todo. Había estado rumiando mucho la historia y la soltó sin esfuerzo. De modo que pronunció la palabra «ladrón» en dos ocasiones, pero con delicadeza, en tono consolador. Paulatinamente, al hombre le fue cambiando la cara. De pronto, se sentía terriblemente viejo y responsable. Él y Rania se habían marchado de un país pobre para encontrar en Heillange un refugio relativo. En la fábrica había

obedecido durante cuarenta años, puntual, engañosamente dócil, sin dejar de ser árabe. Porque enseguida comprendió que, en el trabajo, la jerarquía no dependía solo de las capacidades, de la antigüedad o de la titulación. Entre los operarios, había tres clases. La más baja se reservaba a los negros y los magrebíes, como él. Por encima estaban los polacos, los yugoslavos, los italianos y los franceses menos espabilados. Para alcanzar los puestos que estaban arriba del todo, era necesario haber nacido en el Hexágono, no había otra forma. Y si, excepcionalmente, algún extranjero llegaba a oficial o a maestro de taller, jamás se libraba de un halo de desconfianza, algo inconcreto como una presunción de culpabilidad.

La organización de la fábrica no era en absoluto inocente. De entrada, podía parecer que la eficacia era el criterio que se aplicaba para colocar a los hombres y cómo utilizar su fuerza. Que esa lógica, esa crudeza de la producción y de la marcha forzada bastaba por sí misma. En realidad, tras esos tótems que se erigían más alto cuanto menos competitivo se volvía el valle, había un chanchullo de reglas tácitas, de métodos coercitivos heredados de las colonias, de categorías aparentemente naturales y de violencia institucional que garantizaba la disciplina y el escalonamiento de los humillados. Y abajo del todo se situaban Malek Bouali y los suyos, moracos, negratos, mojamés, morenos... Todas esas palabras estaban a la orden del día. Corriendo el tiempo, el desprecio que inspiraban él y sus semejantes se había vuelto más sutil, pero nunca había llegado a desaparecer. Incluso lo habían ascendido. Pero le quedaba en las entrañas la ira acumulada que llevaba recociéndose cuarenta años. Ahora ya no importaba. Estaba cobrando el paro y con la indemnización por despido de Metalor se estaba construyendo una casita en su país. Rania ya se había ido para allá. Con todo lo que habían trabajado. Y sus hijos, que desde pequeños sabían más y lo entendían todo mejor. ¿Qué había pasado?

Malek se aclaró la voz.

—Voy a hacer el té.

Se fue a la cocina, dejando a Hélène abandonada en el pasillito. No tardaron en llegarle los ruidos del armario, del grifo abierto y el quemador de gas.

Se bebieron el té en silencio, en unos vasitos dorados y ardientes que dejaban un cerco en el hule. El anfitrión no hablaba mucho. Con los ojos clavados en

su vaso, estaba enfrascado en negros pensamientos. Mientras tanto, H el ene estaba fascinada con ese rostro meditativo, arado como un campo, con esas manos de trabajador. Ese hombre, curiosamente, le recordaba a su padre.

—Se equivoca —dijo—. Hacine no es así.

La miraba con esos ojos sin indulgencia. No ment ıa. Tampoco le interesaba la verdad. Se conformaba con ejercer su oficio de padre; era lo que iba a hacer luego con Hacine, lo tenía previsto. Frente a esta obstinación, H el ene expuso de nuevo los hechos y el hombre la escuchó. Después, con ambas manos, alis o el hule y se la quedó mirando con sus pupilas veladas. Llevaba los hombros al aire, era guapa. No hay nada fácil en este mundo.

—Ha venido a mi casa a insultarme...

—Creo que la cuestión ya no es esa —dijo H el ene.

Fuera, un mirlo cantaba insistentemente. Anthony pensó que si el viejo intentaba hacer lo que fuera, le arrancaba la cabeza. Desde el principio no paraba quieto, con los muslos impacientes y los talones golpeando bajo la silla. Se preguntaba cuándo volvería Hacine y se imaginaba el curso de los acontecimientos. Siempre se estaba inventando ese tipo de historias, ajustes de cuentas y puñetazos en los morros. Pero Malek Bouali se limitó a cerrar los ojos.

—Y esa moto,  d onde está? Aquí no tengo ninguna moto.

—No lo sé —admitió la madre.

— Entonces?

—Quiero hablar con su hijo. Se lo he dicho desde el principio.

—No está aquí.

—Lo siento, pero no me voy a ir sin la moto.

—Se van a ir ahora mismo —dijo el hombre con esa voz suya, empantanada y pedregosa—. Ahora mismo.

H el ene y él se tomaban la medida por encima de la mesa. Habían pasado a las duras. La educación es un concepto muy amplio que queda muy bien en los libros y en las circulares. En realidad, todo el mundo hace lo que puede. Tanto si te dejas la piel como si te importa un carajo, el resultado siempre encierra algo de misterio. Nace un niño, tienes proyectos para él, pasas noches en blanco. Durante quince años te levantas al amanecer para llevarlo al colegio. En la mesa, le repites que mastique con la boca cerrada y se siente recto. Hay que buscarle entretenimientos, comprarle playeras y calzoncillos. Se pone malo, se cae de la bici. Afila la voluntad contra tu espalda. Lo crías y por el camino te quedas sin fuerzas y sin dormir, te vuelves lento y viejo. Y un buen

día te encuentras con un enemigo en tu propia casa. Es un buen síntoma. Pronto estará listo. Y entonces es cuando llegan las auténticas jodiendas, las que pueden costar vidas o acabar en los tribunales. En esas estaban Hélène y el hombre, salvando los muebles.

—Cuando vuelva Hacine, hablaré con él —prometió el hombre—. Si ha sido él, devolverá la moto.

Hélène decidió creerle. Hasta se sintió fugazmente conmovida por ese viejo humillado y decente.

—Puede confiar en mí —añadió, poniéndose de pie.

Recogió los tres vasos, los dejó en el fregadero y estiró la mano para indicarles por dónde se salía. Todos marcaban las distancias con una minuciosidad protocolaria. En el umbral, se dieron la mano.

Cuando se quedó solo, Malek Bouali apoyó la espalda contra la pared. Habían empezado a temblarle los labios. Sentía que le fallaban las piernas. Se llevó la mano a la boca, se mordió con fuerza, chorreó la saliva.

Más tarde, se puso los zapatos y bajó al sótano. No tenía muchas cosas en el trastero, aparte de las maletas y las herramientas. En cualquier caso, no había ninguna moto. Se lo tomó con calma, empuñó una pala y luego un pico. Probó con un martillo. Sopesaba cada herramienta, evaluaba el agarre y la manejaba bajo la bombilla que colgaba del techo. Por fin, se decidió. Sujetó el pico contra la pared y serró el mango a ras del metal. Luego volvió a su casa con el mango del pico, se sentó delante de la tele y se puso a ver los Juegos Olímpicos. Los estadounidenses arrasaron con todo. Los 200 metros masculinos y femeninos, y Carl Lewis acabó superando a Mike Powell en salto de longitud. Tenía el mango del pico al alcance de la mano. Pasó el tiempo y se hizo de noche. El hombre se amodorró poco antes de las diez y se despertó al llegar su hijo. Se miró el reloj y farfulló algo en árabe. Para ponerse de pie, se tuvo que apoyar en las rodillas.

—¿Eres tú?

—Sí, sí.

El joven se estaba descalzando en la oscuridad. Estaba algo hecho polvo y tenía la esperanza de que el viejo no volviera a darle la vara con sus reprimendas. ¿Dónde estabas, qué has estado haciendo, has visto a tu hermano?

—Te estaba esperando.

—Estaba con los colegas. Estoy matado, me voy a la cama.

Hacine notó que una silueta se desplazaba a su espalda, se dio la vuelta y

vio a su padre con el mango del pico por encima de la cabeza. No le dio tiempo a decir nada, el mango le golpeó la cabeza con un sonido tremendamente hueco. Y luego descendió otro golpe que lo alcanzó en el brazo. El chico se desplomó en el linóleo, protegiéndose lo mejor que podía con las manos. Le siguieron cayendo palos y el dolor se repitió en las falanges, los costados, la parte baja de la espalda... Podía oír su propia voz suplicando. Su padre no decía nada. Resoplaba y se lo tomaba con calma, descargando el peso en cada golpe, como si estuviera trabajando.

Cuando terminó, el padre encerró a Hacine en su cuarto. El chico pudo entonces comprobar los daños en el armario de luna. Tenía la ceja muy tocada y moratones por casi todo el cuerpo. Casi no podía mover los dedos. Se tumbó en la cama con precaución. Le dolía tanto todo que le entró una risa nerviosa. Al poco rato, de la habitación contigua le llegó un murmullo inhabitual. Pegó la oreja a la pared. El padre estaba rezando en su cuarto. Significaba que la situación era grave. Hacine se tapó con la sábana hasta la cabeza. Estuvo mucho tiempo estrujándose el cerebro para saber qué le echaba en cara el viejo. Sentía dolor y vergüenza. Acabó durmiéndose. Se despertó en plena noche con ganas de mear, pero la puerta estaba cerrada con llave. Tuvo que aliviarse en la papelera. A las seis de la mañana, su padre fue a verlo. Hablaron de hombre a hombre. El viejo le explicó que si volvía a pasar algo así, lo mataría con sus propias manos. Hacine no supo qué decir. Pero lo que sí que iba a hacer era encontrar a ese mariquita y a su primo. Estaba más claro que el agua.

²⁷ *Les Trente Glorieuses*: expresión acuñada por el economista francés Jean Fourastié para referirse al periodo socioeconómico transcurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 hasta la crisis del petróleo de 1973, también conocido como «la edad de oro del capitalismo».

Cuando Steph se despertó, la casa ya estaba vacía. Fue descalza a la cocina. Aún estaba medio dormida y de mal humor. Su madre le había dejado una nota encima de la mesa. Le pedía que encendiera el horno a las doce menos cuarto y se acordara de pedir cita para el ortodontista. El pósito estaba pegado a su tazón. Al final de la nota, su madre había dibujado un corazoncito.

Steph se sirvió un zumo y fue a la terraza con un número atrasado de *Voici*²⁸ debajo del brazo. No llevaba puestos más que un bóxer que le estaba grande y la camiseta de tirantes de Snoopy. Se puso a hojear la revista mientras bebía a sorbitos. Johnny Hallyday, Julia Roberts, Patrick Bruel, siempre lo mismo. A ella y a Clem les chiflaban las princesas monegascas, las llamaban «*las lapas*», a esas dos idiotas pegadas a su pedrusco. Las tías no tenían otra cosa que hacer y ni siquiera eran capaces de encontrar un tío decente.

Mira por dónde, sonó el teléfono; a esas horas solo podía ser Clem. A Steph se le había olvidado llevarse el inalámbrico. Podría haberse levantado e ir corriendo a contestar. Con lo a gusto que estaba. En la hierba verde aún se veían brillar las últimas gotas de rocío. Pronto notaría en el vientre el peso del calor, sofocante y amarillo. Desde casa de los vecinos le llegó el ruido de un motor. Pero los Vincent estaban fuera, pasando tres semanas en Ramatuelle como todos los años. El ruido se intensificó y Steph no tardó en ver a un hombre delgado que empujaba un cortacésped. Steph podía verle los músculos de los hombros, las espaldas anchas y nervudas. Subió un pie a la silla y se puso a toqueteárselo sin fijarse. Se había pintado las uñas la noche anterior. Se pasó el índice entre dos dedos y luego se lo llevó a la nariz. Ese olor tenue y dulzón, el olor familiar de su cuerpo. Ya que estaba, aprovechó para olfatearse los sobacos. Por la noche se despertaba sudando la gota gorda, con el pelo pegado a la frente y las sienes. Y todo porque no conseguía dormir sin taparse con la sábana. Lo había intentado, pero entonces todos los monstruos de su infancia salían de debajo de la cama.

Ahora, el hombre que cortaba el césped de los vecinos se estaba tomando

un descanso. Encendió un pitillo y luego se quitó la camiseta de tirantes y la colgó de la barra del cortacésped. Tenía un pecho magro y nudoso. Se le veían unos dibujos azules. Steph se acordó de que Serge también tenía un tatuaje. Cuando se bañaba, se le veía en el hombro un hipocampo desvaído. Lo que desde luego no tenía Serge era esa fisonomía esculpida por el trabajo. Se pasaba el día con el culo pegado a la silla de consejero general²⁹ y cuando se levantaba era para ir a comer con los compañeros o proveedores de servicios que pagaban facturas de diez líneas con la esperanza de colocarle alguna solución informática. Y aunque practicaba algo de ciclismo de montaña los fines de semana, con el padre de Steph precisamente, después de unos diez kilómetros lo que más estaban deseando los dos era tomarse el aperitivo a la sombra. Allá lejos, el hombre apagó el cigarrillo contra la suela y se guardó la colilla en el bolsillo. Luego volvió al trabajo. Tenía la espalda negra por el sol y se le empezaba a ver el cartón en la coronilla. Steph sintió que le corría una gota de sudor por el costado. Y eso que la sombrilla estaba abierta. Sabía que le apetecía algo, pero no sabía qué, puede que azúcar. El teléfono volvió a sonar. Suspiró y se decidió a ir a cogerlo. La silla de jardín le había dejado unas marcas rectangulares en la espalda y en los muslos.

Clémence ni siquiera se molestó en saludarla.

—¿Y bien?

Lo que quería era que le contara qué tal había ido la velada del día anterior. Serge y su mujer habían ido a cenar a casa de Steph. Aquello siempre les daba pie a las dos chicas a desbarrar con todo tipo de fabulaciones.

—¿Y bien qué?

—No te hagas la tonta, ¿qué pasó ayer con Porco Rosso?

—Bah, nada —dijo Steph.

—¡Sí, seguro! Suéltalo, descarada.

Steph soltó una risa ahogada.

—¿Te enseñó la polla?

—Pero qué dices, para, estás piradísima.

—Estoy segura de que te la enseñó.

—Solo me dijo que me andara con cuidado.

—¡Será pervertido!

Las chicas empezaron a burlarse. Les encantaba despellejarlo desde que una noche, después de haberse metido entre pecho y espalda dos *whiskies* y el

equivalente a una botella de clarete, se había tomado la confianza de preguntarle a Steph si se depilaba el pubis. Todos los comensales se escandalizaron, por puro trámite, porque en el fondo era una pregunta que no carecía de interés. Serge lo había leído en *VSD*³⁰: ahora, todas las jóvenes se rasuraban el coño. ¡Oye, oye!, le dijo el padre de Steph, pero de todas formas estaba aún más cocido que su amigo.

Steph conocía a Serge Simon desde que era muy pequeña. Era un viejo amigo de la familia. Iba a su casa a tomar el aperitivo, y su padre y él cazaban juntos. Los dos eran copropietarios de un barco que tenían fondeado en Mandelieu-la-Napoule. Serge tenía dos hijas. La mayor estudiaba Farmacia en Lyon. La otra estaba en Estados Unidos, también estudiando, en teoría, aunque se dedicaba esencialmente a divertirse en un campus como los que se ven en las pelis, con el césped recién pintado y los edificios históricos nuevecitos; por no hablar de todos los deportistas, a cual más gilipollas y atractivo. O al menos así era como se lo imaginaba Stéphanie.

Dos años antes, Serge Simon aún le hacía rabiarse pellizcándole la nariz y contándole adivinanzas. Cuando cumplió catorce años, no se le ocurrió nada mejor que regalarle que una navaja suiza. Pero, desde hacía algún tiempo, sus relaciones habían sufrido un cambio curioso. A veces, Steph lo sorprendía mirándole las piernas, o escudriñándole los ojos. No en plan degenerado, sino como bloqueado, como un perro de marca. En cuanto ese hombre gordo notaba que lo había pillado, soltaba aquella risa empantanada tan rara. Clémence y ella lo habían convertido en una seña de identidad. «Jejem...» Una risa pectoral, ahogada, con 5 de cociente intelectual, todo en la polla.

En todo caso, eso era lo que contaban las chicas.

La noche anterior, pues, Serge había ido a cenar a casa con Myrielle, su mujer. Normalmente, cuando ella estaba delante, Serge mantenía las formas. Motivo por el cual Steph se había pintado las uñas de los pies y se había puesto una camiseta de tirantes escotadísima. Por lo demás, la adolescente no había hecho nada especial para provocarlo, ni dicho una palabra en toda la noche. Se había limitado a estar de morros, paseándose por toda la casa en plan chulito, descalza, en camiseta, pasando de todo.

Era curioso cómo le hablaban ahora los hombres. Ponían esa voz profunda, inductiva y modulada. Empezando por Serge. Cada vez era el mismo numerito. Después del postre, Steph se levantaba de la mesa y en algún momento de la velada él iba a buscarla. Asomaba la cabeza en el salón o entornaba la puerta de su cuarto. Buenas noches, monina. Que sí, que vale. A Stéphanie la

acojonaba un poco, pero por otra parte no le desagradaba sentir que la miraba un hombre hecho y derecho.

Esos tíos de corpachón grasiento y hombros de animal, que se ponían a rondarte, con ese aliento a tabaco, fuertes, llenos de pelos y esas manos gruesas, repugnantes y sexis, era superraro. La adolescente recelaba de ellos y los buscaba, sin saber por qué. También pensaba en las cosas que podían llegar a hacer, con sus cochazos alemanes y sus tarjetas de crédito. Mendas con una familia a su cargo, que les pagaban la carrera de Empresariales prohibitiva a sus vástagos medio retrasados, tenían un barco en la costa, daban su opinión y pensaban que no era tan mala idea presentarse a alcalde de su pueblo, con sus amantes, sus deudas, su corazón de buey a punto de estallar, sus güisquicos con los amigos y sus camisas Ralph Lauren XXL, todo ese poder reducido a la nada por culpa de una chica.

Pero ¿qué se pensaban?

Olisqueadores y fatuos, intuían la primera vez, que los conmovía hasta enfurecerlos. Porque ellos ya se acercaban peligrosamente al final del viaje, con sus enseres prescindibles y sus responsabilidades cancerígenas. Algún día, esas crías aerodinámicas de pechos puntiagudos y piernas recién sacadas del molde acabarían en la cama con algún chico. Se abrirían de piernas y se meterían en la boca el sexo sonrosado. La inminencia de ese acontecimiento los dejaba perplejos e inconsolables. La inocencia acabaría anegada en sudor y a ellos les habría gustado, una vez más, ostentar el privilegio de abolir una pequeña parte de esa blancura. Cuánto atormentaban los sedales apenas tirantes de las jovencitas, y los vientres planos y la piel como la pintura de un coche, a esos hombres que lo habían ganado todo para darse cuenta de que lo único que contaba era el principio.

Steph estaba ahora en el balcón, a la sombra. Acodada a la barandilla, seguía charlando con Clémence. Cuando no estaban juntas, las dos chicas se pasaban el rato colgadas del teléfono. De hecho, Steph discutía regularmente con su madre porque esta sostenía que esas conversaciones los llevarían a la ruina. El padre, instintivamente, defendía a la hija. Entonces la madre la tomaba con el padre. La rivalidad entre madre e hija exigía un desempate y el padre, magnánimo o cobarde, se desentendía. Acababan todos reñidos, cada uno a lo suyo en una esquina de la casa, que por suerte tenía sitio de sobra. El padre, sobre todo, se montaba retiros alejados para evitar los problemas. De modo

que su taller había pasado a ser un despacho y ahora empezaba a parecerse a un estudio. Incluso había pedido presupuesto para instalar una cabina de ducha al lado del garaje. Un proyecto de alto contenido político que la madre había vetado. El padre había reconocido que sus pretensiones eran desproporcionadas y se había conformado con un retrete químico. También le valía.

—¿Qué te apetece hacer esta tarde?

—Ni idea.

—Venga ya...

—Jo, yo qué sé. El tío ahora mismo pasa de mí...

—Qué dices. Está pilladísimo contigo. Te desea. Se le nota un montón.

—¿Tú crees? Yo creo que no —dijo Steph, paladeando su falsa modestia.

—Te lo juro...

Steph ya no podía más con ese tío. Simon y ella ya estaban juntos en clase en CE2³¹. Por entonces era un buen alumno pretencioso y turbulento que llevaba vaqueros 501 y Kickers. Desde entonces, había cambiado bastante. Ahora iba con chupa de cuero y fumaba sin parar. Parecía triste. Gracias a él, Steph había descubierto a Leonard Cohen y a los Doors. Los escuchaba una y otra vez. Era tan bonito...

—¿Entonces qué?

Clem se impacientaba.

—Pues vamos a la pista.

—¿En serio?

—¿Y dónde si no? —dijo Steph, muy tranquila.

—Ya fuimos ayer.

—Te lo aviso desde ya, yo a casa de tu novio no vuelvo.

—Ya, qué palo —admitió Clem.

Aquella visita a casa del primo no le había dejado un recuerdo imperecedero. Eso era lo malo de los *bad boys*, que muchas veces vivían como gitanos. Dicho lo cual, el primo era tan mono... y prácticamente el único que tenía costo en esa mierda de ciudad. A Clem le apetecía volver a verlo.

—¡Y la madre! —se burló Steph—. En serio, ¿tú la viste? ¡Para morirse!

Clem no le siguió el juego. Esa misma noche había quedado con el primo cerca de la central eléctrica abandonada. Ya se habían visto allí varias veces. De momento, él no se atrevía a ir muy lejos, pero Clem tenía confianza. Solo de pensarlo, se estremeció.

Las dos chicas se quedaron unos segundos así, sin decir nada. Steph iba

andando de arriba abajo por su casa. Notaba en los pies la superficie lisa y helada de las baldosas. Resultaba agradable con aquel calor. Volvió a la terraza. El hombre del cortacésped se había ido. Solo quedaba un montón de hierba recién cortada. Aspiró el olor que la acompañaba, delicioso y primaveral.

—Puf, cómo odio esta ciudad —dijo Steph.

—A mí me encanta.

—Qué ganas de que nos larguemos.

—Dos años aún.

—No lo conseguiremos nunca.

—Si sigues sin pegar ni chapa en clase —dijo Clem—, está claro que la única que se las va a pirar soy yo.

—¿Y qué ibas a hacer sin mí? No vas a poder tirártelos a todos.

—Tú empieza por tirarte a Simon.

—Ya —admitió Steph, depre—. Bueno, nos vemos en la pista...

La pista era el *skatepark* que el ayuntamiento acababa de construir junto al parque de bomberos, a la salida de la ciudad. Había una rampa, tres barras y dos muros bajos. Paraba por allí una fauna dispar de niños pijos y notorios delincuentes juveniles. Patinaban bastante, privaban aún más, se encontraba buen costo y algunas tías superbuenas. Simon tenía un estilo de patinar flemático que no le impedía hacer los mejores *ollies* de la ciudad, tanto que pasaba un poco de los demás trucos. Llevaba unas Vans agujereadas, unos vaqueros por los que asomaba el calzoncillo y una camiseta distinta cada día.

—Ya hemos ido cuatro veces esta semana —suspiró Clémence.

—¿Y qué?

—Yo qué sé... Que siempre es lo mismo.

—Ya, espero que el putón de Christelle no esté allí.

—Pero si esa tía no es nadie. Simon pasa de ella.

—¿Tú crees?

—¡Descarado!

Y Steph retomó la palabra, nerviosa, desesperada y charlatana hasta el aturdimiento. Necesitaba repararlo otra vez, diseccionar todos los encuentros con Simon, cada ademán, la mínima inflexión, como ayer, y antes de ayer, y mañana. Definitivamente, Clémence era una buena amiga. La estuvo animando durante casi cuarenta y cinco minutos. Por último, le comunicó que pasaría a buscarla a eso de las tres, como siempre.

Steph se preparó una lasaña y comió sola delante de una reposición de *Bahía peligrosa*. Luego subió a su cuarto. Se sentía un poco triste y harta. A veces estaba hasta las narices de todo, incluso de ese cuarto que, sin embargo, era fruto de una curiosa epopeya. Al principio, su habitación de niña estaba enfrente de la de sus padres. A partir de los doce o trece años les dio la vara para cambiarla. Se contemplaron pues distintas posibilidades, de las cuales la más cara era acondicionar la buhardilla. Esa fue la elegida. Por desgracia, allí la temperatura caía a bajo cero en invierno y subía hasta cuarenta en verano. Aislarla, ventilarla y climatizarla enseguida se ponía en 15.000 francos. Pero bueno, ahora Steph tenía su propio espacio, con vistas increíbles y un rinconcito lleno de cojines junto a la ventana abuhardillada, como en Estados Unidos. Por no hablar del cuarto de baño propio.

Para distraerse, la joven decidió que iba a intentar leer un poco. Todo el mundo le daba la vara con eso, que había que leer. En su biblioteca tenía esencialmente títulos obligatorios del insti, Zola, Maupassant, *El enfermo imaginario*, Racine... También tenía otros que le gustaban más. Llevaba ya un mes intentando meterse en esa historia tan rara de *El gran Meaulnes*. Aunque la historia de amor no dejaba de ser bastante imprecisa y vacilante. Pero tampoco podía decir que no le gustase. Desprendía un ambiente que le agradaba, a ratos, cuando estaba cansada o había comido demasiado. Abrió el cajón de la mesilla de noche y encontró unas Balisto³². Cogió una, se la metió entre los labios y sintió cómo se le derretía el chocolate en la lengua mientras retomaba la lectura. Hacía calor en la habitación con las ventanas abiertas, por las que entraba un sople de aire que levantaba las cortinas color pastel. Se zampó otras dos Balisto antes de quedarse amodorrada. Al cabo de veinte minutos se despertó acalorada y con un sabor desagradable en la boca. Fuera, se oía el graznido del escúter de Clem. Y eso que no eran ni las dos y media.

—He tenido que salir pitando —explicó Clem—. Mi padre me estaba comiendo el tarro otra vez con lo de las preparatorias³³.

—¿Ya no quieres ir a preparatoria?

—Claro que sí, pero estamos a 6 de agosto. Me importa tres cojones.

A Steph le hizo gracia. Clem era muy divertida, con esa pinta de pija, esos modales de macarra y esa desfachatez. Lo cual no le impedía pasar al último curso con un notable de media. Steph no llegaba a tanto.

—Lo malo es que, como iba venada, se me ha pasado coger un casco.

—Ah, pues qué guay.

—Ya, lo siento. Venga, sube.

Steph se sentó a caballo en el escúter y se agarró a la cintura de su amiga. A una distancia de cinco metros era difícil distinguirlas. Llevaban el mismo tipo de ropa, las mismas chanclas y una coleta. El escúter se las llevó soltando un gemido nasal.

A esas horas no había casi nadie más en la carretera. Los asalariados estaban en la oficina, en el taller o en el *camping*. Los viejos se quedaban fresquitos en su casa. Los únicos que se lanzaban a la aventura con ese calor eran los adolescentes. Aunque con la velocidad se suavizaba el aire y el viento se volvía sedoso. Las chicas notaban esa caricia en los pies desnudos. Steph miraba la carretera por encima del hombro de su amiga. Deslizándose por la superficie de la departamental, microscópicas y raudas, las chicas se sentían libres y contaban en silencio las promesas que les debía la vida.

Cuando llegaron, Simon, su hermano y aquel colega suyo melencólico tan raro que se llamaba Rodrigue estaban sentados a la sombra que daba la rampa de *skate*. También estaba una tía a la que nunca habían visto.

—¿Quién es esa?

—Ni idea.

Mientras Clémence colocaba la pata de cabra, Steph se rehízo mecánicamente la coleta.

Todos se saludaron, hasta la tía esa, que sonreía. El ambiente no era demasiado cordial. Steph miraba a la nueva con una desconfianza burlona. Las chicas no se atrevían a sentarse.

—¿Qué estáis haciendo?

—Nada especial.

Romain, el hermano de Simon, tenía en la mano un petardo que acababa de encender.

—¿Al final tenéis costo?

—Es de Anne —explicó el chico señalando a la tía de origen desconocido.

—Es belga —añadió Rodrigue como si eso lo explicara todo.

—Ah, ¿sí?

Steph le sonrió lo mejor que pudo. Las chicas seguían sin querer sentarse. Estaban a pie firme como dos pavas.

—Está en el *camping* con sus primos. Están todo el día fumando como locos.

—Guay.

—¿De dónde eres?

—De Bruselas —contestó Anne.

—Mola —dijo Steph.

Le pasó revista a las piernas y a la cara. Para ser de Bruselas, tenía una pinta muy latina, la muy zorra. Los ojos claros no le pegaban nada con el color de la piel. Y lo que es el corte de pelo, menudo desastre. Mientras que Steph y sus amigas llevaban todas el pelo largo con horquillas y coleteros, un pelo que era su tesoro y que se pasaban horas mimando, la tía esa llevaba un corte de punki regenerada, mitad flequillo y mitad Patti Smith. Y, cómo no, ni rastro de sujetador debajo de la camiseta azul. A Steph le daban ganas de llorar.

Así que, cuando Rodrigue le pasó el peta, Steph no se hizo de rogar. Y eso que después de la fiesta de Drimblois se había jurado poner el freno. Por lo que recordaba, esa noche le había dejado un sabor amargo. Había privado, fumado, esnifado popper, y hubo un momento, cuando estaba tirada en estado comatoso en el sofá, en que Simon se le juntó. Le había susurrado cosas personales al oído, cumplidos y confidencias. Halagada y débil, Steph bajó la guardia. Y, de repente, descubrió que la estaba besando. Luego aparecieron en una habitación del piso de arriba. Simon la sujetaba por la cintura, por la nuca. Tenía las manos en todas partes al mismo tiempo. A Steph la sorprendieron sus besos. Estaban llenos de un zumo intenso, azucarado, realmente delicioso, como un melocotón demasiado maduro. Mientras ella le agarraba el pelo, él la emprendió con el sujetador. El tío era superhábil. Le pellizcó los pezones y Steph sintió que se derretía de golpe, se volvía líquida, un estanque. Puede que dijera que no, no lo recordaba muy bien. Sí que se acordaba del calor de Simon en la mejilla y en el cuello, del pecho hinchado, del ruido del cinturón al desabrocharlo. El chico le había metido la mano en los vaqueros y ella había abierto los muslos y suspirado mientras él le buscaba a través de las bragas la prominencia húmeda del coño. Luego el joven apartó la tela de algodón y encontró la vaguedad de los labios. Steph le agarró la muñeca para guiarlo. Exhalaba el aire por la nariz, ansiosa y acalorada. Quería sentirlo por dentro. Mete los dedos. Sigue, no pares. Al final, Simon le enseñó los dedos índice y corazón, con la piel arrugada como al salir de la bañera. Y luego, ya no sabía muy bien. Había acabado bañándose, un poco triste, contenta, con esa sensación asquerosa, como cuando has comido demasiado y te arrepientes. Y desde entonces, nada, pasaba de ella. Era un fastidio.

Simon y Rodrigue patinaban sin camiseta mientras Romain y las chicas vagueaban en lo alto de la rampa, con las piernas colgando en el aire. El choque repetitivo de las tablas recorría toda la estructura y les repercutía en el pecho. Romain había empezado a ligar con Steph descaradamente. Aquellos intentos la jorobaban tanto más cuanto que confirmaban la indiferencia de Simon, porque si no su hermano no se habría atrevido. Y por eso se sentía fea, sudorosa y atrapada. Y encima, teniendo que poner buena cara por culpa de la belga esa, horriblemente nueva y flaca hasta decir basta. En cierto momento, Romain intentó pasarle el brazo por la espalda. Steph lo mandó a tomar por el culo.

—Pero ¿tú quién te crees que eres? —dijo el chico, herido.

Todo el mundo había oído cómo lo rechazaban, y por el careto que se le había quedado, era obvio que el tema no iba a acabar así. Por eso Clem decidió meter baza.

—Para ya —dijo—. Ahora mismo, no es coña.

Había salido con Romain cuando estaban en quinto y de esa triste experiencia conservaba sobre él una especie de influencia alternativa. Aunque no abusaba de ella, con fuerza y buena puntería podía mantenerlo a raya sin demasiado jaleo. Esta vez, seguramente, se había pasado al entrarle de forma tan expeditiva. Romain se puso de pie y se fue al otro extremo de la rampa. Allí, con las piernas abiertas, se puso a mear en el vacío.

—¡Serás guarro!

—Pero tío, para ya.

Se lo tomó con calma y se sacudió ostensiblemente las últimas gotas antes de cerrarse la bragueta.

—Tú no me mandas.

—Eres asqueroso —dijo Clem—. En serio, no ha estado bien.

—¿Ah, no? ¿Y salir con quinquis sí que lo está?

Tocada y hundida. Clem se puso pálida. ¿Cómo lo sabía? ¿Y los demás también estaban enterados? Como nadie decía ni mu, dedujo que lo suyo con el primo era del dominio público. Qué mal rollo. Se juró que iba a cortar enseguida. En cuanto consiguiera lo que quería, al menos.

Anne se ofreció entonces a liar un porro para relajar el ambiente. Aunque la intención era buena, Steph dijo que no, y Clem también, por solidaridad más que nada. Además, se estaba haciendo tarde. Steph siempre procuraba no llegar demasiado tocada a casa. Su madre tenía alma de aduanera y un cronómetro en lugar de corazón. Si Steph volvía con los ojos inyectados y

después de las siete, le tocaba aguantar doble charla sobre el respeto y el porvenir. Un retraso de cinco minutos se convertía en una premonición. Bastaba para deducir que se iba a arruinar la vida con embarazos no deseados, hombres alcohólicos, carreras sin salida profesional o, ¡lo que es peor!, estudiando sociología para luego hacer oposiciones. El caso era que el paso de su madre por la Facultad de Derecho tampoco había sido demasiado brillante. Lo había contrarrestado casándose con un concesionario de Mercedes que tenía la exclusiva en todo el valle y ramificaciones hasta Luxemburgo. En casa de Stéphanie, la brevedad de los estudios se compensaba contando historias sobre ganarse las cosas a pulso, hacerse a sí mismo y el valor del trabajo. Un relato que, sin llegar a ser mentira, adornaba bastante la realidad histórica. Para construir su pequeño imperio del automóvil, el padre de Steph había tenido la suerte de poder contar con un legado familiar, que le vino como caído del cielo después de suspender tres veces el primer año de Medicina.

—¡Bueno!

Simon acababa de aterrizar allí mismo. Se quedó ahí, con una mano apoyada en la tabla vertical, el pantalón caído y los abdominales musculosos brillando por el sudor. Steph alzó la mirada. El chico tenía las mejillas encendidas y el pelo empapado.

—¿Nos vamos?

Se dirigía a la belga. Ella contestó que vale con mucho acento y se levantó, flemática y muy alta, parándose para sacudirse el polvo del culo. Debajo de la camiseta, las tetas se le movían sin trabas. Se veía que tenía los pezones anchos y abultados. Steph estaba rabiosa.

—¿Y dónde se supone que vais? —les pinchó Rodrigue.

Anne le dio la espalda. Simon, que se estaba limpiando los sobacos con la camiseta, tampoco contestó. Se bajó él primero de la rampa y luego ayudó a la chica.

—¡Que lo paséis bien! —dijo otra vez Rodrigue.

A Steph le empezó a picar la nariz y bajó los ojos. Le estaba subiendo, era un agobio, todas las veces lo mismo. Y encima, con Clem mirándola. Aguantó, concentrándose en dar vueltas al aro que llevaba en la muñeca. En cuanto pudo fingir, se puso de pie a su vez.

—¿Tú también te piras?

—Espera, que te llevo —se ofreció Clémence.

—No hace falta —dijo Steph.

—Que sí, espérate, que te llevo yo.
—Te he dicho que no hace falta.
—No vas a volver a pie como una pringada.
—¡Que me sueltes, ya está bien!
Clémence comprendió que estaba al límite. No insistió más.

Steph se marchó atravesando el descampado que unía el *skatepark* con los antiguos barrios obreros. Era un terreno irregular y lleno de hierbajos que solo servía para tirar una nevera vieja o hacer bicigrós. Se tardaba no menos de media hora en llegar al centro. El lago estaba en el fin del mundo. Su casa, no mucho más cerca. Iba siguiendo el caminito de polvo que serpenteaba por ese erial sin función, acunada por el roce repetitivo de sus pasos, con el corazón roto. Aunque se contenía, la pena y el despecho formaban oleadas cada vez mayores. Quiso correr, pero se le daba fatal y acabó cayéndose cuan larga era en el polvo. Al ponerse de pie, se fijó en que tenía un poco de sangre en las manos. Entonces los diques cedieron de golpe y se puso a llorar abiertamente, un disgusto tremendo con mocos, hipidos y el maquillaje a la mierda. Le faltaba el aliento. Al final, se sintió aliviada y también como si estuviera cansadísima. Así estaba cuando la sorprendió el ruido de un motor. Se volvió a mirar. Era el otro gilipollas.

²⁸ Revista del corazón francesa.

²⁹ Miembro del Conseil Général (desde 2015, Conseil Départemental), uno de los órganos de gobierno regional franceses.

³⁰ Revista francesa de actualidad y ocio.

³¹ 3.º de EGB (actualmente, 3.º de educación primaria).

³² Marca de barritas de muesli con chocolate.

³³ En Francia, para acceder a determinados estudios universitarios después de aprobar el bachillerato, es necesario preparar el examen de ingreso en unas «clases preparatorias» (*classes préparatoires*) que se suelen impartir en algunos liceos.

Al salir de casa de los Bouali, Anthony y su madre se apresuraron a abandonar la ZUP y volver al coche. Para eso había que cruzar un paisaje de aparcamientos, zonas ajardinadas y lomas cubiertas de hierba, con mobiliario urbano grafitado, madres con cochecito y ciclomotores que lo único que hacían era dar vueltas. Vecinos acodados a la ventana los miraban sin decir nada. A lo lejos se veía el viaducto que sobrevolaba parte del valle. Por encima se deslizaban los coches a 130 kilómetros por hora, hacia París o en dirección contraria.

—¿Ves? Hemos hecho bien —dijo Hélène.

Estaba bastante satisfecha de cómo había salido la operación. Entre ella y aquel viejo había pasado algo.

—¿No te parece?

Anthony, con la cabeza metida entre los hombros, andaba sin decir ni mu. Tenía cara de cabreo, como si le diese vergüenza. Y esos andares de macarra, además, a Hélène le daban ganas de cruzarle la cara.

—Déjate de numeritos. ¿Y qué es esa forma de andar?

El chico la fulminó con la mirada:

—No vamos a volver a ver esa moto. Se acabó. A estas alturas ya la habrán mandado a su pueblo.

—Cómo puedes decir eso. Esas historias son bobadas.

—¡Pero baja a la tierra, joder!

—Hemos hecho lo que había que hacer.

Anthony alzó los ojos al cielo. Una vez más, la madre tenía delante a un desconocido. Y pensar que hacía diez años aún le regalaba collares de macarrones para el Día de la Madre... El caso es que siempre había sido buen chico. Es cierto que el cole no era lo suyo y que era más bien peleón, pero, en conjunto, Hélène sabía a qué atenerse con él. Cuando era chiquitín, le cantaba *La rivière au bord de l'eau*³⁴. Le encantaba la mermelada de arándanos y aquellos dibujos animados del niño indio, Zachari³⁵ o lo que fuera. Aún se

acordaba de cómo le olía la cabeza cuando se le dormía en el regazo, los sábados por la noche, delante de la tele. A pan recién hecho. Y un buen día le pidió que llamara a la puerta antes de entrar en su cuarto y a partir de ahí todo se precipitó de forma bastante inesperada. Ahora lo que tenía era un pedazo de animal que quería hacerse tatuajes, al que le olían los pies y que se contoneaba como un macarra. Su niño. Perdió los nervios del todo.

—¡Desgraciado! ¿Tengo que recordarte quién se llevó la moto primero?

Anthony la desafió con la mirada, casi con odio.

—No te puedes fiar de esa gente. Eso es lo que no quieres entender.

—¡Deja de decir eso! Te pareces a tu padre.

Curiosamente, esa acusación halagó al chico.

—De todas formas, ya sé lo que tengo que hacer —dijo.

—¿A qué te refieres?

Estaban ya bajando la pendiente que llevaba al centro. Abajo había una glorieta con tres salidas. Una llevaba a la urbanización La Grappe, donde vivían los Casati. Las otras dos, hacia la ciudad o la autopista. Anthony apretó el paso para adelantar a su madre. Hélène lo atrapó por el cuello de la camiseta. Lo habría matado.

—¿Por qué eres así? —chilló—. ¡Estoy harta! Harta, ¿me oyes?

—¡Suéltame, déjame en paz!

Se soltó brutalmente y entonces Hélène se quedó impresionada por la fealdad de su hijo. En todos los meses que llevaba viendo cómo lo transformaban los cambios de la pubertad, había acumulado suficiente asco, como un secreto horrible. Tenía cara de tonto, siempre estaba de morros. El ojo enfermo, que en su carita de antes resultaba enternecedor, ahora parecía una minusvalía. Y a veces, en la forma de moverse o de hablar, reconocía al otro. Al padre.

—¡Ya no puedo más contigo! ¿Me oyes?

Un coche que subía hacia la ZUP redujo la velocidad a su altura. Eran unos chicos jóvenes. Tocaron la bocina alegremente.

—¿Necesita ayuda, señora?

Anthony aprovechó la distracción para salir disparado y dejarla ahí plantada. El chaval del coche preguntó:

—¿Quiere que la llevemos?

—¡Bah, dejadme en paz! —replicó Hélène, haciendo un gesto como para ahuyentar a un mosquito.

Anthony se lanzó cuesta abajo hasta la glorieta y giró a la izquierda. No era

el camino de su casa.

Siguió corriendo un rato, pero no sabía dónde ir y no tenía ninguna intención de volver a casa. Estaba resentido con el mundo entero. No hacía tanto que le bastaba con ver una buena peli comiendo palomitas para ser feliz. Por entonces la vida se justificaba por sí misma, por el hecho de repetirse incluso. Se levantaba por la mañana, iba al cole, tenía el ritmo de las clases, los amigos, todo se iba encadenando con una facilidad desconcertante y lo peor que podía pasar era que le pusieran un examen sorpresa. Y ahora esto, esa sensación de lodo, esa cárcel de los días.

Si no recordaba mal, el primer ataque le pilló estando en clase en el laboratorio. La profe pronunciaba cosas extraterrestres, como monocigoto o fisión binaria, y, de repente, se dio cuenta de que ya no podía más. Capucine Meckert en primera fila. El color del linóleo. Su vecino de mesa. El olor a sosa y a jabón que se respiraba en los laboratorios del último piso. Sus uñas mordidas. Esa energía continua que le quemaba la piel. No podía más y punto. Miró el reloj de la pared. Aún quedaba media hora de clase, y esa media hora cobró, de pronto, dimensiones oceánicas. Y entonces, lo lanzó todo por los aires, el estuche, los libros, los cuadernos y hasta la banqueta.

En el despacho del dire la cosa no fue tan mal. El señor Villemintot sabía de sobra cómo funcionaban esos críos que se pasaban el día encerrados, sometidos a las hormonas, enfilados para aprobar vanos diplomas que los abocaban a carreras más o menos prestigiosas, pero que en todos los casos actuaban como laminadoras de las que salían o formados o rotos, disponibles en cualquier caso. Al señor Villemintot ya no lo escandalizaban esos arrebatos, ni los morreos en las esquinas, ni el consumo clandestino de drogas o alcohol. Se limitaba a aplicar el reglamento, sin enfados, sin indulgencia, mecánicamente. Anthony solo tuvo que cumplir tres días de expulsión, pues antes ya había habido unas cuantas gamberradas más.

Desde entonces la vida pintaba muy rara. Había mañanas en que Anthony se despertaba aún más cansado que la noche anterior. Y eso que cada vez se quedaba durmiendo hasta más tarde, sobre todo los fines, para cabreo de su madre. Cuando los colegas le tomaban el pelo, se mosqueaba y respondía a puñetazos. Todo el rato tenía ganas de pegar, de hacerse daño, de estamparse contra la pared. Entonces se iba a montar en bici con el *walkman* en las orejas, poniendo una y otra vez la misma canción triste. De pronto, mientras veía

Sensación de vivir en la tele, le entraba una melancolía tremenda. Lejos de allí existía California, donde la gente llevaba vidas que merecían la pena. Él tenía granos, playeras rotas y un ojo jodido. Y unos padres que reinaban en su vida. Claro está que esquivaba las órdenes y desafiaba constantemente su autoridad. Pero aun así, esos destinos aceptables seguían estando fuera de su alcance. No era cosa de acabar como su viejo, que se pasaba media vida borracho, gritando mientras veía las noticias y discutiendo con una mujer a la que no le importaba. Joder, ¿dónde estaba la vida?

A base de andar, Anthony había derivado espontáneamente hacia los márgenes de la ciudad. Ahora, hasta muy lejos, se veía un panorama desolador de gruesas lomas y hierbajos amarillos. Más allá, el esqueleto abandonado de un carrito de la compra. A alguien con imaginación podía haberle parecido romántico. Anthony no opinaba así. Iba a volver por donde había venido cuando vio a Steph.

De inmediato se le aceleró el corazón.

Estaba sola en el caminito que llevaba al nuevo *skatepark*. A esa distancia, sobre todo se la intuía. Pero con esa coleta y ese culo, no cabía ninguna duda. Detrás de ella venía una motito, lenta y traqueteante, con ese sonido tembloroso característico. Era el atontado ese, Romain Rotier, subido en su Chappy diminuta. Steph se detuvo para esperarlo. La distancia entre ambos se reducía rápido. Asqueado, Anthony adivinaba lo que iba a seguir.

Pero sucedió justo lo contrario. A todas luces, a Steph no le apetecía nada hablar con ese capullo y la conversación degeneró casi enseguida. La chica quiso seguir su camino, pero el otro no se daba por enterado. La seguía zigzagueando, metiendo y soltando el acelerador para mantenerse a su altura. Se alejaba y luego volvía para cortarle el paso. Era horrible, incluso verlo. Cuando se puso a tocar la bocina, Anthony no aguantó más y se lanzó de cabeza.

No pensó que hubiera tanta distancia. Para llegar hasta ellos tuvo que correr casi un minuto y les dio tiempo de sobra a verlo venir. Era un espectáculo curioso, el chico ese cruzando el paisaje desbocado, patiocorto, inquebrantable y todo hombros. Romain apoyó la Chappy en la pata de cabra y sujetó el casco por la correa, preparado para cualquier eventualidad. Steph observaba su preocupación. Se preguntó si Anthony se le tiraría directamente al cuello. No parecía descartable. Llegó al fin, polvoriento y sin resuello. Estaba sonriendo.

—¿Qué coño haces aquí? —le soltó Romain torciendo el gesto.

Anthony intentaba recuperar el aliento, apoyándose con las manos en los muslos. Además, tenía el sol de cara y no podía ver bien. A pesar de todo, se dio cuenta de que Steph acababa de llorar. Tenía la cara descompuesta y los ojos ojerosos y encarnados.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Algún problema?

—Que no. No pasa nada.

Contestó irritada y Romain lo aprovechó para burlarse.

—¿Qué te crees, ojazo, que necesita tu ayuda?

—¿Qué has dicho?

Se soltaron varias réplicas en el mismo plan, tipo «qué te has creído», «quién te crees que eres». Romain se había acercado dos pasos a Anthony y se notaba que la idea de plantarle el casco en toda la jeta se iba concretando. Precisamente era lo que estaba esperando Anthony. Pero Steph los cortó en seco:

—Sois un coñazo, los dos. Me voy a casa.

Y vieron que, en efecto, se iba, dejándolos solos con su orgullo y sin público. Así resultaba un poco triste. Romain se puso otra vez el casco.

—Esta vez has tenido suerte.

Volvió hacia la moto y le sacó el dedo a Anthony antes de marcharse como había llegado, peeeeet petpetpet peeeeet, luego el ruido se atenuó y Romain desapareció en una nubecilla de polvo.

En la otra dirección, el erial, sofocado de tranquilidad, extendía sus olas inmóviles y el sol, al deslizarse, producía en todo el valle un efecto de ricos matices ocres metalizados y dorados oscuros. La silueta de Steph ya se había reducido mucho. El chico decidió seguirla. No tenía intención de alcanzarla, solo quería seguirla un rato. Así pues, se puso en marcha y la escoltó en silencio, procurando dejar entre los dos cien metros largos. La chica no tardó en darse cuenta de que no estaba sola. Se detuvo. A Anthony no le quedó otra que llegar a su lado.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—¿Por qué me sigues?

—Por nada.

—¿Quieres algo?

—No.

- ¿Eres un perverso o qué?
—Claro que no.
—¿Entonces?
—Entonces nada.

Sin embargo, continuó siguiéndola. Steph se sentía cada vez más cansada y más depre. No le apetecía que la vieran en la ciudad con ese atontado. Tampoco quería estar sola en su casa. A medida que caía la noche, empezó a sentir como una ansiedad. Ahora bordeaban la carretera departamental que iba a Étange. Steph caminaba por la hierba seca del borde. Anthony la imitaba, a treinta metros. La chica dejó que la alcanzara de nuevo.

—¿Hasta dónde me vas a seguir así? ¿No te aburres? ¿No tienes nada mejor que hacer?

Él se encogió de hombros. Ya no le hablaba enfadada, sino queriendo picarlo más que otra cosa.

- ¿Esperabas algo?
—Nada. Solo quería hablar, nada más.
—Y esto de ir siguiendo a las tías, ¿lo haces mucho?
—Nunca.
—De verdad que alucino contigo...
Anthony intentó una sonrisa reconfortante.
—No quería asustarte.
—Ya... Bueno.

Entonces Steph pareció estar buscando algo en el paisaje. De tanto recorrer la zona a pie, en bici, en escúter, en autobús y en coche, se conocía el valle al dedillo. Igual que todos los chavales. Allí la vida era una cuestión de trayectos. Iban a clase, a casa de los amigos, al centro, a la playa, a fumar porros detrás de la piscina, a una cita en el parquecito... Volvían a casa y se marchaban de nuevo, igual que los adultos con el curro, la compra, la canguro, la revisión en Midas, el cine... Cada deseo implicaba una distancia, cada placer requería carburante. Tanto que al final acababan pensando como un mapa de carreteras. A Steph se le ocurrió una idea.

—¿Te apetece beber algo?

Deshicieron lo andado para ir por la carretera que serpenteaba hasta el «mirador». Estaba bordeada de árboles y de bonitas casas de construcción

reciente cuyos habitantes trabajaban en Luxemburgo. A medida que se acercaban a lo alto, la vegetación se iba haciendo más densa, y la sombra, también. Steph y Anthony caminaban juntos, buscándose con el codo. Poco a poco, les subía por las piernas el cansancio del desnivel. Iban en silencio. Anthony estaba contento. Había deseado tanto algo así...

No tardaron en entrever la silueta de la Virgen que se alzaba allí arriba. Una piadosa monstruosidad de diez metros de altura que había pagado la familia Wendel y que velaba sobre los obreros mientras dormían. Al cabo de varios decenios, con la cabeza inclinada y los brazos abiertos, seguía bendiciendo Heillange. La verdad es que, estando a sus pies, resultaba bastante impresionante mirarla.

—La tocó un obús durante la guerra —dijo Anthony.

—Ya lo sé —contestó Steph.

Era la historia que contaban todos. Steph le dijo que la esperase un momento y desapareció detrás del pedestal. Al alzar la vista, el chico se encontró con los rasgos bondadosos de la estatua, el rígido drapeado del vestido y el aspecto liso del metal donde el óxido había comenzado su labor de zapa. Cuando la joven regresó, traía una botella de vodka.

—¿Qué es eso?

—Vinimos aquí a privar el otro día y dejamos una botella.

—Guay.

Steph desenroscó el tapón, que emitió un crujido de botella nueva, y bebió a morro.

—Está caldorro —dijo la chica, con una mueca.

—A ver...

Anthony bebió a su vez. Estaba realmente asqueroso.

—¿A que es insufrible?

—Ya te digo.

—Anda, pásamela.

Steph le dio otro lingotazo antes de acercarse a la mesa de orientación que se curvaba ante el vacío. Se subió encima para sentarse a mirar el paisaje, con las piernas colgando. Anthony la siguió de un salto. La chica le tendió la botella.

—La verdad es que siento bien.

—Sí.

A lo lejos se veía fluir el Henne, tortuoso y brillante. Definitivamente, en el valle se iba haciendo tarde. En el rostro de Anthony, la luz rasante acentuaba

algunas imperfecciones, una pelusilla en el labio, un grano en la aleta de la nariz... En el cuello le latía una vena. Se volvió hacia Steph. Ellos dos no eran nada en ese espacio que tampoco era gran cosa. Un afluyente pasaba a través de un valle donde los hombres habían construido seis ciudades y algunos pueblos, fábricas y casas, familias y costumbres. En ese valle, los campos geométricos de trigo o de colza recortaban centones primorosos sobre el relieve ondulado. Los bosques restantes se extendían entre las parcelas, unían las aldeúchas y bordeaban las carreteras grises por las que circulaban diez mil vehículos pesados al año. De tanto en tanto, sobre el verde encendido de una colina, crecía un roble solitario, como una mancha de tinta difuminada.

En ese valle, hubo hombres que se habían enriquecido y construido casas cuya altura, en cada aldeúcha, desafiaba la actualidad. Hubo niños a los que habían devorado los lobos, las guerras y las fábricas; ahora estaban allí Anthony y Steph, evaluando los daños. Bajo su piel corría un estremecimiento intacto. Del mismo modo que en la ciudad apagada proseguía una historia soterrada que exigiría, al cabo, bandos, decisiones, movimientos y batallas.

—¿Te gustaría salir conmigo?

Steph estuvo a punto de soltar la carcajada, pero el tono serio del chico la disuadió. Miraba el paisaje fijamente y sin parpadear, tozudo y hermoso. A Steph le había hecho efecto el vodka y, en el fondo, ya no le parecía tan pequeño. Además, la fuerza de la costumbre había modificado ese rostro que ahora veía de perfil, sin la inexactitud que tenía de frente. Las pestañas eran largas y oscuras, y el pelo moreno estaba revuelto. Se le olvidaba ser desconfiada. Al sentirse observado, el chico se volvió hacia ella. El ojo medio cerrado apareció de nuevo. Ella sonrió, apurada.

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo.

—No sé. Eres guapa.

La luz bajaba poco a poco. Sobre todo, nada de volver a casa. Anthony decidió que iba a cogerla de la mano. Adivinándolo, Steph se alejó un poco.

—¿Dónde vives?

Él se lo señaló.

—¿Y tú?

—Allí.

Ella se quedó mirando la superposición frondosa de tejados, la maraña de vidas en el hueco, debajo del puente. Había subido allí cien veces y se conocía el panorama como la palma de la mano. Enseguida encontraba puntos de referencia. Calibraba lo insuficiente que era todo.

—Me voy a largar de aquí. En cuanto saque el *bac*, me piro.

—¿Adónde vas a ir?

—A París.

—Ah.

Para Anthony, París era algo abstracto y vacío. ¿Qué era París? *7 sur* ³⁶. La Torre Eiffel. Las pelis de Jean-Paul Belmondo. Una especie de parque de atracciones, pero encima pretencioso. No acababa de entender qué coño iba a hacer allí Steph.

—Me importa una mierda, voy a ir.

En cambio, para ella, París era blanco y negro. Le gustaba Doisneau. Iba en Navidad, con sus padres. Se acordaba de los escaparates y de la Ópera. Algún día sería parisina.

Bebieron un poco más y Steph anunció que tenía que irse.

—¿Ya?

—Son casi las ocho. Mi madre me va a matar.

—¿Quieres que te acompañe?

Steph tomó un poco de impulso y lanzó la botella muy lejos, hacia la ciudad. El objeto describió una amplia curva de belleza balística. La siguieron los dos con los ojos antes de que desapareciera a unas decenas de metros más abajo, con un crujido de hojas.

—No —dijo Steph—, estoy bien.

Después de que se fuera, Anthony se quedó mirando cómo bajaba el sol. Aunque no lloró, no fue por falta de ganas.

³⁴ Canción infantil tradicional.

³⁵ En realidad, Yakari.

³⁶ Programa de televisión francés de reportajes y entrevistas.

Hélène Casati se había tomado el día libre, como solía hacer de vez en cuando. Esas veces hacía lo mismo que siempre, se levantaba a las seis, antes que nadie, y preparaba el desayuno oyendo Europe 1. Le gustaban mucho las crónicas de Philippe Aubert. Era un cachondo y sabía hablar de las mujeres, sobre todo de Mathilda May.

En casa de los Casati, los quehaceres matinales obedecían a una rutina muy precisa que regulaba el uso de la cocina, del cuarto de baño y del retrete³⁷. El objetivo era evitar encontronazos, porque todos los miembros de la familia se levantaban con el pie izquierdo. Sin embargo, las comidas son momentos muy especiales de la vida en familia. Eso era lo que decía la señora Dumas, la asistente social que les habían asignado después del accidente. Hélène recordaba a esa mujer gruesa y enérgica que hablaba con los dientes apretados. Cuando se sentaba en la cocina, sus muslos cobraban proporciones realmente alarmantes. Entonces, le prodigaba consejos y le pedía que le enseñara las cuentas. Hélène odiaba que metiera las narices en sus asuntos.

—¿Sabe que trabajo de contable?

—Claro que lo sé —contestaba la señora Dumas—. Pero tiene que haber alguna forma de mejorar esto.

La señora Dumas sonreía, aplicada e inmutable, mientras despeluchaba las matrices de los talonarios llevándose el índice a la boca regularmente. Realmente era lo suyo. El juez la había puesto ahí por el bien del niño. Hasta cierto punto, Hélène podía entender esa medida. Hasta Patrick se estaba esforzando. Los hechos se habían encadenado tan deprisa...

—¿Son conscientes de que necesitan ayuda?

La pareja contestaba que sí. En el despacho del juez, Anthony ya se había creado sus hábitos en el rincón de los juguetes. Una vez se quejó de que no encontraba el pitufo con gafas. Se lo debía de haber llevado otro crío.

Por supuesto que necesitaban ayuda. Mientras tanto, la señora Dumas esa te volvía loca con su infatigable sonrisa y esa benevolencia incombustible. Hélène creía que había agotado las reservas de indulgencia hacia su marido,

pero el comportamiento de la asistente social casi los había reconciliado. La mujerona nunca terminaba de pasar revista a sus costumbres, la cantidad de botellines y de cigarrillos diarios, los amigos, las escopetas, la moto, lo que decía delante del crío, incluso su forma de moverse. Rectificaba cada manía para que esa familia funcionase como es debido. Vamos mejorando, vamos mejorando, repetía la señora Dumas, su *leitmotiv* justo antes de condenar y de prescribir. El padre y la madre acataban, qué remedio. ¿De qué hablan durante las comidas? ¿Le pregunta a su mujer qué tal le ha ido el día? Las mejillas de Patrick se inflaban. ¿Qué iba a contestar a eso? También puede ir al museo. Los parados no pagan entrada.

Fuera como fuese, los Casati tuvieron que probar en carne propia esos desayunos compartidos, casi casi cívicos y a la americana, con cereales y fruta fresca. Hélène todavía se acordaba del ruido que hacía Patrick al sorber el café. Volvía a ver al crío revolviendo el muesli. Si hubiera sido barro, no le habría dado más asco. Al final le dijo que fuera a beberse el Nesquik delante de la tele. Ella y Patrick se quedaron solos, incapaces de decirse una palabra, humillados.

En otra ocasión, Hélène había organizado una visita a Europa-Park. Para soportar las colas de las atracciones, el calor y a todos esos gilipollas, el padre había estado bebiendo sin tregua, puede que cinco litros de cerveza en total. Era la ventaja de los parques de atracciones alemanes, que había un grifo de Spaten en cada esquina. A la vuelta condujo Hélène y tuvieron que pararse cinco veces para que Patrick vaciara la vejiga al borde de la carretera. Anthony se lo pasó muy bien. Aún era pequeño y no se enteraba.

Después de ese periodo de supervisión administrativa, la señora Dumas entregó un informe que no era muy favorable, pero el juez de menores instruyó casi ciento cincuenta expedientes al año y había casos muchísimo más dramáticos. Así que los dejaron en paz. En el fondo, lo que más lamentaba Hélène era comprobar que la historia aquella de que había tenido una mala caída, inventada de cabo a rabo, se había convertido en la verdad para todo el mundo. Hasta Anthony corroboraba esa versión cuando se lo preguntaban. Pero Hélène tenía buena memoria.

Hélène había estado a punto de anular aquel famoso día de soltera. Para empezar, el día antes había habido tormenta y no servía de nada librar a escondidas para luego acabar encerrada en un cine. Y luego, la historia de la

moto la tenía medio loca. Hacía una semana que había desaparecido y llevaba todo ese tiempo pensando en ella noche y día, y pegando un bote cada vez que Patrick abría una puerta. Y eso que la burra esa no tenía ningún valor ni servía para nada. Ni siquiera tenían dinero para asegurarla. Pero Hélène sabía que en cuanto Patrick descubriera el pastel, se le iría por completo la olla. Si había estado a punto de ir a casa de los vecinos con una manivela porque tardaban mucho en devolverles la *raclette*...

Pero necesitaba ese día libre, un poco de aire.

Así que se fue antes que nadie, mientras Patrick se duchaba y Anthony seguía durmiendo. Al volante del viejo Opel Kadett, puso rumbo a Guérémanage. Era casi tan emocionante como una fuga. Conducía ahora por la carretera departamental. En el parabrisas, unas nubecillas realzaban el cielo. Allá, un avión despegaba trazando una estela que se disolvía inmediatamente. Bajó la ventanilla para disfrutar del olor del petricor, un olor mojado y negro que le recordaba el primer día de clase, un olor a día siguiente y a nostalgia. Hoy iba a hacer muy bueno, lo habían dicho en la radio.

Primero paró en el Carrefour para comprarse la comida, pan, un tomate, una botella de agua mineral y el *Femme actuelle*³⁸. Luego volvió a la carretera. Cuando llegó al aparcamiento de la piscina, miró la hora en el reloj de pulsera. No eran ni las diez. Tenía todo el día por delante. Se sentía lejos y libre, era perfecto. Pagó la entrada en la taquilla. La mujer que la atendió era una antigua compañera del cole. Se reconocieron e intercambiaron una sonrisa cómplice, no hacía falta más. Luego Hélène se metió en una cabina para ponerse el biquini. Lo había comprado hacía dos años, pero seguía valiendo, no estaba pasado de moda, abierto en los muslos, amarillo y de talle bastante alto. Era mejor estar un poco bronceada para ponerse algo así. Hélène lo estaba todo el verano. Por último, se hizo un moño, se anudó el pareo a las caderas, cogió el bolso y, ¡hala!, se fue corriendo hacia la piscina descubierta, con las gafas de sol a modo de diadema. Apenas tocaba el suelo con los pies. Incluso iba tarareando.

La piscina de Guérémanage era modélica en su estilo, construida en los setenta, con cincuenta metros de largo, plataformas de hormigón y baldosas de gravilla, deslucida y moderna, con dos metros de profundidad en un extremo. A primera hora de la mañana no había mucha gente, aparte de los perseverantes que hacían largos antes de la hora de mayor afluencia. Hélène

eligió una tumbona desde la que podía ver a los bañistas que salían de los vestuarios. Al pasar, le hizo un saludo a una pareja de sexagenarios perennes. La mujer hacía punto mientras el hombre leía el periódico abierto a sus pies. Se pasaban allí el grueso de los veranos, untados de aceite de los pies a la cabeza, caramelizados y canosos. Después de comer se permitían una siestecita, en plena solana, y entonces se les veía el arco del pie, que daba una idea bastante fiel de cómo debía de ser su color original. Esos dos venían de un mundo casi acabado, donde los baños de sol se consideraban terapéuticos. No bebían, no fumaban, se acostaban temprano y todos los días se achicharraban al sol.

Hélène se desató el pareo, extendió la toalla y se tumbó. Un suspiro de placer se abrió paso entre sus labios. Intentó no pensar en nada. Bajo sus ojos se extendía ese cuerpo suyo tan largo y, aparentemente, liso. Lo observó sin indulgencia, inspeccionando las nalgas y los muslos, haciendo aflorar algo de piel de naranja con la palma de la mano. Pero al soltar, la superficie recuperaba un aspecto irreprochable. Poco a poco, su piel se había ido transformando en una superficie compleja, una memoria. Día a día, los cambios eran imperceptibles. Y una buena mañana descubría que algo había variado, un parte más envejecida o una venita granate que había aparecido sin avisar. Era como si su cuerpo, en secreto, llevase una vida propia, una insurrección lenta. Al igual que muchas mujeres de su edad, Hélène se sometía a dietas estacionales. Se establecía un extraño pacto entre ella y su cuerpo, según el cual las privaciones eran moneda de curso legal en esa economía para volver atrás. Solo se trataba de obtener vitalidad a cambio de sufrimiento, una parte lisa a cambio de una parte vacía, plenitud a cambio de continencia. A decir verdad, funcionaba a medias. Se tocó la tripa y tamborileó dentro del ombligo con el índice, lo que produjo un ruidito mate y redondo. Sonrió y se puso de pie. El tiempo pasaba, ¿y qué? Le seguía cabiendo el culo en esos 501 agujereados que había encontrado al fondo del armario. Los tíos seguían dándose la vuelta cuando pasaba.

En el agua, los movimientos de los nadadores provocaban un lejano frufrú de espuma, un remolino espejeante y azul. Al llegar al final, los más aguerridos daban una voltereta brutal para resurgir bajo el agua, tensos y borrosos. Hélène podía notar cómo el sol le iba untando lentamente los pómulos y la nariz, el dolor en los muslos. Tenía calor, estaba a gusto. Se levantó para ir hasta el agua y se quedó en el bordillo, manteniendo el equilibrio con los pies. Estiró los brazos por encima de la cabeza. En teoría,

era obligatorio usar gorro. Se zambulle.

En el agua fresca, Hélène nada a crol, con movimientos aprendidos treinta años antes en la escuela municipal. Al repetir de nuevo su estúpida secuencia, se reencuentra con un bienestar incuestionable. Enseguida un leve calor le sube de las articulaciones y de los hombros. Siente que se le ahueca el vientre y le tiran los hombros. Cada bocanada de aire que toma en la superficie es un beso.

Después de un largo, se acerca a la pared para recuperar el aliento. El millón de reflejos que titilan en la superficie le pican en la cara. Parpadea para sacudirse las gotas prendidas en las pestañas. Se le eriza la piel al contacto con la brisa. Es un placer milagroso. Todo lo que acusa la existencia de su cuerpo la llena de alegría.

Cada día, todo conspira contra ese cuerpo. El marido que ya no se acuesta con ella. El hijo por el que da la sangre de sus venas. El trabajo que la desgasta a base de inmovilidad, de tareas sin sentido y de mezquindades renovadas una y otra vez. Y el tiempo, claro está, que no sabe hacer otra cosa.

Así que ella se resiste. Cuando tenía diecisiete años las cosas ya eran así. A su hermana y a ella les gustaba bailar. Se acostaban con tíos y faltaban a clase. Se compraban sujetadores puntiagudos. Oían el programa *Âge tendre* en la radio. En el barrio ya las llamaban «zorras» porque se negaban a cumplir la regla del cuentagotas, la que fija las etapas y la medida justa. Hélène tenía el mejor culo de Heillange. Es un poder que te otorga la casualidad y que no se puede rechazar. A los chicos se les ponen ojos de cordero degollado, se vuelven tontos y pródigos y puedes elegir, escalonarlos y pasar de uno a otro. Reinas sobre sus deseos estúpidos, cosa que en aquella Francia del Citroën DS y de Sylvie Vartan donde las chicas estaban condenadas a las fichas de cocina y a los papeles de modistilla era ya una revolución.

El mejor culo de Heillange.

Es lo que le dice Gérard una noche que la acompaña a casa. Es un cachas con pelliza de cuero. La lleva como si no pesara y a ella le encanta esa liviandad de los brazos de Gérard. Tiene veinte años y trabaja en una forja. Los sábados pasa a recogerla con la BB Sport. Salen y hacen el amor por los rincones, de pie detrás del quiosco de bebidas, en el campo los domingos por la tarde, donde pueden. Gérard es ambicioso. Después del servicio militar tiene previsto irse. Cada vez que se abrocha la bragueta en un campo de colza, le cuenta por lo menudo la carrera profesional que tiene planeada. Trabajará en obras del extranjero, tendrán hijos, irán de vacaciones al mar y se

construirán una casa con tres habitaciones. Cuando está inspirado, incluso enumera las herramientas que colgará en su taller hipotético, al lado del garaje donde estarán los dos coches. En invierno habrá fuego en la chimenea. Con un poco de suerte, hasta irán a esquiar, depende. Tumbada bocarriba, con los ojos perdidos en el azul, Hélène escucha. Nota que le chorrea algo caliente entre los muslos. Espera que no sea lo que cree. Le pregunta. Ha tomado precauciones, no hay peligro. Y de todas formas, ¿tan grave sería? No. Una familia, dos coches, vivir aquí, estaría bien.

Hélène emprende otros cincuenta metros. Ya le duelen las piernas. Le falta el aliento y se siente vieja. Pero después de ese embotamiento deprimente de los primeros largos sabe que llegará un segundo impulso y se llevará los pensamientos sombríos. Hay que superar el frío y la asfixia, y ese cansancio es como barro. Hay que aguantar, mantener la absurda repetición de los largos. Por la cabeza le pasan pensamientos, recuerdos y añoranzas. La natación es un deporte de resistencia, es decir, de aburrimiento. Fija la vista en el fondo de la vieja piscina, donde faltan teselas de cerámica. El sol incide en el agua con un ángulo agudo que produce relámpagos, sombras y deslumbramientos. Cada recorrido entraña sus etapas. Hélène nada.

La primera vez que ve a Patrick, este va con una pierna escayolada. Ella tiene dieciocho años y lleva un vestido de vichí. Es la boda de una prima, Hélène se ha puesto tacones, y como no suele hacerlo, va hecha una patosa, con la torpeza de una cría de jirafa. Las otras chicas se carcajean a sus espaldas. Ella y su hermana hacen piña. Hélène está acostumbrada a que las otras chicas la envidien y la critiquen. Con ese culo, esa cara y ese pelazo de escándalo, sabe que amenaza equilibrios menores, posición y bienestar. Por ejemplo, si ella quisiera, Hélène podría meter en su cama a Bernard Claudel, que lleva casi dieciocho meses saliendo con Chantal Gomez y se van a casar el año que viene. La llaman «zorra», lo que significa que es una amenaza y que puede resolver algunos problemas gracias a su cuerpo. El término «zorra» determina aquí un poder injusto que le envidian y que les gustaría yugular, por precaución, por miedo a que algunas cosas que les importan de repente se vuelvan frágiles, como de arena. La moral, en este caso, persigue un proyecto político que no dice cómo se llama, el de reprimir las posibilidades de desorden que entraña Hélène. Restringir los efectos de su belleza. Recortar ese exceso de poder del que dispone gracias a su culo.

Gérard no ha podido ir a esa boda en la que Hélène conoce a Patrick. Así que no ve las miradas que se echan. Con esa pierna inmovilizada, Patrick está

muy fastidiado. Como no puede bailar, se queda en un rincón. Parece triste o pensativo, lo que le da un parecido con Mike Brant bastante irresistible. Cuando se acabe el convite, Hélène se las apañará para subirse al Simca que lleva a Patrick a su casa. Después tendrán que verse a escondidas, conciliar a las familias y sentar la cabeza. Será fácil. El amor lo puede todo en ese momento de su vida. Más adelante se buscarán un pisito y harán planes. Una familia, dos coches, vivir aquí, será perfecto.

En todo caso, Hélène no volvió a ver a Gérard. Veinte años después se enteró de que, en efecto, se había ido a trabajar al extranjero, a Túnez, a Egipto y hasta a la India. Se había convertido en soldador de altura y lo habían contratado empresas aeronáuticas, nucleares o agroalimentarias. Poco a poco, estas habían llegado a ser más poderosas que los Estados y habían garantizado a Gérard condiciones de vida y garantías que antaño concedían las naciones que conseguían dinero y declaraban guerras. Hélène se enteró de que Gérard se había establecido en Provenza-Alpes-Costa Azul, en un pueblo cerca de Martigues, donde se había construido un chalé de dos pisos con piscina, y que conducía un Audi. Que se había casado con una antillana de pelo corto, lo cual no le había impedido votar al Frente Nacional un par de veces. Con sus dos hijos, sus amigos, sus piedras en el riñón y el vecino que lo joroba con la altura del seto, Gérard no se aburre. Hélène se enteró de que se había vuelto un apasionado de los viajes. Lo cual significa que una vez al año se va a comprobar *in situ* que los paisajes que ha visto por la tele existen. Las Vegas, Madagascar o Vietnam. Hélène se enteró de todo esto en un entierro. Es donde uno siempre se encuentra con los antiguos conocidos.

Hélène siente que llega el segundo impulso que estaba esperando. La dificultad se atenúa dando paso a un sentimiento amplio, de relajación y de retorno. Se dice que puede hacer aún mil metros sin problemas. Luego se sentirá delgada y fortalecida. Bastaba con superar ese momento ingrato en que el cuerpo rezonga y la mente ingenia. Ahora todo va bien. Hélène pronto cumplirá cuarenta años. La siguen llamando «zorra», pero cada vez menos. Todavía está de buen ver y no cree que haya motivo para esconder las piernas, el vientre o el culo. Sobre todo que aún aspira a tener el amor que le corresponde. Esta reflexión le arranca una sonrisa en el agua, que sabe que su apetito por los hombres no ha cambiado. A veces, yendo en el coche, tiene que hacer una parada de emergencia al borde de la carretera para acariciarse y correrse muy deprisa, mientras un tráiler de 32 toneladas pasa zumbando y sacude el Opel Kadett. En su vientre, todo sigue estando ahí, intacto, la

necesidad de manos y de miradas, y, entre las piernas, la posibilidad de un placer ajeno al reglamento interno de la oficina, al código de la circulación, a su contrato matrimonial y a la mayoría de las demás leyes. Nadie le iba a quitar eso.

Hélène se estuvo acostando una temporada con un compañero de la oficina. Era un chico sin movidas, que llevaba camisas Eden Park y pantalones de pinzas. Lo veía pasar cuando iba a tomarse el café. Tenía unas nalgas bonitas y pelo, que, a ciertas edades, vale por todo lo demás. En la fiesta de Navidad bebió demasiado y, al despedirse, lo besó más o menos en la boca. Una tarde, coincidiendo con los balances de fin de año, ella se quedó hasta más tarde y él la esperó encerrado en su despacho. Al final se encontraron y se besaron con toda la boca. A Hélène casi se le había olvidado. Como críos, morreos acelerados y febriles, con los dedos enganchados y el corazón a cien. Ella le sacó la polla del pantalón de pinzas. Él se la metió casi enseguida. De pie, vestidos, nerviosos y torpes, bastó con un minuto. A partir del día siguiente fueron a un hotel. En la pasión del momento, se la folló en la moqueta. A Hélène no le disgustó en absoluto. Aunque renunció al ver las quemaduras que tenía en las rodillas. Patrick ni siquiera se fijó, pero en adelante se acabó lo de follar a cuatro patas en el suelo.

Hélène decide que treinta largos estaba bastante bien. Regresa al bordillo con esa sensación tan agradable en el corazón del deber cumplido. Mientras estaba nadando, han llegado unos chavales, solos o de dos en dos, chicos y chicas de entre quince y diecisiete años. Se han instalado en los escalones de hormigón que hacen las veces de gradas alrededor de la piscina. Hélène conoce a algunos de vista. Por esa zona siempre acabas reconociendo las caras. Al mirarlos, Hélène siente como si se le encogiera el corazón. Están charlando, de buen humor, despreocupados y perfectos. El agua y las horas de entrenamiento han fabricado cuerpos destinados a la velocidad. Chicas de muslos esbeltos y hombros anchos. Chicos con cara de niño sobre un torso de culturista.

Con deportividad, Hélène sonrío y vuelve a su tumbona. Se deja secar al sol. Llega el entrenador y reparte consignas entre los nadadores, que a continuación se ponen en fila detrás de las plataformas. Los primeros se zambullen. Los siguen los demás, sincrónicos y dóciles, salpicando apenas algunas gotas al entrar en el agua. Hélène observa sus prolongados recorridos subacuáticos. Las dos calles no tardan en llenarse con sus brazadas y patadas regulares. Van deprisa, bajo el sol, son jóvenes y morir se no existe.

Hélène se enfrasca en la revista y deja que se le distraiga la mente. Son más de las once y las inmediaciones de la piscina empiezan a rebullir de gente. Después de comer, dormita un rato debajo de la sombrilla. Sobre las tres, una especie de modorra se apodera de la piscina. Hace un calor agobiante. Para ir al baño hay que andar de puntillas. La gente busca la sombra. En el agua, un magma de niños salpica y se desgañita.

Poco antes de las cuatro, llega el tío ese alto de los ojos claros, con esos andares tan raros, un contoneo exagerado estilo John Wayne o Robert Mitchum. Hélène no contaba mucho con verlo, pero en el fondo sí deseaba un poco que fuese. Deja sus cosas en las gradas antes de bañarse. Hélène es una habitual y él también. Una vez, con Line, se lo pasaron pipa observándolo e imaginándose cosas, en qué trabajaba, cómo se llamaba, qué voz tenía, los ruidos que hacía en la cama, si tenía hijos y pequeñas manías, todo de ese estilo. Hasta le pusieron un mote, Tarzán. Ese corpachón recio y torpe. Hélène se queda un rato mirando cómo nada y luego se olvida. Cuando sale del agua, se fija en los brazos largos, los hombros anchos y el agua que chorrea por el vientre. Entonces él lanza una mirada hacia ella y Hélène siente un vacío en el estómago. Vuelve a su revista precipitadamente. Le gustaría esconderse. Va a acercarse. Se acerca. Pues claro que no. Ha vuelto a su sitio y se seca antes de marcharse. Otra vez será. Está haciendo el ridículo y divirtiéndose como una cría.

Se cierra el paréntesis.

De camino a casa, Hélène aún se sentía ligera como una pluma. Conducía despacio, sin prisa por llegar, con un codo fuera. En la radio sonaba una canción triste de Dalida. Debería hacer esto más a menudo, esas escapaditas le sentaban de maravilla. Al pasar por delante de la casa de sus suegros se acordó de unas Navidades que cenaron allí todos juntos, de sobremesas que duraban toda la tarde. Ya hacía bastante que habían muerto. Todo estaba ahí, cada calle delectaba su historia, cada fachada recitaba un recuerdo. Dejó atrás el parque de bomberos, rodeó la escuela y entonces atrajo su mirada una columna de humo negro que subía a lo lejos. A medida que se acercaba a casa la fue viendo crecer y empezó a oler efluvios de plástico derretido y carburante quemado. Un pliegue de preocupación se le formó entre las cejas. Era muy cerca de su casa. Empezó a rezar por que no hubiese pasado nada. Ya en la urbanización, recorrió dos manzanas antes de encontrarse con un tropel de vecinos. Todos estaban mirando el fuego. Era la moto chamuscándose, rota, derretida, reconocible entre mil.

Hélène tiró del freno de mano y salió del coche sin ni siquiera molestarse en cerrar la puerta. Las piernas casi no la sostenían. La gente la miraba acercarse. Tenía un aspecto espléndido, con el pelo resplandeciente, electrizado por el calor y alborotado después del baño. A su paso, alguien comentó que era una más de esos moritos de mierda. Una voz la llamó:

—¡Hélène!

Évelyne Grandemange acaba de emerger del grupo de curiosos, con su eterno Gauloise en la mano. Llevaba una camisa blanca en la que el humo había dejado un lametón oscuro. Estaba totalmente desolada, temblorosa.

—Tu marido os está buscando por todas partes —farfulló—. Ha cogido la camioneta. Os está buscando por todas partes.

Hélène pensó en su hijo y se abalanzó hacia el coche.

—¡Espera! —dijo Évelyne Grandemange—. ¿Qué le decimos?

—Enseguida vuelvo —prometió Hélène.

—Están llegando los bomberos, espera.

Pero Hélène ya había vuelto a marcharse. Tenía que encontrar a Anthony. Estaba tan aterrada que tardó casi un minuto en meter la segunda.

³⁷ En Francia es muy habitual que el váter esté fuera del cuarto de baño, en un espacio aparte y específico.

³⁸ Revista femenina francesa.

Para arrancar un escúter cuando no se tiene la llave, basta con un destornillador. Anthony había mangado el suyo en Romand, el taller de reparaciones que había en la calle Général-Leclerc. Se pasaba por allí de vez en cuando para ver cómo trabajaban los mecánicos. Didier a veces le dejaba coger una moto para dar una vuelta. Así fue como tuvo ocasión de conducir una CBR 1000. Esas máquinas te mandan directamente a la luna.

Mientras tanto, iba andando por el centro, con la mochila en los hombros y el destornillador en el bolsillo. Había pasado por casa de Manu, que se quedó encantado de poder echarle una mano. Te lo dije, con esa gente solo hay una cosa que hacer. A su espalda, el peso de la MAC 50 no dejaba lugar a dudas.

Después de recorrer el bulevar Sainte-Catherine, se metió por la calle Michelet. Al final, vio lo que andaba buscando. Varios ciclomotores aparcados en la acera. Delante del Metro siempre había alguno. Al acercarse contó tres escúteres y una vespino. La Mobylette 103 era la única que tenía antirrobo. En el bolsillo le quedaba un billete de 50. Pensó que podía echar una última partida de *pinball*. Empujó la puerta del Metro.

Dentro había dos filas de máquinas recreativas y de jugadores. Jugadores jóvenes, sobre todo tíos, que se afanaban precipitadamente en una atmósfera irrespirable. Al fondo, un amplio espejo prolongaba la perspectiva y reproducía los destellos ahumados de las pantallas electrónicas. El dueño estaba a medio camino, en una especie de jaula acristalada. Su curro consistía esencialmente en dar cambio mientras fumaba Marlboro; de hecho, los adolescentes acudían allí tanto para fumar sin que los vieran como para jugar a *Space Invaders*. El lugar estaba bastante despejado a esas horas, pero los sábados por la tarde o después de clase era un mogollón. Anthony pidió monedas de 5 y se dirigió a los *pinballs* que estaban al fondo del todo. Se veía acercarse en el espejo, una silueta baja en el latido azul de las pantallas. Metió 20 pavos en *La familia Addams* y jugó un rato, mal, pensando en otra cosa, perdiendo una bola detrás de otra. Compró otros cinco créditos con el mismo resultado. Después de limpiarse las manos en los vaqueros, titubeó un

momento. Dos tías supermaquilladas sorbían una coca-cola cerca de la entrada. Un tío ponía sus iniciales en los récords de *Arkanoid*. Más allá, unos chicos bregaban con un juego de lucha japonés, mudos y sudorosos. El más bajito pulsaba los botones a una velocidad tremenda y, de tanto en tanto, una gota de sudor se le escurría por la nariz antes de estamparse contra el suelo. La música se interrumpió lo que se tardaba en cambiar el cedé y se oyó entonces el potente ronroneo del extractor. Anthony echó una última partida tan desastrosa como las anteriores mientras escuchaba a los Beach Boys y luego le soltó un patadón al *pinball*, que se puso a tintinear y a titilar llamativamente. Estaba pelado. Se sentía nervioso e indeciso. El estómago le dolía ya desde hacía horas.

Hay que decir que desde la noche anterior, las cosas habían tomado un giro bastante definitivo. Anthony estaba tomándose unas patatas fritas en el Antalya cuando su madre apareció de la nada. No había dudado en dar media vuelta con el coche y saltarse la mediana para ir a buscarlo. De paso, había estado a punto de llevarse por delante parte de la terraza del Turco y a dos clientes.

—¡Sube!

—¿Qué pasa?

—¡Que subas!

Anthony obedeció a toda leche. Su madre llevaba ya un buen rato buscándolo. Estaba destrozada y con pelos de loca. Su bolso estaba volcado en el suelo. Llevaba un retrovisor colgando. El chico se moría de ganas de preguntarle qué pasaba, pero ella estaba maniobrando para volver a la calzada, la dirección del Opel estaba durísima y todo el mundo los miraba, a la mínima se habría puesto a chillarle.

Más tarde le comunicó:

—Vamos a ir a casa de mi hermana. Ya no hay moto. La han quemado.

Le contó todo y para Anthony fue casi un alivio. El mundo de los hechos consumados no dejaba de tener sus ventajas, al fin y al cabo. Al menos, esa amenaza de catástrofe ya no tenía razón de ser. Ahora había que organizarse, gestionar la intendencia, pensar en el dinero, la ropa y la comida, en dónde iban a dormir. Después de una semana de apnea, esto casi parecía mejor.

Cuando Irène abrió la puerta, no daba crédito. Después de tanto tiempo sin hablarse con su hermana. Les ofreció té y *plumcake*. En el fondo, el papel de anfitriona magnánima era su oportunidad, nunca daba tanto de sí como en los

melodramas. Al poco, el teléfono empezó a sonar, y en torno a la mesa todos se miraron mucho rato sin decir nada. El primo decidió entonces cerrar las contraventanas de la planta baja. Daba la impresión de que estaban esperando una tormenta tropical. Pero el padre no se presentó. El teléfono sonó una y otra vez. Irène acabó desconectando la línea. Hacia la medianoche, una paz densa cayó sobre la casa y por fin pudieron tomar un bocado, pechuga de pollo, un poco de queso y unos albaricoques henchidos de zumo que dejaban pegajosas las manos y la barbilla. Aún hacía calor y, paulatinamente, la noche se fue enrollando a su alrededor y empezaron a bostezar, a pesar de la angustia. Tenían que dormir un poco. Irène había abierto el sofá y colocado un colchón en el suelo del cuarto de estar. Hélène no pudo pegar ojo. Le había estado dando vueltas a todo aquello durante horas, sin encontrar ninguna solución válida.

A la mañana siguiente, la familia en pleno se reunió en la cocina para desayunar. Hélène y su hijo no decían nada. No podían irse ni quedarse. Como si fueran refugiados, dependían de la benevolencia revocable de una potencia extranjera. Pero resulta que Irène tenía su propio enfoque de los acontecimientos: había que llamar a la policía, a las asociaciones, a un abogado... Encantada y venenosa, se refería a su cuñado llamándolo «ese cabrón», «ese animal», «el desgraciado ese»... Hélène no replicaba. Con expresión sombría, se limitaba a revolver el café con la cucharilla. Poco a poco se iba acostumbrando a la magnitud de los daños y elaboraba soluciones administrativas y prácticas a su desgracia. Al cabo de un rato, Anthony salió de la habitación, cogió su mochila y se largó por la ventana del cuarto de baño.

Ahora se estaba mirando fijamente en el espejo amplio y apagado del Metro. En el pecho le flotaba una extraña tranquilidad. Era la hora. Maquinalmente, se tocó el ojo derecho y se fue hacia la salida.

Fuera, eligió el escúter más rápido, un BW'S con tubo de escape Polini. Las inmediaciones estaban desiertas, tenía que darse prisa. Empezó por quitar el carenado con el destornillador, y como uno de los tornillos se le resistía, utilizó la herramienta para hacer palanca y el plástico cedió con un crujido desagradable. Comprobó una vez más que no había nadie. La calle angosta mostraba quinientos metros de paredes indiferentes. Un poco de sudor le empapaba las manos. Movié el destornillador en el contacto y luego empuñó el manillar para romper la resistencia con un golpe seco. Ya solo le quedaba accionar el pedal. Empujó a fondo y el motor enseguida empezó a gañir. Los

gases de escape, al pasar por el tubo trucado, producían un sonido cortante y agudísimo. Ese ruido conocido alertó al propietario del BW'S, que salió del Metro corriendo.

—¡Eh!

Era un tío con pantalón de chándal y gorra, uno de esos quinquis de pueblo que cruzan las circunvalaciones departamentales, chavales raquíticos, descarados, feos a rabiar y ansiosos de ruido, que son la maldición de los jubilados y la clientela de la formación profesional. Tras él salieron otros jugadores de los recreativos, de refuerzo. Anthony giró a tope el puño del acelerador y los dejó a todos allí plantados. Como la calle Michelet era totalmente recta, apuró el motor hasta que la aguja rozó los 80 kilómetros por hora. Al llegar al final, desaceleró para tomar la curva antes de salir disparado hacia los altos de la ciudad. Se le salía el corazón del pecho. Al menos, ya no se hacía ninguna pregunta. A lo lejos, un semáforo se puso en rojo y tuvo la tentación de saltárselo. Pero le pareció más sensato esperar a que estuviera verde. Empezó a contar los segundos. Una voz lo sorprendió en esas:

—¿Qué coño haces? ¿Y ese escúter?

Era Vanessa, la amiga del alma de la prima. Se dirigía hacia él, con un par de patines de hielo en el hombro, y se puso a examinar el ciclomotor. El semáforo ya estaba en verde. La chica estaba muy cerca, con su habitual expresión burlona y una pierna flexionada, como una bailarina.

—Lo has mangado, ¿a que sí?

—No.

El motor, al ralentí, emitía un ronroneo neutro. Al fijarse cómo estaba el carenado, la chica empezó a partirse.

—¡Qué fuerte! Lo has mangado. ¡No me lo puedo creer!

Al contrario de lo que solía pasar, Anthony permaneció impertérrito. Vanessa buscó en su cara torcida una explicación a esa sorprendente serenidad. Se la pelaba, así de fácil. Entonces fue ella la que se quedó confundida. Anthony acababa de descubrir que la indiferencia es un poderoso coadyuvante para gustar a las tías.

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada.

Anthony nunca se había fijado en lo oscuros que eran sus ojos, dorados e incitantes. Le preguntó qué coño pintaba ahí con unos patines de hielo en pleno mes de agosto.

—Los he llevado a arreglar.

Como pesaban, los dejó en el suelo. Al inclinarse, Anthony le vio por la abertura de la camiseta un trozo de sujetador. Se le encogió el estómago.

—¿Y adónde vas con un escúter robado?

—Por ahí.

—¿Te importa llevarme?

—No puedo.

—Venga, llévame, pesan un huevo. Si no, me voy a tener que tragar treinta minutos andando. Tengo el hombro hecho polvo.

En efecto, los cordones le habían dejado en la piel una hendidura plana. Aun así, Anthony negó con la cabeza. De repente, le jorobaba un montón. Por una vez que Vanessa era maja... Y tenía la piel supermorena.

—Pero dime qué te pasa...

—Que no me pasa nada —repitió Anthony—. Me tengo que ir.

El semáforo volvía a estar en rojo. La chica frunció el entrecejo. Él se acordó de su mano, de los dedos frescos una vez que le había tocado la mejilla.

—Anthony, espera un segundo...

Así que sabía cómo se llamaba. Arrancó. El escúter se puso en marcha con un lamento largo y ascendente, una tortura.

Todo se sucedía ahora con una celeridad sin vuelta atrás y el chico conducía según le dictaba el corazón, venado, notando cómo le subía por los brazos la mínima imperfección del asfalto. A ambos lados de su campo visual, las fachadas solo formaban una tira gris y disfrutaba de la sensación de pánico de no ser más que un punto en movimiento. Cuando conducía dejaba de pensar y se limitaba a ser móvil y a buscar el último extremo de su impulso. Los límites de la máquina estaban en su vientre, su pecho y sus miembros. Hasta la voluntad se le convertía en trayectoria. Siendo así, las caídas se volvían ilusorias, y los accidentes, potencialmente imposibles. Anthony conducía.

Por desgracia, la ZUP estaba en lo alto de una pendiente empinadísima y, al subir, el escúter empezó a renquear, haciendo más ruido a medida que el motor iba más despacio. Para borrar esa sensación de embarrancamiento, Anthony dio unas vueltas al pie de las torres, pero el impulso se le había quebrado. Pronto vislumbró la explanada con los coches de choque pintados y los árboles agotados de calor. Debajo de la marquesina había una pandilla de

chavales matados, sin hacer nada. Anthony apoyó un pie en el suelo. Se los quedó mirando desde lejos. Todo estaba tranquilo, el motor del escúter sonaba bien, arrancó de nuevo al ralenti, rozando el suelo polvoriento con las suelas.

Por su parte, los chicos estaban amodorrados, con la cabeza medio ida. Esa misma mañana, Elliot por fin había conseguido dos tabletas de marroquí, supercortado pero fumable. Después de semanas de carestía, era casi como estar en Navidad en pleno verano. Así que llevaban vengas a fumar desde las diez, todos juntos, unos diez tíos, colocados y fraternales. Elliot estaba haciéndose un peta de seis papeles a lo largo, para morir.

—¿Qué es eso?

Seb fue el primero en moverse para ir a ver quién era el enano ese tan raro que llegaba en escúter. No se había arriesgado tanto como para salir de la marquesina. El otro se acercaba al ralenti. Seb quiso pasarse la lengua por los labios. Tenía la boca acartonada. Con los ojos como ranuras, repitió la pregunta:

—Eh, ¿quién es ese hijoputa?

—Tu madre.

—No, en serio...

Paulatinamente, la pandilla tuvo que rendirse a la evidencia, esa silueta no estaba allí por casualidad.

—Hacine...

—¿Qué?

—Ese tío de ahí... Ven a ver.

—¿Qué tío ni qué tío?

El escúter se seguía acercando. Hacine se puso de pie. Con el sol, imposible saber quién iba montado encima. En cualquier caso, el tío no llevaba casco y era bajito. Tirando a cachas. Hacine estaba de un humor indolente y amistoso. Le apetecía volver a casa para beberse una coca-cola y apalancarse delante de la tele. Sentaba tan bien tener costo otra vez... Solo de pensarlo, se sentía aún más de puta madre. Entre tanto, los ojos se le habían ido acostumbrando a la luz demasiado intensa que bañaba la explanada. La silueta se definía. Apareció la cara. Mierda.

—Pero ¿quién coño es? —dijo Elliot.

—Un pirado, en serio. Míralo. Es un pirado.

Hacine salió de la marquesina y fue derecho hacia Anthony. Pronto no hubo

entre ellos más que unos metros. La pandilla no podía más. Gritaban insultos en tres idiomas. Algunos ya habían tomado la iniciativa de salir también de la marquesina.

—Te atreves a venir aquí —dijo Haciné, sin rodeos.

Anthony se quitó un tirante de la mochila, la abrió y metió la mano.

—¡Eh, eh, eh! —dijo una voz.

La mano de Anthony había vuelto a aparecer, armada con una MAC 50. Todos los chicos refluieron hacia la marquesina.

—Pero ¿quién es, joder? —chilló Elliot, que de repente se sentía muy en desventaja en la silla de ruedas.

Anthony apuntaba la pistola hacia delante, con el ojo izquierdo cerrado.

—No te hagas el duro —dijo Haciné, con toda la calma que podía.

El sol le pegaba de lleno en la cara, pero distinguía perfectamente la cabeza cuadrada de Anthony, el puño cerrado y el cañón de la pistola. A su alrededor, los edificios observaban la escena con un distanciamiento plástico. Haciné sentía cómo llegaba el miedo. Le daba malos consejos, acuciándolo para que suplicara o saliese corriendo. Pero desde pequeño sabía por experiencia que, en su mundo, el precio de la cobardía era aún más alto que el del dolor. Al escapar para no llevarte un puñetazo te condenabas al lamentable papel de víctima. Era preferible afrontar el riesgo, aun a costa de lamentarlo más adelante. Esa lección, que había aprendido cien veces, era lo que le permitía a Haciné seguir a pie firme delante de la MAC 50.

Anthony levantó el percutor y, bajo el índice, notó que el gatillo cobraba una sensibilidad casi sexual. Mantenía la calma, con el motor del escúter vibrándole suavemente debajo de las nalgas. Alguien gritó desde una ventana. Si disparaba a esa distancia, no podía fallar. Bastaba con una presión mínima. El resultado sería un ruido mate y la expulsión de una punta de metal de ocho gramos de peso que no tardaría ni la trigésima parte de un segundo en percutir contra la caja craneal de Haciné. A partir de ese punto de entrada de un diámetro aproximado de diez milímetros, el proyectil quemaría una parte no desdeñable del tejido gelatinoso que permitía que Haciné pudiera respirar, comer bigmacs y enamorarse. Al final de este periplo, apenas iniciado, el proyectil abandonaría la cabeza dejando tras de sí una oquedad roja, imprecisa, una rugosidad de hueso y de carne. Ese era el encadenamiento mecánico y anatómico que estructuraba ahora las relaciones entre los dos chicos. Aunque no estaban en condiciones de formularlo con ese grado de exactitud, ambos lo comprendían. Anthony suspiró. Iba a hacerlo, se lo debía a

su padre. Una gota de sudor le recorrió el cuello. Ya era ahora.

Entonces, el escúter se caló.

Curiosamente, ese cambio insignificante hizo que su gesto se tornara inconcebible. Anthony sintió que le flaqueaba el brazo. Estaba empapado de la cabeza a los pies. Pero no podía dejarlo ahí. Hacine seguía frente a él, rojo encendido, avergonzado, a punto de mearse encima. A Anthony no se le ocurrió nada mejor: le escupió a la cara.

Para marcharse tuvo que utilizar el destornillador, lo que produjo un intervalo de bricolaje bastante penoso. Hacine no se atrevía a limpiarse. Notaba la saliva en la nariz y en la boca. Por fin, Anthony se dio a la fuga. En la marquesina nadie dijo una palabra. Todo aquello era demasiado imperdonable.

II

1994

You Could Be Mine

Anthony encontró a Sonia en el almacén. Tenía que haberse imaginado que estaría allí, era el peor sitio para esconderse. Llevaba los cascos puestos y escuchaba *rock* mientras se miraba las uñas mordidas, metida en su burbuja. Ni siquiera lo oyó entrar.

—¿Qué coño haces ahí? Llevo media hora buscándote.

Como Sonia no reaccionaba, le chasqueó los dedos delante de las narices.

—Eh, que te estoy hablando...

La chica se dignó alzar la vista. No es que tuviera muy buena cara normalmente, pero ahora estaba hecha un desastre, con los ojos rojos y ojerosos, y el maquillaje, a saber.

—¿Qué te pasa ahora?

—Nada.

—¿Te está puteando Cyril?

—No.

Sonia, a sus catorce años, no tenía el certificado de monitora de ocio y tiempo libre, ni el de socorrista, ni el *bac*, ni el carné de conducir; por no tener, no tenía ni la edad legal para trabajar; dicho de otro modo, no servía para mucho ni pintaba nada allí. Fue su padre el que insistió para que le dieran un curro en vacaciones. Era el tesorero de la asociación que gestionaba el club náutico y a Cyril, el encargado, no le había quedado otra. Así que Sonia hacía recados, fregaba algún cacharro en el bar, llevaba mensajes y, esencialmente, iba arrastrando su estado de ánimo mortífero de un extremo a otro de la playa, sin dejar de escuchar a Barbara, Depeche Mode y cosas por el estilo, para animarse un poco.

Por lo visto, había pasado un curso muy malo, con grandes dificultades en mates y continuos desengaños amorosos. Sus padres estaban preocupados, sobre todo por las mates. A Anthony la chica le caía muy bien. Era lista, bastante divertida, guapísima aunque intentara disimularlo, con esos ojos color acero y esa boca excesiva, y tenía buena conversación. Pero llevaba dos o tres días totalmente a la deriva, escondiéndose por los rincones, esperando a que

pasara el tiempo, incapaz de sonreír, más paliducha que de costumbre y tan flaca que daba miedo.

—Es por un tío, ¿a que sí?

Ella negó con la cabeza. Por otra parte, ¿qué otra cosa podía ser? Lo que más temía Anthony es que se hubiera quedado colgada de Cyril, el encargado. Era un mal bicho, pero tenía estilo y ese toque canoso, con reloj Breitling incluido, que podía llegar a encandilar a las jovencitas. Desde luego, era el típico viejo ladino que liga con chicas monas para superar que está empezando a quedarse calvo. Solo de pensarlo, Anthony se quedaba bloqueado. Que solo tenía catorce años, joder.

—Anda, ven. No te quedes ahí. Hoy va a estar muy movido.

Sonia agarró la mano que le tendía y lo siguió hasta el bar arrastrando los pies. Por lo menos, se había tomado la molestia de bajar el volumen del *walkman* y Anthony valoró el esfuerzo.

—¿Qué quieres beber?

—Nada.

—Déjate de numeritos. Tampoco te vas a cortar las venas, así que para ya. La joven se encogió de hombros. Se cortarían las venas si le petaba.

Anthony sacó la botella de Schweppes de la nevera, le sirvió un vaso y él bebió a morro. Como llevaba abierta un buen rato, no le quedaban muchas burbujas, pero estaba fría.

Anthony se había pasado la mañana de aquí para allá. Era uno de esos días de bochorno. Todo estaba pesado y estancado, el cielo bajo y los escasos soplos de aire solo traían olor a lodo, a plantas crasas o a carburante.

—No te puede entrar la depre ahora. Cyril está de los nervios con el sarao de esta noche. Ni que estuviera en el Parque de los Príncipes.

Sonia tenía los ojos clavados en el letrerito de la «Licence IV»¹ que había encima de la máquina de café. Se le estremeció el rostro, puede que fuera una sonrisa. Pero no, se le empezaron a anegar los ojos.

Anthony, de pronto, se sintió muy contrito. Intentó solucionarlo.

—Mira, ve a esconderte a un bungaló y ya está. Allí nadie irá a buscarte.

Y luego probó suerte de nuevo:

—¿Estás enamorada?

A la chica le cambió la cara de golpe. La escandalizaba tanto esa pregunta que hasta se olvidó de lo desgraciada que era.

—Pero qué mamón puedes llegar a ser —dijo con desprecio—. ¿Qué edad tienes, fuera coñas?

—Que sí, que vale —dijo Anthony mientras recogía la botella de Schweppes y el vaso que Sonia había dejado intacto—. A mí me la suda, ¿sabes?

—Pero ¿tienes amigos? ¿Hablas con la gente? Al menos habrás ido al cole.

Anthony le sacó el dedo con una sonrisa. Sonia estaba dispuesta a seguir, pero Cyril apareció de pronto.

—¡Oye, vosotros dos, eh!

Venía de fuera y con prisa; llevaba vaqueros claros, náuticos Sebago y a Romain Rotier a la zaga. De inmediato, a Sonia se le puso cara de funeral.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿De visita turística?

—Nada. Solo es un descanso.

Entonces Cyril empezó a soltarles uno de esos discursos de ejecutivo que dominaba como nadie. Recurría a ellos a menudo y de forma casi terapéutica, para consolarse de esa impotencia intrínseca de quien, por no saber hacer nada concreto, está condenado a depender del trabajo que realizan otros peor remunerados. Ese era su drama de jefe, su envidiable yugo. Un día le costaría una úlcera, lo sabía de sobra. Esta vez la perorata versó sobre el compromiso y la entrega. Sonia y los dos chicos lo padecieron en silencio. Estaban acostumbrados.

No obstante, Anthony se preguntaba qué podría haber entre Cyril y la chica. Y a juzgar por cómo la ignoraba él y el careto que se le ponía a ella en su presencia, era una duda de lo más razonable, eso desde luego. Anthony tenía la esperanza de que no fuese nada. Le interesaba conservar ese curro y no quería que nada se alterase. Para empezar, por la mañana no entraba hasta las diez, lo cual era una ventaja crucial. Y para seguir, se encargaba esencialmente de sacar las embarcaciones de los cobertizos. Era un trabajo físico y mal pagado, pero allí coincidía con un montón de gente educada que le soltaba unas propinas alucinantes. Y el tiempo que le quedaba libre lo dedicaba a deambular por la playa, a ligarse a pijitas con Romain o a beber birras en el almacén hasta la hora de irse. Además, con Romain se llevaba de puta madre. Lo cual fue lo más alucinante de todo. Anthony lo recordaba como un capullo alto, creído y amenazante. En realidad, cuando se lo conocía, era bastante majo. En esos dos años había seguido creciendo y medía ya metro noventa. Era un vagueras nato, pero cuando se ponía a currar, no tenía rival. Anthony lo había visto subir él solo barcos de trescientos kilos por el desnivel que llevaba al cobertizo, una pasada. Y además era generoso, siempre estaba de buen humor, no paraba de gastar y conocía a todo el mundo. A Anthony le

encantaba patrullar por la ciudad en el Audi Quattro de su padre. Iban de chulitos, con los Guns a tope y las ventanillas bajadas, eran los amos.

Cuando Cyril terminó de leerles la cartilla, les preguntó si estaban todos de acuerdo. Anthony contestó que vale, y Romain, que no se preocupase.

—Quería hablar contigo —dijo Sonia.

—¿De qué?

—Solo cinco minutos.

—Ahora no tengo tiempo.

—Es importante.

Cyril se acordó de que Sonia tenía un padre y se volvió hacia los chicos.

—Vosotros dos id a colocar las sillas, los caballetes y las mesas. Y comprobad que los jardineros han hecho lo que les he pedido. Les dije que quería decorar el quiosco con buganvillas y me han puesto clemátides.

—De todas formas, va a llover.

—¿Qué?

—No, nada.

Cyril le hizo un ademán a Sonia de que lo siguiera y se encerraron los dos en su despacho. Anthony se quedó un rato mirando la puerta. A la altura de los ojos tenía una placa que decía: «Privado».

A pesar del calor, los chicos se lo curraron y todo estuvo listo enseguida. En el césped que separaba la playa del edificio del club dispusieron las mesas para el bufé y diez hileras de sillas de plástico. El quiosco haría las veces de bar. A falta de buganvillas, y puesto que las clemátides no eran adecuadas, colocaron unas hojas de palmera y quedó igual de bien.

Más tarde llegaron dos camionetas con el papeo. Claro está, Cyril había recurrido a Bellinger, el mejor *catering* del valle, que tenía tienda en Heillange, otra en Étange, y aspiraba a llegar hasta Luxemburgo. Vestidos de blanco, impolutos y como empolvados, los mozos empezaron a ir y venir descargando fuentes de marisco, *crudités*, fiambres, fruta fresca, panes sorpresa y un montón de cosas metidas en vasitos que se comían con cucharilla. Había comida para un regimiento y el propio señor Bellinger había acudido en persona. Esa noche iba a tomar posesión el nuevo presidente de la asociación y estaban esperando a la flor y nata, ya que el club náutico reunía a todos los abogados, médicos, empresarios y funcionarios influyentes que

ofrecía la ciudad. Así que el hostelero velaba por que todo fuera bien. La cadena del frío no se iba a romper hoy.

Por su parte, Anthony y Romain se ocuparon de descargar las bebidas con carretillas. Para el champán, habían calculado diez cajones de Mumm. También había vino blanco del Mosela que se bebía helado, tintos de Burdeos y Sancerre, aguas minerales, coca-cola y zumos. A eso de las cuatro todo estaba en su sitio y los chicos se permitieron hacer un descanso para fumar a la sombra de los pinos. Sonia no había vuelto a aparecer y por la superficie del lago se deslizaban ahora unos nubarrones. El aire picaba. Todos se sentían sudados, con ganas de rascarse e impacientes. Hasta los mozos tenían aspecto desaseado.

—Va a soltar un pedo... —dijo Anthony, intuyendo la tormenta.

—Anda, por cierto, anoche estuve hablando de ti.

—¿Con quién?

Pero Anthony lo sabía de sobra, porque se le aceleró el ritmo cardíaco.

—Con Steph. La vi ayer en el Algarde. Estaba comiendo con sus padres.

Anthony, apoyado en los codos y con las piernas cruzadas, clavaba los ojos en el horizonte mientras mordisqueaba una brizna de hierba. Podía notar su propio olor y ese agradable abandono que sigue al esfuerzo físico. El cielo estaba tan cubierto que casi parecía que iba a anochecer.

—¿Y qué tal?

—Pues bien. Seguramente se pasará esta noche.

—Guay.

A Romain le dio la risa.

—Y tan guay. Se acordaba muy bien de ti.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Me preguntó qué tal te iba.

—¿En serio?

—Que no, pasmado.

—Capullo...

Al cabo de un ratito, Anthony preguntó:

—¿Seguro que viene?

—Supongo. A su padre, desde luego, sí que parecía importarle mucho.

—Ah, sí, su padre, es verdad.

A Anthony casi se le había olvidado. El padre de Steph no era otro que Pierre Chaussoy, el nuevo presidente de la asociación que gestionaba el club. Se había presentado a las elecciones municipales el año anterior y le habían

dado un revolcón en la primera vuelta. Luego se agenció un puesto en el consejo municipal, en la oposición, y desde entonces trataba de afianzar su presencia en el tejido asociativo local. Anthony pensó que necesitaba una buena ducha.

—Voy a ir a lavarme. Huelo a tigre.

—Espera. Todavía tenemos que meter los 420.

Romain señalaba las dos embarcaciones casi inmóviles en mitad del lago.

—Vamos a coger la zódiac. Solos no conseguirán volver nunca. No hay viento.

—Vale —dijo Romain—. Yo conduzco.

—Que te lo has creído.

Y se lanzaron cuesta abajo hasta la playa, dándose codazos y empujones con el hombro. Anthony acabó en el agua. Romain cogió el timón.

Los primeros invitados llegaron poco después de las seis. Venían por parejas o solos, unos pocos con niños. En su mayoría iban vestidos de colores claros. Para recibirlos, Cyril se había puesto una elegante chaqueta color violeta parma. En vista de las previsiones meteorológicas, decidieron alquilar unas lonas *in extremis* para proteger la comida si había tormenta. Hubo que montarlo todo de prisa y corriendo, y a Anthony no le dio tiempo a lavarse. Se conformó con refrescarse en la cocina y ponerse una camiseta limpia. No bastaba en absoluto.

Fuera, las antorchas plantadas por doquier desprendían un fuerte olor a citronela. Los manteles, las sillas y las lonas eran blancas. Las champaneras esperaban sus botellas. El conjunto resultaba ordenado y pulcro. En los bafles sonaba algo de música. Cyril había contratado a un pincha de Luxemburgo. Al caer la noche, se abriría el baile. En definitiva, que todo parecía ir sobre ruedas. Excepto quizá el metro cúbico de hielo picado previsto para las bandejas de marisco, que se estaba derritiendo a ojos vista. Anthony acechaba la llegada de Steph, cada vez más impaciente. Cuando vio a Sonia, se le echó encima.

—Eh, ¿dónde te habías metido esta vez? ¿Estás bien?

—Dejo el curro.

—¡No!

—Pues sí. Ya está. Me largo. Sanseacabó.

Aunque no por ello parecía estar de mejor humor.

—¿Y cuándo te vas?

—Ahora mismo.

—Cómo te pasas. Podrías habérmelo dicho.

—No había nada que decir.

Aun así, se había preocupado por cambiarse para la velada y llevaba un top corto de flores y un brillantito en cada oreja. Aunque seguía con los cascos del *walkman* colgando del cuello. Y las Dr. Martens.

—Te queda bien —dijo Anthony.

—Gracias.

—Para cambiar de tanto negro.

—Lo he pillado.

—¿Te quedas un rato?

—Sí. Todavía tengo que ver a Cyril para una cosa.

—¿Qué movida te traes con él?

Sonia se encogió de hombros. No había ninguna movida.

—Bueno, nos vemos —dijo.

—No te pires sin decirme adiós —insistió Anthony.

—Que no, tranqui.

Pierre Chaussoy y su mujer llegaron poco después de las siete. Él estaba razonablemente barrigón, afable, con rasgos expresivos y pelo aplastado y gris. Cuando hablaba y sonreía, su cara parecía la de un títere que se movía cuando tiraban de los hilos, enarcándose compulsivamente. A su lado, Caroline Chaussoy deslumbraba con moderación, con las manos ensortijadas, el pelo rubio teñido, las rodillas gruesas, pero un rostro de sueca con el cutis limpio aún y que olía a aire libre. Cyril les dio la vara un rato y luego se dedicaron a estrechar manos más relevantes. Dos camareros habían empezado a circular con copas de champán. Cyril fue a hablar con Anthony:

—Esto no se mueve. Encuentra a tu colega y encargaos del servicio en el bufé. Procurad que beban agua. Están lanzados.

En efecto, los invitados hablaban ya a voces, se agarraban del brazo, se reían a destiempo y vaciaban las copas según se las servían. Lo impregnaba todo una electricidad que a duras penas se podía aguantar y el cielo bajo lo cubría como una peligrosa tapadera. En cuanto al hielo picado, se había licuado casi por completo y chorreaba abundantemente del bufé, dejando la bandeja de crustáceos en estado pantanoso. Los bebedores que acudían a la

mesa se empapaban los pies. Algunas mujeres incluso se habían descalzado para disfrutar del frescor. Anthony y Romain se pusieron a llenar copas. Ofrecían también agua Badoit, pero nadie quería. Caroline Chaussoy no tardó en ir a buscar una copa. Al reconocer a Romain, exclamó:

—No sabía que trabajabas aquí.

—Pues sí.

—Lo cierto es que no está tan mal para pasar el verano.

Romain asintió por educación y le alargó una copa.

—¡Ay, es perfecto! —se regocijó la mujer rubia.

A Anthony le habría gustado que se la presentaran. A Romain ni se le ocurrió. En cambio, tuvo la presencia de ánimo de preguntar a su madre si Steph tardaría mucho.

—Uy, ya sabes, siendo ella...

Estuvieron charlando aún un rato, sobre todo de conocidos comunes, hasta que de los bafles surgió un carraspeo. El nuevo presidente acababa de subirse al estradito previsto a tal efecto.

—¡Por favor! —dijo.

El murmullo de las conversaciones se interrumpió. Pierre Chaussoy solicitó silencio una vez más, con las manos alzadas, y el gentío se organizó enseguida para oírlo.

—Voy a ser breve. Para empezar, quería agradecerles a todos que hayan venido a pesar de la amenaza de tormenta.

Este agradecimiento anticipaba otros. El discurso continuó, hábil, cercano, con momentos escogidos, guiños y manos tendidas. En determinados momentos, un comentario ingenioso invitaba a sonreír y los espectadores, inmóviles y sudorosos, se atrevían a mirar de reojo a quien tuvieran al lado. Cyril se buscó sitio en la última fila, desde donde pasaba revista a los rostros, angustiadísimo. De tanto en tanto, aprobaba con la cabeza lo que estaba diciendo el presidente. Un poco apartada, Caroline Chaussoy escuchaba mientras daba vueltas alrededor de la muñeca a una pulsera de oro blanco. De pronto, a Anthony le pareció ver una ardilla que escapaba. Era Sonia. La buscó con la mirada, pero ya había desaparecido.

El presidente había prometido brevedad; estaba mintiendo. En cambio, rememoró la historia del club, que en su día peligró, se salvó, salió a flote y, ahora, prosperaba. Ese destino, naturalmente, se inscribía en una coyuntura más amplia, nacional, económica, mundial. Pronunció las palabras «desindustrialización», «retos» y «moderno». Lo aplaudieron.

—¡Eh!

Cyril acababa de plantarse detrás de Anthony y le agarraba el brazo. Parecía alarmadísimo.

—¿Has visto el hielo? —dijo—. Está todo pingando, las gambas se están cayendo, es un asco. Hay que limpiarlo todo. Ve corriendo a buscar los cubos de la cocina. Puedes tirar todo el marisco a la basura. Por hoy, se ha jodido. ¡Vamos!

Anthony se fue corriendo. En el estrado, Pierre Chaussoy estaba buscando en el bolsillo el papelito donde había anotado algunas ideas.

—Sí. Lo que quería decir, por encima de todo, es que el periodo de luto ha concluido. Llevamos ya diez años llorando por Metalor. Cada vez que se habla de Heillage es para referirse a la crisis, la pobreza y la quiebra social. Ya está bien. Hoy tenemos derecho a pensar en otra cosa. En el porvenir, por ejemplo.

La gente volvió a aplaudir. Anthony, a quien no le resbalaban del todo esos argumentos, se detuvo camino de la cocina para escuchar lo siguiente. Al fin y al cabo, él también estaba hasta las narices de esa memoria obrera. A los que no habían vivido esa época les hacía sentir como si se hubieran perdido lo mejor. Por comparación, hacía que cualquier iniciativa pareciese insignificante, y cualquier éxito, minúsculo. Los hombres del hierro y su época dorada llevaban demasiado tiempo tocándoles las pelotas.

El presidente continuó. En el fondo, el club náutico era un ejemplo perfecto de las posibilidades del valle. En el *camping*, las recientes obras de renovación también le habían devuelto su empaque, y desde entonces estaba prácticamente lleno. Al año siguiente le iban a añadir un parque acuático, tobogán, una piscina de olas y otra de 25 metros. Los antojos productivistas ya no tenían razón de ser. Lo que se imponía ahora era el ocio. Un negocio limpio y lucrativo del que todo el mundo podía sacar provecho. El valle del Henne, precisamente, contaba con las mejores bazas en esa carrera del entretenimiento. En verano disfrutaba de un índice de insolación notable. El lago, los bosques y los paisajes no desmerecían en nada de los de otros lugares. Pero, además, había heredado una infraestructura de carreteras de primer orden. La proximidad con países más ricos, como Luxemburgo y Alemania, constituía una ventaja indiscutible. Por no hablar de la tradicional hospitalidad, que había quedado ampliamente demostrada cuando, antaño, acogieron a todos los muertos de hambre del continente y del Mediterráneo para que funcionasen las famosas fábricas. También se refirió a los Países

Bajos, Bélgica y Suiza, que en realidad no quedaban tan lejos y que podían ofrecer una clientela de lo más solvente. También podían contar con subsidios locales, de París y de Bruselas. Las zonas afectadas tenían derecho a la generosidad nacional. Pronto habría informes que demostrarían lo que decía. Y luego vendrían los subsidios. Ese programa no carecía de atractivos. La gente volvió a aplaudir, mucho rato. Las fuerzas vivas allí reunidas esa noche para escuchar estaban hartas de la melancolía reinante. Al fin y al cabo, ellos no tenían ningún motivo para desesperanzarse. Tomaban buena nota de las devastaciones que durante treinta años habían redefinido el mundo laboral, los puestos de trabajo y los cimientos de la riqueza de Francia, sentían empatía, pero también eran emprendedores. A partir de ahora, había que lanzarse de lleno. Ya irían puliendo los detalles sobre la marcha.

—Hola.

En el momento en que Stéphanie cruzaba la puerta, Anthony estaba delante del bar, con un cubo de hielo picado en cada mano.

—Hola —dijo.

Como Romain estaba desaparecido, había tenido que encargarse él solo de limpiarlo todo. Había tirado marisco por valor de 4.000 pavos, el equivalente al sueldo de un mes. El olor se le había quedado en las manos. Para llevarse el hielo que quedaba había tenido que ir y venir cinco veces; y ahora estaba empapado.

—¿Llego muy tarde? —preguntó Steph, al oír el jolgorio de fuera.

—No. Es más bien que han empezado pronto.

En efecto, el discurso del presidente había liberado unas fuerzas optimistas e inesperadas. Los invitados se divertían ahora de forma casi política, lo cual conllevaba ciertos excesos. Un alergólogo vomitó, una directora de servicios tiró la copa por encima del hombro. Y ya no quedaba ni una gota de champán. Por su parte, Cyril se había resignado al caos. Por lo menos, se lo estaban pasando bien.

—¿Así que trabajas aquí? —dijo Stéphanie, por decir algo.

—Pues sí.

—Tiene gracia.

—¿El qué?

Tardó un poco en contestar.

—Has crecido.

A Anthony le gustó oír eso, aunque lo tratase casi como a un crío. No se les ocurría nada que decirse. Se quedaron mirándose.

—¿Ya estás en la uni? —dijo Anthony.

—No —dijo ella—, acabo de hacer el *bac*.

—¿Y has aprobado?

—Con nota.

Hizo un ademán con la mano, como para quitarle importancia. Pero en realidad estaba orgullosa. Y a Anthony le parecía aún más guapa que antes. El rostro había perdido ese aspecto mofletudo e infantil. En cambio, seguía teniendo esa melena alucinante y la famosa coleta. Los ojos parecían más grandes, debía de haberse maquillado distinto, mejor. Además, llevaba una blusa sin mangas, blanca y escotada, que le marcaba el canalillo. Anthony tenía que esforzarse mucho para mirarla a la cara.

—Creo que voy a ir yendo —dijo la joven.

—Vale. Hasta luego.

—Ya. Chao.

Cuando pasó delante de él, Anthony se acordó del olor de las gambas y contuvo la respiración, sin saber por qué. Tuvo la esperanza de que lo mirase por última vez antes de cruzar la puerta. Pero no estaban en una peli.

A partir de ese momento, para el chico la velada consistió esencialmente en buscar a Steph entre los invitados so pretexto de recoger las copas vacías. A cada instante veía asomar la coleta, creía reconocer un hombro, sorprendía su mirada o su rostro, o la descubría donde no estaba. La reconstruía trozo a trozo, a partir de cero, se la inventaba por completo y luego se topaba con ella por casualidad, en el tormento de la fiesta. Steph, que al poco rato ya estaba piripi, no tardó en prestarse al juego. Anthony sentía un hormigueo en el estómago. Ella le devolvía las miradas. Una sonrisa. El canalillo le brillaba como un sol.

Por su parte, el famoso pincha luxemburgués había intentado que los invitados prestaran atención a distintas músicas, pero fue en vano, a nadie le apetecía bailar. Hacía demasiado calor, todos estaban cansados y, además, pedo. Un vientecillo fresco formaba ahora ondas tornasoladas en las oscuras aguas del lago. Seguían esperando la tormenta. Gracias al alcohol, hombres que solían estar encorsetados en sus ambiciones se permitían comentarios mordaces. Sus respectivas mujeres intentaban, casi todas, moderarlos sin éxito

alguno. Más tarde, en el coche, les darían la charla. Al llegar a casa puede que tocara pelea y ducha, o bien un polvo procurando no despertar a los niños. Les quedaría el recuerdo de una agradable velada.

Después de medianoche, las cosas con Steph se precipitaron. Ella también empezó a buscarlo a él. Le ponía caras y llegaron a rozarse. Cabe destacar que eran los únicos de su edad en esa velada. Anthony disfrutaba de una exclusividad del todo temporal y milagrosa. Tenía que aprovecharla. En cierto momento, Steph incluso fue a verlo a la cocina, donde estaba fregando unos pocos cacharros. Bajo la luz cruda de los tubos fluorescentes, Anthony la vio como nunca antes. La pelusilla de los muslos, la piel brillante, los aros del sujetador y, debajo del maquillaje, un brote mínimo de acné, en la frente y en los pómulos. La realidad cruda de ese cuerpo imperfecto lo hacía aún más deseable.

—¿Qué vas a hacer luego?

—Nada especial.

—¿Me podrías llevar a casa? No he parado de beber. Dicen que ahora hay polis por todas partes.

—Sí, claro.

Se lo preguntó todo con una neutralidad desconcertante, mientras apoyaba el peso en la pierna derecha, sacando un poco la cadera. Llevaba pintadas las uñas de los pies y de las manos. Era flipante que las tías se fijaran en esos detalles, que tuvieran tantas ganas de estar guapas, esas ansias de gustar. Todo ello desembocaba en un baile nupcial de tiempos inmemoriales. La totalidad de la especie dependía, a fin de cuentas, de esa meticulosidad.

—¿Cuánto te queda?

—Una media hora, si te viene bien a ti.

—Sí, media hora está bien.

—Guay.

—Pues nos vemos.

Mientras ella salía de la cocina, el chico se quedó mirándole el culo y las caderas, y empezó a alucinar en serio. Todo resultaba tan posible y, por otra parte, seguía siendo tan frágil. Esa brecha se convertía en la oportunidad de su vida. Y él apestando a gambas y a lavavajillas Paic de limón. No le quedaba otra que darse esa ducha.

Tras comprobar que Cyril no lo estaba controlando, se dirigió de prisa hacia los bungalós. Los llamaban «los bungalós», pero en realidad se trataba más bien de unos vestuarios mejorados, tres cabañas de madera un poco

apartadas, cerca de la carretera, con retretes y duchas, y, para que quedara bonito, una terraza con tumbonas. El conjunto tenía un estilo safari que a la clientela le encantaba. Anthony había cogido un trozo de jabón y un paño limpio para secarse. Lo malo es que ya no le quedaba ninguna camiseta para cambiarse, cosa que lo tenía bastante preocupado. Andaba deprisa y no tardó en echarse a correr. Se le había subido la impaciencia a la cabeza.

Pero una luz, a lo lejos, lo detuvo.

Se filtraba por las rendijas de los vanos del primer bungalow y recortaba la silueta de un postigo y de una puerta. Se acercó con cuidado. Allí no tenía por qué haber nadie. Pensó si serían cabezudos. O merodeadores. Podría haber dado media vuelta, pero, sobre la marcha, la cobardía no parecía una alternativa razonable. Se acercó con pasos quedos. Escuchó a través de la puerta cerrada. Intentó abrir, pero estaba echado el pestillo.

—¿Quién está ahí?

Insistía con el picaporte, meneaba la puerta, pero el pestillo aguantaba. Dentro se oyeron unos pasos, murmullos y roces, ese sonido mínimo y confuso que produce la inquietud.

—¡Abrid! —insistió Anthony.

Gritaba más que nada para darse coraje. Colocó el trozo de jabón y el paño como si fueran una honda, pero tampoco es que pesara mucho.

—Vale, un segundo —dijo una voz.

Entonces la puerta se abrió y apareció Romain. A su espalda estaba Sonia, con los ojos bajos.

—¿Qué movida es esta? —dijo Anthony.

—¿Qué pasa?

De pronto Romain ya no era tan majo.

—Tiene catorce años. ¿Eres tonto o qué?

—Tranqui, ¿vale?

—Joder, pero ¿a ti qué te pasa? —dijo Anthony.

Romain se le echó encima y le dio un fuerte empujón.

—Que te calmes, hombre.

Con el golpe, Anthony retrocedió dos pasos. Todavía notaba que le vibraba todo el cuerpo. Esa fuerza lo había sorprendido y humillado. Sintió aún más ira.

—Yo me voy —dijo entonces Sonia, viendo que las cosas se ponían feas.

—Te llevo a casa —dijo Anthony.

—Que te lo has creído.

Como la chica se marchaba, Anthony quiso seguirla. De inmediato, la manaza de Romain lo agarró por el hombro.

—Tú te quedas.

Entonces, con la otra mano, Romain lo cogió por la nuca, como si fuera un cachorro. Anthony se debatió y coceó, ofendido, perdiendo el control de pronto. Quiso pegar a Romain en la cara. Pero esa cara le pillaba lejos y demasiado alto, y además, lo tenían sujeto y no veía bien. Romain le devolvió un bofetón que le cayó en el ojo. Anthony sintió de inmediato que afluían las lágrimas y le picaba la nariz.

—¡Parad! —gritó Sonia.

Demasiado tarde, ahora el orgullo primaba sobre el adversario. Anthony coceó más fuerte. Buscaba los ojos y la boca con los dedos. Los dos chicos se cayeron de espaldas y empezaron a golpearse a ciegas. Pero esos golpes no dañaban. Les faltaba impulso y precisión. Los detenían el suelo y la oscuridad. Anthony y Romain rodaban por el suelo mientras Sonia berreaba. Todo aquello ofrecía, en último término, un espectáculo bastante ridículo con dos cuerpos trabados a destiempo. Anthony dio un mordisco al azar. Entonces Romain lo levantó y lo dejó caer de espaldas. Golpeó con el puño dos veces.

—¡Estáis locos! ¡Parad!

El sabor de la sangre inundó la boca de Anthony. Era un sabor metálico, picante como el yodo o como el éter, un sabor irritante que lo calmó.

La luz del bungaló se apagó.

Pensó en Steph. Todavía tenía que llevarla a casa.

¹ Indicativo que en Francia informa de que un local tiene permiso de la autoridad competente para servir todo tipo de bebidas, incluidas las alcohólicas.

Hacine conducía una ranchera Volvo y si le hubieran preguntado de qué color era, no habría sabido contestar.

Volvía a casa.

Se había marchado dos años antes con su padre. El coche iba lleno hasta los topes. Llevaban perfume, café, pastillas de jabón, ropa de Kiabi para los primos pequeños y varios Levi's para revender *in situ*. En el barco, el padre le cortó el pelo. De la maleta sacó ropa nueva y unos zapatos de piel. Hacine tenía que ponerse guapo.

Del otro lado del Mediterráneo los esperaba su madre. Había abrazado al hijo. A su edad, daba bastante corte, sobre todo con la familia al completo ahí esperando, algo apartada, toda la espantosa galería de retratos. Sobre la marcha, a Hacine le parecieron feos y polvorientos, como si salieran de una tumba, con expresión de reproche hasta en las arrugas, la ropa, la falsa corpulencia y esa fijeza con que lo miraban.

La casa que su padre había mandado construir hace años en el pueblo aún no estaba acabada. Habían ido a ver la obra. Era ridículo. Paredes esbozadas, trozos de cañería, refuerzos metálicos que se alzaban en el aire. Cada oficio tenía una excusa. Plazos muy cortos, por no hablar del tiempo y, además, las autoridades. Siempre hacía falta un permiso adicional, untar a alguien inesperado. El padre de Hacine no decía nada. Era culpa suya. Debería haber estado allí para supervisar. Incluso en Francia, si no se estaba pendiente de los obreros, los plazos se alargaban hasta el infinito y siempre había que esperar a que el carpintero cumpliera lo prometido o el fontanero se dignara hacer acto de presencia. Aquella casa sin tejado materializaba una acusación. El padre vivía lejos de su mujer. Vivía como si fuese soltero.

Así que habían acabado juntándose diez personas en el piso de su tío, que, a decir verdad, no es que estuviera mucho mejor. También allí había cables asomando de las paredes y agujeros en las escaleras. El agua corriente era ocasional. De hecho, siempre tenían las bañeras llenas, por si acaso. Una noche, una voz gritó «¡Que viene!». Las cañerías gimieron, los grifos

espurrearon y apareció un hilillo de agua marrón, que luego se aclaró hasta volverse lisa y tibia, ante la mirada arrobada de los niños, que la espiaban como si fuera un milagro.

Al cabo de dos años, Hacine volvía a casa.

Cerca de Niort, salió de la autopista para tomarse un café en una estación de servicio pequeña de Total. Eran las seis de la tarde pasadas y llevaba conduciendo desde por la mañana, sin pronunciar ni una palabra y respetando escrupulosamente el código de la circulación. Cuando ya no pudo aguantar más las ganas de mear, se alivió en una botella de agua que ahora rodaba por la alfombrilla del suelo, del lado del copiloto.

Volvía solo, con pasta de sobra, aún joven y con el corazón seco. La expresión del rostro se había vuelto menos indecisa. Ya no tenía bozo en el labio y ahora se peinaba hacia atrás. Llevaba una camisa de Armani carísima y pantalones blancos. Solo el cinturón costaba el equivalente a medio salario mínimo.

Llenó el depósito de sin plomo, tiró la botella de meado y aparcó delante de la cafetería. A través de la cristalera se veía un expositor de postales, las baldas con revistas y los arcones refrigerados llenos de bebidas y de sándwiches insípidos. Dos tíos vestidos de uniforme se afanaban detrás de la barra. Se abrió la puerta y una veinteañera salió de la estación. Pasó al lado del Volvo sin ni siquiera mirarlo, rubia, con alpargatas, tetas pequeñas y vaqueros cortos. Llevaba las alpargatas en chancleta y el pelo revuelto parecía de paja. Se dirigió a un Mercedes todoterreno. Por el retrovisor, Hacine veía los surtidores de gasolina, el resplandor amarillo de las luces artificiales, los camiones de suspiros hidráulicos, la danza de los coches con el depósito seco y a los conductores con los ojos clavados en la secuencia de litros y de francos. Por encima de la línea del horizonte lo que quedaba del día se iba apagando, tras las tachaduras del tendido eléctrico. El logotipo de Total lo presidía todo, rojo, naranja y azul. El todoterreno maniobró para volver a la carretera. La matrícula acababa en 75. Una parisina, pensó el joven.

Luego entró en la estación de servicio, se sentó en la barra y pidió un café. Uno de los tíos de uniforme le preguntó si quería azúcar.

—Un café —repitió Hacine.

Le costaba decir cada palabra. El tío de uniforme le sirvió sin decir ni mu.

Allá, al anochecer, en las terrazas, la gente charlaba hasta las tantas, tomando unos cafés diminutos. Hacine había pasado así horas memorables con sus tíos y sus primos. El café de la estación de servicio tenía muy poco que ver con el brebaje áspero del pueblo. Sorbió por la nariz y dirigió la mirada hacia fuera. Se sentía encadenado y novato. Se puso de pie y preguntó si tenían teléfono.

—Allí —dijo el chico, señalando un rincón oscuro entre los retretes y los distribuidores automáticos.

Hacine pagó el café, del que solo había bebido un trago, y se dirigió al lugar indicado. Metió cinco monedas en la ranura y marcó un número complejo. Contestó una voz ronca. El joven preguntó qué tal estaba su madre. Sí, estaba teniendo buen viaje. Todo iba bien. Preguntó qué tal estaban sus gatos. La voz lo tranquilizó de nuevo. Hacine respiraba sosegadamente. La voz ronca se había callado. Colgó y se quedó quieto un momento. Ese vacío ya no lo sorprendía. Volvió a coger el volante. Aún le quedaba un buen trecho.

Cuando su padre se marchó de Tetuán, le dejó dicho que cuidara de su madre y que vigilara la obra. Hacine prometió que lo haría. Habría preferido que su padre se quedara para encargarse personalmente.

—Y si vuelves a las andadas, te mato con mis propias manos —había dicho el padre.

Eran unas palabras lapidarias, densas, sinceras y sin valor. Las había dicho demasiadas veces. Cuando la poli se plantó en su casa después de lo de la moto, por ejemplo. Que, por cierto, estuvieron muy correctos, los polis esos. Sentado en una silla, el padre de Hacine había adoptado esa expresión cerrada y digna que siempre tenía cuando trataba con las autoridades, como en la CAF². Hubo un momento en que uno de los polis pidió ver los papeles y él sacó una carpeta muy gorda, roja y con gomas. Ahí estaba todo, los permisos de residencia, la naturalización, el contrato laboral. Tres decenios de pruebas recabadas pacientemente. «Vale, vale», dijo el hombre. Luego quisieron ver el sótano antes de llevarse a Hacine. De todas formas, no tenían nada contra él, aparte de un par de barras de costo y una navaja escondida entre los muelles de su colchón. Lo tuvieron en comisaría cinco horas. Le resultó largo y expeditivo a la vez. Hacine no dijo nada, ni una palabra. Lo soltaron sin cargos. Al día siguiente, su padre le dijo que se marchaban a Tetuán.

La verdad es que tenía gracia. Los hombres de la generación de su viejo se

habían ido de Marruecos porque no encontraban nada que hacer ni allí había solución para ninguno de sus problemas. Y ahora se había convertido en la tierra prometida, el lugar perfecto de sus raíces, donde el mal se reparaba después de las corrupciones y las desventuras francesas. Menuda parida.

A partir de ese momento, a Hacine no le dio tiempo a nada. Él y su padre fueron de compras. Llenaron el coche de bolsos tricolores y luego se chuparon dos días de viaje. A mitad de camino durmieron en un área de descanso de la autopista, a unos kilómetros de Perpiñán. Dos o tres horas de maldormir en ropa interior, con las portezuelas abiertas y unas toallas extendidas en los asientos del coche. El chico aún se acordaba del ir y venir de los tráileres que cubrían la ruta de Francia a España y viceversa. Con ese rugido sordo y los faros que barrían la oscuridad. Los turistas rendidos que se tomaban un café y se estremecían brevemente en el local climatizado, junto a sus hijos con los párpados pegados, chavales que leían revistas de baloncesto, el *dream team* había arrasado con todo en Barcelona 92 y Michael Jordan era un semidiós.

Al amanecer encontró a su padre en lo alto de un cerro, con pantalones cortos y sandalias, contemplando el tráfico, que aún era fluido.

—Vamos a ir yendo —dijo el viejo con su voz pedregosa y monótona.

Tenía expresión cansada y el vientre formaba un bulto ahuevado debajo del pecho hundido. El vello negro de los hombros y la espalda se había vuelto blanco. Parecía un loco huído del manicomio o un jubilado que no sabía en qué dirección ir. Hacine se quedó un rato calibrando esa debilidad. Dijo que no.

—No te he pedido tu opinión.

—No voy a ir. No pinto nada allí.

El hombre se volvió hacia su hijo. Y la cara que puso zanjó la discusión. En ese aspecto, no mostraba ninguna debilidad.

—Qué vergüenza he pasado, es la última vez. Vas a hacer lo que yo te diga.

Durante los mil kilómetros hasta Gibraltar, casi no cruzaron ni una palabra. Luego llegaron en barco a Ceuta, donde tuvieron que parlamentar largo y tendido con los aduaneros marroquíes. Hacine se quedó en el coche rumiando su resquemor. Había por lo menos 50 °C. Miles de coches y de personas llegaban, por oleadas, se amontonaban, a pie firme, gritando y enseñando el pasaporte con el brazo estirado. Un ambiente de éxodo, de miseria, de

discusiones interminables, de toda esa mierda.

Lo demás fue solo cuestión de acostumbrarse. Acostumbrarse, sobre todo, a la constante presencia de tíos y primos, hasta por la noche. Y al calor. Se pasó semanas durmiendo en gayumbos en el suelo de baldosas para tener un poco de fresco, rodeado de ronquidos, ese aliento de los hombres, ese olor penetrante y sexual, que abarcaba el olor a pies, a polla, a sudor y a comida. El piso era diminuto. Había que compartirlo todo, hasta el aire, hasta un metro cuadrado.

También tuvo que aguantar los reproches de su madre, que no dejaba de echarle en cara lo vago, huidizo, ladino y embustero que era. Pensaba lo que dirían de él en el barrio y la preocupaba su reputación. «Que se vayan a la mierda», pensaba el chico. «Me vas a volver loca», decía la madre. Hubiese querido pegarle, pero era demasiado mayor. En varias ocasiones, Hacine se había escondido en el hueco de la escalera para llorar.

Por suerte, estaba el mar, la crudeza neutra del azul, la playa y el movimiento lánguido del follaje, y el aire quemado que le daba en la cara. Por suerte, estuvo Ghizlane, su prima.

En realidad, era la hija de un vecino, pero al presentársela como prima, le dieron a entender enseguida que estaba vedada. Desde el primer encuentro, se empezaron a espiar mutuamente. Era una criatura curvilínea y comodona, de ojos color ámbar, llena de malicia y evasivas, calculadora e inculta. Su pelo no sabía lo que eran unas tijeras y montaba toda una ópera en torno a esa cabellera infinita. Según el día, se peinaba con trenzas o recogidos, edificaba moños o lo llevaba suelto como un río desbordado. En cuanto entraba en cualquier sitio, esa melena salvaje lo invadía todo, te inundaba hasta en la boca, y luego aparecía en las alfombras y en los sillones, junto con ese olor a miel, a animal y a argán que te mareaba durante horas. En total no habían hablado ni tres veces y Hacine, en definitiva, lo único que había hecho era esperarla. Se había pasado todo un año soñando con la redondez de su vientre y esos pechos involuntarios que la ropa nunca conseguía tapar. Fue ella quien le regaló, a escondidas, dos gatitos atigrados. Y sin previo aviso, de la noche a la mañana, se casó con Yazid, un maestro. Se fueron a vivir a Fez.

Este desengaño llegó después de otros. Empujó al chico hacia otra pasión. Puesto que en la vida todo mermaba, todo se te escapaba, todo quedaba reducido a polvo, decidió enriquecerse. El beneficio era lo único que parecía mantener la muerte a distancia. Contra esa hemorragia perpetua de la vida, le entró el ansia de acumular. Ahora bien, en Tetuán solo había una forma de

ganar dinero. Se entregó a ella en cuerpo y alma.

Poitiers, Tours, Orleans. Su padre había recorrido esa ruta que llevaba de Heillange a Gibraltar treinta veces antes que él, a lo largo de su vida. Ahora le tocaba a él alimentar una relación complicada con Marruecos. Lo habían mandado allí para expiar su falta, aprender a vivir y convertirse en hombre. Él regresaba con 45 kilos de cannabis.

Al llegar a la altura de Troyes, se perdió buscando el punto de encuentro. Tuvo que volver a la A26 dirección sur y luego a la A5. Tardó una hora larga, sin agobios ni impaciencia. Tenía todo el tiempo por delante. La ranchera sueca rodaba pesadamente, con la enorme rejilla del radiador cuajada de insectos muertos. Con ese tipo de coche era fácil acabar creyendo que la vida es eterna.

Ya era casi de noche cuando encontró el polígono comercial de Plaines-Devant. Localizó el lugar conduciendo despacio y con la ventanilla abierta. La zona daba una sensación de novedad elemental. Grandes naveas montadas en dos días junto a hoteles neutros. Franquicias de restauración esperando a la clientela de un hipermercado monstruosamente extenso. Y además, unos viveros, dos jugueterías, una tienda de ultracongelados y dos de alta fidelidad. Una carretera serpenteaba entre todo aquello, uniendo las glorietas que organizaban los giros lógicos entre los diversos aparcamientos. Un poco de césped cubría los espacios de transición incómodos. Hacine conducía al ralentí, desgranando mentalmente los nombres reconfortantes de los letreros: Saint-Maclou, Darty, Carglass, Kiabi, Intersport. En el silencio excepcional del atardecer, esas tiendas desiertas cobraban un aspecto dramático, una apariencia de sepulcro bastante bonita. La infinitud del cielo pesaba sobre todo aquello. El chico fumaba un Winston con filtro mientras escuchaba *Girl of Ipanema* en la radio. No siempre se tiene la suerte de disfrutar de momentos así.

Al final, desembocó en el aparcamiento del Carrefour, tan extenso como una llanura. Los últimos consumidores salían por las puertas con el carrito lleno. Hacine detuvo la ranchera a una distancia considerable. Hacía bueno y el rumor de la autopista cercana producía un ronroneo agradable. Se notaba un poco cansado, acunado, no tan mal, al fin y al cabo. Una pareja en un Fiat Panda cruzó el aparcamiento en diagonal. Más allá, quedaba una cafetería abierta. A través de las ventanas surcadas de reflejos blancos se veían

siluetas, los bancos corridos y los bulbos de plástico naranja de las pantallas viejas de las lámparas. El sol se hundía detrás del centro comercial. De la tierra subía una tristeza mercantil.

En la entrada de la tienda, un vigilante le aconsejó que se diera prisa porque estaban a punto de cerrar. Fue a la sección de jardinería, donde eligió un pico y un serrucho. Por los pasillos desiertos, sus suelas emitían un crujidito repetitivo. La música clásica que sonaba de fondo anestesiaba a los clientes rezagados. Pagó y le contestó educadamente a la cajera.

Al salir se encontró con un paisaje que no tenía nada que ver. La oscuridad se había concretado y la llanura, hasta donde llegaba la vista, se había cuajado de puntos luminosos, farolas cuya chispa se calentaba en el índigo de la noche. Los faros rojos y amarillos de los coches señalaban lentas trashumancias. La luz de neón de los letreros, verde, viva, helada y azul, parecía de escarcha. Los anuncios brillaban con una luz mate y boba. Y todo ese hormigueo de luces inspiraba ideas difusas sobre el devenir de los hombres y la vacuidad de la vida. Hacine sujetó el pico contra el parachoques trasero del Volvo y lo serró a ras del metal. Luego metió el serrucho en el maletero y dejó el mango en el asiento del copiloto. Tenía una cita allí a la mañana siguiente, a las ocho. Domingo. Tenía tiempo. Se moría de hambre.

Fue hasta el *drive-in* y pidió unos McNuggets, una coca-cola y una ración grande de patatas fritas que se comió en el coche mientras escuchaba las noticias de las diez. Hablaron de Hamás, de Balladur y de Yann Piat. Y de fútbol, cómo no. Los cuartos de final del día enfrentaban a Italia con España, y a Brasil con los Países Bajos. Le caía bien Brasil, como a todo el mundo.

Luego encontró una habitación en un hotel con recepción automática. Antes de meterse en la cama, dudó sobre si debería subirse el chocolate, pero, bien pensado, en el maletero estaba bien y no le convencía tener que hacer varios viajes. La habitación tenía váter propio, pero las duchas estaban al fondo del pasillo. Fue para allá con el mango del pico. Necesitaba familiarizarse con él. Un camionero que se estaba lavando los dientes lo miró pasar en el espejo, sin decir nada. El agua estaba hirviendo y Hacine la disfrutó mucho rato. Después se fumó un porro y se quedó dormido delante de la tele.

Cuando se despertó, no recordaba haber soñado nada. Es lo que tenía el hachís. Llevaba años creyendo que ya no soñaba.

Hacía diez minutos que esperaba delante del Carrefour cuando por el otro

extremo apareció un utilitario blanco. Aún era temprano y el Volvo era el único coche estacionado en mitad del aparcamiento. Los polígonos no tienen razón de ser en domingo y el mismo vacío reinaba en kilómetros a la redonda. La camioneta describió una amplia curva antes de acercarse y aparcar casi pegada. El conductor era un moro bajito y anodino, con cazadora clara y gafas de piloto. Miró a Hacine desde arriba y le preguntó:

—¿Así que eres tú?

—¿Qué llevas ahí dentro? —dijo Hacine señalando la parte trasera de la camioneta.

—Nada.

Se evaluaron someramente. El moro bajito se había fijado en la presencia del mango en el asiento del copiloto. En la radio de la camioneta sonaba música *techno*, un chunda-chunda superrápido, también él masticaba el chicle a una velocidad flipante, con la boca abierta. Saltaba a la vista que se creía uno de esos niños modernos que hay por Ibiza. Hacine le indicó con un ademán que bajara el volumen para poder oírse.

—Eres muy joven —observó el tipo.

—¿Y?

—No sé. No te imaginaba así.

Hacine no le preguntó qué le habían contado sobre él. No le costaba adivinarlo. En Tetuán, en Algeciras o en la A9, había sorprendido a bastante gente. Durante cierto tiempo incluso marcó un récord. Gerona-Lyon en menos de tres horas con 500 kilos de mercancía en el maletero. Para eso se necesitaba un Audi S2 y no estar demasiado apegado a la vida.

—¿Entonces qué? —dijo Hacine al ver que el otro lo seguía observando con incredulidad.

—Vamos a aparcar un poco más lejos. Tampoco es cosa de hacerlo aquí en medio.

La camioneta arrancó al ralentí y Hacine la siguió. Condujeron un rato por el polígono desierto. No había ni un alma. Todo estaba cerrado. En cada glorieta había que cambiar de marcha y bajar la velocidad. Los minutos se volvían elásticos y Hacine empezó a estresarse. Empuñó brevemente el mango del pico. Tenía buen agarre. Sabía lo que se hacía. Pronto el intermitente de la camioneta indicó que iba a girar a la derecha y llegaron a la parte trasera de una tienda de una Halle aux Vêtements³.

El lugar estaba a salvo de cualquier mirada. Entre los contenedores de metal y las pilas de cajas de cartón vacías quedaba el sitio justo para los dos

coches. El tío bajó de la camioneta de un salto, dejando el motor en marcha. Hacine aparcó marcha atrás, culo con culo, y abrió el portón trasero. A continuación cogieron sendos destornilladores y empezaron a desmontar el revestimiento y el fondo del maletero del Volvo.

—¿Cómo te llamas?

—Hacine.

—Yo, Bibi.

Trabajaban deprisa, ambos estaban acostumbrados. Aun así, a Hacine no le hacía mucha gracia estar allí.

—Nunca hay nadie —lo tranquilizó Bibi—. En serio, ¿de qué sirve alquilar un garaje para que te jodan?

Efectivamente, no había ni un ruido, ni un coche, ningún cliente a kilómetros a la redonda. Decenas de millones de francos en mercancía estaban allí almacenados en vano, sofás de piel, televisores, cucuruchos de helado y *jacuzzis*, esperando en silencio a que se reanudara la vida, protegidos en su caja de hierro. Hacine llevaba mal esa sensación de muerte y de abundancia.

Trasladaron el costo en pocos minutos, ladrillos pequeños de un kilo, había no menos de cuarenta, primorosamente cortados y embalados en plástico estanco. Los guardaban en bidones de gasolina trucados que se abrían como latas de conserva. Cuando estaban llenos, Bibi completaba con gasolina. Hacine se quedó con un ladrillo.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Bibi.

—¿A ti qué te parece?

Bibi acababa de sacar un Marlboro y le ofrecía el paquete a Hacine.

—No fumes aquí —dijo este último.

—¿Por la gasolina? No hay peligro.

—Que no fumes.

Bibi frunció el entrecejo, pero guardó el tabaco.

—¿Y por qué has venido aquí con semejante tartana? Creía que eras piloto.

—La velocidad se acabó.

El otro hizo una mueca dubitativa. Todas las semanas, bólidos de 400 caballos se cruzaban Francia cargados con toneladas de costo marroquí y desafiando a la policía y el sentido común. Los conducían, a más de 200 kilómetros por hora durante todo el camino, unos pirados que despertaban la admiración de todos los secundarios que se encargaban de revender al detalle por todo el país esos cargamentos supersónicos. En cada ciudad, en cada barriada y en cada edificio, había cien tíos que se consideraban ases del

volante y millonarios en potencia, empezando por Bibi. No existía la menor posibilidad de que dejase de ser así.

—¿Y ahora adónde vas?

—Vuelvo a casa —dijo Hacine.

—Ya...

No había nada más que añadir. Se dieron un apretón de manos. Antes de volver a coger el volante, Bibi, pese a todo, quiso saberlo:

—Y el palo ese, ¿para qué lo quieres?

—Para hacer sitio.

² Caisse d'Allocations Familiales: organismo de la Seguridad Social francesa encargado de asignar y pagar subvenciones de carácter familiar y social.

³ Cadena francesa de tiendas de ropa.

Anthony se había ido del club náutico con la boca ensangrentada. Había salido casi huyendo, olvidándose de coger el casco. Y desde entonces conducía maquinalmente, sin saber adónde ir, todo lo deprisa que podía.

Sin embargo, ya no era tan kamikaze como antes. Durante mucho tiempo lo que le gustaba era conducir para provocar, ir rozando las aceras, hacer caballitos, zigzaguear entre los coches o coger el carril izquierdo y no ponerse a la derecha hasta el último momento. Por aquel entonces conducía para caerse, buscaba el contacto, la calzada. De hecho, de esa época conservaba una quemadura del lado derecho que le subía del tobillo a la cadera y le oscurecía el codo. El asfalto, por lo menos, ofrecía un límite.

Ahora, cuando veía a los chavales hacer lo mismo, ya no lo entendía. Parecía haber dejado atrás los tiempos de hacer el cabra, de mangar con Steve Mourette o privar frenéticamente, cuando se le iba la pinza en el parquecito que había al final de la urba. Todavía se cruzaba a veces con aquel chaval al que le jodió el brazo en sexto⁴, lo que motivó que lo expulsaran del cole. Para el otro, era cuestión de honor sostenerle la mirada. Anthony lo lamentaba mucho.

Ahora, cuando se subía a su 125, lo que pretendía era, por el contrario, desaparecer. Todos los días volvía a recorrer los itinerarios escogidos, meticulosos y seleccionados por su geometría, las sucesivas sensaciones que le ofrecían, las posibilidades de lanzarse y las maniobras complicadas que le gustaban. De casa de su madre al club náutico, del insti a casa de su viejo. Había otro que iba desde el Leclerc hasta la central eléctrica abandonada, pasando por el centro de Heillange. Ese aunaba todos los placeres del punto de fuga y de los ángulos rectos. Al repetir estos trayectos aspiraba a la perfección de los movimientos, a una fluidez matinal, a un ahilamiento puro. La aerodinámica lo abocaba a la desaparición; a la felicidad.

Pero de momento no había llegado a eso. Tenía la cabeza como un bombo y rumiaba sin ser capaz de alejarse del lago, recorriendo los bosques y la carretera como un hámster en una noria. Sin saberlo, estaba dibujando una

órbita estúpida alrededor de la presencia de Steph. Estaba allí, en algún lugar. No se resignaba a alejarse de ella. Además, estaba empezando a refrescar y se arrepentía de haberse largado sin coger la sudadera. Había sucedido todo tan rápido. Tenía la carne de gallina y notaba, cada vez más, un cansancio irritado.

Fue entonces cuando pasó por segunda vez delante del centro de vacaciones Léo-Lagrange. Se le ocurrió una idea. Ralentizó, indeciso, y luego se paró un momento. Comprobó en el retrovisor qué cara tenía. Se le había secado la sangre en la barbilla. No tenía muy buena pinta. Podía valer.

Dejó la moto medio tirada en el bosque y se abrió camino hasta la pequeña zona de acampada. Desde hacía dos años, el centro de vacaciones ofrecía una actividad de iniciación a la naturaleza con excursiones, identificación de fauna y flora, fogatas y tiendas de campaña para dormir. Una especie de escultismo laico a cargo de monitores más o menos jipis. Esa novedad atraía a una variedad de críos sorprendentemente dispar, desde el aprendiz de quinqu tatuado hasta la enamorada de los ponis con sus calcetincitos. La vivencia duraba dos semanas, los chavales tenían que prepararse el rancho, fregar los cacharros, cagar en el bosque, y se les permitía tener una navaja. Al final salían bastante agotados y crecidos, con una bolsa llena de ropa sucia y recuerdos para toda la vida.

Al desembocar en el claro que habían habilitado exprofeso, Anthony intuyó una decena de tiendas y los restos de una fogata con brasas aún humeantes. Más abajo, una mole negra e inmensa atraía como un imán toda la oscuridad de la noche: era el lago. Avanzó como un gato, nervioso, y se quedó en cuclillas junto al fuego mal apagado para calentarse las manos. Sentado sobre los talones, buscó puntos de referencia en la oscuridad. En esa noche sin luna, no era cosa fácil. El campamento estaba atrapado entre la pared del bosque y las profundidades del lago. Todo estaba tranquilo y uniforme, no se movía ni una hoja. La tormenta que se habían estado imaginando toda la velada al final nunca llegó. Habría que seguir esperando, y en el aire permanecía una tensión difusa, la sensación sorda de estar atrapados en una trampa.

Por suerte, estaban las tiendas de campaña y, dentro, adolescentes bastante sucios y más vivos aún, acurrucados en el saco de dormir y agrupados por sexo. Se adentró. Más le valía no meter la pata o provocaría un escándalo. Por fin localizó la tienda que buscaba, un poco apartada y más pequeña. Se arrodilló delante y arañó la tela con el índice.

—Pssst.

Insistió.

—Eh. Pssst. ¿Estás ahí?

Arañó más fuerte. Y dentro se oyó un gritito de hembra.

—¡Shhh! Soy yo.

—¿Quién?! —dijo una voz que no sonaba nada tranquilizadora.

Anthony se sentía encerrado fuera. A su espalda, el bosque alzaba su presencia siniestra. Se dio la vuelta. Nada. Pero tampoco se habría atrevido a estirar el brazo. Estaba cada vez más oscuro. En el bosque se intuía una presencia nutrida, sinuosa, una negrura de humus, una pululación muy antigua e indiferente. Sintió un escalofrío.

—Soy yo —volvió a decir bajito—. ¡Ábreme ya!

El recorrido de la cremallera hendió la tela.

—No hables tan alto...

Anthony avanzó a cuatro patas y desapareció en el vientre de la tienda.

—¿Qué haces aquí? —dijo la voz—. ¿Qué hora es?

Anthony buscaba a tientas. No se veía nada. Sintió algo blando bajo los dedos.

—¡Eh!

—No veo nada —dijo el chico.

—¿Qué haces aquí?

La mano de Anthony seguía explorando. Notó la mejilla de la joven. Estaba calentita, recién salida del sueño, como un pan recién hecho.

—Qué suave.

—Eres tonto —replicó Vanessa—. Ya te he dicho que no vengas aquí.

Lo había agarrado por el cuello de la camiseta y tiraba de él para meterlo del todo y poder cerrar. De inmediato, Anthony se encontró a salvo en ese espacio minúsculo que olía a algodón dulce o algo parecido, con un regusto más turbio, cálido, de ropa y de piel dormida. Tenía la mano puesta sobre un muslo desnudo.

—Déjame ver —dijo el chico.

—¿El qué?

—A ti. No sé. Enséñame algo.

Vanessa se puso a rebuscar en un rincón y como le daba la espalda, Anthony aprovechó para tocarle el culo. A través de la tela del bóxer demasiado grande que llevaba para dormir, podía seguir el trazado de las bragas. Quiso meterle una mano entre los muslos.

—Para —gruñó la chica.

De una linternita surgió un estrecho haz de luz. El chico vio entonces que

Vanessa estaba mosqueada.

—¿Te pasa algo?

En lugar de contestar, ella le señaló la hora en el reloj de pulsera.

—¿Qué?

—No jorobes. Es más de la una. Mañana no voy a dar pie con bola.

—Me apetecía verte.

Eso le hizo ilusión, a pesar de todo.

—Que yo estoy currando. Y como te pillen, me la cargo.

Ahora se alzaba delante de él, de rodillas, preocupada e inflexible. La melena, hecha un ovillo para estar más cómoda, le caía sobre el hombro. A través de la camiseta de Snoopy se adivinaban los pezones casi cuadrados y desnudos. De pronto, le cambió la cara.

—¿Qué te ha pasado? —le dijo.

Había enfocado el haz de luz hacia el rostro del chico y pasaba revista a las magulladuras con la yema de los dedos, las cejas, la nariz, el labio abierto. Esa inspección era también una caricia. Anthony cerró los ojos.

—Mierda. ¿Quién te ha hecho esto?

—No es nada. Una movida en el curro.

—¿Cómo?

—Ese capullo. Rotier hijo.

—Joder. Pues te ha machacado.

—Que no es nada —replicó Anthony, ofendido.

Vanessa le movió el puente de la nariz para asegurarse de que no estaba rota. Le comprobó los dientes y le palpó el cuero cabelludo. Lo examinaba como una madre, espulgándolo. Él se dejaba, pero a disgusto.

—Joder, que no es nada. Para ya.

—¿Y por qué te ha hecho esto?

Anthony se lo contó con vaguedades. Y sobre todo, se guardó muy mucho de decirle que antes de irse del club náutico se paró un momento a escribir una nota en el bar. Tenía la cara llena de sangre, le temblaban las manos y no lo consiguió al primer intento. Al final, el papel estaba lleno de manchas, y su escritura, casi ilegible. Luego tuvo que atravesar lo que quedaba de la fiesta, solo y con la nuca tiesa. Cuando le dio la nota, Steph se puso como un tomate. Todo el mundo los estaba mirando. El presidente y su señora no daban crédito. Era un escándalo y una apoteosis. «¿Qué coño haces aquí todavía?», rechinó Cyril. Pero Anthony había entregado el pedazo de papel y todo lo demás le daba igual. Dentro de dos días estaría esperando a Steph en la antigua central

eléctrica. Eso es lo que rezaban las dos líneas escritas con tinta azul. Quizá acudiera.

Por último, se había subido a la burra y se había ido sin mirar atrás y sin casco, a toda leche en tercera y metiendo ruido a tope. La verdad es que la salida no había estado nada mal.

—¿Y el curro? —preguntó Vanessa.

—Se acabó.

—¿Te ha echado?

—Bah, pues sí.

—Qué fuerte.

Anthony se había tumbado. Le pidió a Vanessa que fuera a su lado.

—Un momento —dijo ella.

Apagó la linterna y se tendió junto a él.

—Ya no se ve nada.

—No me apetece que nos pille algún crío.

—¿De qué tienes miedo?

—De nada. Y quita la mano.

El chico obedeció, pero ella le agarró la mano al vuelo y entrecruzó los dedos con los suyos. Ahora hablaban en un murmullo.

—Tienes las manos heladas —dijo Anthony.

—Shhh. ¿Qué vas a hacer con lo del curro? ¿Te la vas a cargar, tú crees?

—No. Ni idea. Me la suda.

—Venga ya —añadió ella.

No le gustaba cuando volvía a ser aquel niño terco. Le dio un beso en el pómulo, y luego en la nariz, y en los labios. Él sacó la lengua. Ella se la metió en la boca con delicadeza y ese gesto se convirtió en beso. La saliva fluía, era suave, carnoso y móvil. Ella ya le había extendido la palma de la mano encima de la polla. Él empezaba a empalmarse.

—Hueles a relaguiz.

—Regaliz.

—No. Tú hueles a relaguiz.

Vanessa soltó una risita, era el sabor de su pasta de dientes. Le mordió en el cuello, le buscó la boca, la barbilla, sintió sus manos por debajo de la camiseta y apretándole con fuerza las tetas. Sin previo aviso, se incorporó y le dio la espalda, encajándole en la pelvis toda la amplitud de las nalgas. Él la agarró por el pecho. Ella no pudo contener un gemido.

—¡Shhh!

Esta vez fue él quien exigió silencio. Vanessa estuvo moviéndose así un rato. En el espacio exiguo de la tienda, navegaban perdidos en el vacío, aislados y capaces. La proximidad de las otras tiendas, el riesgo de la oscuridad y el bosque les atizaban el deseo. Se movían juntos, con las pelvis unidas. Ambos sentían cómo el otro se iba excitando. Anthony la sujetaba por el pecho y por el vientre. Entregada, Vanessa sudaba y gemía en la tenaza de sus brazos. «Más fuerte», dijo, y él apretó. Otro maullido se le escapó del pecho. Hasta que, sin poder aguantar más, volvió a darse la vuelta y las bocas se encontraron de inmediato. Se daban besos lánguidos que se abrían como buñuelos rellenos de mermelada. Anthony sentía la lengua tierna, la saliva cálida y abundante. Un hormigueo le recorría los testículos, oía la respiración de Vanessa, cada vez más rápida, acuciante, mientras a él se le ponía cada vez más dura. Ahora la joven resoplaba de placer, por la nariz. Se puso a buscarlo con la cara, se frotaban las mejillas, la nariz, la frente, y los besos redoblaron. Y enseguida fueron con lengua, técnicos e intrusivos. Era estupendo, se llenaban mutuamente. Un ruido los detuvo.

—¿Has oído?

—No.

—¿Seguro?

—Pues claro.

Anthony quería volver al lío enseguida. Estaba listo. En realidad, tenía miedo de que se le bajara.

—Aquí siempre estoy cagada de miedo —explicó Vanessa—. La otra noche me rayé tanto que me fui a dormir con las chicas.

—¿Y os divertisteis?

—Tienen doce años, capullo.

—¿De qué tienes miedo?

—El bosque está ahí mismo. Hace ruidos. Y también de los cabezudos.

—No vienen hasta aquí.

—Y un cuerno. Una mañana nos encontramos erizos muertos enganchados en las ramas.

—¿Y qué?

—Que los erizos son lo suyo. Creo que se los comen.

—Chorradas.

Mientras susurraban, Anthony le deslizó la mano por la espalda a la joven. Le contó las vértebras, le rozó los costados y las caderas. En la curva de los riñones, sus dedos encontraron un poco de sudor. Vanessa estaba matorosa,

ondulante, sus palabras sonaban como un zumbido apagado en el aire sofocante de la tienda y el miedo les avivaba aún más el placer. Anthony se llevó a la boca los dedos mojados en sudor. Ya no le preocupaba saber si iba a empalmarse. Tenía ganas de pegar el vientre al de Vanessa, quería mezclar el sudor de ambos. Literalmente, estaba chorreando. Se enjugó la frente.

—¿No estás muerta de calor? Esto es un horno.

En lugar de contestar, la joven deslizó la mano entre los dos, le abrió el vaquero y empezó a masajearle la polla a través de la tela del calzoncillo. Lo hacía bien, para sí misma. Anthony gruñó.

—Calla, hombre...

El chico se puso a buscar la linterna y volvió a encenderla.

—¿Qué coño haces?

—Un segundo. Quiero verte. Por favor.

Vanessa le dejó y su cara seria apareció muy cerca, morena y aterciopelada. Anthony se echó hacia atrás para verla mejor. Estaba ocupada meneándose. Él quiso meterle la mano en las bragas, pero ella se zafó.

—Déjame a mí —dijo.

Se puso a bajarle los vaqueros y él la ayudó. A continuación siguió el calzoncillo. Entonces le agarró la polla en serio. Se untó la mano de saliva para hacerlo mejor. Para Anthony la sensación era indescriptible, fluida, aguda, se le subía a los riñones y le llegaba hasta la nuca.

—Qué gusto, joder.

Ella no le escuchaba. Con los ojos clavados en la polla, se la meneaba llegando a bajar a veces la palma hasta debajo de los huevos, había que estar mal de la cabeza. Lo miraba con el abandono de una estatua, una opacidad maníaca.

—Quiero que me folles —dijo.

Anthony cerró los ojos. Estaba a punto. Solo eso, lo estaba.

—¿Tienes condones?

—Sí.

Vanessa se enderezó para ir a cuatro patas al otro extremo de la tienda. Estaba de espaldas y rebuscaba en una bolsa abierta en el suelo.

—Mierda, ¿dónde los he metido?

Él la miraba, pajeándose.

—No te muevas.

—¿Qué?

Le echó una mirada atónita por encima el hombro.

—Que no te muevas.

—Estarás salido.

Pero tenía esa sonrisa burlona, seguía el juego. Él le acercó la linterna.

—Saca un poco el culo para verte.

—Ni hablar, déjate de chorradas.

—Cállate o pido socorro.

A Vanessa se le escapó la risa y arqueó la espalda. Él se acercó de rodillas mientras ella seguía a cuatro patas. Le hundió los riñones para abombarle el culo. Luego la agarró por la nuca, a lo bruto. Era lo que les iba a los dos. Ella abrió un poco más las piernas para estar más cómoda y apoyó la mejilla en los brazos, que había cruzado en el suelo. Ahora, Anthony la tenía firmemente sujeta y le pasó una mano por la cara interna del muslo. Los párpados de Vanessa se cerraron. Él le subió la mano hasta el coño, presionó y deslizó la palma por la tela del bóxer. Ella quiso arquearse aún más, ahora los suspiros le salían del pecho, espiró con fuerza. Anthony bajó el bóxer y dejó al descubierto las bragas blancas. Se apoyaba contra el muslo de ella, refrotándose.

—Vamos —gimió Vanessa.

Anthony le destapó el culo y dejó las bragas a medio muslo.

—Quítamelas.

—Cállate.

Hablaban bajito, con el pecho oprimido. La tienda iba ahora a la deriva, mar adentro. Escondidos y nerviosos, ya no se sentían atados a nada. Hacía un año que habían cogido la costumbre de follar ocasionalmente así, cuando les apetecía o cuando se ponía a tiro. Sin preguntas, sin exigencias, sin hacerse reproches ni promesas. Aquellas relaciones secretas habían dado pie, por encima de todo, a una complicidad desmedida. Gracias a ella habían podido acumular una dilatada experiencia. Sabían ya mucho sobre las preferencias, las manías y las aversiones de cada uno. Cuando se acostaban, parecía que tuvieran treinta años. Se sentían satisfechos y orgullosos de esos progresos. Como consecuencia, había nacido un extraño afecto. Anthony apreciaba a Vanessa porque le ofrecía el entrenamiento que necesitaba para los futuros éxitos que tenía previstos (como que Steph y otras tías como ella se corrieran con él). A Vanessa le gustaba él porque tenía aguante, además de ser ingenuo y moldeable. En el fondo, era todo fruto tanto de las buenas prácticas como del malentendido.

Entre tanto, Anthony agarró las bragas y tiró bruscamente, metiéndolas

entre las nalgas. El roce del algodón contra el sexo y la imposición a punto estuvieron de enloquecer a Vanessa. Para demostrárselo, metió aún más los riñones, abrió los muslos y el bóxer que se los trababa se rasgó.

—A la mierda —dijo Anthony.

Y se lo arrancó del todo. Joder, cómo le gustaba sentir esa fuerza. Al principio había tenido que forzarlo un poco, no era más que un crío, parado y tímido, y aunque él lo había negado, se dio cuenta enseguida de que ella era su primera tía de verdad. Así que había tenido que enseñarle qué pasos seguir, las dosis y las etapas. Y cuando hubo comprendido los rudimentos femeninos y las generalidades, Vanessa le enseñó lo que necesitaba ella.

Y lo que quería era que la llevaran.

Porque en la vida, normalmente, ese papel le tocaba a ella. Le correspondía morder el freno, contenerse, tener un carácter enérgico. De hecho, era una cualidad que le valoraban, sabía lo que quería. Menudo consuelo de mierda.

Vanessa había crecido en una familia cariñosa y estable, sus padres ni siquiera habían sucumbido a esas modas tan extendidas de divorciarse y rehacer su vida. Llevaban veinticinco años viviendo en el mismo chalé de tres habitaciones con sus dos hijos, chico y chica. Él trabajaba en la oficina catastral y ella era secretaria en el ayuntamiento. Todos los años pasaban quince días en Saint-Nary. No aspiraban a cambiar de vida, se conformaban con un sueldo decente y aumentos razonables. Ocupaban el lugar que les correspondía, aprobaban el *statu quo*, se escandalizaban moderadamente de las fuerzas que abusaban de él, les preocupaban los peligros que aparecían por televisión y disfrutaban de los buenos momentos que les ofrecía la vida. Algún día, un cáncer pondría a prueba esa armonía inmóvil. Entre tanto, estaban a gusto. Encendían la chimenea en invierno y salían de excursión en primavera.

Thomas, el hijo mayor, estaba estudiando Ciencias de la Actividad Física y del Deporte. Los padres no tenían nada que objetar. En cambio, sí que les preocupaban las ambiciones extravagantes de su hija, cuyos gastos previsibles difícilmente iban a poder asumir. Cabe destacar que desde la adolescencia Vanessa se daba aires de grandeza. La carrera de Derecho que había elegido confirmaba lo que pensaba su familia: se creía superior.

Y eso que hasta los quince o dieciséis años se había mostrado bastante frívola. Pero en primero de bachillerato cambió radicalmente. Se puso a empollar, aterrada ante la perspectiva de quedarse en Heillange para llevar, a su vez, una vida cómoda y moderadamente feliz. Puede que tuviese una

revelación en clase de sociología o haciendo la compra con su madre en Leclerc. En cualquier caso, a partir de ese momento empezó a distanciarse de Carine Mougel, la hermana del primo y su amiga del alma de toda la vida. La consecuencia fue que aprobó el *bac* brillantemente y que ahora estaba estudiando Derecho, siempre metida en la biblioteca, con sus manuales soporíferos, sus fichas de cartulina y sus Stabilo de tres colores, en un estado de angustia permanente.

Cuando volvía a casa los fines de semana, encontraba a sus padres llevando esa vida que ella ya no quería para sí, con esa benevolencia generalizada y esas frases prefabricadas válidas para casi todo. Sobre gustos no hay nada escrito. Querer es poder. No todo el mundo puede ser ingeniero. Vanessa los quería con todo su corazón y sentía un poco de vergüenza y de lástima al verlos avanzar por esa senda carente de momentos de gloria y de grandes calamidades. No podía ni imaginarse todo el empeño y todos los sacrificios humildes que exige esa existencia mediocre, el no desfallecer para seguir llevando un sueldo a casa y organizando las vacaciones, para mantener en pie un hogar y hacer la cena todas las noches, para ser unos padres presentes y atentos sin interferir para que una adolescente desbaratada tenga la posibilidad de adquirir progresivamente su propia autonomía.

Desde su perspectiva, Vanessa los veía pequeños, serviles, siempre molidos, amargados, agobiantes, malhablados, con su *Télé Star*⁵ y sus juegos de rascar, un padre encorbatado y una madre que cada tres meses se hacía las raíces y consultaba a videntes sin por ello dejar de pensar que todos los psicólogos eran unos estafadores.

Vanessa quería huir de ese mundo. A costa de lo que fuera. Y su angustia era proporcional a ese anhelo de librarse de una buena.

Antes de los primeros parciales estudió hasta la extenuación. Tanta dedicación era en parte resultado de las advertencias familiares. Porque sus padres la habían puesto sobre aviso: si cateaba el curso, la repatriaban a Heillange en el acto, no se podían permitir mantener a una diletante. Aunque en el fondo, no se acababa de creer esas amenazas. En cambio, llevaba oyendo desde pequeña historias de terror sobre cómo funcionaba la universidad. Chavales que hasta entonces habían tenido una escolaridad sin contratiempos de repente veían caer sus notas a niveles subatómicos. El vicio de los profes no tenía fin, su suficiencia era proverbial y humillar a los estudiantes estaba a la orden del día. Estos, además, se las tenían que apañar solos, lejos de papá y mamá, yendo de una clase a otra sin importarles a nadie, sonámbulos y

deprimidos. Tanto que muchos cedían a los placeres fáciles de la juerga, se pasaban todo el tiempo durmiendo o fornicando, drogándose en su estudio o jugando a *Zelda* en lugar de estudiar. Relatos capaces de aterrorizar a los ánimos más templados.

Lo que más asustó a Vanessa fueron aquellas chicas de ciudad, tan estilosas y espabiladas, que lucían gabardina y mocasines, con su pelazo y su bolso Longchamp. Iban a clase a pie, mientras que Vanessa tenía que chaparse cuarenta minutos en autobús desde la ciudad universitaria. En lugar de estudiar, se pasaban horas en los cafés circundantes, bebiendo agua Perrier con rodajas de limón y hablando de política y de los deportes de invierno de sus vacaciones, mientras los tíos de los cursos superiores intentaban que se fijaran en ellos. Esas tías, con ese aplomo innato y todo lo que sabían sobre los museos de Londres y de Ámsterdam, con sus casas céntricas y su vocabulario selecto, la habían acojonado de mala manera. Hasta que, al final del primer semestre, lo vio. Aquellas chulitas que aparentaban tomárselo todo con tanta calma en realidad no eran tan listas, y las que no habían abierto un libro acabaron lloriqueando delante del tablón de anuncios de las notas. Vanessa, en cambio, lo aprobó todo y sacó notable en derecho constitucional.

Para celebrarlo, se fue a su vez a tomar café, a un local bonito del centro, donde se sentó sola, con la espalda muy recta, delante de una edición antigua de una novela de Françoise Sagan que, por supuesto, trataba de amor. Por primera vez desde hacía semanas sintió que estaba donde le correspondía.

Así que, cuando estaba con Anthony, lo que quería era ser el centro de atención. Quería que la tomara, la llevara y se la follara. Quería que le hiciera un poco de daño, para variar. Y aunque en la uni tenía un noviete muy bajo que se llamaba Christopher y quería hacer el examen de ingreso en Políticas, era algo totalmente distinto. A Anthony lo había amaestrado en función de sus necesidades. Y él actuaba en consecuencia y no se lo contaba a nadie. En el fondo, Vanessa lo adoraba. Le apartó las bragas y ella supo que iba a entrarle en el coño, a llenarla. Estaba chorreando. Hacía tanto calor. Ya no pensaba en nada. Dijo:

—Métemela.

—Espera...

—Fóllame, venga.

El chico se había puesto de rodillas detrás de ella y la estaba mordiendo, el culo, la parte carnosa de los muslos. Le subían escalofríos por toda la espalda y se puso a temblar. Y cuando sintió su aliento en el sexo, se encabritó.

—No, eso no.

—¿Por qué?

—Para. Hace calor. Y aquí no hay baño.

—¿Y qué?

—Tú para y punto.

Demasiado tarde. La lengua de Anthony había encontrado el terciopelo del coño. Seguía un pliegue, subía por la ingle, saboreaba el sudor, el jugo ácido e íntimo. Vanessa se sentía flaquear y se olvidó de disuadirlo. La sujetaba por las caderas, con firmeza, le apartaba las nalgas y la agarraba por los muslos. Era como masa entre sus manos. Todo lo que le gustaba. Se puso a gemir abiertamente. Anthony la sujetó por el pelo. Ella arqueó la espalda, buscándolo con la pelvis. La polla del chico estaba ahí, dura, presionándole el borde del sexo. Se quedó quieto.

—¿Me notas?

Le contestó con un suspiro. Era un poco coñazo, le había salido charlatán. Pero tampoco podía pensar solo en sí misma; si a él le gustaba hablar, lo escuchaba. Empezó a penetrarla, muy despacio.

—El condón.

—Da igual —dijo Anthony—. ¿Me notas bien?

—¡Que sí! Dale.

Cuando llegó al fondo del todo, se lanzó, ella le pasó la mano detrás de la nuca y se la folló así, en silencio, en el calor agobiante de la tienda, pegajoso de sudor, olvidándose de los peligros y de los marrones. A Vanessa le gustaba, pero sabía que nunca llegaría a correrse así, tan sucia, con los críos y el bosque a dos pasos, así que fingió, ondulando cada vez más deprisa, cercada, desbordante y encarnizada.

—¿Te corres ya? —preguntó él.

—Sí

—¿Ahora?

—Mmm.

El sudor le pegaba la espalda al vientre del chico. Se movía cada vez más, ardiente, él la agarró por la garganta, ella le dijo «ahora» y al segundo Anthony se corrió en el fondo de su vientre. Se quedó quieta, jadeante, e incluso pudo contar los espasmos de su polla. De inmediato se relajaron, él satisfecho, casi enseguida indiferente. Vanessa tuvo que sujetarlo para retenerlo a su lado.

—Espera. Quédate.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

Anthony se tumbó bocarriba. Ella le retuvo la mano. Los dos tenían ahora los ojos clavados en la tela de la tienda, sin decir nada. Vanessa se fijó en que él respiraba por la boca. Tenía gracia, nunca se había dado cuenta.

—Tengo hambre —dijo el chico.

—Venga ya...

Bostezó, se subió la cremallera y se incorporó.

—No he comido nada desde el mediodía. ¿Tienes tabaco?

—No hagas ruido.

Vanessa buscó en la bolsa mientras él salía de la tienda. Fuera no había cambiado nada, pero la magia se había esfumado. Ya solo quedaba la materialidad densa de las cosas y la belleza neutra del cielo. Anthony se estiró. El aire le secaba el torso. Se sentía bien, con la mente limpia. Cogió el cigarrillo que le tendía Vanessa, que también le dio fuego.

—¿Tú no fumas?

—No —contestó ella.

Parecía desconfiada y seguía dentro de la tienda.

—¿Qué? —dijo el chico en tono casi agresivo.

—Nada.

Se quedó callado un rato. Y luego soltó sin venir a cuento:

—Mañana voy a ver a mi padre.

—Guay.

—Sí. Siempre me pregunto cómo irá.

—Siempre va bien.

—Ya. Pero se me hace muy raro.

Vanessa había sacado la cabeza de la tienda y parecía que le interesaba sinceramente.

—Ya no lo reconozco —dijo Anthony.

—¿Y eso?

—No sé. Ya no es como antes.

—¿Y tu madre? ¿Qué le parece a ella?

—Nada. Ya no se ven.

—Mejor así.

—Sí.

Al cabo de un instante, Vanessa le preguntó.

—¿Quieres que vaya? Mañana por la noche libro.

Anthony la miró sin entender.

—¿Cómo?

El tono era innecesariamente agresivo. La chica estaba acostumbrada.

—No sé. Lo he dicho por decir.

—No vas a ir a casa de mi padre.

—Pues vale, muy bien, que te den.

A veces, Vanessa estallaba porque sí. Y Anthony, igual de seco, se cerraba en banda. También esta vez, más que otras. Ahora ya solo pensaba en la cita que tenía con Steph. Dentro de dos días. Se acabó el pitillo, lo aplastó en la hierba y se despidió con un beso.

—Chao —dijo.

—Chao —contestó Vanessa.

No le guardaba rencor.

Más tarde, se aseó en cuclillas debajo de un árbol, apartada, con una botella de Contrex y una camiseta. No oyó ni un ruido ni vio a nadie. Sin embargo, no logró quitarse de encima la extraña sensación de que alguien la estaba mirando mientras se lavaba el coño.

⁴ 6.º de EGB (actualmente, 6.º de educación primaria).

⁵ Revista de programación televisiva francesa.

Después de dar un repaso a todos sus bolsillos, Patrick Casati dejó caer toda la calderilla en la barra de formica. No había mucho. Sobre todo monedas de uno y de dos céntimos.

—¿Está todo? —dijo el dueño del bar.

—Espera a ver.

El hombre volvió a rebuscar, le dio la vuelta a los bolsillos de la cazadora. Era lunes, día de cosecha. Al final, dio con un par de billetes de 50 francos y dejó caer uno encima de la calderilla.

—Me quedo con 50 pavos. Que tengo que comer.

—Por descontado —dijo el dueño, que sabía lo que es la vida.

—Bueno. ¿Hemos llegado ya?

—Deja que mire...

El dueño se dio la vuelta hacia la imponente máquina de café que presidía tras él. Pegado a ella, en una esquina, estaba encajado un tarro de cristal enorme lleno hasta arriba de chatarra. También se veían algunos billetes grisáceos. Cogió el tarro con ambas manos y lo movió para que tintinearan las monedas.

—Da gusto oírlo —dijo el peluquero, alzando la copa.

—Nos falta poco, creo yo —dijo Patrick.

El dueño dejó el tarro en la barra. Era un tarro de tres litros, con una goma para sellarlo. Llevaba pegada una etiqueta que rezaba «Quetsch⁶ 1987». Había llovido mucho desde que se acabó la mermelada.

—¿Lo contamos? —preguntó el dueño.

—Venga —dijo Patrick con una sonrisa.

Todas las mañanas se tomaba el café en La Escala. Un bar que no le pillaba lejos del curro y que regentaban unos portugueses, una pareja reservada y morena que trabajaba quince horas al día. El dueño se llamaba Georges y su mujer no estaba allí. Georges tenía el pelo tan crespo y abundante que los tíos no dejaban de meterse con sus supuestas raíces norafricanas. Al fin y al cabo, Portugal estaba ahí mismo. Con tantas invasiones a lo largo de los siglos, tenía

que haber habido algún mestizaje. El dueño asentía en silencio, con cara de decir que reirá mejor quien ría el último.

—Vale, pues a contar se ha dicho —aprobó el peluquero—, pero antes, fiii.

Y con el pulgar, hizo el gesto de que le llenaran la copa, ya vacía. Para el camino, el dueño le sirvió un muscadet, que ya era el tercero. El peluquero también iba allí todas las mañanas. A las ocho ya se estaba pimplando el primer vino blanco, con un chorro de gaseosa. Le ayudaba a tener buen pulso. De hecho, era lo que hacían los mejores cirujanos, lo había leído en una revista. Y nunca se le había quejado nadie de su trabajo. Lo que no quita que desde que una tal Mélodie había abierto una peluquería casi enfrente de la suya, el negocio ya no iba tan bien. La tía ofrecía tarjeta de fidelidad, el corte para niños a 50 francos y un generoso escote: casi rozaba la competencia desleal. Se había planteado pintar el local y sustituir el transistor viejo, pero esas veleidades de modernización se habían perdido en el bar, igual que el resto. Por lo demás, el peluquero estaba totalmente calvo y afiliado a la Agrupación por la República. Le gustaban los mítines, el fiambre, su tierra y Charles Pasqua.

—¡Al lío!

El dueño llenó la copa y vació el tarro en la barra. Algunas monedas rodaron por el suelo de mosaico, pero nadie se molestó en recogerlas, ya verían luego. Se pusieron los tres manos a la obra, separando por categorías y apilando de diez en diez. De todas formas, tenían tiempo de sobra. Patrick no entraba antes de las nueve y media y durante las vacaciones escolares el bareto estaba casi vacío. Solo acudían los de siempre, el peluquero, Patrick Casati y Namur, un tío gordo que vivía de una pensión de invalidez y leía el periódico al fondo, con su perrito en el regazo. La figura del tonto del pueblo ya no existe, pero todos los cafés cuentan con su despojo oficial, mitad bolinga y mitad subvencionado, que se pasa el día bebiendo, y así hasta el final.

Cuando acabaron, el dueño sacó un bloc y se puso a hacer cuentas. Habían estirado los billetes y empezado a contar las monedas de diez. Comprobaron las sumas dos veces. No querían llevarse falsas alegrías.

—Pues es correcto: 5.268.

El peluquero soltó un silbido impresionado.

—¿Francos nuevos?

—Pues claro...

—Hombre, nunca se sabe.

—Caramba...

A Patrick no le quedaba otra que reconocerlo, no estaba tan mal. Llevaba casi un año llenando esa hucha con lo que se ahorraba en priva. Céntimo a céntimo, al final salía una pasta. Los otros dos lo miraban fraternalmente, con la satisfacción del deber cumplido. Compadres.

—Esto hay que celebrarlo —dijo el peluquero alzando la copa.

Patrick hizo un ademán burlón con la cabeza, «muy gracioso, hombre».

Al principio, Patrick las pasó putas. Peor de lo que nadie se imagina. El alcohol, a la larga, acaba convirtiéndose en un órgano como los demás, no menos indispensable. Está ahí metido, muy al fondo, íntimo y necesario para que las cosas funcionen, al igual que el corazón, un riñón o los intestinos. Dejarlo es como amputarse un miembro. A Patrick le costó llorar. Gritar por las noches. Y pasarse horas tiritando en la bañera con el agua hirviendo. Hasta que una buena mañana, después de dos meses de jaquecas, agujetas y sudores nocturnos, se despertó destetado. Y todo cambió, hasta su olor.

Aunque en el proceso había echado barriga por culpa de las chucherías, a cambio volvía a dormir bien y a despertarse empalmado. También le había servido para descubrir una nueva economía corporal, con sus beneficios y sus pérdidas no compensadas. Por ejemplo, ya no estaba hecho un trapo por las mañanas, pero tampoco sentía el subidón de las primeras copas, cuando le echas fuel a la caldera y la quemazón del alcohol te hace sentir joven otra vez.

Pero en el fondo, el problema de vivir sin privar no era ese. Era el tiempo. El aburrimiento. La lentitud y la gente.

Patrick se despertaba después de haber estado durmiendo veinte años y soñando que tenía amigos, intereses, opiniones políticas, una vida social plena, conciencia de quién era y de su autoridad, certezas sobre un montón de cosas y, por último, también odios. Pero en realidad, lo que pasaba es que estaba pedo gran parte del día. Con la abstinencia, todo se iba al garete. Tenía que volver a descubrir todo en su conjunto, la vida entera. De entrada, la nitidez de los rasgos hacía daño a la vista, y ese lastre, la masa humana, el fango de la gente, te arrastraba hacia el fondo y se te metía en la boca, ahogando las relaciones. Eso era lo más difícil, sobrevivir a cómo eran de verdad los otros.

Así que al principio se parapetó en casa, en el pisito de las afueras que había alquilado sobre la marcha después de la separación. Pensó que ya encontraría algo mejor más adelante, cuando se dictara la sentencia de divorcio. Al cabo de año y medio, allí seguía. Durante días enteros había

deambulando como un animal de carga, pesado e indeciso, repleto de esa fuerza sin finalidad. De vez en cuando se agarraba la barriga con ambas manos delante del espejo del cuarto de baño. Se asqueaba a sí mismo y despotricaba contra todo, el coste de la vida, Anthony, que seguía haciendo una tras otra, la zorra de su mujer y miles de cosas más. Rumiaba, sobre todo, aquel tremendo desperdicio de la juventud malgastada.

Al final se compró una bici. El primer paso hacia la mejoría. Era un coñazo porque no tenía garaje y había que subírsela a casa, que era estudio con una habitación, lleno ya hasta los topes. Pero, por lo menos, salía a dar una vuelta. Iba bordeando el canal y se cruzaba con otros ciclistas. Se sentaba en la orilla para mirar la corriente. Ese aburrimiento hacía sus delicias. Y, gracias a Dios, había conseguido pescar otro curro. Fue entonces cuando se le ocurrió lo de la hucha. Todos los días metía los 20 o 30 pavos que antes se gastaba en bebida. Al cabo de diez meses, había acumulado poco más de 5.000 francos, un buen pellizco.

—¿Entonces qué? ¿Ya te has decidido? ¿Qué vas a hacer con tanta pasta?

—¡Ah! —dijo Patrick con tono teatral y levantando un brazo.

Como si los otros dos no lo supieran.

Con el dorso de la mano, el dueño empujó el dinero por la barra y los 5.000 francos volvieron al tarro gigante de *quetsch*. Lo dejó encima de la barra, con su peso en metálico, una torre bajo la mirada de los tres hombres.

—Entonces, ¿no lo celebramos? —volvió a probar suerte el peluquero, cuya copa seguía vacía.

—Que sí, venga —accedió Patrick, rumboso—. Ponle otra, anda.

—Ah, esto ya me gusta más.

Luego, volviéndose hacia Namur, Patrick le preguntó si quería tomar algo. Namur no dijo ni mu. No había terminado de leer. En su regazo, el pequeño cavalier king charles iba siguiendo, línea a línea, mientras esperaba a que su dueño diera la vuelta a la página.

—Anda, ponle otro *kir*.

El dueño llenó la copa del peluquero y Patrick le llevó el *kir* a Namur. Él se conformó con un café solo muy cargado.

En verano no había mucha gente en La Escala. Era un bareto de estudiantes, con fútbolín, dos *pinballs* y una tolerancia infinita con los menores que se tiraban allí tres horas con un café y un vaso de agua. Estaba pared por medio con el Fourier, el mejor insti de la ciudad. A mediodía preparaban sándwiches mixtos y bocatas. Encima de la barra había una máquina de cacahuets y un

teléfono de monedas. Era viejo, marrón y sofocante, con banquetas, suelo de mosaico colorido, un espejo grande, algunas plantas ornamentales, materiales sintéticos y barras de latón. Desde luego, nada de música, porque la dueña tenía acúfenos. Y todo ello tan limpio como un quirófano. Todos los años los propietarios cerraban el mes de agosto completo para volver a su tierra, cerca de Coimbra, un pueblecito achicharrado donde se dedicaban a digerir las comidas tremebundas y las cenas no menos copiosas que preparaba la tía Bruna. Volvían a casa rejuvenecidos, con cinco kilos más y casi negros. Pero de momento, La Escala sonaba a hueco y por la cristalera se veía el tráfico escaso, las oficinas de la CAF que había enfrente y lo que quedaba del Palace, un cine que habían cerrado por razones de seguridad. El cartel de la última película que habían proyectado se diluía pacientemente. Una de Sylvester Stallone sobre un camionero que gana un campeonato de echar pulsos. La voz de Namur quebró el silencio. Ya estaban acostumbrados y todos lo escucharon.

—Leo. Hoy está lleno de energía y tomará las riendas de su vida. Amor: está disponible para maravillarse. Pareja: sea sorprendente. Trabajo: sus ambiciones pueden estar ocultándole lo esencial.

Todas las mañanas, al llegar a la última página del periódico local, leía el horóscopo, empezando por Leo. Era el signo de su perro. El peluquero esperó a que leyera Aries antes de hacer la pregunta que tenía en los labios.

—¿Y adónde piensas mandar a tu mujer con ese pastizal?

—Ya no es mi mujer —dijo Patrick.

—Cierto.

Patrick se estaba preguntando lo mismo. Dijo:

—Lo miraré con la de la agencia de viajes.

—Seguro que con 5.000 pavos puedes ir hasta Sicilia.

—Ya veremos.

Patrick acababa de mirar el reloj que había colgado en la pared entre banderines del Benfica.

—Bueno, caballeros...

—Hasta la vista —dijeron el dueño y el peluquero.

—Hasta la próxima.

—Que te sea leve.

Patrick levantó el tarro lleno de monedas y salió del bareto deseándole al personal «que os vaya bien». La hucha pesaba lo suyo, puede que cinco o seis kilos; menos que su sentimiento de culpabilidad, en cualquier caso. Al salir, se fijó en que Namur se había tomado el *kir* sin decir esta boca es mía. Le dio

una alegría.

Una vez fuera, apretó el paso camino de los locales de Districan. Andaba a buen ritmo, mirando el reloj de vez en cuando, con el botín tintineante bajo el brazo. Caro ya había llegado a la oficina y estaba delante de la cafetera que borboteaba con voz grave y perfumaba toda la habitación. Le sirvió un café antes de arrancar una hoja de servicio clavada en un tablón de corcho.

—Toma, para ti.

Patrick consultó el documento mientras soplabla el café hirviendo. Había soltado el tarro en la mesa en la que los administrativos se sentaban a comer a mediodía. Caro lo miraba con intención, pero sin atreverse a tocarlo.

—¿Esto va en serio? —dijo Patrick.

—Pues sí, es lo que hay —replicó Caro, pragmática.

—Esto va en serio.

Las mismas palabras, pero el tono era más bajo. Caro se disculpó. Ahora estaba amabilísima.

—Tenemos al personal bajo mínimos, cariño. Estamos en julio. ¿Qué quieres que te diga?

—Ya. Con vosotros el verano dura todo el año.

—Venga, tampoco sirve de nada refunfuñar.

Patrick contó. Diez puestos de control y treinta máquinas. Y lo peor era que le habían puesto el hospital. Ese lugar estaba infestado de máquinas expendedoras, las había en todos los pisos y en todas las esquinas. Iba a llevarle toda la mañana. Consultó el reloj, suspiró, volvió a la hoja de servicio y se dirigió a la salida. Caro lo llamó a su espalda.

—¡Eh! Te dejas la hucha.

Con todo lo demás, casi se le olvidaba. Caro sujetaba el tarro con ambas manos. Antes de devolvérselo, lo movió para que sonaran las monedas, como si el tintineo pudiese darle alguna pista sobre la cantidad.

—¿Cuánto hay aquí metido? ¿Has ganado la primitiva?

—Ni lo toques —dijo Patrick intentando llevárselo todo, la hoja de servicio, la pasta y el café.

—Para ya, hombre —replicó Caro—. No es para mosquearse. Yo no decido la planificación.

—Perdona, pero sí.

—Hago lo que puedo con lo que hay. ¿Qué quieres que te diga?

Patrick tenía ganas de decir un montón de cosas. Buscaba las palabras. Estaba perdiendo el tiempo.

—Lo que tienes que hacer es invitarme a cenar con ese dinerito —concluyó Caro, juguetona.

Patrick se la quedó mirando un momento. Al fin y al cabo, ¿por qué no? No era tan mala idea. Aunque no era especialmente guapa, seguía dando guerra pasados los cuarenta. Lo que le gustaba de ella eran los modales sin pulir, los vaqueros ceñidos y ese toque calentorro y legal a la vez. Perteneía a esa categoría de mujeres con buenas piernas que pasan inadvertidas en invierno pero que cuando llega el buen tiempo, con falda y tacones, se transfiguran. A Patrick le gustaban mucho las de ese tipo, las que eran sexis puntualmente, su orgullo primaveral y sus retornos de golondrina. Por otra parte, era una currante empedernida que siempre daba la razón al jefe y al cliente, no se ponía horarios y justificaba inevitablemente a los que tenían la sartén por el mango. Sin duda por falta de imaginación, nunca veía nada que objetar a lo que tenía el mérito de existir. Criaba sola a sus dos hijas, Nina, de siete años, y Sofia, de quince. Llevaba cinco años sin que le subieran el sueldo.

—¿Entonces qué? —dijo Caro.

—¿Cómo?

—Que si me invitas.

—No.

—¿Y ese dinero? ¿Para qué es?

—Una sorpresa.

—¿Para mí?

—Tú créetelo.

—Venga, adiós, que ya vas tarde.

Y mientras Patrick salía por la puerta, añadió:

—Y no te dejes la gorra.

En cada una de las máquinas expendedoras que abría, Patrick tenía que recoger las monedas, pasar una esponja, reponer las latas, las botellas de agua, las bolsas de patatas fritas y los pastelitos Papi Brossard⁷, sin olvidarse de las chocolatinas. Todas las máquinas tenían una etiqueta magnética. Indicaba que había pasado por allí con el escáner que llevaba colgando del cinturón. Al volver a casa, bastaba con conectar el aparato a la línea telefónica para transmitir directamente esa valiosa información al centro de datos que utilizaba Districan para organizar las expediciones y generar las facturas. La misma información servía, además, para medir el ritmo de trabajo,

detectar tiempos muertos, optimizar los recorridos, racionalizar las recargas y despedir a los indolentes.

Patrick había encontrado ese curro a través de Adecco y el jefe no tardó en ofrecerle un contrato indefinido. Lo que suponía un sueldo neto de poco menos de 7.000 pavos, dietas por comer en la empresa, cinco semanas de vacaciones pagadas y seguro médico. Además de Mars y coca-colas gratis.

En conjunto, y quitando los ritmos de trabajo, el puesto le podría haber ido que ni pintado a Patrick, que de todas formas cada vez era menos exigente. De hecho, desde que se había separado comía todos los días el mismo pollo con arroz, se ponía siempre la misma ropa y hasta los días eran todos idénticos, incluidos los fines de semana. En el fondo, al quedarse soltero se había vuelto más sencillo. Pero estaba el asunto aquel de la gorra. Había pasado por el aro de la camiseta y la cazadora de Districan. Pero en cambio, aquel tocado flexible, *corporate*, rojo y supuestamente ajustable era lo que marcaba su límite. Se negaba en redondo a ponerse esa cosa. Pero resulta que un supervisor de calidad le había pillado varias veces con la cabeza descubierta mientras trabajaba. Y ahí habían empezado los problemas. «¿No ha leído usted la nota de servicio, señor Casati?» Patrick había replicado que eso no iba a ayudarlo a cumplir el cupo y que, de todas formas, no lo veía nadie. El supervisor había tenido que subir el tono. Existían reglas. No se podía respetarlas todas, claro está, tampoco eran nazis. Pero algunas incumbían a la imagen de la empresa. Era una falta considerable.

Desde entonces, Patrick mantenía con aquel tocado relaciones de opereta. Se lo ponía, pensaba que lo estaban mirando, lo pisoteaba, se lo dejaba olvidado en la C15 y lo perdía con regularidad. Al volante, en el emplazamiento de una máquina, en el bar, en el garaje se hacía la misma pregunta: ¿debería ponerse la gorra? Antes, a los tíos no les hacía falta disfrazarse. Excepto a los ascensoristas, porteros y criados. Y resulta que ahora todo el mundo acababa siendo servil en mayor o menor medida. Los gajes del oficio ya no eran la silicosis ni la explosión de grisú. Ahora la gente se moría a fuego lento, de humillación, de servidumbres minúsculas, de que la estuvieran vigilando mezquinamente a lo largo de toda la jornada; y también por el amianto. Desde que las fábricas habían echado el cierre, los trabajadores no eran más que confeti. ¿Masas y colectividades? Para qué, si los nuevos tiempos pertenecían al individuo, la temporalidad y el aislamiento. Y todas esas migajas laborales eran otros tantos satélites que orbitaban *sine die* en torno al gran vacío del trabajo donde medraba la ristra de espacios

divididos, plásticos y transparentes: cubículos, boxes, mamparas y serigrafías.

Allí dentro, el aire acondicionado atemperaba los estados de ánimo. Los buscas y los teléfonos alejaban a los pequeños intermediarios y refrigeraban los vínculos. La competitividad se generalizaba a costa de diluir solidaridades centenarias. Por doquier, nuevos puestuchos ingratos y mal pagados, de zalemas y conformidad, proliferaban en detrimento de los agotamientos colectivos de antaño. La producción ya no tenía sentido. Se hablaba de esquemas relacionales, de calidad del servicio, de estrategias de comunicaciones, de satisfacción del cliente. Todo se había vuelto pequeño, aislado, borroso y amariconado. Patrick no comprendía ese mundo sin camaradería, ni esa disciplina que se había extendido del gesto a la palabra y del cuerpo al alma. Lo que se esperaba de ti ya no era una disponibilidad puntual ni una mano de obra canjeable en metálico. Ahora, además, tenías que creértelo, aplicar una mentalidad, utilizar un vocabulario con sello de autenticidad, impuesto desde arriba y vacío de contenido, cuyo pasmoso efecto consistía en que la resistencia resultaba ilegal, y tus intereses, indefendibles. Había que llevar gorra.

En ese mundo, los trabajadores manuales ya no contaban para nada. Sus epopeyas estaban pasadas de moda. Sus sindicatos bocazas y siempre dispuestos a pactar daban risa. Cada vez que algún infeliz reivindicaba una existencia menos penosa, se le demostraba matemáticamente lo poco razonables que eran sus ansias de vivir. Por querer comer y divertirse como todo el mundo, ponía en peligro los avances del progreso. Aunque ese egoísmo no dejaba de ser comprensible. Sencillamente, ignoraba los mecanismos del orden mundial. Si le subían el sueldo, su puesto se trasladaría a las afueras de Bucarest. Unos chinos, mucho más patriotas e industriosos, harían el trabajo en su lugar. Tenía que comprender esas nuevas restricciones que le explicaban unos pedagogos amenos y bienaventurados.

Dicho lo cual, en pleno mes julio no había peligro de que de repente apareciera un controlador y Patrick trabajó con la cabeza descubierta. Para recorrer todo el hospital tuvo que echar la mañana entera, como había previsto. A la hora de comer siguió trabajando porque Anthony iba a ir a su casa y quería volver pronto. Poco después de las tres, se permitió incluso escanear algunas máquinas sin haberlas rellenado. En ese curro, evidentemente, era tentador fingir que se estaba cumpliendo cuando en realidad lo único que se hacía era fichar en el control. Trabajó deprisa y con

precisión, repitiendo los mismos movimientos delante de cada máquina y concediéndose alguna que otra coca-cola gratis. Desde que ya no privaba, era su vicio. Engullía, tontamente, dos litros diarios, lo que le provocaba hinchazón de vientre y unos eructos horriblemente guturales. Que, por cierto, en un pasillo de hospital vacío adquirirían proporciones casi pirotécnicas. Aunque lo mejor era cuando los soltaba en un semáforo en rojo. La gente se volvía hacia él con cara de pasmo. Sentado al volante de su vehículo de Districan, Patrick les dirigía un saludo militar. Seguro que mejoraba la imagen de marca, mira tú.

Anthony llegó a casa de su padre hacia las siete, puntual, como siempre. Se dieron un beso en el umbral. Desde que tenían que apañárselas solos, sin la madre mirándolos, ya no sabían cómo comportarse. Aquella especie de hostilidad sorda que hacía las veces de vínculo parental se había esfumado. En su lugar, quedaba entre ellos como un reparo afectuoso. Por encima de todo, procuraban evitar los temas peliagudos.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Qué te ha pasado?

El padre, con el ceño fruncido, señalaba las abrasiones que tenía el hijo en la cara. El labio partido, un ojo de todos los colores.

—No es nada.

—¿Te has peleado?

—No.

—Déjame ver.

Anthony se zafó antes de que su padre llegara a tocarlo. Era una reacción instintiva. La mano del padre cayó. De nada servía insistir.

—Bueno.

Anthony fue a sentarse en el saloncito, que daba al aparcamiento. Había dejado allí la moto aposta. Prefería tenerla vigilada. En la cocina, el padre se ocupaba del papeo. Anthony reconoció el olor de la salsa de tomate y luego la carne chisporroteó en el fondo de la sartén.

—¿Qué estás haciendo?

—Espaguetis a la boloñesa.

—Guay.

El padre sonrió. Lo de los espaguetis era muy práctico, siempre los

preparaba cuando Anthony iba a verlo. Un paquete de 500 gramos, porque el chaval los devoraba. Estaba orgulloso del apetito de su hijo y de cómo había cambiado. Durante toda su infancia, Anthony había sido bajito, por debajo de los percentiles, solo había que ver las gráficas en la cartilla de salud, y, encima, ese ojo pocho y la manía de estar siempre en las faldas de su madre. Pero el paso del tiempo no solo traía malas intenciones. Bajó el fuego de la sartén, mezcló la cebolla y el ajo con la carne y lo rehogó todo revolviendo con una espátula de madera. Pero seguía preocupado. A Anthony le habían arreado y quería saber más. Ponerle nombres a esa ofensa. Desde el salón le llegó una voz oficial. La tele. Era el resumen del Tour de Francia.

—¿Quién se ha llevado el *maillot* amarillo?

—Induráin.

—Empieza a ser un coñazo. Siempre igual.

—El tío es una máquina.

—Ya te digo.

—Va a ganar.

—Demasiado bien lo sé.

Comieron mirando las noticias. Anthony tenía la cara hundida en el plato y el padre cortaba la pasta, reavivando viejas discusiones. Hélène era muy puntillosa con esos temas: los espaguetis no se cortan. Patrick se acordó y le dio cosa.

En la pantalla se veían cadáveres envueltos en sudarios que se apilaban en fosas comunes hechas con excavadora. En Goma había escasez de cal viva y el riesgo de epidemia era cada vez más real. El padre y el hijo oían esas noticias con una indiferencia sorda. Todo lo que salía de esa caja les parecía lejano y engañoso. Precisamente, el portavoz del gobierno acababa de aparecer. Soltaba palabras aéreas y transfronterizas. El padre y el hijo se comían los espaguetis antes de que se enfriaran. A ratos, el padre intentaba hablar de algo. «Qué calor hace hoy» «¿Cuándo empieza el curso?» «¿Y qué tal tu madre?»

—Bien.

—¿Y su novio?

—Ni idea. Últimamente se deja ver poco.

—Ah —dijo el padre, abriendo mucho la boca—. Ha salido por pies...

Anthony le dirigió una mirada dolida. El viejo no podía evitarlo. Las pullas y las maldades le salían solas. El padre quiso resarcirse.

—Hablando de tu madre, precisamente le voy a hacer un regalo.

—¿Y eso?

El padre se levantó de la mesa y fue a buscar el tarro lleno de dinero al aparador. En el telediario conmemoraban el primer alunizaje. Un astronauta imponderable daba heroicos saltitos entre cenizas. Una frase que habían oído miles de veces crepitaba en el salón caldeado. Al ver toda esa pasta, Anthony torció el gesto.

—Lo llevo apartando hace tiempo, para pagarle unas vacaciones.

—Pero ¿qué dices?

—¿Cuántas veces me ha echado en cara que no os llevara de vacaciones?

—No puedes hacer eso.

—No quiero más reproches.

—¿Qué reproches? Si ya no te habla.

—Yo sé lo que me digo.

—No va a querer ni en broma. Estás loco.

—¡Dios!, ¿de qué lado estás? Solo voy a pagarle el viaje, nada más.

Anthony vio que aparecía de nuevo aquel rostro de cuero, con los pómulos marcados y la mirada febril bajo la maraña de las cejas. Hacía mucho. Volvió a meter corriendo la cara en el plato. La comida estaba ya casi fría y le costaba cada bocado. El padre se contuvo.

—Mira, que haga lo que quiera. Yo pago mis deudas, es lo que hay.

Entonces sonó el teléfono. El padre miró la hora en el reloj de pulsera y un pliegue preocupado le cruzó la frente. Fue al pasillo a cogerlo. Anthony bajó el volumen de la tele. El padre contestaba con monosílabos, unos síes espaciados e interrogativos.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuándo?

De repente le falló la voz. Anthony se dio la vuelta para mirarlo. Ahí estaba el viejo, en zapatillas, de pie, con el auricular en la mano, atónito, «sí, ya; ah, sí». Con un gesto muy suyo, se alisó el pelo ya ralo. En la penumbra del pasillo, Anthony descubría lo avejentado que estaba, gris, enflaquecido a pesar de la barriga. Ahora, la boca traicionaba a cada momento lo que pensaba, la vida interior del viejo, lo que lo amargaba, lo que lo sorprendía, todo lo que antes resultaba inaccesible. Las primeras grietas.

La llamada se prolongó aún unos segundos con el mismo tono de sobrecogimiento púdico. Al cabo, el padre colgó y le dijo a su hijo con los ojos muy abiertos:

—Tengo que darte una mala noticia...

⁶ Nombre local de cierto tipo de ciruelas que se cultiva en la zona donde transcurre la novela.

⁷ Alusión al aspecto de abuelito (*papi*) del actor que hacía algunos anuncios de los pastelitos industriales de la marca Brossard.

Como había llegado pronto, Hacine se demoró conduciendo en torno a las torres de la ZUP de Heillange. Reconocía la explanada, el polvo y los rincones sombreados donde lo habían jorobado tantas veces. Los coches de choque no estaban. No vio ninguna cara conocida. Por mucho que se empeñara, allí estaba en casa. El calor era como una losa.

Como lo intimidaba ese tiempo muerto de antes de comer, no logró decidirse a ir a su casa directamente. Podría haber buscado a Elliot y a los demás, pero tampoco le apetecía. Regresaba después de una larga ausencia, que aureolaban rumores y preguntas. No quería dilapidar demasiado rápido esa especie de crédito impreciso que crea la distancia.

Así que prefirió ir a dar una vuelta por la ciudad. Después de aparcar el Volvo, hizo el camino a pie, para estirar las piernas. Desde que saliera de Marruecos, tres días antes, no había dicho ni una palabra, o casi. En las últimas semanas había dormido mucho. En lo que se refiere a Heillange, parecía exactamente idéntica a como estaba antes de marcharse. Y sin embargo, mil detalles contradecían esa primera impresión. Allí habían abierto un kebab nuevo, más allá, una tienda de videojuegos. Una marquesina de autobús parecía abandonada. Unos paneles Decaux nuevecitos anunciaban perfumes parisinos y calzado barato.

Bien mirado, resultaba agradable pasear por esas calles tan familiares. Igual que todos los expatriados de pro, Hacine se sentía deseado e importante, como si todos los que se habían quedado llevaran vidas insignificantes y no hubiesen hecho nada, en el fondo, más que esperar a él. Se tomó un café en una terraza de la plaza de Les Flamands, cerca de la fuente. Una señora paseaba al perro. Una niñera miraba a dos niños medio desnudos que jugaban con el agua del pilón. Los que se atrevían a aventurarse fuera parecían turistas achispados. La atmósfera asfixiante invitaba a callejear.

Cuando se subió de nuevo al Volvo, eran las cinco. Se sentía relajado, flotando en una nube. Aquel ambiente tenía algo de balneario, un tiempo inhabitualmente grato para la estación. Para disfrutar un poco más de la

tranquilidad, condujo tan despacio como pudo, con un codo fuera, aspirando aquel olor tan bueno del territorio conocido.

Allá también había vivido momentos similares, con la sensación de levitar y el aire del atardecer. Se acordaba de los porros que se había fumado mirando al mar con Rachid, Medhi y los demás. Cuando llegó a Tetuán, Hacine estaba convencido de que estaría rodeado de retrasados y palurdos. Hasta que su primo Driss le presentó a sus colegas. No tardó en darse cuenta de que sus pasatiempos eran muy parecidos a los suyos. No dar ni golpe, jugar a la consola fumando porros, partirse de risa y pensar en las chicas. Con la diferencia de que estaba en el punto de origen. El chocolate que se conseguía en Marruecos era de una calidad increíble, denso, blando, de un hermoso color pardo y libre de sospechas. Provocaba unos pedos y unos ataques de risa sobrenaturales, y costaba una miseria. Se lo fumaban liado en torpedos o directamente en pipa, antes de ponerse ciegos de dulces que dejaban los dedos pegajosos de azúcar y de miel. Y vuelta a empezar. Bebían té con hierbabuena y luego el calor de fuera los encerraba aún más en ese estado de liviandad paranoica y de placer extenuado. Descalzo, con una camisa de verano y vaqueros, sentado en una habitación vacía con la espalda contra la pared, Hacine había pasado horas incomparables mirando la luz que se filtraba por las persianas. El polvo y el humo dibujaban en ella corrientes marinas y empolvados oníricos. La música bajita lo llevaba muy lejos. Incluso el desvalimiento cobraba una singular belleza. Nunca se cansaba de mirar aquello. Una vez, Abdel llevó el *Libro Guinness de los Récords*. Los chicos, totalmente fumados, se obsesionaron con las páginas dedicadas a los gigantes y a los enanos extremos y se habían pegado interminables panzadas de reír, sobre todo al ver a ese extraño hombrecito que era apenas más alto que el auricular de un teléfono.

Hacine ya había ido varias veces a Marruecos, en las vacaciones de verano, pero nunca había querido juntarse con sus habitantes. Le parecían repelentes. En su mentalidad había algo medieval que lo acojonaba. Esta vez, como estaba allí atrapado irremediadamente, había descubierto lo que se cocía bajo la aparente inercia. Todos los años, el Rif producía toneladas de resina de cannabis. Había valles enteros cubiertos de campos de color verde fluorescente, hasta donde alcanzaba la vista, y aunque el catastro hacía la vista gorda, todo el mundo sabía a qué atenerse. Tras una apariencia respetable,

esos hombres astutos que se veían en las terrazas de los cafés, con su bigote y su panza, en realidad tenían una voracidad digna de Wall Street. Y el dinero de ese tráfico regaba el país de arriba abajo. Con él se construían millones de edificios, ciudades, el país entero. A cada cual le tocaba según su categoría, mayoristas, funcionarios, magnates, mulas, polis, cargos electos y hasta los niños. Puede que al rey, pero nadie se atrevía a decirlo.

Al igual que todos, Hacine también quiso su parte. Su primo Driss le pasó unas decenas de gramos y se lanzó sin más, haciendo de camello mediocre para los turistas, casi en la calle, de lo más miserable. A partir de ahí las cosas se fueron encadenando. Con el dinero compró su primer kilo y luego invirtió en cargamentos con destino a Francia y a Alemania. Y por las noches, volvía a casa y cenaba con la familia, con la mayor naturalidad. Mientras su madre le preguntaba si quería repetir verdura, estaba sumando mentalmente en dólares y en francos.

Y pensar que lo habían mandado allí para enderezarlo... Habían logrado el efecto contrario. Se ponía hasta arriba, iba de putas y ganaba en un día lo que su padre ganaba antes en seis meses. Si se paraba a pensar, lo más gracioso era cómo funcionaba el bisnes. En muchos aspectos como las rutas y la mano de obra que empleaba, por no hablar de las familias que vivían de él por toda Europa, ese tráfico reproducía los antiguos mapas de la industria pesada. Una mano de obra numerosa, concentrada en ciudades dormitorio, con baja tasa de escolarización y a menudo de origen extranjero, vivía de ese comercio providencial, aunque los camellos habían sustituido a los obreros. La comparación no iba más allá, pues la filosofía de ese nuevo proletariado estaba más cerca de una facultad de empresariales que de la lucha final.

Hacine calibraba las ventajas de su situación comparada con la de sus padres. Al margen de todo el dinero que sacaba, no tenía que aguantar el tirón, la rutina, esa repetición corrosiva, de lunes a viernes, mientras llegan las vacaciones, siguiendo un ciclo infatigable que llevaba de la juventud al cementerio en un suspiro. Su actividad le dejaba una relativa sensación de libertad y de flexibilidad. Podía levantarse tarde y remolonear. Es cierto que la tarea siempre era idéntica (cada vez había que abastecerse, cortar, acondicionar y revender), pero los ritmos solían ser esporádicos y el transporte de la mercancía era una auténtica aventura. Uno se sentía a la vez empresario y filibustero, lo que, en suma, no estaba nada mal.

El mayor inconveniente siempre era la cárcel, todos pasaban por allí, hasta los peces gordos, hasta los más espabilados. Cuando pillaba a alguno, el

Estado le confiscaba bienes y cuentas bancarias, se quedaba incluso con las joyas de su mujer. Suntuosas propiedades permanecían, en Tánger o en Marsella, cerradas durante meses, cayendo en ruinas melancólicamente, hasta el día en que unos cabroncetes rompían un postigo, grafiteaban las habitaciones, se cagaban en sofás de 5.000 pavos y dejaban tras de sí una zona catastrófica y unos cuantos eslóganes anarquistas en las paredes.

Al año, a Hacine ya lo consideraban un tío de fiar en su modesto circuito. Tenía la cabeza fría y la tremenda ventaja de disponer de pasaporte francés. Cuando surgían problemas en algún sitio, en España o en Francia, lo mandaban a él para echar un vistazo, cogía el avión, volvía y sanseacabó. No tardaron en ofrecerle hacer viajes de ida y vuelta en coche. Al principio fue el encargado de abrir el camino, pero pronto lo ascendieron y acabó conduciendo el coche principal. El cortejo estaba bien organizado desde la Costa del Sol hasta Villeurbanne. Un coche de avanzadilla, con 10 kilómetros de ventaja, para avisar si había algún control. Un coche escoba para recoger la mercancía si hiciera falta, y el coche de carga que iba pisando a fondo, con 500 kilos de mercancía escondidos en las portezuelas y el maletero, sin parar ni una vez, a una media de 200 kilómetros por hora todo el camino. Hacine había demostrado que ese juegucito se le daba excepcionalmente bien. Y también había tenido mucha potra.

Así fue como, a los veinte años, ya ganaba decenas de miles de francos todos los meses. Se vestía de Armani de la cabeza a los pies, alto, desdeñoso, en playeras y sin calcetines, sin ninguna esperanza en particular, aparte de hacerse rico. Se había acostumbrado a fumar cigarrillos de contrabando y se había dado el capricho de un Breitling. Tenía un aspecto imponente. Su madre seguía dándole un poco la charla, pero la vida de todos los habitantes de la casa había mejorado tanto gracias a él que ya no se atrevía a pedirle que fuera honrado. Había alquilado el piso de arriba para tener más sitio, comprado colchones nuevos, dos teles, una lavadora y mandado arreglar las cañerías. La despensa estaba a rebosar. Por si fuera poco, seguía viviendo en casa, respetaba a sus mayores y no fumaba dentro del hogar. ¿Qué más se podía pedir?

Ese éxito en los negocios había acabado inspirándole ideas sobre cómo funcionaba el mundo. Opinaba que en la vida se podía elegir. Podías hacer lo mismo que había hecho su padre, quejarse y estar resentido con los patronos, pasarse la vida mendigando y llevando la cuenta de las injusticias. O bien, al igual que había hecho él, podías ser osado, emprendedor y forzar tu destino. El

talento recibía su recompensa, como lo demostraba él con bastante brillantez. De modo que, a pesar de que actuaba en contra y al margen de la sociedad, había acabado aceptando sus creencias más extendidas. Había que reconocerle al dinero el mérito de esa capacidad de asimilación extraordinaria, que convertía en accionistas a los ladrones, en conformistas a los traficantes y en vendedores a los proxenetas. Y viceversa.

El problema era que toda esa pasta, al final, suponía un volumen considerable. Los chicos gastaban mucho. Blanqueaban parte a través de amigos empresarios. Pero siempre había fajos y cantidades inmovilizadas en el banco. A Hacine le irritaba esa inmovilidad. Hablaba de ello con su primo Driss. A los dos les enfurecía ese lastre en sus ansias de expandirse. Buscaban inversiones legales, preferentemente inmobiliarias. Uno de sus contactos les propuso un negocio. El hombre vendía chalés sobre plano, pensados para europeos que tenían previsto pasar la vejez en Saida, Essauira, Nador, Tetuán o Tánger. Por cada dinar invertido, se ganaban tres. Parecía una idea excelente. Los primos se informaron. El hombre tenía mucha experiencia y varias obras en su activo. Fueron a comprobarlo *in situ*. Los chalés eran blancos y pulcros. Los banqueros y los arquitectos iban bien trajeados. Se decidieron. Además, su contacto aceptaba divisas, metálico, lo que fuera. En cuanto se embolsó el dinero, desapareció sin dejar rastro.

Los chicos se quedaron atónitos. Fue tanta la humillación que durante varios días no se atrevieron a hablar del tema. Pero pronto recibieron cartas de Saida, Essauira y Nador, donde habían decidido que fructificara su capital. Allí había un montón de gente que exigía sus pagos. Se habían iniciado las obras. Los obreros querían su salario y los funcionarios esperaban su gratificación. Y es que, al pie de cada uno de los documentos que habían autorizado el inicio de las obras, estaban las firmas de Hacine y de Driss. Les exigían sumas extraordinarias que se añadían a las que ya habían perdido. Al principio, los chicos se hicieron los locos. Llegaron más cartas. Esta vez, manuscritas e injuriosas. Siguieron las amenazas. Una noche se inició un incendio en el hueco de la escalera del edificio donde vivían Hacine y su familia. Se sintieron espionados, desconfiaban. Otra vez acorralaron a Driss cerca del Instituto de Bellas Artes. Mientras dos hombres lo sujetaban, otro le reventó un ojo con un destornillador. Entonces pagaron y Hacine decidió acabar con todo. De todas formas, su padre tenía problemas cardíacos. Decidió volver a casa.

De modo que regresaba a Heillange llevando consigo el miedo, la

vergüenza y sus últimos ahorros.

Mientras subía la escalera que llevaba al piso de su padre, Hacine le volvía a dar vueltas a esa desbandada. Llevaba en la mano el mango del pico y ascendía en silencio. Se cruzó con un vecinito que bajaba los peldaños de dos en dos. El niño tardó otros cuatro escalones en caer en la cuenta. Entonces se quedó mirando la silueta lenta y filiforme que seguía ascendiendo. Era él, Hacine Bouali. Hacía dos años que no lo veían por el barrio. Los rumores contaban que prosperaba de manera indecente. Sus antiguos colegas habían recibido postales de las Baleares y de la Costa del Sol y habían empezado a odiarlo, y también a envidiarlo en secreto. En cualquier caso, todo el mundo pensaba que se había ido para no volver. El crío corrió a extender la noticia de su regreso.

Hacine acababa de llegar al segundo piso. No le dio tiempo a tocar el timbre. La puerta se abrió directamente. Su padre lo estaba esperando con una sonrisa en los labios.

—Pasa —dijo—, pasa.

A Hacine le alegró ver que tenía buen aspecto. Un poco más encorvado, quizá, y la piel más oscura. Llevaba cierto tiempo jugando a la petanca con algunos antiguos compañeros, se entretenía y, de paso, tomaba el aire.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

Se dieron un breve abrazo y el padre se quedó mirando el mango.

—¿Para qué es eso?

Durante todo el camino, Hacine había ido pensando palabras hirientes. Y ahora que estaba allí, delante del viejo, en la casa de su infancia, ya no tenía sentido. Sus intenciones se le aparecían como lo que eran, puro teatro. Y se alegraba de volver a verlo.

—Para nada —dijo Hacine—. Una tontería.

En el piso, el padre le comunicó el programa. Había preparado una sopera entera de *harira*. Pero resulta que se le había olvidado el perejil. Y casi no le quedaban garbanzos. La harían sin. También había comprado té, en los ultramarinos de Bourrane, y hierbabuena fresca. A Hacine le sorprendió que el anciano se hubiera vuelto tan charlatán. Entonces se fijó en que debajo del olor habitual de la casa había aparecido un aroma desagradable, tenue, a piel

vieja y a polvo. Se preguntó de dónde podía venir, pero ese olor no tenía ningún origen. Brotaba de las paredes, del paso del tiempo, de los hábitos de su padre... Que, por cierto, acababa de agarrarlo del brazo para que le hiciera caso. Haciné sintió su tenaza y esa fuerza lo reconfortó.

—¿Duermes en casa?

—No, no voy a quedarme.

—¿Adónde vas a ir?

—Tengo que ver a unos amigos.

—Pero ¿tienes dónde dormir?

—Claro que sí, no te preocupes.

—Te he preparado tu cuarto.

—Gracias, pero ya te digo que no voy a quedarme.

Después de dudar un instante, el padre le preguntó si tenía trabajo.

—Todavía no. Pero voy a buscarme uno —respondió el chico.

—Muy bien.

Pasaron a la cocina, que perfumaba el aroma rojizo de la sopa marroquí. El padre le preguntó por su mujer. Y eso que la llamaba todos los días.

—Está bien —dijo Haciné—. Descansando.

—Muy bien —aprobó el anciano.

Y sirvió el té. Encima de la mesa de la cocina había un hule nuevo. Esta vez estaba decorado con pájaros tropicales de color azul intenso, precioso. Haciné escuchó largo y tendido al padre, que nunca acababa de despotricar. Había cogido la costumbre de decir todo lo que se le pasaba por la cabeza. Pues ahora voy a calentar el agua, corto las zanahorias, voy a abrir la ventana, voy a poner una lavadora. Contaba su vida en voz alta, por miedo a que las cosas solo sucedieran a medias. Haciné se preguntó si haría lo mismo cuando estaba solo. Luego fue a su cuarto. No había cambiado nada.

—¿Ves?, está todo listo —dijo el padre.

El chico sonrió al volver a ver las sábanas color salmón, el edredón de flores y la moqueta vieja llena de agujeritos. En la pared todavía estaban los carteles de *El guardaespaldas* y *Terminator*. Las mancuernas en un rincón y encima de la cómoda, pequeña y blanca, su frasco de Jean-Paul Gaultier. Solo se lo ponía para las grandes ocasiones, y aún quedaban tres cuartas partes.

Estuvieron viendo un rato la tele antes de cenar. La sopa estaba deliciosa. Lo demás era lo mismo de siempre, puré de sobre y filete de carne picada descongelado. Al final, el parloteo incesante del padre resultó ser bastante práctico. Servía para evitar las preguntas y las conversaciones profundas. Así

pues, ya no hablaban nunca de su hermano. La cena se prolongó, y cuando el padre se ofreció a hacer café ya eran las nueve. Hacine aceptó. Era Nescafé. Estaba asqueroso. Mientras comían, el padre se había levantado dos veces para ir a mear. Hacine no había dejado de mirar el reloj de pared. En cuanto se tomó el café, se puso de pie.

—Me voy a tener que ir.

—De acuerdo. ¿Tienes coche?

—Sí, ¿por qué?

—Me vendría bien que me llevaras mañana. Ahora ya no me gusta conducir.

Y el padre le enseñó los ojos. La pupila tenía un color lechoso. Ya no veía tan bien como antes.

—¿A qué hora quieres que te recoja?

—A media tarde, hacia las cinco.

—Un poco tarde, ¿no? ¿Vas a comprar?

—No, voy a un entierro. Me puedes dejar cerca de la iglesia, por el centro. ¿Podrías ir a recogerme?

—Sí, claro, no me importa.

—Bueno.

El padre lo acompañó hasta la puerta. En el pasillo le puso una mano en la espalda. No le metía prisa. Era un gesto afectuoso, aceptado a hurtadillas, al borde de la despedida.

—¿Volverás pronto?

—Sí. Ahora me voy a quedar por aquí.

—Ah, qué bien.

—Ya te lo había dicho.

—Sí, sí, claro.

De repente, el padre parecía preocupado y con prisa. En todo caso, no lo estaba escuchando.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada.

Volvieron a abrazarse y el padre apremió al hijo para que saliera antes de cerrar la puerta sin más explicaciones. Intrigado, Hacine se quedó un momento en el felpudo, sin moverse. En el hueco de la escalera no había ni un ruido, ni un susurro. Movi6 el picaporte y la puerta se abrió. En el piso todo estaba tranquilo. Un poco de luz de la cocina se aventuraba hasta el pasillo. El chico tenía la sensación de ser un ladrón, un saqueador de tumbas. Se quedó en el

umbral, sin atreverse a ir más lejos, casi avergonzado. De repente, oyó un ruido acuático y firme, entrecortado con lamentos. El padre estaba meando otra vez y se quejaba. Hacine cerró sin hacer ruido, dejando al hombre con los monótonos secretos de su vejez.

En la explanada, Seb fue el primero que vio a Hacine. Estaba sentado en el murito tirando piedrecitas a una piedra más grande. Había adquirido bastante habilidad en ese jueguito. Ya era casi de noche y en total eran seis, idénticos y ociosos. Muy cerca, la luz pálida de una farola caía al suelo. Por primera vez, ese año no se habían presentado las feriantes. A pesar de todo, los chicos estaban allí, contemplando el vacío entre las torres. Fumaban, soltaban paridas y se pasaban una botella de ron blanco que Steve había traído de la isla Reunión. Seb había cambiado la gorra de los 49ers por una de los Detroit Tigers, azul oscuro y blanca, como la de Magnum en esa serie vieja de la tele. Acababa de tocar una vez la piedra gorda con una más pequeña cuando vio que una sombra se recortaba al pie de la torre Picasso.

—Eh...

Todos miraron. La sombra se acercaba. Era Hacine, con el mango en la mano. Hacía ya varias horas que sabían que había vuelto. Se habían estado pitorreando toda la tarde. Lo que se preguntaban, básicamente, era qué lo había traído de vuelta, si en Marruecos y en España vivía como un pachá. La curiosidad les calentaba la cabeza. Steve fue el primero que se sorprendió.

—¿Por qué lleva un bastón?

—No es un bastón —dijo Elliot.

Su silla de ruedas se desgajó del grupito zumbando suavemente. Tenía la espalda empapada y las manos húmedas. Llevaban varios días de bochorno, como un absceso de viento y de relámpago en el aire, y el inválido se cocía en los pantalones cortos. Su madre tenía que ponerle talco por las mañanas. A ratos, el viento empezaba a soplar y creaba expectativas de estallido, de trombas de agua, el alivio que estaba esperando todo el valle. Pero siempre era una falsa alarma. Todo seguía igual, la misma inmovilidad absoluta, sexual, ese estado en suspenso casi doloroso. Elliot sonrió. Tenía que forzarse.

—Hola.

—Hola.

Los demás se acercaron. Estaban ahora en el círculo blanco que dibujaba la farola. Las caras se parecían a los recuerdos. Y sin embargo, ya no eran las

mismas. Habían pasado meses.

—¿Qué pasa, tío?

—¿Cómo va eso?

Hacine los saludó a todos, chocando la mano, con desgana, y terminó con Elliot.

—¿Has vuelto hace mucho?

—Estás moreno, ¿no?

—Cuánto tiempo, tío.

—¿Hasta cuándo te quedas?

Todos meneaban la cabeza, cordiales, poniéndole la mano en la espalda, poco convincentes en el fondo. Se les notaba violentos.

—¿Y ese palo? —preguntó Djamel.

Hacine irguió el palo ante sí, con el puño apretado y pulso firme.

—No es nada. Era para mi padre.

—¿Y qué tal tu padre?

—Oye, ¿cómo era el pueblo? Cuéntanos.

—Venga, tío, cuenta.

—¿Has traído mercancía?

—¿Cuándo te vuelves?

—¿Tienes para un porro, tío?

Hacine les contestó a todos y cada uno, con una palabra lapidaria, dos a lo sumo, y poco a poco esa frialdad alcanzó al grupito. Elliot miraba a su amigo sin conseguir reconocerlo. Aunque estaba claro que era él. Cuando Hacine se sacó del bolsillo una barra grande de diez gramos, una aparente alegría volvió a animar a las tropas. Todos se pusieron a liar porros. A los diez minutos la pandilla estaba de nuevo en el murito, fumando y charlando. Hacine se había quedado de pie, apoyado en el palo. Preguntó cómo iba el negocio.

—¡Boah! —soltaron los colegas.

Le explicaron que ahora el tráfico estaba en manos de chavales más jóvenes, de catorce o quince años. Los de esta generación eran tan intrépidos que daba miedo. No respetaban nada, solo pensaban en forrarse. Los veían cruzar la ZUP en escúter, peleones, ambiciosos y siempre fumados. Empleaban a los más pequeños para vigilar los alrededores. Familias que no se metían en nada acababan guardando en su casa tabletas de 250 gramos debajo del colchón de los niños o en el armario de la abuela. Esos jóvenes capos incluso iban armados en algunos casos. Siempre se estaban peleando. La poli había reforzado la vigilancia y multiplicado las patrullas, pero salvo en caso de

fuerza mayor, se guardaban muy mucho de bajarse del coche. En definitiva, que las cosas habían cambiado un huevo.

—¿Y el mayorista?

Los adolescentes esos no iban a ir en vespino hasta Holanda, fijo que tendrían alguna fuente, un adulto en algún sitio con contactos y un carné de conducir B para organizarlo todo y dosificar sus ambiciones.

Nadie se atrevió a contestar. Hacine esperaba, dando caladas a una trompeta. Hasta que se volvió hacia Elliot.

—¿Y? ¿Quién es?

El gordo rebulló en el asiento antes de contestar. ¡Joder, qué calor!

—Es Kader, creo.

—¿Y dónde está?

Ninguno lo sabía, pero siempre solía pasarse por la noche.

—Vamos a esperarlo —dijo Hacine.

A nadie le apetecía ya seguir fumando. Al menos, ahora ya sabían para qué había vuelto Hacine.

Cuando por fin apareció Kader, eran casi las doce de la noche y los chicos ya no podían más. Estaban tiesos y hambrientos, y Hacine parecía que los condenaba a muerte cada vez que abrían la boca. Lo cual acababa siendo un agobio. Tanto más cuanto que ahora surcaban el cielo redobles fugitivos. En el horizonte, hacia la frontera, se veían incluso algunos relámpagos. Era un ambiente insoportable. Se morían de ganas de darse una ducha e irse al sobre. En el fondo, la llegada de Kader fue un alivio. Había que zanjar el tema, de una forma u otra, pero rapidito en cualquier caso.

—Qué pasa, mariquitas —saludó el recién llegado, de lo más jovial.

Llevaba una chupa de cuero llena de cremalleras y unas Nike enormes de 800 pavos. Andaba contoneándose, muy ufano y, aparentemente, de buen rollo. No tenía pinta de que la presencia de Hacine le importase mucho.

—Anda, mira —dijo—, un aparecido.

Hacine tenía los ojos inyectados y la boca sellada.

—Así que has vuelto...

Al aludido no le quedó otra que admitirlo. Los demás observaban el encuentro con cara de circunstancias, calculando para sí pronósticos y ecuaciones. La verdad es que Hacine no daba la talla. Si ya nunca había sido muy cachas, esa noche en concreto aparentaba una debilidad casi enfermiza,

una pinta descuajeringada y desvaída que no lo convertía precisamente en el mejor candidato para ser el Pablo Escobar local. Daba igual el desdén que mostrara: resultaba frágil. En cambio, Kader, bajito, cuadrado e inquieto, sobre todo porque llevaba un tiempo metiéndose bastante coca, parecía muy seguro de sí mismo, viento en popa y agresivamente burlón. Compraba el kilo a 7.000 pavos. Tenía contactos en Ámsterdam, Saint-Denis y Villeurbanne. En la reventa sacaba no menos de 15.000 y solo las llantas de su BMW 750 costaban cuatro salarios mínimos. Escupió entre los incisivos. El cielo volvió a retumbar por encima de sus cabezas. Cuando sonreía, Kader mostraba que había perdido varios dientes del lado derecho. Se había puesto otros de oro, que tenían más estilo.

—Bueno —dijo, muy creído—, me alegro de que estés aquí, pero...

No le dio tiempo a decir más. El mango del pico silbó, describiendo una curva perfecta que se le llevó por delante la parte inferior del rostro con un crujido mineral. El gesto de Hacine, tan repentino y gratuito, hirió a todos y cada uno de los testigos. Inmediatamente el silencio estalló y alguien soltó la pota. En el suelo, con la mandíbula dislocada y las manos abiertas contra el polvo, Kader se había incorporado. Tenía los ojos azorados de los niños que se pierden en los grandes almacenes. Jadeaba como un perro, respiraba por la garganta, por la nariz, con un resuello ronco que le arrancaba de los labios hilillos de baba mezclada con sangre. Quería levantarse, incapacitado aún por el dolor, sin saber lo que había pasado, creyendo que habría sido una bobada, una caída tonta. Entonces trató de hablar y se notó en la mandíbula inferior una flojedad repugnante. Hacine lo miraba sin decir nada. Tenía tanto miedo que podría haberlo matado allí mismo.

Hélène le había pedido a su hijo que la acompañara al entierro de Luc Grandemange, y Anthony no había podido negarse. Era el primero al que iba. Se había maqueado para la ocasión, con camisa blanca, chaqueta y corbata. Con esas pintas se sentía muy raro, como un poli o un patrono. Aunque, en el fondo, no era tan desagradable. Hasta se había puesto unos zapatos de calle que tuvieron que comprar exprofeso. Al igual que las bodas, los entierros generan gastos. Su madre quería unos que fueran resistentes y duraderos. Anthony prefirió unos Kenzo puntiagudos. Por suerte, estaban de rebajas.

Lo cierto es que Hélène no dejó de tocarse el pelo durante todo el trayecto. Eso era síntoma de que estaba muy nerviosa. Y no había dejado de fumar. Dos veces tuvo que avisarla Anthony de que el semáforo estaba en rojo para que frenase.

—Todo irá bien —le dijo, protector.

Ella contestó «sí, sí». Tampoco le quedaba otra. Detrás de las amplias gafas de sol, aguantaba el tipo. Iba a ver a Patrick por primera vez desde la sentencia de divorcio. Era lo malo que tenían los entierros, que te encuentras con viejos conocidos.

Como habían llegado mucho antes de la hora, no les costó encontrar sitio en el aparcamiento de la iglesia. Esta se alzaba en pleno centro, no lejos del ayuntamiento. Resultaba impresionante con ese estilo romano, la fachada simétrica con pilastras y la torre del campanario. Los Wandel la mandaron construir durante la anexión con Alemania y le encargaron al arquitecto algo renacentista, italiano, un insulto para el káiser y sus inclinaciones visigóticas. Con ese edificio tan significativo no habían reparado en gastos, seguramente por escrúpulos, pues vivían en el distrito VIII de París mientras que Heillange estaba sujeta a la administración germánica. Ciento diez años después, San Miguel de Heillange se conservaba como una reliquia de lujo en la ruina generalizada. Cada vez que una familia enterraba a un silicótico o a un bolinga, se sentía como en un funeral de Estado.

La placita de la fachada no tardó en llenarse de gente. Anthony y su madre,

que se habían quedado aparte, se sumaron a la concurrencia. Ella iba delante, con un vestido oscuro que ceñía un cinturón brillante y un bolsito en forma de concha colgado del hombro. Entre los rostros que allí pululaban, Anthony reconoció a unos cuantos, sobre todo de personas con las que solía coincidir en la ciudad. Todo el mundo sonreía y charlaba tranquilamente, casi parecía que estaban en una kermés si no fuera por esa especie de contención y tanto color negro. La tormenta permanecía en suspenso, como una promesa. No hacía tiempo para ir trajeado.

—Mira —dijo Héléne.

Vanessa acababa de verlos. Estaba cruzando la placita para reunirse con ellos. También llevaba un vestido oscuro y tacones. Estaba guapa.

—¿Así que has venido? —dijo Héléne, gratamente sorprendida.

—Pues sí.

—¿Conoces a los Grandemange?

—No mucho.

Vanessa sonreía, natural y dulce. A la madre de Anthony le caía bien esa niña. De tanto en tanto iba a su casa, saludaba como es debido, se quedaba charlando cinco minutos abajo y luego se subía corriendo con Anthony para encerrarse los dos en el cuarto del chico. Alguna vez se había quedado a cenar. Era inteligente pero no borde, el tipo de chica que podría haber impulsado a Anthony. Y siempre se ofrecía para ayudar a poner la mesa o fregar los cacharros. Y un buen día, dejó de llamar. Anthony ya no hablaba de ella. Al fin y al cabo, tampoco era asunto suyo.

Anthony tenía un punto de vista muy distinto. En cuanto pudo, se llevó a Vanessa aparte.

—¿Qué coño haces aquí?

—¿Te molesta?

—No. Pero aquí no pintas nada. No te he pedido que vinieras.

—Vale, no te pongas histérico. Ya me abro.

Anthony la retuvo. Se moría de calor y se aflojó la corbata; luego se desabrochó el cuello de la camisa. Buscando un poco de aire, alzó los ojos al cielo que estaba ahí mismo, cerquísima, vetado y gris, lánguido como una sopa.

—A ver si cae ya. Estoy que no puedo más.

—No hay previsto nada para antes de esta noche.

Anthony lo sabía de sobra. Había visto las noticias del tiempo exprofeso. Esa misma noche a las nueve tenía cita detrás de la central eléctrica

abandonada. Y pensaba ir con lluvia, viento o nieve.

Mientras tanto, Hélène estaba haciendo la ronda. Habían acudido vecinos, antiguos compañeros y la familia del difunto. Los saludaba a todos con cara de circunstancias pero de prisa, porque el palique disipaba esa tristeza fingida. Se ponían al día. Se ha muerto fulano, el hijo de mengano se ha ido a China, los Hartz han traspasado la panadería... En el rostro de Hélène las expresiones iban pasando como si fueran nubes. Se mostraba afable, atenta y siempre preocupada por la vida de los demás, sus alegrías y sus miserias. Cuando se quitó las gafas de sol, dejó al descubierto las ojeras, esa piel color ceniza, arrugada por los disgustos y las lágrimas, que la envejecían bastante, la verdad. Las había pasado putas desde hacía dos años.

Por su parte, Vanessa y Anthony miraban al personal que pululaba, complaciente, a la sombra de la iglesia. Anthony fumaba con las manos en los bolsillos. Vanessa no había dicho esta boca es mía desde hacía un buen rato. El chico se volvió hacia ella:

—¿Estás mosqueada?

—No.

—Pues lo parece.

Vanessa se arrepentía de haber ido. En el fondo, tenía razón él, no le había pedido nada. Estaba intentando hacerse un hueco en su vida y, total, ¿para qué? Era un niñato y un pringado. Además de feo, con el ojo a la virulé. Lo comprobó. No tan feo, por desgracia.

—Venga —dijo el chico, empujándola con el hombro—. Ya está bien, perdóname.

—Cuando vas a verme para follar, no eres tan agresivo.

Sorprendido, se volvió hacia ella de golpe.

—¿Y eso qué significa?

—Nada.

—Me parece fatal que digas eso, si a ti te gusta tanto como a mí.

Vanessa también lo miró a la cara. Con los tacones era casi más alta que él.

—Sí, claro, me encanta que me despiertes en mitad de la noche para vaciarte los huevos.

—¿Y qué quieres? —se impacientó el chico—. ¿Que nos casemos?

—Capullo...

Lo dijo con más desilusión que reproche. Obviamente, no esperaba nada de

él. Era un crío, un gañán que iba de pena en el insti y siempre estaba con el rollo de la moto, no era su estilo para nada. Y además, estaba el acuerdo que tenían, quedar y follar, punto pelota. Solo que después del polvo, cuando se quedaban tumbados mirando al techo, llegaban las confidencias, como una fatalidad. Más de una vez se habían quedado así charlando, mucho rato, en la penumbra de su cuarto, cuando la madre de Anthony no estaba en casa. Y esas pestañas infinitas y esa piel morena que tenía... Él decía una y otra vez que le importaba un bledo. Pero en realidad, se notaba que era todo lo contrario. A veces, incluso cuando estaba en su estudio de Metz, o viendo una peli con Christopher, pensaba en él. Constantemente tenía ganas de agarrarlo para tirarle del pelo y morderlo. Se odiaba a sí misma por ser así. Se había puesto su mejor vestido.

Súbitamente, pareció formarse un surco en medio de la reducida multitud, que se abría con un movimiento giratorio, como un banco de peces. Évelyne Grandemange, la viuda, acababa de llegar. Un tío muy alto, encorvado, flaco y con la cara picada, la sujetaba por el brazo. Era su sobrino, Brice. Todo el mundo lo conocía, tenía un negocio de alquiler de camiones y utilitarios en la carretera de Étange.

—Tiene pinta de estar bien —dijo Vanessa.

Efectivamente, Évelyne parecía muy serena. Hasta iba un poco de estrella de cine, venga a sonreír y saludando a todo el mundo, con el sempiterno Gauloise en la mano. Lo que no impidió que Anthony, que llevaba varios meses sin verla, se sorprendiera de comprobar lo engastada que estaba ya en la vejez, chupada, ajada, con el rostro sombrío y mortificado de arrugas, como si lo hubiera amasado la edad. En aquella orografía, los ojos relucientes y la sonrisa infatigable casi parecían una anomalía. Las piernas, más que cualquier otra cosa, daban muy mala espina. Parecían dos palitos de madera. El chico tenía la esperanza de que no fuera necesario darle un beso, seguro que picaba y daba frío.

—¿Nos acercamos, tú crees?

—Como lo veas —contestó Vanessa.

—La verdad es que no sé qué decirle.

—Pues le dices que lo sientes mucho. Ya está.

—Es que no lo siento demasiado.

—¿Nunca has estado en un entierro?

—No. ¿Y tú?

—En el de mi abuela, cuando era pequeña.

—Ah..., lo siento.

—Pfff, serás mamón...

Se quedaron donde estaban sin decirse nada más. Al final, Anthony se alegraba bastante de que estuviera allí Vanessa. Entonces llegó el coche fúnebre. Era un CX largo, mastodónico y pasado de moda, con cromados a lo largo y mucho cristal para que se viera el interior. La gente se apartó a su paso. En el momento en que se detenía, en el silencio absoluto, se oyó el suspiro de la suspensión hidráulica. Ese movimiento no dejaba de resultar majestuoso. Además, entre los asistentes reinaba ya un ambiente de recogimiento. Ahí dentro había empezado a desaparecer un cuerpo. Ese era el frío destino que los esperaba a todos. Ya nadie hacía bromitas.

—Joder, me pregunto dónde se habrá metido mi padre —dijo Anthony.

—¿Seguro que va a venir?

—Eso espero.

A pesar del tiempo que había pasado, el chico seguía teniendo miedo de que apareciese borracho perdido. Tenía demasiados recuerdos de antes, de la infancia y de todo lo demás, las crisis en pleno divorcio, el estado lamentable en que se lo encontraba, cuando el padre lloraba y decía que se iba a pegar un tiro. Casi era mejor no pensar en ello.

Del CX salieron dos hombres. Ambos llevaban exactamente el mismo traje, color berenjena, de poliéster, que dejaba al aire los calcetines de tenis del más alto. Su acólito, más bajito, llevaba unas gafas de cristales gruesos que se oscurecieron cuando les dio la luz del sol. Abrieron el portón trasero, y el sobrino junto con otro hombre fueron a echarles una mano. En el momento en que se cargaron al hombro el ataúd, este pareció sorprendentemente ligero y demasiado pequeño.

—¿Cómo han hecho para meterlo ahí dentro? —preguntó alguien.

—Se había quedado en los huesos.

—Aun así. No lo habrán doblado por la mitad...

La muchedumbre se fue organizando poco a poco para formar el cortejo fúnebre. El ataúd iba delante. Lo seguía la viuda, sola. Tras ella, los demás iban de dos en dos o de tres en tres, pisando huevos y llevando a los niños de la mano y a los viejos del brazo. Desde la nave de la iglesia, tan fresca y hueca, llegaban ya las dilatadas notas del órgano que resonaban en el pecho de la gente y en las bóvedas de piedra. Los bancos se llenaron poco a poco

mientras depositaban el ataúd encima de unos caballetes. Dos cirios blancos, uno a cada lado, montaban guardia.

Anthony, su madre y Vanessa se deslizaron en una fila a medio camino entre el coro y el atrio. El chico no estaba acostumbrado a ese lugar. Miraba las vidrieras, las esculturas, esas imágenes de suplicio y gloria, sin entender nada. El significado de ese idioma, para él y para tantos otros, se había perdido. Solo quedaba un protocolo pretencioso y gestos vacíos. Por lo menos, hacía fresco.

El cura tamborileó en el micrófono para comprobar que funcionaban los bafles. Empezó.

—Queridos hermanos, estamos hoy aquí reunidos para recordar...

Anthony se dio la vuelta con la esperanza de ver a su padre entre los asistentes, pero seguía sin llegar. En cambio, allí estaba el primo, a unas filas de distancia, con su novia Séverine. Se sonrieron y el primo hasta le guiñó un ojo. Desde que salía con la tía esa, había desaparecido por completo de la circulación. Era una mulata muy guapa que participaba en concursos de *miss*. Incluso allí, sobriamente vestida de negro, llamaba la atención. El primo la obedecía a pies juntillas. No se le podía culpar. Pero tampoco dejaba de ser una putada.

Por lo demás, la galería de retratos resumía bastante bien la vida de Grandemange. Familia, vecinos, antiguos compañeros del curro, dos tenientes de alcalde, comerciantes, amigos del bar, miembros de la Sociedad de Festejos y, confinados al fondo del todo, los camaradas de la CGT⁸. Esos tenían entre sí un aire de familia, como una actitud reservada y burlona, además de la negativa a endomingarse. Y, por último, estaba el doctor Reswiller, con chaqueta de pata de gallo y polo negro, las gafas en la frente, y calzado con sus sempiternos Paraboot⁹. Desde el principio sospechó que tenía algo malo en el páncreas. Pidió pruebas adicionales y se confirmó el diagnóstico. Luc Grandemange había sido paciente suyo desde hacía casi cuarenta años. Los dos acordaron diferir la hospitalización cuanto fuera posible, ya que estaba jodido. Cuando el dolor resultó insoportable, lo ingresaron en una habitación doble, con tele y vistas al aparcamiento, sedado con morfina. Casi enseguida entró en coma. En quince días, se acabó todo.

En la ceremonia, el cura resumió la vida del difunto. No había sido ni larga ni ejemplar. Cabía en un folio. Para empezar, había tenido un padre y una madre que murieron en la guerra, dejando dos hijos. Luc, el pequeño, considerado huérfano de guerra, creció en varios internados, educado con

mano dura. A los que solo habían conocido al gigantón que siempre se estaba riendo, quejica y bonachón, esos recuerdos les resultaban casi inverosímiles. Le gustaba la naturaleza, el *rock* y Charles Trénet, cazar y tomar copas. En 1966, conoció a Évelyne y se casó con ella. Luego, el cura había elaborado una lista con todos sus empleos, que se confundía con la historia económica del valle. Metalor, Rexel, Pomona, City2000, Socogem... En cambio, ni una palabra sobre los periodos de vacas flacas, el paro, las ayudas sociales, el sindicalismo, la política y la última campaña electoral, en la que había pegado carteles del Frente Nacional.

Sobriamente, el cura recordó para concluir que para Luc Grandemange la amistad no era una palabra vacía y que siempre había participado activamente en la vida de la ciudad. En la primera fila, Évelyne escuchaba, absorta en sus pensamientos, con un pañuelo seco apretado entre las manos juntas. Por lo demás, tuvieron que ponerse de pie, sentarse y rezar. En conjunto, todas las palabras cayeron en el olvido. El sobrino leyó un poema de Paul Éluard. Cantaron con la boca pequeña. Los que así lo deseaban bendijeron el ataúd. Sonó el órgano. Se acabó.

En el momento de irse, a Anthony le alivió ver que su padre estaba al fondo, cerca de la puerta, de pie, con las manos en los bolsillos. Había ido a cortarse el pelo y se había puesto el traje azul. Ahí era donde se notaba todo el peso que había perdido, a pesar de la barriga que le tensaba la camisa.

—Quédate conmigo —susurró Hélène.

Anthony la tranquilizó. Estaba blanca como un papel. Desde la distancia, el padre los miraba fijamente, con una sonrisita en los labios. Por lo demás, parecía estar estupendamente.

⁸ Confédération Générale du Travail (Confederación General del Trabajo).

⁹ Marca de calzado francesa de mucho arraigo.

Steph aparcó el Peugeot 205 descapotable delante de la estación. Era un edificio funcional y centenario, con un reloj en lo alto. Marcaba las cuatro y diez. Clem le indicó a su amiga que habían llegado superpronto. Steph ni siquiera la oyó.

Llevaba mucho tiempo engañando la espera y preparándose. De modo que, en los días anteriores, se había bebido religiosamente sus dos botellas de agua mineral. Había tomado el sol, pero no demasiado, una hora como mucho, matizando el tono pacientemente, capa a capa, hasta lograr el resultado perfecto, un sabio bronceado, untuoso, una piel de oro con bonitas marcas claras que dibujaban en su desnudez el recuerdo de un bikini. Por la mañana, iba directamente de la cama a la báscula, con una preocupación sorda. Era golosa y juerguista. Le gustaba acostarse tarde y tenía tendencia a privar bastante. De modo que vigilaba su peso hasta el último gramo, calibrando cuánto dormía y lo que comía, teniendo pero que muchísimo cuidado con ese cuerpo que, en función de la hora, la luz, los esfuerzos y las raciones de comida, cambiaba una barbaridad. Se había limado las uñas, pintado los ojos y lavado el pelo con un champú de algas y luego otro de huevo. Se había exfoliado la piel y frotado en la ducha con borras de café. Había puesto sus piernas y su sexo en manos de la esteticista. Estaba encantada, apetecible y milimetrada. Llevaba una camiseta de tirantes recién estrenada, de rayas estilo Petit Bateau. Al vérsela, Clem le había preguntado si era de talla seis años.

—Vamos a tirarnos horas esperando —volvió a decir Clem, aburrida de antemano.

—Qué va.

—Claro que sí. Lo siento mucho.

Las dos chicas fueron al andén n.º 2, que estaba totalmente desierto. Ambas llevaban unas Converse, falda y el pelo suelto. El tren llegaba a las 16.42 h y paraba dos minutos máximo. En Heillange, la estación ya casi no servía para nada, pero permanecía allí por principio, porque el diputado y alcalde local la habían convertido en un asunto político y porque una ciudad sin estación ni es

ciudad ni es nada. En las paredes desconchadas, unos paneles ilegibles indicaban el horario de trenes de cercanías que ya no pasaban. Los carteles publicitarios tenían seis meses de antigüedad. Hacía un bochorno terrible. Clem decidió esperar a la sombra. Steph, nerviosísima, se quedó mirando el punto del horizonte en el que se juntaban los raíles.

Era feliz. Tenía su recompensa.

Porque los meses anteriores habían sido jodidísimos. De toda la vida, Steph estaba acostumbrada a pasar de todo, limitándose a ser mona y quejumbrosa para conseguir casi siempre lo que quería. Solo que de repente, al acercarse la fecha de los exámenes, a su padre le había entrado una ambición imprevista. O puede que de repente le preocupara muchísimo su porvenir. El caso es que le había soltado la sentencia de que o aprobaba el *bac* con nota o ya podía ir despidiéndose del coche y de las vacaciones.

—Pero ¿lo dices en serio?

Steph se acordaba aún del momento en que le había apretado las tuercas. Estaba de pie en la cocina, comiéndose un Yoplait de fresa. Después de aquello, seguro que acababa odiando ese sabor para siempre jamás.

—Quedas avisada. No hay más que hablar. O me traes más que un aprobado o no habrá coche.

—Pero si ya he pasado el teórico.

—¿Y qué? Ayer me encontré con el padre de tu amiga en el fútbol. Va a entrar en preparatoria. En Lyon.

—Pues vale...

—No, a mí no me vale. Tú eres tan lista como ella.

La cerda de Clem. Siempre jugándotela por detrás. Ahora, por culpa de sus chorradas, ella estaba entre la espada y la pared.

—Pero lleva empollando como loca desde párvulos.

—Y tú, mientras, ¿qué has estado haciendo?

—¡Pues nada! Pero ¿a qué viene esto? No puedo recuperar diez años en tres meses. Es de locos.

—Ya lo he hablado con tu madre. Es lo que hay. Y vas a rellenar la solicitud para la universidad. Que llevas semanas escaqueándote.

—Que sí...

—¿Cuándo?

—Estoy en ello.

—Hoy.

—Joder... —se lamentó Steph.

Y del disgusto, tiró el yogur a la basura, con cucharilla y todo.

Este ultimátum era realmente un duro golpe porque precisamente acababa de encontrar un cochecito, un 205 con 225.000 kilómetros, pero rojo y descapotable, y sus padres habían dicho que sí. Clem y ella se habían imaginado toda clase de aventuras. Y ahora, de buenas a primeras, en mitad de la cocina, el sueño se hacía añicos.

Desde que tenía el ayuntamiento en el punto de mira, a su padre le habían entrado unas ansias de formalidad incontrolables. Su madre ya casi no podía ni salir en minifalda. Y ahora lo que se le antojaba era una descendencia hipertitulada. Estaba menos plasta cuando le dio por los coches y quería cambiar de cupé todos los años.

Aunque pensándolo bien, lo que más peligraba eran las vacaciones, porque si machacaba bien a sus padres, antes o después acabaría sacándoles el coche. En aquella zona hacía tanta falta y era tan barato, que no le pondrían pegas. Pero las vacaciones, en cambio, eran otro tema. Se les habían atragantado desde el principio. Tenía que reconocer que los planes que había hecho eran como para asustarlos. Los Rotier tenían una casa en el País Vasco, una auténtica cabaña, tipo casa de pastores frente al mar, y todos los años, en agosto, invitaban a unos cuantos colegas, un puñado de elegidos. Y resulta que este año, a Steph y Clem les había correspondido su invitación, por primera vez, un considerable trato de favor. Hay que decir que ahora Steph y Simon casi podían pasar por una pareja, a pesar de rupturas, psicodramas y reconciliaciones, esas intermitencias que constituían su velocidad de crucero. Ella era su chica y punto.

Fuera como fuere, a partir del mes de abril la vida de Steph se convirtió en una pesadilla sedentaria. Cuando ya contaba con sacar un aprobado raspado de media en la repesca, gracias al inglés y a la educación física con coeficiente 5¹⁰, las exigencias paternales la arrojaban al foso de los repasos. Lo peor era que se estaba sacando el carné de conducir simultáneamente.

Así pues, durante varias semanas había encadenado jornadas tremebundas. Se levantaba a las seis de la mañana y empollaba antes del desayuno, sobre todo geografía e historia, que eran asignaturas que exigían una capacidad de memorización sobrenatural. Yalta, Estados Unidos, Japón, la crisis de los misiles, los Treinta Gloriosos, pero ¿cuándo se va a acabar esto, joder? Se compró fichas. Escribía con tinta azul y destacaba las fechas en rojo. Luego engullía el muesli y el zumo de naranja y seguía repasando en el coche camino del insti. Después venían las clases y el refuerzo en mates. En su opción, todas

las asignaturas contaban, hasta la filosofía. ¿*La República* de Platón, en serio? Pero ¿quién decidía esos programas inverosímiles? En un país arrasado por el paro, el socialismo y la competencia asiática, ¿lo que se esperaba de las generaciones más jóvenes era que les interesaran las pajas mentales de los antiguos? Steph se disparaba en la sien con dos dedos en mitad de la biblioteca, cosa que le hacía mucha gracia a Clem, pero que no la ayudaba demasiado a entender el mito de la caverna. Al cabo de un tiempo, decidió centrarse en los anales de los exámenes de años anteriores. Unas recopilaciones de lo más apañado que resumían todo lo que había que saber para no hacer el ridículo el día del examen. Subrayaba lo más importante. Estaba tan neurótica que al final no quedaba ni una sola línea sin marcar. A veces le entraba la depre y hundía la cara entre los brazos cruzados. Encima, hacía bueno y pronto empezaría el Roland Garros en la tele.

Por la tarde, Clem la dejaba delante de la autoescuela. Su instructor trabajaba en bermudas y botazas Pataugas y le pasaba el brazo por detrás del reposacabezas. Se tiraba toda la clase práctica soportando el olor a sobaco y la presencia sudorosa de ese gañán obsesionado con la mecánica. Le daban ganas de llorar. El tío tenía una técnica especialmente asquerosa para enseñarle a aparcar en paralelo: a medida que realizaba la maniobra, él le susurraba muy cerca, con los ojos clavados en el retrovisor: «Sí... Sí... No... Eso es. Un poco a la derecha. Bieeen. Ya». Una vez tiró del freno de mano y lo dejó allí plantado sin más explicaciones. ¡El muy cenutrio!

En casa, vuelta a empezar, hincando los codos hasta las nueve o incluso más tarde. Clem iba para estudiar juntas. Las chicas dedicaban también bastante tiempo a espulgar las carreras universitarias. Porque Steph nunca se había planteado en serio su orientación. Estaba descubriendo una auténtica nebulosa de titulaciones regias, centros aparcadero, ciclos en vía muerta, licenciaturas inútiles o formaciones técnicas que desembocaban en curros bien pagados pero sin posibilidad de evolución. Por el contrario, Clem dominaba admirablemente los entresijos de los recorridos académicos. Llevaba toda la vida preparándose. Y Steph, de repente, descubría que el destino no existía. Que en realidad había que edificar el propio futuro como si de un juego de construcciones se tratase, ladrillo a ladrillo, y elegir atinadamente, porque era muy fácil engolfarse en una opción que exigiese muchísimo esfuerzo pero que no condujese a ningún sitio. Clem se sabía todo aquello al dedillo. Su padre era médico, y su madre, inspectora de Educación. Esa gente era la que, prácticamente, había inventado ese sistema.

A veces Steph desconectaba. La mente se le iba a la deriva. Se ponía a pensar en Simon Rotier, en qué estaría haciendo. Ella casi no podía prestarle ninguna atención y, conociéndole, no debía de estar matando el tiempo con chuminadas. Cada vez que se cruzaba con él por los pasillos del insti, Steph no podía evitar pedirle cuentas. La conversación se agriaba nada más empezar. Y el putón de Virginie Vanier lo andaba rondando, con esos pedazo de dientes y esas tetazas. A la mierda. Steph tenía que seguir centrada. Nota. Coche. Vacaciones. País Vasco. Allí se bañarían todos los días. Harían surf y parrilladas, estarían de juerga todo el día. Follaría con Simon a la sombra de los pinos, con el sabor del mar en la piel, el murmullo del viento y el océano ahí mismo.

—Y la arena picándote el culo —añadía Clem.

Steph sonreía. Ya no veía a su amiga con los mismos ojos. Ahora que se estaba planteando su futuro, sus posibilidades y cómo funcionaban las carreras, se le revelaba, con toda crudeza, una nueva certidumbre: el mundo pertenecía a los primeros de la clase. Todos esos de los que se habían burlado por ser cumplidores, timoratos, pelotas y concienzudos eran los que tenían razón desde el principio. Para aspirar a los puestos buenos y poder llevar luego una vida trepidante y respetada, ponerse trajes de alta costura y zapatos de tacón prohibitivos, no bastaba con ser guay y de buena familia. Había que hacer los deberes. Este había sido un duro golpe para Steph, que lo cierto es que había apostado fuerte por su pasotismo innato y su predisposición a los deportes de deslizamiento.

En cualquier caso, de tanto quemarse las pestañas, en su cabeza empezaban a pasar cosas raras. Atajos, sorpresas, fognazos... Hasta ahora, las disciplinas que les enseñaban le habían parecido una especie de diversión, un pasatiempo para canalizar la juventud. Pero cuando la ceba surtía efecto, el enfoque cambiaba. Steph no habría sabido definir con exactitud en qué consistía ese vuelco: se sentía a la vez más segura pero con menos certezas. A ratos, fruto de la presión, un fugaz «eureka» le cruzaba la mente. O, por el contrario, la sensación de que algo era obvio desaparecía delante de sus narices. El mundo se parcelaba, se ramificaba, se volvía infinito.

Paulatinamente, empezó a cogerle el gusto.

Y entonces fue presa de una terrible preocupación. Se percataba, demasiado tarde, de que su concepto del éxito era totalmente falaz. El ideal de sus padres de comodidad exponencial, con chalé en la montaña y apartamento en Juan-les-Pins, su ansia de alternar y su sentimiento de superioridad se le

revelaban ahora cuan miserables eran. No bastaba con vender coches de lujo y conocer, para conseguirlo, a todos los ricachones de la ciudad. En el fondo, eran expectativas de pelagatos y pasmados perpetuos. Esa posición acolchada solo pendía de un hilo. Sus viejos creían ostentar un poder señorial cuando en realidad no eran más que mediocres regidores de un reino que organizaban otros.

Con Clem descubrió el panorama en su conjunto. Los que de verdad tenían capacidad de decisión pasaban por las clases preparatorias y los centros exclusivos. La sociedad filtraba así a sus hijos desde la escuela primaria para elegir a los mejores ejemplares, a los más capaces de reforzar el *statu quo*. Fruto de esa criba sistemática era un prodigioso apuntalamiento de los poderes establecidos. Cada generación aportaba su remesa de mentes capaces, que se convencían pronto y recibían una justa remuneración y cuya misión era confortar patrimonios, vivificar dinastías y consolidar la monstruosa arquitectura de la pirámide hexagonal. El «mérito», a la postre, no se oponía a las leyes del nacimiento y de la sangre, como en los sueños de los juristas, los pensadores, los diablos de 1789 o los maestros de la Tercera República. De hecho, abarcaba un amplio proceso de selección, una extraordinaria capacidad de aglomeración, un proyecto de revoque continuo de las dinastías establecidas. Estaba muy bien montado.

Después de tirarse horas empollando, pasarlo mal, zampar bollitos industriales y quedarse sentada mientras el sol brillaba fuera, Steph acababa aborreciendo toda esa estructura. Clem y ella se exaltaban, querían mandar a la mierda el sistema y marcharse lejos, a vivir cómodamente a base de música y de playa. Esa pasión revolucionaria apenas disimulaba el cansancio, la pereza y el miedo a fracasar y acabar en lo más bajo del escalafón. En mayo, aquel sentimiento de injusticia las tenía poseídas. Entonces llegaron los exámenes y Steph los pasó con notable de media. Esa buena nota la reconcilió con el funcionamiento del mundo. Su ira política se esfumó, incluida la fugaz ocurrencia de afiliarse a las juventudes socialistas. Su padre, encantado, le compró el cochecito rojo.

Mientras tanto, otros viajeros se habían sumado a las chicas en el andén n.º 2. Clem los ignoraba lo mejor posible. Steph no paraba quieta. Entonces apareció el tren.

De inmediato Steph se abalanzó hacia el vagón de cola. Simon no tardó en

aparearse, fresco como una rosa, con la maleta en la mano. La cogió en brazos y se dieron un morreo.

—Te echaba mucho de menos.

—Y yo a ti.

Steph lo miraba. Él sonrió. Ella comprendió enseguida que fallaba algo.

—He traído el coche.

—Guay.

—Joder, qué contenta estoy.

—Ya, también yo.

—¿Te has cortado el pelo?

—Sí.

Se reunieron con Clem y se dirigieron a la salida. Simon se empeñó en sentarse detrás con la maleta. Se pusieron en marcha.

Steph había soñado con ese momento decenas de veces. Se subían al descapotable. Eran jóvenes, guapos y libres. Hasta había preparado una cinta para el radiocasete del coche con canciones de los Beach Boys y Mano Negra. Pero, en cambio, Simon estaba distante, Clem fingía pasar de todo e incluso ella se sentía apagada, con la tripa mal, como si tuviera la regla y acabara de zamparse dos Snickers.

—Entonces, ¿qué tal te ha ido?

—Guay.

—¿Qué has hecho? ¿Has ido a conciertos?

—Ya te digo.

—¿Has visto la Torre Eiffel? —preguntó Clem, con sorna disimulada.

—Sí.

—Qué bien.

Steph iba encadenando preguntas. Tras el mutismo de Simon, intuía ya que había otra tía. Bien mirado, era un mal menor. El País Vasco los estaba llamando. Con la distancia, no tardaría en olvidarse de esa parisina accidental. Aunque la verdad es que Simon iba bastante a París, a casa de unos primos suyos, y si en efecto tenía allí alguna novia, habría que tenerla vigilada. Por cierto, que él hablaba de París cuando en realidad los primos esos vivían en Rueil-Malmaison. La prima era una alta ejecutiva en Danone; el marido trabajaba en Matra, en la Défense. Por lo demás, tenían tres críos. A juzgar por las fotos, se parecían bastante a los Trillizos, los rubitos esos repelentes de las historietas de *Figaro Madame*¹¹.

—¿Y qué habéis hecho?

—Nada del otro mundo.

—¿Tienes colegas allí? ¿Habéis salido?

—Sí.

—¿Sí qué?

Steph lo miró por el retrovisor. Simon llevaba puestas las gafas Quicksilver. Como siempre, parecía estar muy por encima de todo aquello y a Steph, por mucho que intentara evitarlo, esa indiferencia la ponía de los nervios. Le entraban unas ganas locas de acaparar su atención. No dijo nada. Estaba deseando quedarse a solas con él. Haría todo lo que le pidiera. Entonces Simon dejó caer la siguiente frase, como quien no quiere la cosa:

—Por cierto, lo de Biarritz va a ser que no.

—¿Qué?

Clem giró 90 grados en su asiento y a Steph casi se le caló el motor.

—Que no nos vamos. Se ha jodido. Lo siento.

—Pero ¿qué me estás contando? —dijo Clem.

—¿Vas en serio? —preguntó Steph.

—Venga, suéltalo ya. ¿Qué historia es esa?

—Lo siento. Es lo que hay. Ya no nos vamos.

Steph paró el coche en el arcén, a las bravas. Otro coche los adelantó, pitándoles. Las chicas, incrédulas, se quedaron mirando a Simon. La verdad es que no parecía que lo sintiera tanto.

—Por lo menos, explícanoslo.

—Si no es nada. Arranca. Luego os lo cuento.

En lugar de eso, Steph tiró del freno de mano. Simon se fijó en el lugar donde habían recalado. Era una de esas zonas ambiguas donde unas pocas casas con jardincito, valla y contraventanas de colores formaban un archipiélago inconexo. Había paneles indicadores, tendidos eléctricos y el vacío entre las personas. No era ni campo ni ciudad, ni tampoco una urbanización. Una parada de autobús sustentaba la fantasía de que existía algún nexo con la civilización. Dos viejos estaban allí esperando, a saber desde qué hora.

—¿Y bien?

—Lo siento —repitió Simon, igual de poco convincente.

—¿Qué palabra no entiendes de «queremos que nos des una explicación»? —dijo Clem.

—Es complicado.

—Bájate del coche —dijo Steph.

—¿Estás de coña?

—Sí. Nos partimos de risa. Que te bajas. Ya.

—Espera.

—¿A qué?

—Te lo voy a explicar. En realidad, no es culpa mía...

Y les contó el fondo de la cuestión. Julien, el hijo mayor de sus primos, tenía que irse a Estados Unidos ese verano, a la costa oeste, un mes entero, estaba todo organizado desde hacía tiempo, un planazo. Pero había tenido la mala suerte de reventarse la pierna patinando. Así que Simon había aprovechado la ocasión al vuelo. Se marchaba dentro de tres días. Ya tenía las maletas hechas. Un mes en una familia de psicólogos que vivían en Carmel, California, a orillas del Pacífico. Era una oportunidad alucinante, no podía dejarla pasar. Y lo sentía mucho.

—¿Así que nos dejas plantadas? —dijo Steph.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Podrías ahogarte en tu propio vómito, por ejemplo —sugirió Clem.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace una semana.

—¿Y no has avisado?

—¿Sabes que lo teníamos organizado en función de ti?

—Pues claro. Lo siento muchísimo. Por eso ha sido. No sabía cómo contároslo, en realidad. Lo siento muchísimo, chicas.

Estaba ahí repantingado, con su polo blanco y su cabeza de chorlito, escondido detrás de las gafas. Steph lo odiaba tanto más cuanto que le seguía pareciendo supermono. Hacía ya casi dos años que la traía por la calle de la amargura. Esa era su tragedia. Habían cortado diez veces. Y no solo porque lo había pillado morreándose con otras chicas en las fiestas. Siempre estaba mintiendo, les robaba dinero a sus padres, se ponía hasta el culo de tricleno y nunca cumplía su palabra. Lo peor es que siempre conseguía caer de pie. Y siempre era ella quien tomaba la iniciativa de retomarlo. Steph se contaba cuentos de un amor apasionado y de una atracción-repulsión como la de Dylan y Kelly en *Sensación de vivir*. Simon era un tío atormentado, egoísta y sexi. Un auténtico capullo, eso es.

—Por otra parte, yo siempre he dicho que es un cutre —observó Clem.

Steph estaba reflexionando. No podía ser que todo se fuera por el desagüe a esas alturas.

—¿Y tu hermano no nos puede abrir la casa?

—Se lo podéis preguntar vosotras —contestó Simon, con sorna.

—Estás fatal, de verdad —dijo Clem.

Simon frunció el entrecejo.

—No me habéis dejado otra. Sabía que la ibais a tomar conmigo. Llevo días pensando cómo os lo iba a decir.

Al menos, había que reconocerle ese mérito, el de tener cierto talento para los laberintos. Le echabas en cara cualquier cosa y a los pocos segundos estabas pidiéndole disculpas. A Steph la había liado tantas veces que había perdido la cuenta. Pero esta vez la pillaba muy harta.

—Coge la maletita y lárgate.

Ya le había abierto la portezuela. Inclino su asiento para dejarlo pasar.

—No me voy a bajar aquí. Esto está lejos de todo.

Steph echó una ojeada a su alrededor. Tendría que andar por lo menos una hora para llegar a la ciudad. Con la maleta y el calorazo. La idea le gustó muchísimo.

—Hala, arreando. Que te largues ya.

Clem disfrutaba en silencio. Al final Simon se arrancó del coche a regañadientes. Se fue en dirección a la parada de autobús. Echaba ojeadas por encima del hombro, con la esperanza de que le dijeran «que no, hombre, venga, que te llevamos». Pero Steph estaba demasiado asqueada. Pensaba en las manos de Simon tocándole el culo, el vientre, todo... Mierda.

—Será malqueda, el tío... —dijo Clem.

—Ya te digo.

A continuación Steph subió de nuevo al coche, bajó el freno de mano y arrancó en dirección a Heillange bajo un cielo de cemento, en la densidad de julio. Circulaban bastante rápido, sin prudencia, sin ilusión, sin decir palabra. Se les habían jodido las vacaciones. Las últimas de secundaria. Con un nudo en la garganta, sintieron que les iba subiendo una tristeza nueva.

¹⁰ Según la especialidad de bachillerato elegida, en el examen de *Baccalauréat* unas asignaturas tienen más peso que otras en la nota final. Estas diferencias se establecen mediante un sistema de coeficientes. Por ejemplo, la prueba de lengua y literatura es obligatoria para todas las especialidades, pero en una especialidad «de letras» se le aplicará un coeficiente mayor que en una «de ciencias».

¹¹ *Figaro Madame* es el suplemento femenino del periódico *Le Figaro*. *Les Triplés* (los Trillizos) son unos personajes de la dibujante Nicole Lambert cuyas aventuras se publicaban en dicho semanario.

Para concluir la misa, el organista interpretó una acostumbrada tocata de Bach. Los acordes ascendían muy alto, precipitados, tubulares y levemente metafísicos. A pesar de lo poco que creía Anthony en ese fantaseo bíblico, la elevación de la piedra, el azul de las vidrieras, esa verticalidad eran bastante impresionantes. Un poco más allá, en la nave, cuatro hombres cargaban con un cadáver encerrado en una caja. La gente caminaba despacio hacia la luz. Miles de domingos se habían ido desgranando así, entre cantos, cánticos, la preocupación y la esperanza. El chico sintió un escalofrío. La verdad es que ahí dentro hacía rasca.

Cuando llegó a la altura de su padre, le dio un beso y reconoció el olor de su colonia. Su madre también lo saludó con un beso. Y luego se encontraron en la placita, deslumbrados y algo confusos. Había que volver a encontrar puntos de referencia. Hélène dobló el folletito amarillo que les habían repartido durante la ceremonia y buscó las gafas de sol en el bolso. Rehuía la mirada de su exmarido. Se las puso y cruzó los brazos por debajo del pecho.

—¿Qué tal estás? —preguntó el padre.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien, bien. La verdad es que resulta muy raro.

—Sí.

Él hablaba del fallecido, y ella, de su reencuentro. Anthony y Vanessa se tocaban con el hombro. A él no le faltaban ganas de cogerle la mano.

En la placita, los fieles que habían salido de la iglesia se mezclaban con los que no habían querido asistir a la misa. Lo cierto es que había un montonazo de gente. Se reconocía, en particular, a los antiguos compañeros musulmanes, y también a los irreductibles del sindicato, que habrían dejado que los atropellara un tren antes que poner el pie en la iglesia. Aunque estos últimos se las dieran de listillos y de renegados, se les notaba que estaban muy tocados. Luc Grandemange se llevaba al agujero un buen pedazo de su historia. Su primera cotización se remontaba a 1963. Había sido representante sindical, delegado de los trabajadores, liberado, secretario..., un poco de

cada. En la época de las grandes huelgas de Metalor, incluso se convirtió en una figura destacada del movimiento. No pertenecía a la categoría de los ideólogos. Tampoco se le daba demasiado bien negociar. Los había más listos, más tontos, más exaltados, que tenían más que perder o más aguante a largo plazo. Pero Luc tenía una virtud aparentemente superflua: sabía crear ambiente. En la lucha, hacían falta tíos como él, para bromear, darles una palmada en la espalda a los indecisos y llamar «majetes» a los incendiarios. A veces era un agobio. Se perdía tiempo. Sus chistes casi nunca tenían gracia. Y con él todo se convertía de inmediato en una juerga. Pero, a su manera, había creado adhesión entre los compañeros, los había unido, hasta el final.

A partir de ahí, su compromiso y su temperamento bonachón tomaron un cariz bastante chovinista. Poco a poco empezó a fijarse en que los desgraciados cuya causa servía no solo eran obreros, asalariados, provincianos o tenían una baja cualificación. También eran franceses de pura cepa. Su desgracia se derivaba, en realidad, de los flujos migratorios. Bastaba con echar cuentas. El número de emigrantes, unos tres millones, coincidía exactamente con el de parados. Menuda casualidad. Si uno se paraba a pensarlo, un montón de problemas inextricables se solucionaban de golpe cuando se aceptaba que esos gandules de importación eran la primera causa de los males contemporáneos.

En el entorno de Luc, además, mucha gente estaba de acuerdo con ese diagnóstico y abogaba por establecer cuotas, forzar las repatriaciones y recordar muy seriamente que, al fin y al cabo, estaban en su propia casa. Pero esas ideas, a pesar de su popularidad, permanecían ocultas y confinadas. En los sitios donde había que guardar las formas no se hablaba de ellas. Lo impedía una especie de vergüenza inconcreta, como si fuera de mala educación. De hecho, en la semblanza el cura no había mencionado siquiera esas convicciones cuestionables. Tampoco aparecían en la necrológica publicada en *L'Est républicain*. Y cada vez que alguien se las mencionaba, Évelyne le quitaba hierro al asunto con un suspiro y un ademán con el dorso de la mano. Al bueno de su marido se le calentaba la boca. Le pasaba lo mismo con el fútbol.

Cuando el ataúd estuvo en el coche fúnebre, el sobrino se plantó en lo alto de las escaleras que unían la plaza con el atrio de la iglesia. Dio unas palmadas para llamar la atención. Évelyne, que no había dejado de dar las gracias y de

asentir solemnemente con la cabeza, aprovechó para encender un cigarrillo. La llama surgió y las mejillas se le hundieron al aspirar el humo pardo. El sobrino explicó:

—Vamos a ir al cementerio de San Miguel. Puede unirse al cortejo quien quiera. Pero no creo que merezca la pena que venga todo el mundo.

Añadió que no había sitio suficiente en el aparcamiento y que, de todas formas, la familia prefería tener un poco de intimidad. Lo decía casi disculpándose. La placita estaba ahora abarrotada de gente, casi parecía que estaba allí toda la ciudad. Todos escuchaban sin decir ni mu. A través del silencio, cruzaban miradas y se hacían gestos. En un momento dado, Anthony sorprendió a sus padres. Se estaban mirando sin decir nada. Hasta que su madre apartó la vista. Su padre se quedó mirándose los pies.

—Pero tampoco vamos a despedirnos sin más —prosiguió el sobrino—. Évelyne os da cita en la Fábrica para tomar el *brioche*. No creo que haga falta que os dé la dirección.

A la gente le hizo gracia el comentario y luego otro murmullo corrió entre los asistentes cuando el sobrino añadió que Évelyne también invitaba al café y a la primera ronda.

—¡Champán! —gritó alguien.

Évelyne sonrió y al maleducado se le afeó su conducta. Pero a pesar de todo, el ambiente había cambiado. Lo de la muerte no está mal, pero también había que beber algo.

—¡Eh!

El primo se dirigía hacia ellos, aferrando la mano de su novia.

—¿Qué tal? ¿Qué te cuentas?

—Todo bien. ¿Y tú?

—De maravilla.

Patrick parecía estar encantado con esa reunioncita familiar. Agarró al primo del hombro y lo meneó un poco.

—Cuánto tiempo, ¿eh?

—Pues sí —dijo el primo, un poco apurado pero también contento.

—Tu madre me ha contado que os ibais a mudar juntos —dijo Hélène.

—Todavía no, estamos buscando —contestó el primo.

—Algo encontraremos —dijo Séverine.

—¿Por dónde estáis mirando?

—Por la zona de Blonds-Champs. Hay unos pisitos recién hechos. Hemos ido a ver al ayuntamiento. De momento, no tienen nada. Vamos, que no tenemos

prioridad, como siempre.

Todos lo pillaron.

Anthony hizo un par de preguntas por puro trámite, pero desde que sus padres habían roto, su tía y su madre volvían a estar muy unidas. Con lo cual, estaban muy al tanto de las andanzas del primo. Había decidido dejar de estudiar y estaba haciendo sustituciones, trabajos cutres de manutención, limpieza o arreglillos. La bella Séverine quería sacarse un diploma de técnico superior, pero como no había aprobado el *bac*, la cosa estaba difícil. Así que estaba tramitando unas convalidaciones inciertas, pero contrarrestaba todo el esfuerzo su pasión por las Spice Girls y la soterrada convicción de que estaba destinada a hacer carrera en el *show-business*. Se recorría los karaokes y los concursos de belleza pueblerinos, iba a clase de teatro y mandaba currículos a París. En definitiva, que los dos se querían y eso, al parecer, justificaba todo lo demás.

Cuando el coche fúnebre y los allegados se fueron, hubo un momento de incertidumbre en las filas. La gente dudaba entre ir a la Fábrica en coche o andando. Por la distancia que había, enseguida se impuso la segunda opción y cerca de trescientas personas se pusieron en marcha a través de Heillange. De la iglesia al bar había algo menos de un kilómetro, dos calles consecutivas. La multitud se encaminó y enseguida todos empezaron a hablar alto y armar jaleo. Los vecinos se asomaban a la puerta para ver pasar el cortejo. Veían a algún conocido y le preguntaban qué pasaba. Algunos se sumaban a la procesión porque el nombre del difunto les sonaba de algo y no les importaba tomarse una copa gratis. Todo el mundo se preguntaba cómo iban a caber todos en el local. Los graciosillos ya empezaban a hacer comentarios, a voces, sin matices y de mal gusto. Poco a poco, el estado de ánimo iba cambiando. Empezaron a oírse risas y hasta gritos; eran los nervios, claro, que se relajaban, y la vida, infatigable y jocosa, que retornaba en el rubor de las mejillas y el sudor de la nuca. Hacía calor, ese sábado, un auténtico horno. En el pecho de todos crecían las ganas de cantar. Pronto apareció el alto horno. Estaban llegando. Anthony había hecho todo el camino con el primo, y Vanessa pegada a él. Delante de ellos, los padres caminaban juntos. No estaban muy habladores. Por lo menos, tampoco discutían.

—Parece que no les va mal —dijo Vanessa.

—Ya.

—Todo irá bien.

Aunque Anthony vivía con su madre y no quería quitarle la razón, no podía evitar ponerse en el lugar de su viejo. Ahí estaba, con diez kilos menos, sobrio, medio calvo y nudoso. ¿Qué quedaba de él? Las cenizas, una fuerza cada vez menor. Y, por último, la añoranza. La casa se vendió visto y no visto. Se volatilizaron los esfuerzos del matrimonio, veinte años de sacrificios y de acrobacias a fin de mes. Hubo que tirar muebles, adornos y ropa. Encima, tuvieron que vender corriendo y por una miseria, y al final el banco se quedó con la pasta para liquidar las deudas.

En el momento de repartir los bienes, el padre casi llegó a las manos. En el fondo, tampoco tenía tantos amigos ni tampoco un curro propiamente dicho, y había descubierto demasiado tarde que su casa ni siquiera era suya y que todas sus convicciones no eran más que gilipolleces. Se pensaba que llevaba un sueldo, que tenía un hogar, una mujer, una casa y un hijo. El notario arrasó con esas ideas preconcebidas como una excavadora. Y al cabo de dos años, el padre seguía apoquinando para pagar a ese abogado que no había movido un dedo, aparte de explicarle que no tenía razón y que las decisiones las tomaba la ley. En ese mundo de papeleos y juristas ya no había hombres. Solo acuerdos.

Durante ese periodo de tensiones, obligaron a Anthony a elegir un bando. No quiso hacerlo, cada uno tenía sus motivos. Y él, los suyos propios. Hélène dedujo que no la quería bastante. Su viejo, que su madre lo había mimado demasiado. Le había contagiado la debilidad, la indecisión, ese virus blandengue que tenían todos los Mougel. En esa familia nunca se terminaba nada. Los hombres obedecían a sus mujercitas. Era una raza de esclavos y Anthony había heredado las cadenas. De hecho, cuando vivían al lado de la escuela Jules-Ferry, su madre siempre estaba pendiente de él. Lo vigilaba desde la cocina cuando jugaba con los demás niños en el patio, y no dudaba en llamarle la atención desde el segundo piso donde vivían. Una vez que lo pilló peleándose, bajó para poner orden. Tras lo cual, los otros chicos se pasaron semanas llamándolo «gatito». Y después de eso, la madre se las apañó para que el médico le dispensara de la clase de gimnasia. No aprendió a nadar hasta tercero.

—No sé por qué se portaba así —le había dicho el padre—. Puede que fuera por lo del caso Grégory.

—¿Cómo?

—Es que ese niño y tú os parecíais un montón. Ya sabes, la foto aquella

famosa. Igualitos. Sinceramente, hasta a mí me dio cosa cuando lo sacaron del río.

Cuando llegaron, las aceras de la Fábrica ya estaban empantanadas. Por una vez habían dejado las puertas abiertas de par en par, y la gente entraba y salía mientras esperaba a que se concretara la cosa. Encima de unos caballetes habían montado unas mesas con manteles de papel blanco y todo lo necesario: un termo grande con dosificador, el *brioche*, bebidas sin alcohol y vasitos de plástico. Del cielo caía una luz velada y opalina que hacía daño a los ojos. El olor del café perfumaba el aire. Cathy, la dueña, había salido a la calle para saludar, amable y comerciante, el día se le presentaba muy prometedor. Estaba ya haciendo sumas mentalmente y sonreía a más y mejor. Patrick, tontamente, pensó que era un buen momento para volver a poner su idea sobre la mesa.

—Entonces, ¿qué pasa con el viaje?

—¿De qué me estás hablando? —dijo Hélène.

Le replicó un poco seca, aferrándose a la correa del bolso. Los ojos del padre casi desaparecieron debajo de las cejas.

—Ya te lo he dicho. Te voy a pagar el dichoso viaje. Tus vacaciones.

Hélène callaba. Le había repetido cien veces que ni hablar.

—Cuando te hayas decidido, me lo dices.

Ella siguió sin contestar. Anthony buscaba los ojos de Vanessa, que le hizo una mueca. Al final, parecía que la cosa no iba tan bien.

En la acera, dos chicas bajitas y regordetas, como góticas orondas, seguramente dos hermanas a las que habían contratado de refuerzo, empezaron a servir café en la calle. Cathy se les echó encima.

—Pero ¿estáis locas o qué? ¡Parad ahora mismo!

Si ya nadie quería entrar en su local por culpa del calor, lo que le faltaba era que la calle se convirtiera en terraza. Varios coches se habían parado más arriba por culpa del barullo. Resonaron los primeros bocinazos. La gente alzaba los brazos al cielo. A ese paso, les iban a dar las tantas.

—¡Como sigan así, va a venir la poli! —se preocupó Cathy—. ¡Thierry!

El tiarrón con el pelo a cepillo que estaba detrás de la barra alzó los ojos. Fuera del bar, era yesista y vivía con Cathy. Bastaba con mirarlo, colorado y sudoroso, en mangas de camisa, para notar el ambiente cargado del local, el aire irrespirable y la temperatura de al menos 30 °C.

—Ve a abrir las puertas de atrás —le gritó su compañera—. Hay que hacer

corriente.

Luego volvió a dirigirse a las chicas:

—Metedme a la gente dentro, por Dios. Hay que despejar la carretera. Y en el primer piso hay ventiladores, id a ver.

Ante semejante ráfaga de instrucciones, las chicas se quedaron sin saber qué hacer. Cathy, contrariada, precisó:

—Carine, encárgate de la gente. Sonia, tú de los ventiladores. ¿Está claro? ¿Lo queréis en un pósito?

—¿Y dónde enchufa los ventiladores? —dijo Sonia, sin inmutarse.

Era la más redonda y la más guapa de las dos. Tenía las orejas agujeradas, bordeadas de aritos. Y además, un pelo de azabache, bonitas piernas y la piel cremosa.

—Hay regletas en la cocina. ¡Venga, búscate la vida!

Sonia suspiró. Su hermana azuzaba al grupo hacia dentro. La gente se reía. Pero poco a poco, ante la presión combinada de Carine, la dueña y los coches que querían pasar, todo el mundo se fue apiñando en el café. Anthony se encontró sentado con sus padres y Vanessa en torno a una mesa del fondo, cerca del servicio. Todo se iba ordenando, en una confusión de voces y sillas. Entonces un hombre se desgajó de la multitud y se dirigió hacia ellos. Era un moro viejo y canoso, admirable, vestido de tierra y ocre, y calzado con unas playeras blancas de tamaño considerable. Las piernas le asomaban como dos palillos. Parecía una planta en un macetero.

—Buenas tardes —dijo, inclinando la cabeza.

Tenía una hermosa voz, pedregosa y empantanada. Anthony tardó unos segundos en reponerse. Se le encogió el estómago. Su madre ya se había puesto de pie y le tendía la mano. Le volvían los recuerdos, en oleadas. La moto, el pisito donde habían tomado el té. Bouali padre. Cuando Anthony vio que su padre también se ponía de pie, pensó «se acabó, estoy muerto».

Pero, en cambio, su padre le estrechó la mano al hombre de las playeras grandes y la sacudió afectuosamente. Se conocían.

—Pero ¡caramba!

—¿Cómo estás? —dijo el anciano.

—Pues mira, bien, bien... ¿Cuánto tiempo, eh?

—Y tanto —dijo el otro, haciendo un amplio ademán con la mano.

Había juntado y alzado mucho las cejas, parecía conmovido. Patrick le puso la mano en el hombro y se lo sacudió riéndose, más que nada para disipar su propia emoción. Y luego les contó a Hélène y a su hijo que Malek

Bouali y él habían estado tres años trabajando en la fábrica en puestos contiguos antes de que trasladaran a Patrick a la fundición. En los buenos tiempos. Bueno, en realidad, no tan buenos, pero por lo menos eran más jóvenes. Y con Luc Grandemange en el cementerio, daba un poco de palo, a pesar de todo.

A continuación los dos hombres se pusieron al día por encima, la salud, los hijos, la familia, todo bien, sí sí, *la-bas, al-hamdu lillah*. Luego estuvieron de acuerdo en que parecía mentira, a qué distancia vivían, ni cinco kilómetros, y no quedaban nunca. Tendrían que montar algo un día de estos, con los demás, Michelin, Rosicky, Pellet y los hermanos Heizenberger. Pues claro que sí. Los ojos de Bouali padre formaban como dos superficies oscuras y líquidas. Patrick ya no lo meneaba. Antes de esfumarse, el hombre se despidió de Hélène con la cabeza. A Anthony ni lo miró. Regresó con otros compañeros, en el otro extremo de la habitación. Contaba todos sus movimientos. Estaba ya en la otra orilla, la de la premiosidad y la merma, la paciencia infinita y el insomnio.

—Si supierais, pobre hombre —dijo Patrick sentándose de nuevo—. Ha trabajado como un animal y esto es lo que le queda. Inválido en no sé qué grado y una jubilación de miseria. Y los hijos jodiéndole la marrana.

Al oír hablar de esa prole problemática, Anthony volvió a sentir retortijones. No se atrevía a mirar a su madre. Magnánimo, el padre añadió a modo de conclusión:

—¿Ves? El problema no son estos. Nunca he conocido a nadie tan trabajador.

Enfrente, el grupito de trabajadores magrebíes se había juntado en torno a una sola mesa, unos diez, mayores y discretos, bebiendo cerveza con Picon como cualquiera, pero aún sin saber hablar francés. Las mujeres se habían quedado en casa. Nadie les prestaba atención. Por lo menos, se habían molestado en ir.

—Bueno —dijo Patrick, limpiando la mesa que tenía delante—. Qué tal si voy a la barra. Vaya sed hace aquí. ¿Qué queréis tomar?

Todos pidieron cerveza. El padre fue a pedir tres cervezas y un botellín de Perrier para él. Hélène se quedó mirándolo. No podía evitar pensar que qué lástima, tantos años jodidos, echados a perder por el orgullo y las cogorzas. Hasta dónde habían tenido que llegar para que ahora bebiese agua y quisiera mandarla de viaje.

Patrick volvió con las bebidas y repartió los vasos. La cerveza estaba fría

y deliciosa. Anthony le pegó un buen trago. Le sentó de maravilla.

—Me la suda, ¿sabes? De todas formas, estaba segura de que iba a pasar.

Steph mentía. Clem la dejó desahogarse.

Después de andar dando vueltas con el coche, sin conseguir separarse ni encontrar un sitio al que ir, las dos chicas habían recalado al pie de la Virgen de hierro colado. Estaban sentadas en el pedestal, con las piernas cruzadas, bebiendo un 7Up que habían comprado por el camino, en el Prisunic que había detrás de la plaza de Les Flamands. La tormenta se cernía aún más sobre el valle, donde yacía la misma maraña de casas, calles y edificios. La luz, que se había tornado rojiza, lo teñía todo con colores de atardecer y de incendio. Steph sentía la apremiante necesidad de que se acabara el mundo. Suspiró.

—¿Estás cabreada? —preguntó Clem.

—Qué va. Ya te digo que me la suda.

Quiso matar a un bichito diminuto que se le había subido por el hombro, pero falló. Estaba sudorosa, se sentía pesada y, encima, le dolía la espalda. Estiró las piernas y le pareció que no estaban tan mal, así, bronceadas. Tenía los tobillos bonitos. Algo es algo.

—¿Y cuántos polvos habéis echado?

—Yo qué sé —contestó Clem, con la mirada perdida en el vacío.

—Déjate de chorradas. Venga, no pasa nada...

Clem hizo un extraño mohín, y Steph, una mueca como para decir «tampoco te pases», y su amiga a punto estuvo de echarse a reír.

—Sinceramente, se me ha olvidado. Bastantes.

—Estás fatal.

—¿Qué quieres que te diga? Tampoco los he contado.

—¿Y dónde fue?

—¿Cómo?

—Que no follaríais en la calle. Dime dónde.

El secreto que las había estado distanciando más y más durante semanas había estallado diez minutos antes, dejándolas confusas e indecisas. Pero, sobre todo, aliviadas.

Steph ya se había dado cuenta de que había gato encerrado. Su amiga estaba rara, se subía a la parra en cuanto le preguntaban dónde se había metido. Fijo que tenía que ver con un tío. Y ahora que por fin le había soltado la bomba, ya no tenía tanta importancia.

Clem se acostaba con Simon.

Después de que se lo confesara, Steph la insultó, claro está, la muy puta. Pero enseguida le pudo la curiosidad. Y ahora ambas disfrutaban de haber recuperado la igualdad, la maravillosa posibilidad de contárselo todo; ¡no, aún mejor!, de comparar.

—Venga —insistió Steph—. ¿Dónde te lo tirabas?

—Yo qué sé. En cualquier sitio.

—¿Cómo que en cualquier sitio? ¿Fuisteis a su casa?

—Un par de veces.

—¿Y a la tuya?

—Un par de veces.

Steph, acalorada, abría los ojos como platos, con consternación.

—¿No me digas que en su coche?

—No me acuerdo.

—¡Claro que sí, descarado! —exclamó Steph, dándole un empujón en el hombro—. ¡Serás puta!

—Vaaaale, que sí. Un par de veces. Aquí te pillo, aquí te mato.

—O sea, que al final te ha follado como le ha dado la gana.

—Joder, pues sí, es verdad —observó Clémence.

Steph se echó a reír.

—Qué cabrones...

—Ya lo sé... Lo siento muchísimo —dijo Clem, sincera y perdonada.

Steph se puso de pie de un salto. El asunto aquel le hacía hervir la sangre, y también la contrariaba. Pero daba gusto sumergirse en esa complicidad totalmente renovada. Ya no aguantaba más. Quería saberlo todo.

—¿Y cuánto tiempo estuvisteis?

—Pues no sé.

—Venga, no pasa nada, suéltalo ya.

—Un par de semanas.

—¡Sí, ya, o de meses!

—Pues sí —admitió Clem, con fingida aflicción.

—El muy falso, follaba con las dos por turno.

—Y, a veces, el mismo día.

—¿En serio?

—Te lo juro.

—Hijoputa.

—Desgraciado.

—¡Hay que ser cerdo!

—Más bien, un enfermo.

—Sí, menudo pervertido.

—Ya te digo.

Y como ya se habían reído bastante, entraron a saco.

—Y entonces, ¿qué?

—¿Qué de qué? —dijo Clem.

—Que si te gustaba.

—No estaba mal.

—Venga ya, ¿por qué has estado semanas tirándotelo si no te gustaba?

—No, si no estaba mal, pero yo qué sé. Va un poco a su bola, la verdad...

—Sí; en realidad, pasa de una.

—Sinceramente, se piensa que está en una peli.

Clem puso cara de pasmo, agarró una coleta imaginaria y movió la pelvis en el aire, adelante y atrás, para ilustrar el problema. Steph no podía más:

—¡Sí, eso mismo!

—Y además, la tiene muy rara...

Clem mostraba el meñique enroscado, poniendo cara inocente, con las cejas enarcadas.

—¡Ya te digo! —replicó Steph—. Parece la pilila de un Yorkshire.

Clem soltó la carcajada.

—¡Para ya! Tú sí que estás loca.

Las dos chicas se buscaban, empujándose, fraternales, con un aliento de fragua, Steph ya no podía parar.

—Que sí, que sí —insistió.

Y continuó, delimitando una distancia muy poco halagüeña entre el índice y el pulgar, con cara de asco:

—Es asquerosa, rosita, y tan húmeda.

—¡Cómo te pasas!

Pero Clem quería más.

—¿Y no te has fijado, cuando se corre?

—¿En qué?

—No sé, que hace una cosa, resoplando por la nariz.

Steph lo imitó, «mffff, mffff, mffff». Con las aletas de la nariz muy abiertas, imitaba a la vez la respiración de un ternero y el chucuchú de una locomotora.

—¡Ay, sí, es verdad! —exclamó Clem, en el séptimo cielo.

Ese tipo de confidencias era parte integrante de su amistad, en la misma medida que los recuerdos de la infancia, las conversaciones telefónicas eternas o las tarrinas de helado de coco viendo *Dirty Dancing*. Y la certeza absoluta de que la otra estaría allí en caso de necesidad. Desde que eran adolescentes, se explicaban mutuamente cómo funcionaba su intimidad, se preguntaban cosas después de salir con un tío y compartían trucos para evitar las cistitis y las candidiasis. El cuerpo de una chica obedecía a una mecánica tan compleja que no estaba de más tener a alguien para afrontarlo. Esa especie de intimidad de gineceo se había ido extendiendo paulatinamente a todos los ámbitos, y disfrutaban intensamente comentando sus noches y diseccionando a los tíos de arriba abajo. Estos últimos no se creían lo que se decía de que las chicas eran mucho peores que ellos, más crudas y despiadadas, y, sobre todo, infinitamente más detallistas. Se equivocaban. Siendo justos, hay que decir que las chicas aplicaban esa ferocidad anatómica a sí mismas antes que nada. Se inspeccionaban dilatadamente, se comparaban entre sí y con las fotos de las revistas, se enorgullecían de un poro cerrado y consideraban que una línea indecisa era motivo suficiente para acabar con todo.

Clem, por ejemplo, tenía esa obsesión con su coño. Los labios mayores le sobresalían como alas de mariposa. Le preocupaba tanto como una enfermedad o una minusvalía. Steph había tenido que reconfortarla en varias ocasiones. Cada vez que Clem estaba a punto de tirarse a un tío nuevo, le volvía la obsesión. Hubo un momento en que Steph, harta del tema, le pidió que se lo enseñara.

—Pero si tienes un coño estupendo...

—Qué va, mira ahí. Parece un filete...

—Estás loca. Es monísimo.

—Ya, pero el tuyo es perfecto.

—La verdad es que sí —dijo Steph.

El caso es que, de momento, a Simon Rotier lo estaban poniendo de vuelta y media. Era un capullo pretencioso y arrogante, un cerdo con micropene, impotente e infollable.

—Ya, pero es tan mono...

—Demasiado.

—Y bien que nos ha tomado el pelo, de paso.

—Pues sí —admitió Clem.

Steph le ofreció la botella de 7Up. Estaba calentorra, pero aun así Clem bebió, por no hacerle un feo.

—¿Me guardas rencor?

Steph ya ni siquiera lo sabía.

—Es un cabronazo, no hay más.

—¿Vas a cortar con él?

—Lo peor es que ni siquiera puedo.

—¿Y eso?

—No sé si estamos saliendo. Nunca hicimos nada muy oficial.

—¿Como por ejemplo? ¿A qué te refieres?

—Pues a sus padres, se creen que somos colegas.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, nunca llegó a presentarme. Yo iba a su casa como si fuera un tío cualquiera, era lo mismo.

—¿Y tú tampoco se lo presentaste a tus viejos?

—Pues no, como él no lo hizo, yo tampoco. En realidad, desde el principio me ha tratado como el culo. Nunca hemos ido a ningún sitio los dos solos. Folla conmigo cuando le apetece. Y lo peor, se ha tirado a demasiadas tías mientras estábamos juntos. Siempre quedábamos él y yo, nunca con sus colegas o los míos. Nunca se ha perdido una fiesta para verme a mí, nunca me ha invitado a comer fuera. Total, que no hay por dónde cogerlo.

—¿Y tú cómo estás?

—Bah, pues ya lo sabes.

En efecto, Clem ya lo sabía. Desde que una de cada dos conversaciones iba sobre el gran amor de Steph, sus esperanzas, sus sospechas y toda la pesca. En primero de bachillerato, de hecho, se había hundido bastante. Dejó de comer durante varias semanas y la mandaron a un psiquiatra. Que, por cierto, hizo lo mínimo, pidiéndole que le hablara de su padre antes de recetarle Prozac.

En el fondo, Clem no podía tragar a ese capullo de Simon. Solo vivía para sí mismo y la única relación que tenía con los demás era de consumo puro y duro. La cabeza de chorlito, todo ese dinero, esa pose de roquero y definitivamente falsa. Pero estaba buenísimo, eso era lo malo.

La primera vez que le entró fue en una fiesta en casa de Rochand. El padre era notario, y la madre, catedrática de universidad, y vivían en un pisazo del centro, una planta entera llena de espejos, tarimas, cuadros modernos y grises, sofás, una mezcla de antigüedades de imitación y de diseño prohibitivo,

precioso. Todos los años, en febrero, se iban a esquiar a Chamonix. Por una vez, habían dejado a su hijo mayor en casa por una historia muy fea de clases de apoyo de mates y física. Aunque el pobre chaval era negado en ciencias, sus padres se habían empeñado en que estudiara un bachillerato científico, aunque tenía previsto dedicarse al derecho, como su padre. El caso es que el castigo de no ir a esquiar había derivado en una serie de fiestas en casa de los Rochand, bastante civilizadas, por cierto, porque por aquel entonces todo el mundo prefería fumar porros a beber vodka. Allí fue donde Simon probó suerte. Aunque Steph estaba en el cuarto de al lado, acorraló a Clem en la cocina, contra la encimera. Ella sintió su aliento y la pelvis pegada a la suya.

—¿Qué te crees que haces?

—¿Qué?

—Déjate de chorradas, Steph está ahí mismo. En serio, ¿a ti qué pasa?

Sencillamente, le importaba una mierda. Tenía tanta seguridad en sí mismo, tanto desdén... Clem pensó pegarle una hostia. Pero en cambio, cuando la besó, le dejó hacer. Un beso increíble. Se le cayeron las bragas directamente. Parecía mentira que, a pesar de que había cosas que de entrada te parecían inadmisibles y nauseabundas, de repente te pasaba algo por dentro, bajo la piel, en los propios órganos, y acababas como el mar, hundida y chapoteando. Simon y ella corrieron a encerrarse en el váter, al final del pasillo, y allí se estuvieron magreando un buen rato, con los vaqueros abiertos, las manos febriles y las bocas chupándose sin fin. De tanto oír a su amiga hablar de ese tío, Clem había desarrollado como celos de ella y un deseo parejo al suyo. Lo necesitaba. Así fue como empezaron las cosas. Las semanas siguientes habían oscilado entre una dulce locura y un profundo remordimiento. Clem no había dejado de odiarlo y de desearlo, de forma simultánea casi siempre.

—Y ahora ¿qué hacemos?

Steph no tenía ni idea. Tenía la sensación de que se habían reencontrado. Sonrió a su amiga, poco faltaba para que se dieran un abrazo.

—¿Vas a volver a verlo?

—No. Se acabó.

En todo caso, era lo que Steph quería creer. Se dirigió a la mesa de orientación que servía para leer el valle. Alguien había escrito varias cosas, con rotulador indeleble. *Kurt Cobain for ever, No future*. Su puta madre.

—¿Te acuerdas del chaval de hace dos veranos? —dijo Steph—. El que

iba con su primo.

Clem no cayó enseguida.

—Sí, hombre. Los que fueron a la playa en canoa. Joder, si estuviste saliendo con el alto. Ya sabes, el de la casa con la loca de su madre.

—Ah, sí. ¿Qué les pasa?

—He vuelto a ver al bajito.

—¿El del ojo a la virulé?

Steph asintió con la cabeza. A sus ojos, el paisaje solo ofrecía ruinas, antiguallas, el aburrimiento de semanas sin sorpresas y rostros de sobra conocidos.

—No pienso volver nunca a esta ciudad de mierda —dijo.

—¿Y eso qué tiene que ver con ese tío?

—No, nada. Lo vi el otro día, en el club náutico.

—¿Y qué pintaba ahí? Si están pelados.

—Estaba trabajando. Y se medio peleó con Romain.

—Ya, eran muy gitanos los tíos esos.

—De todas formas, ha cambiado un montón.

—Para el carro, no te vas a enrollar con un gañán así.

—Que no, hombre. Lo digo por decir, que estaba muy cambiado.

Clem también se puso de pie. Hizo unos molinillos con los brazos para estirar los hombros y espabilarse un poco. Aunque el día declinaba, era como si la temperatura quisiera seguir subiendo.

—El que sí que era mono era el primo.

—Gilipollas, es lo que era.

—Para ya, era guapísimo.

—Sí, pero la casa, y la madre... Muy fuerte.

—Bueno, ¿y entonces? ¿Qué tal el otro? —preguntó Clem.

—No lo sé. Tiene potencial.

—De todas formas, de aquí a dos meses nos habremos ido, y ya no volverán a oír hablar de nosotras.

—Eso seguro —dijo Steph.

Miró el reloj de pulsera. Iban a dar las seis. Anthony la había citado detrás de la central eléctrica abandonada a las nueve. Puede que fuera; al fin y al cabo, ¿quién se lo iba a impedir?

Cuando Hacine apareció en el bareto para recoger a su padre, la gente ya llevaba bebiendo varias horas. Como prefería llegar a pie, había aparcado a bastante distancia. Enseguida supo de qué iba la cosa. Cincuenta metros antes de llegar, ya se veían hombres hablando en la calzada, con la ropa hecha un desastre y medio tambaleándose. Las mesas que habían montado para la ocasión ahora estaban cubiertas de botellines y de platos vacíos. Los manteles de papel blanco, constelados de manchas pardas. Por el arroyo de la calle rodaban los vasos de plástico. Se oían risas de mujer. Dentro, varias voces empezaron a entonar *Les lacs du Connemara*¹², ¡pam, papam, papapapam!, y luego se callaron, dejando oír un rumor bullicioso y alegre.

Antes de aventurarse dentro, al chico le pareció más prudente echar un vistazo. El local estaba hasta arriba y muy animado, y emanaba de él un intenso olor a cerveza, tabaco y piel recalentada por el alcohol y la promiscuidad. Se metió allí dentro como en una sauna, buscando un rostro. Enseguida lo atrapó la vorágine y lo aturdió el ruido. Resultaba un curioso espectáculo el que ofrecían esas mujeres de pro, endomingadas y rojas como un tomate, y esos hombres en camisa de verano, con el nudo de la corbata deshecho, repantingados en una silla, que contaban chistes o hablaban de política, de Bernard Tapie o de Balladur. Varios niños pasados de rosca correteaban entre las mesas y, de vez en cuando, una madre agarraba a alguno y lo sacudía, que aquí no se corre. Pero el juego volvía a empezar enseguida. Hacía tiempo que todo el mundo había renunciado a beber café y las jarras de cerveza fresca eran como una luz encima de las mesas. Las camareras, relucientes como focas, gravitaban interminablemente por la sala para rellenarlas y vaciar los ceniceros de William Lawson del tamaño de un plato de postre. Detrás de la barra, Cathy permanecía pegada a los grifos. Ya habían tenido que cambiar un barril. Estaba haciendo en un solo día la recaudación de seis meses. Los bafles, conectados a la radio Nostalgie, reproducían a media voz *Holidays* de Michel Polnareff. En otro lugar, un hombre descansaba a noventa centímetros bajo tierra. El sobrino se había puesto de pie varias veces

para brindar en su memoria. Ahora dormía en un rincón con la cabeza apoyada en los brazos desnudos. Hacine podía sentir en las suelas la resistencia del suelo, pegajoso de cerveza.

—¡Hacine!

Al final había sido el viejo el que lo había visto a él. Le hacía señas desde una mesa situada al fondo a la izquierda, cerca de la puerta que conducía a la sala de billar de detrás. El chico se reunió con él. Cómo no, todos los árabes se habían sentado juntos. Y aunque habían bebido menos que los demás, no por ello dejaban de estar de un humor excelente. Hacine conocía a varios porque eran vecinos. Los saludó.

—¿Es tu hijo? —preguntó un hombre con la cara chupada, cuya calva brillaba con un reflejo color caramelo.

—Sí. Siéntate un momento.

—Prefiero que nos vayamos ya —contestó el chico.

—Que te sientes, hombre. Venga...

Hacine cedió al final y pidió una coca-cola. Se sentía a disgusto entre esos hombres que habían nacido allá, llenos de ideas ingenuas, que habían trabajado como animales y acababan aparcados en un rincón, bienvenidos, aunque no tanto.

Aunque nunca hablaban de eso con los amigos, no dejaba de ser una espina tremenda. Todos habían crecido temiendo a su padre; esos hombres no se andaban con bromas. Y por otra parte, no se podía tomar totalmente en serio lo que decían. No captaban gran parte de las reglas verdaderas del Hexágono. Hablaban mal el idioma. Recitaban preceptos que ya no estaban vigentes. De modo que sus hijos estaban atrapados entre el respeto que les debían y cierto desprecio de lo más natural.

Por otra parte, esos padres que habían decidido huir de la pobreza, ¿qué habían conseguido a la postre? Todos tenían una tele en color y un coche, habían encontrado casa y sus hijos habían ido al colegio. Sin embargo, a pesar de esos objetos, esas satisfacciones y esos logros, a nadie se le habría ocurrido decir que habían triunfado. Ninguna comodidad parecía capaz de borrar la indigencia original. ¿A qué se debía? ¿A los ultrajes laborales, a las faenas viles, al confinamiento, a ese concepto de inmigrante que los definía en todas partes? ¿O bien a su destino de apátridas que no querían reconocerlo? Porque esos padres permanecían suspendidos entre dos idiomas y dos orillas, mal pagados, poco reconocidos, desarraigados y sin una herencia que legar. Por culpa de todo eso, sus hijos contraían un despecho incurable. Y desde ese

instante, les resultaba casi imposible trabajar bien en el colegio, triunfar, hacer una carrera y entrar en el juego. En ese país que trataba a su familia como un suceso de periódico, el mínimo gesto de buena voluntad parecía un acto de colaboracionismo.

Dicho lo cual, muchos antiguos compañeros de clase de Hacine estaban estudiando para sacar un diploma técnico, en la Facultad de Sociología, la escuela de telecos o incluso en Medicina. A fin de cuentas, era difícil distinguir qué papel desempeñaban las circunstancias, la pereza de cada uno y la opresión reinante. En lo que a él se refería, le daban muchas ganas de primar las explicaciones que lo exoneraban de toda culpa y justificaban las libertades que se tomaba con la ley.

Hacine se terminó la coca-cola. Eran casi las siete. Aquello se estaba demorando. No le gustaban ni el sitio ni los que estaban allí. El ambiente. Además, había quedado con Elliot un poco más tarde para explicarle cómo iban a ser las cosas en adelante. Se avecinaba un periodo delicado. Había que cebar la bomba de agua. Con el kilo que se había traído, pensaba sacar por lo menos 40.000 pavos. Con eso pondría en marcha el negocio. Comprar un kilo directamente al productor *in situ* costaba 1.200 pavos. Aunque conocía a buenos intermediarios, había que ser realista. Le costaría unos 5.000 o 6.000 pavos. Con una inversión de 20.000 pavos, podía conseguir fijo tres o cuatro kilos. Vendiéndolos al detalle, suponía 200.000 pavos. El mecanismo estaría en marcha. Los primeros trayectos los haría él personalmente, pero tenía intención de delegar ese trabajo sucio en otros en cuanto fuera posible. Él no era uno de esos idiotas que, aunque ya son millonarios, siguen cruzándose Europa sin levantar el pie del acelerador solo por la emoción. Se dedicaría a tareas de alto valor añadido: negociar costes, abastecer de materia prima, organizar la logística y gestionar equipos sobre el terreno. Había rehecho los cálculos cien veces. A medida que entrase la pasta, iría apartando cada vez más. El prestigio mediocre de los capos ya no le interesaba. En cambio, esa ansia por enriquecerse seguía intacta. Ya no se trataba de conseguir éxito o comodidades. Necesitaba ese dinero para vengarse y limpiarse los escupitajos.

Estaba convencido de que en algún momento podría llevarse gran parte del pastel entre Reims y Bruselas, Verdún y Luxemburgo. Había competencia, pero no le preocupaba. Al igual que con el retaco de Kader, haría lo que fuese necesario. Solo quedaba poner firme la mano de obra local. Podía adelantar un poco de pasta. No tenía escrúpulos. Pero los primeros meses iban a ser

cruciales. Al igual que antaño los comerciantes de Burdeos, Bristol o Ámsterdam, que se lo jugaban todo con el primer barco, sabía que una sola tempestad podía dar al traste con todas sus ambiciones. Ese riesgo lo estresaba tanto que le chirriaban los dientes mientras dormía. Se despertaba con la mandíbula dolorida, preguntándose qué le había pasado. Elliot y él establecían listas. Cuidadores, vigilantes, vendedores y gerentes. Aquellos a los que habría que convencer y a los que habría que apalear. Empezaría por estos últimos. Dos o tres para dar ejemplo. Con eso bastaría. Le dolía el estómago. Llevaba días cagando líquido. Sin embargo, no sentía nada. Le parecía estar muerto o casi. Se inclinó sobre la oreja de su padre.

—Tenemos que irnos...

—Sí, sí, un minuto.

El viejo se lo estaba pasando bien. A Hacine le daba tiempo a echar una meada. Se puso de pie y vio a Hélène.

De buenas a primeras, no la reconoció. Era una mujer de mediana edad, con una densa melena hasta los hombros. Le recordaba a alguien. Pero ¿a quién? Se quedaron mirándose un segundo. Hacine se devanaba los sesos. En Heillange siempre se cruzaba uno con las mismas caras. Entonces, el que estaba sentado junto a la mujer se puso de pie. Era un chico tirando a cachas, muy joven. Tenía el párpado derecho caído. Hacine dejó de inmediato la silla.

—¿Adónde vas tan deprisa? —dijo su padre.

—Ahora vuelvo.

Por su parte, Hélène reconoció a la primera al joven moreno y articulado como un insecto que acababa de ponerse de pie. Le sostuvo un momento la mirada y luego la saludó educadamente con la cabeza. Tenía los ojos negros con un aspecto mate bastante desagradable. El rostro no expresaba absolutamente nada. Hélène había bebido unas cuantas cervezas y estaba algo mareada. Patrick estaba hablando con su vecino de mesa. A su alrededor, Hélène solo veía caretos rojos y bocas abiertas. Había mucha bulla, y también humo. Algunas mujeres se abanicaban con el folleto amarillo que les habían repartido en la iglesia. Anthony se había puesto de pie y ella tuvo que adelantar su silla para dejarlo pasar.

—Ahora vuelvo —dijo él, a su vez.

Se fue en dirección al servicio, que estaba muy cerca. El joven moreno

estaba cruzando la sala. Siguió a Anthony y la puerta del servicio se cerró tras ellos. Dios mío, pensó Hélène, que de pronto se había quedado helada.

—Patrick...

Lo había agarrado por el brazo, pero él no podía oírla. Y encima estaba hablando de fútbol. Hélène llevaba varios minutos oyendo una melodía de nombres extranjeros, Baggio, Bebetto, Dunga, Aldair...

—Patrick —dijo otra vez.

Ahora estaba suplicándole.

El servicio de la Fábrica parecía un pasillo. Anthony se plantó delante del único urinario y se alivió haciendo trazos caligráficos sobre la porcelana. Se había bebido cinco cervezas y la meada no se acababa nunca. A su espalda había una cabina que cerraba mal. Al lado, un lavabito con una pastilla de jabón sujeta a un tallo metálico para lavarse las manos. Para secárselas, había que buscarse la vida, casi siempre en los vaqueros. La luz entraba por una ventana enrejada. No había más. Anthony empezó a silbar despreocupadamente. Estaba un poco pedo y, sobre todo, contento de que sus padres lo estuvieran llevando tan bien. Al cabo de varios meses de odio e insultos, el hecho de que se trataran con educación ya era un logro magnífico. Y su padre estaba resistiendo. Incluso en un bar. El chico experimentó un extraño ataque de optimismo. Entonces se abrió la puerta.

—Hola —dijo Hacine.

Anthony se subió la bragueta de inmediato y notó un poco de humedad que le bajaba por el muslo. De repente, las paredes parecían muy juntas, y el olor a amoníaco, insoportable. Aparte de la ventana enrejada, no había escapatoria. Volvía a tener catorce años.

—¿Qué tal? —añadió Hacine.

Sin prisa, cerró la puerta y echó el cerrojo, que ya estaba medio arrancado. Se mantenía a unos metros, muy tranquilo, inexpresivo y moreno.

—¿Qué quieres? —preguntó Anthony.

—¿Tú qué crees?

Sinceramente, Anthony no tenía ni idea. Todo aquello era agua pasada. Detrás de la puerta estaba la gente, su padre. Podía oír el suave rumor de las conversaciones y los vasos al entrecuchar. Se estiró la camisa, que se le pegaba a la espalda, y decidió salir.

—¿Adónde vas?

—Déjame pasar.

Hacine lo rechazó con la palma de la mano. Era un gesto linfático, que dejaba una sensación perturbadora, como una tela de araña en la cara. Anthony notó que se le agolpaba la ira en las mejillas. La humillación del otro día con Romain aún estaba latente. Volvió a pensar en que su padre estaba ahí detrás.

—Déjame en paz.

Se produjo entonces un curioso cambio en la fisonomía de Hacine, que, como si fuera una grulla, se quedó a la pata coja mientras recogía la otra rodilla hacia el pecho y alzaba los puños a la altura de la cara, antes de desplegarse de pronto. Con el pie alcanzó a Anthony en el plexo, con un sonido hueco y mate. El chico, desprevenido, salió volando a través de la habitación y cayó de culo, asfixiado. La suela de Hacine le había dejado una marca nítida en la bonita camisa blanca. Bajo las manos, el contacto de los baldosines meados y la superficie basta de la cerámica. No se lo podía creer. Tardó no menos de diez segundos en recuperar el aliento y ponerse de pie.

—Hijo de puta —dijo.

Siguió un intercambio de golpes desordenados, hasta que Hacine cogió un poco de distancia y le soltó una serie de *middle kicks* en las costillas. Golpeaba con la tibia a una velocidad sorprendente, pero lo hacía sin fuerza, mero espectáculo, no pesaba lo suficiente para hacer daño de verdad y Anthony los encajó fácilmente. Pronto se encontraron cara a cara, jadeantes, rabiosos y ridículos. Hacine no bajaba la guardia y se contoneaba con los puños en alto. A Anthony le habría gustado dejar ahí la cosa. A Hacine le faltaba poco para opinar lo mismo.

Entonces la puerta se agitó en las bisagras. Hacine dio un paso lateral. El picaporte se movía y el cerrojo cedió, dando paso a Patrick.

—¿Qué significa esto?

Estaba viendo a su hijo, con la camisa blanca sucia y esa pinta confusamente desaseada. Se volvió hacia Hacine. Hélène acababa de explicárselo todo en pocas palabras. De modo que era él. En la cabeza del padre se iban encadenando las asociaciones con implacable certeza. La moto, el robo, el divorcio.

—No es nada —dijo Anthony, por si colaba.

El padre se lo quedó mirando con cara de disculpa. Luego se centró de nuevo en el cabronazo ese que ponía cara de pato y con el pelo rizado. Moro tenía que ser. Y encima esa mirada opaca y vacía, en la que era imposible leer lo que estaba tramando. A Patrick le entraron al instante ganas de hacerle

daño.

—Así que eres tú —dijo sin más.

—¿Yo qué?

Anthony fue el primero en comprenderlo. Su padre había adoptado esa densidad de guijarro, ese aspecto de estupidez y resistencia mineral. Iba a decir algo, pero Hacine se adelantó.

—Está bien, no me toques las pelotas.

El padre emitió una especie de cloqueo y se disparó el primer golpe.

Venía de lejos, del hombro y de la espalda, le subía de los riñones y de lo más hondo del vientre. Arrastraba consigo penas y frustraciones antiguas. Era un puño cargado de desdicha y de mala suerte, una tonelada de vida maltrecha. Golpeó a Hacine de pleno, en toda la jeta. Al propio Patrick lo sorprendió el efecto logrado. Una bola de petanca no habría resultado más efectiva. Con el impacto, la cabeza salió disparada hacia atrás, chocó con la pared, rebotó y el chico cayó al suelo a cuatro patas. De inmediato empezó a chorrearle sangre de los labios, espesa, mezclada con saliva, a través de los dedos que acababa de llevarse a la boca. Hacine comprobaba la gravedad de los daños con la lengua. Luego se volvió hacia el padre y abrió la boca quebrada. A Patrick le desagradó lo que vio. Veía los incisivos, el izquierdo estaba roto en diagonal, y el otro no estaba. El chico escupió a través del hueco de los dientes. ¿Lo estaba desafiando ese hijoputa?

—Ponte delante de la puerta —ordenó el padre al hijo.

—¿Qué?

—Obedece.

Hacine, que seguía de rodillas, ya solo respiraba por un agujero de la nariz, lo que producía un silbido ronco y acelerado, como una cañería. Los trocitos de hueso que tenía en la lengua le picaban y volvió a escupir. Entonces se fijó en los baldosines del suelo. Los cuadraditos blancos y pardos no estaban colocados al azar. Dibujaban bucles y volutas sabiamente entrelazados, en una amplia composición floral. Notó cómo llegaba el dolor y pensó en el tío que había estado allí arrodillado, mucho antes que él, componiendo, miga a miga, esos motivos delicados para que los pisotearan y los mearan.

—No me obligues a repetirlo —volvió a hablar el padre.

Anthony salió del servicio primero, lívido y con la camisa desgarrada. Su madre se levantó de la silla.

—¡Anthony!

Pero el chico no la oyó. Había demasiado ruido, gente de pie, la música. Se abrió camino con hombros y manos. Al pasar, empujó a un tío que derramó parte de su vaso en la camisa desgarrada. El hombre hizo que protestaba, «bueno, hombre, no hace falta empujar», pero más por trámite que otra cosa. De todas formas, Anthony no veía nada ni a nadie. Iba perdiendo el culo. Desapareció por la puerta sin siquiera volverse.

Cuando Patrick salió a su vez, al cabo de unos segundos, parecía sorprendentemente tranquilo. Se tomó la molestia de cerrar la puerta del servicio y se dirigió a la barra. Allí cogió el primer vaso de priva que encontró a mano. Era un vaso de cerveza que habían dejado a medias. Miró a su alrededor. Cathy, la dueña, charlaba con una mujer que estaba acodada a la barra, con el pelo color cola de vaca peinado como si le hubiese estallado un petardo. Thierry manejaba los grifos de cerveza sin desfallecer y repartía vasos entre los clientes. En torno suyo, se sorprendían miradas, arrugas y detalles. Y seguía el mismo bochinche extenuante. Patrick se pasó una mano por el pelo. Tenía las sienes y la nuca empapadas. Un niño, con la barbilla apoyada en la mesa, observaba a una avispa que había atrapado en su vaso de granadina. La vida transcurría sin malicia, entregada a deshacer y reconduciéndose siempre. Se llevó el vaso a los labios y lo vació de un trago. Entonces en su vientre reinó una paz terrible, un silencio de osario. Le hizo una señal al camarero y pidió otro vaso. Lo mismo, pero esta vez con Picon.

¹² Canción de Michel Sardou.

La central eléctrica abandonada era el peor sitio para una cita. Una ruina cubierta de zarzas en lo alto de una colina que invadían helechos y hierbajos, con restos de fogatas en las esquinas, condones y vidrios rotos. Steph ya se estaba arrepintiendo de haber ido hasta allí. Sobre todo porque el idiota ese llegaba tarde. Así que esperaba de pie, inmóvil en la quietud densa de esa noche de verano. Miró el reloj de pulsera una vez más. Estaba sedienta y caliente.

Acabó llegando, al fin.

El tío apareció en una moto escandalosa y enana, con las piernas muy abiertas, la camisa en jirones, zapatos de calle puntiagudos y cara de pasmo. Pocos metros antes de llegar, paró el motor y siguió en rueda libre hasta que la moto se detuvo muy cerca, con un grácil movimiento elástico de los amortiguadores. Parecía un crío en un caballito de balancín.

—Hola.

—¿Se te había olvidado?

—No. Llego tarde, lo siento.

Puso la pata de cabra y bajó de la moto. Steph lo miraba fijamente. El chico se metió las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros. Se le marcaban los hombros, lo cual no resultaba nada desagradable.

—¿Te has vuelto a pelear?

—No.

—Mira cómo llevas la camisa.

—No es nada.

Lo tuvo esperando un rato. Aunque tenía un poco pinta de gilipollas, después de las putadas de Simon le venía bien el cambio. Y tampoco estaba tan mal. La faceta de rudo tímido también tenía su encanto.

—Bueno, venga, ven aquí. Me estás poniendo nerviosa.

Le hizo una seña y fueron hasta una escalera situada detrás de la central. Desde allí, al menos, se veía el centro de la ciudad, el moteado de las farolas, las carreteras entrelazadas por las que pasaban los escasos coches y la ZUP,

con sus ventanas palpitantes y azules. Las escaleras angostas conducían a lo que habían sido unos vestuarios. Se sentaron uno al lado del otro, tocándose con el codo. Anthony se miraba las manos y pensaba en su padre. Había acudido a pesar de todo. Steph encendió un cigarrillo.

—Entonces, ¿qué te ha pasado?

—Una gresca, no es nada.

Volvió el silencio, aún más espeso por culpa del calor. Con ese tiempo, todo cobraba la consistencia del aceite. La joven le pasaba revista mientras él se miraba los dedos mordidos. Las rojeces del cuello. El pómulo recortado, las mejillas lisas, el ojo morado, esa piel de melocotón, joven, y su olor. Suspiró:

—Eres un soso.

—Hace demasiado calor. Yo qué sé qué decir...

Al hablar hizo un gesto de impaciencia, como si arrojara unas monedas al suelo. Estaba cohibido y dubitativo. A Steph le apetecía divertirse.

—Entonces, ¿para qué hemos venido aquí?

Él la miró. Estaba muy bronceada y llevaba el pelo recogido, pantalones cortos, unas Converse y una blusa blanca sin mangas. Reconoció el perfume, seguía siendo el mismo, el de algodón dulce. Y en los muslos, la pelusilla rubia. Steph le había hecho la pregunta para desafiarlo. Sabía muy bien lo que él quería. Continuó:

—Por lo menos, inténtalo.

—¿El qué?

—¿Te vas a quedar así?

—¿Qué quieres que haga?

—No voy a ser yo quien te diga lo que tienes que hacer.

—¿Quieres que te bese?

—Inténtalo y lo sabrás.

Anthony se lo planteó. Le parecía que era echarle mucho morro. Los ojos de Steph estaban llenos de malicia, pero no tanto como para desanimarlo del todo.

—¿Nunca te has acostado con ninguna tía?

—¡Claro que sí! —se indignó el chico.

—Entonces, ¿cómo lo hiciste con ellas?

—No lo sé, vino rodado.

—¿Y conmigo te bloqueas?

—De todas formas, no te voy a enganchar aquí, en la escalera.

Steph se echó a reír. Por supuesto que no se lo iba a tirar, ni en la escalera ni ningún otro sitio. Pero sí que podía volverlo tarumba para divertirse y luego soltarle un beso de consolación rapidito al final de la noche.

—Bueno, entonces, ¿qué hacemos?

—¿Nos movemos de aquí? —dijo Anthony.

—Espera, hombre. Por lo menos, intenta hacer algo.

—¿El qué?

—Lo que tú quieras.

—¿Lo que quiera?

—Lo prometo, tienes carta blanca.

—¿Cualquier cosa?

—Que sí, barra libre.

Estaba sonriendo, y él, también. Para Anthony era una gran oportunidad, pero también se arriesgaba a mandarlo todo a la mierda. Tenía que hilar fino. Le agarró la muñeca derecha y tiró de la mano hacia él. Steph resistía la tentación de echarse a reír. ¿Qué iba a hacer el muy imbécil? Se acercó los dedos de la joven a la boca y depositó un beso.

—Mierda, un romántico.

—Pues sí.

—Lo que pasa es que eres todo un caballero.

—Total.

Pero mientras tanto, ya había conseguido cogerle la muñeca y ella no la había retirado. Esa piel era un punto de contacto entre los dos, suave. A Steph le brillaban los ojos. Estaban entrando en el terreno despejado y bendito del juego. Justo a tiempo. Ya estaba anocheciendo. En el fondo, las cosas tampoco estaban yendo tan mal.

—Ay, creo que me he enamorado.

—Normal.

—Qué tonto eres. Podrías haberme tocado las tetas.

—O el culo.

—O peor aún.

—¿De verdad?

—No, estás loco.

Recuperó su muñeca y lo apartó por puro trámite. Por la abertura de la blusa, Anthony entreveía el tirante tenso del sujetador, la forma redondeada del pecho y, al borde de la tela, un lunar. La deseaba tanto como si fuera una playa, un pastel o chocolate.

—¡Oye, tú! ¿Necesitas ayuda?

—Vale, pero no he hecho nada.

—Venga, nos movemos.

Steph se puso de pie de un brinco, se volvió hacia la ciudad silenciosa, se sacudió el polvo de las nalgas y puso los brazos en jarras. Ahí estaba, a pie firme delante de él. Una estatua, una Torre Eiffel.

—¿Adónde quieres ir?

—Ni idea. Qué rabia, podíamos haber traído algo de beber.

—Aún podemos. Solo tenemos que ir al club.

—¿Para qué?

Anthony miró el reloj de pulsera.

—A estas horas está cerrado. Sé dónde esconden la llave. Nos colamos, cogemos una botella y nos piramos.

—¿Seguro? —dijo la joven, acercándose a él—. Un poco fuerte, ¿no?

Él también se había puesto de pie y se estiraba, contento de haber empezado a tomar la iniciativa.

—No, para nada. Lo malo es que solo tengo un casco.

—He traído coche.

—Prefiero que vayamos en moto. Es más sencillo.

—¿Ahí se pueden subir dos?

Anthony suspiró. Pues claro que podían.

—¿Y luego me vuelves a traer aquí?

—Por qué no.

—Espera un momento.

La chica corrió hacia el coche, sacó un bolsito marinero de tela, se lo puso en bandolera y se fueron.

—Agárrate, ¿vale?

—Pero ¿dónde?

—Donde quieras.

Se le agarró a la cintura y el chico arrancó de golpe. Mientras se incorporaba a la carretera, la chica le gritó:

—No vayas como un loco, ¿eh?

Fueron raudos por el aire tibio de la noche, con el impulso perfecto de las carreteras departamentales. Al poco rato, Steph empezó a estremecerse. La velocidad subía desde todas partes, por los muslos y por el vientre. Se apretaba contra Anthony, procurando inclinarse en las curvas, con una mejilla pegada a su espalda y los ojos cerrados. El día desaparecía paulatinamente

del campo circundante, dejando tras de sí un pálido resplandor en el horizonte. Pasaron entre eriales, bosques y cultivos. Durante todo el camino, Steph respiró el olor acre del chico. Había bebido, corrido y sudado, olía fuerte. Era un aroma físico y un poco repulsivo. Pero en la oscuridad, ese olor se convirtió en su referencia. La noche se adentraba en ella. Se dejó llevar.

Cuando llegaron al club náutico, Anthony la dejó sola en lo que iba a buscar una botella al almacén. No iba a tardar mucho, pero en cuanto desapareció, la joven se acojonó. Hay que decir que era noche cerrada y ella estaba plantada en pantalón corto al borde de la carretera. En cuanto apareció el primer coche, le entró el pánico y corrió a esconderse en un grupo de árboles que estaba cerca. Se quedó esperando allí, en cuclillas, con las manos en los hombros, sin moverse. El corazón le latía deprisa. El follaje susurraba por encima de su cabeza. Y eso que no soplaba ni pizca de viento. Cuando Anthony apareció de nuevo, se sintió tan aliviada que podría haberle dado un beso.

—Joder, ¿dónde te habías metido?

—Por ahí, eh, que no pasa nada.

Buscaba su contacto instintivamente y se le había agarrado del brazo.

—Esto es una jungla. No estaba tranquila.

Por toda respuesta, Anthony le enseñó la botella de vodka y unos periódicos viejos que había encontrado, para encender fuego.

—¿Puedes meter esto en el bolso?

—Vale. Pásame la botella. Necesito tomar un trago ahora.

Él le alargó el vodka, Eristoff, que ni siquiera estaba frío. Eso le traía recuerdos. El tapón nuevo crujió al girarlo. Steph le pegó dos tragos largos y le devolvió la botella.

—Qué bien sienta.

—Venga, andando —dijo el chico—. No me apetece quedarme por aquí.

Metió el papel de periódico en el bolso de Steph, ella se subió detrás de él y se fueron lo más rápido posible. Ahora Steph lo agarraba muy fuerte.

Todo el contorno del lago estaba sembrado de puntitos luminosos que señalaban las fogatas. En las distintas playas, los jóvenes estaban de juerga o dormían al aire libre. Teóricamente estaba prohibido acampar y beber allí, pero las costumbres primaban sobre las reglas. En verano, los chavales iban allí todas las noches, o casi, para encender fuego, ponerse hasta el culo y

dormirse bajo las estrellas. Esa práctica generaba toda clase de molestias, peleas, deterioros y bastante basura. Por eso el ayuntamiento había organizado campañas de prevención y los alrededores estaban plagados de carteles que recordaban las prohibiciones vigentes. Incluso a veces alguna patrulla ponía multas a los infractores. Pero todo el mundo en Heillange guardaba el recuerdo de haber pasado una noche en la playa o de un beso a la luz de la luna. Y, en términos generales, no se podía hacer nada contra esa tradición.

De hecho, Anthony y Steph tuvieron que andar un buen rato por la playa americana antes de encontrar un sitio tranquilito. Por el camino, pasaron junto a varias pandillas de adolescentes joviales que tocaban la guitarra y ligaban alrededor del fuego. Por fin se acomodaron junto a un círculo de piedras grandes en el que Anthony juntó unas ramas y arrugó el papel de periódico. Encendió una cerilla y las llamas subieron en el acto, amarillas e intensas. Les alteraban el rostro y les alargaban la sombra. Steph se había sentado en la arena con las rodillas subidas. Él se puso a su lado y empezaron a beber. No tenían mucho que decir, pero la cosa iba bien, estaban a gusto, Steph ya no prefería estar en otra parte. Aun así, al amparo del silencio, Anthony volvió a acordarse del viejo. Se preguntaba cómo podría haber acabado la movida de la Fábrica. Esta vez fue Steph la que decidió hablar del tiempo. Era un tema de conversación muy práctico. Bastaba con hacer constataciones.

—No puedo más de calor.

—Ya —dijo Anthony.

—Ni siquiera me deja dormir. Y eso que en mi cuarto tengo aire.

—Vuelve loco a todo el mundo. ¿Has visto en el periódico lo del tío ese del barrio de Blonds-Champs?

—No —dijo ella.

Ya se estaba divirtiendo. En esa zona siempre pasaban cosas flipantes. Bebió un buen lingotazo de vodka para prepararse.

—Resulta que había una familia ahí metida con un montón de críos, los abuelos y perros por todas partes. No curraba ninguno. Esa clase de gente, ya sabes. Y estaban todos en bolas.

—¿A qué te refieres?

—Que hacía demasiado calor y ya no usaban ropa.

—¡No puede ser!

—Te lo juro. Los vecinos llamaron a la poli. Ya no podían más de ver a toda esa peña paseándose así, con el culo al aire.

—¡Ja, ja! No va en serio.

—De verdad que sí. Mi madre me enseñó el artículo. Toda la familia en bolas. Por lo visto, a los polis les costó bastante llevárselos.

El alcohol los amparaba, y al ver cómo se reía Steph, Anthony empezó a hacerse ilusiones. Contaron más anécdotas por el estilo, que abundaban en el valle. Historias de familias endogámicas donde hermanos, padres y primos se confundían en árboles genealógicos rocambolescos. Historias de atracos con palanqueta en oficinas de correos, de persecuciones en tractor, de bailes que acababan a perdigonazos, de cabezudos, de pensiones amañadas, de incestos continuados a lo largo de tres generaciones... El folclore, vamos.

En la orilla de enfrente se apagó un fuego.

—Mira —dijo Anthony.

Ella le apoyó la cabeza en el hombro. Estaban los dos con el puntillo justo, al cobijo de la noche, el fuego y el lago. A partir de ahí, todo se fue encadenando maravillosamente. Ella lo besó. Un beso nervioso que tenía el sabor medicamentoso del vodka. Enseguida se echaron hacia atrás y, tumbados en la arena, enredaron las piernas. Cuando ella le palpó la polla a través del vaquero, el chico se echó hacia atrás.

—¿Qué pasa? —susurró Steph.

Se refrotaba contra él sin ni siquiera darse cuenta. Estaba lista. Le dio un beso.

—Tranqui, ya vendrá.

—Ya lo sé —dijo el chico.

Steph ahogó una risita y se incorporó para estirarse la camisa. Debajo llevaba un sujetadorcito sin aros. A través de la tela se le adivinaban los pezones. Se puso de pie para quitarse los zapatos y los pantalones. Llevaba unas bragas blancas y un poco transparentes, diminutas en comparación con el tamaño de los muslos. Todo su cuerpo, desbordante y lleno, parecía un escote.

—Ven —dijo Steph—, vamos a bañarnos.

—¿Ahí dentro?

—Que vengas, hombre.

Lo ayudó a ponerse de pie y lo llevó a rastras hacia el agua. Al andar, el culo se le bamboleaba untuosamente. Anthony quiso quitarse la camisa.

—¡Joder! —gritó de repente Steph, saltando a la pata coja.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé, he pisado algo.

Se dejó caer en la arena para examinar la herida.

—Apártate de la luz, no veo nada.

Sentada en el suelo con el pie derecho apoyado en el muslo izquierdo, se miraba con cara compungida. Anthony se acuclilló para mirar. Una heridita muy nítida, en forma de almendra, cortaba la piel muy blanca del arco plantar. Parecía una boca.

—No es muy profunda. Pero yo creo que no deberías bañarte.

—Cógeme.

El chico alzó los ojos para mirarla.

—Llévame hasta el agua. No quiero que se me llene de arena.

Anthony se quitó el pantalón con calma y la ayudó a subirse a caballito. Al pasarle los brazos al cuello, Steph volvió a notar el olor que había estado respirando en la carretera. Apoyó la frente en la nuca del chico. Se volvía sencilla y paciente. El agua subió. Cuando les llegó a la cintura, ella se deslizó para ponerse frente a él. Volvieron a besarse. Lo abrazaba con las piernas y con los brazos. Él la sujetaba, con las manos por debajo, rozando la tela de la braga. El agua estaba totalmente templada. Casi daba asco.

—¿A que está buena?

—Sí.

Steph hablaba ahora en voz baja. Se dejaba llevar pegada a él. El agua se confundía con el cielo. Anthony pensaba en todas las asquerosidades que pululaban por ahí, siluros, peces, Colin hijo, podrido y cadáver. Notaba el lodo que se le deslizaba entre los dedos de los pies mientras avanzaba. Un escalofrío lo estremeció.

—¿Tienes frío?

—No.

Ella le apoyó la cabeza en la clavícula. Anthony seguía andando. El agua les cubría ya mucho. No tardaría en perder pie.

—Sujétame —dijo ella.

—Ya te estoy sujetando —contestó Anthony.

Allí, insulares y blancos en plena oscuridad del agua y del cielo, iban a la deriva y la vida merecía la pena.

—Para —dijo ella.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

Él le dio un beso en la oreja. Ella, insensiblemente, había empezado a refrotarse contra él. Estaban a gusto, el agua, a fin de cuentas, estaba deliciosa y ya no iba a llover. La acunaba suavemente, aprovechando el culo maleable y pesado.

—Joder, la tienes durísima...

Lo dijo susurrando. Él quiso demostrarle cuánto.

—No te muevas —dijo ella.

Ondulaba muy despacito pegada a él. A través de la tela de las bragas, Anthony notaba el surco del coño, esa llamada desde lo hondo. Steph se frotaba y poco a poco se le aceleró la respiración. Por debajo del agua, él quiso apartar la tela para entrar en ella.

—No... —dijo Steph.

Se apretaba muy fuerte, apremiante y lánguida. El movimiento había creado a su alrededor una especie de chapoteo regular. El chico le clavaba los dedos en la carne. Sentía unas ganas inmensas de heñirla y penetrarla. Debió de hacerle algo de daño porque gimió.

—Otra vez...

—¿Qué?

—Otra vez —dijo ella—. Fuerte...

Obedeció y ella gimió más, y mejor. A pesar de lo excitado que estaba, Anthony tenía una extraña sensación de soledad y de seriedad. El rostro de Steph seguía oculto. Se enfrentaba solo a la oscuridad, a la presencia animal del lago y al peso del cielo. Steph seguía moviendo la pelvis con ese ritmo hembruno y exasperante. Anthony no aguantaba más. La polla casi le dolía de tanto como deseaba hundirla en esa blandura carnosa, ese corazón palpitante y sanguíneo, el sexo de Steph. Se liberó una mano y la cogió por la cintura. Ella arqueó la espalda. Él intentaba clavársela a pesar de la tela. Una vez más, se movió para intentar sacarse la polla.

—Tsss —dijo Steph.

—Me apetece.

—Cállate. Quédate así. Sujétame, joder...

Lo abrazó aún más fuerte. Ahora respiraba muy deprisa y las caderas seguían el mismo ritmo que su aliento. Él pensó que ya estaba. Iba a correrse.

—Espera —susurró Anthony.

Él también quería gozar. Por otra parte, no era tan fácil, con el agua y la oscuridad. Ella lo apretó con todas sus fuerzas y soltó un suspiro muy raro, un poco grotesco, que le salía desde el pecho.

—Espera —dijo otra vez.

Pero ya notaba cómo el cuerpo de Steph se relajaba entre sus manos, como si fuera una prenda de ropa abandonada. Ella lo soltó y se le puso enfrente, mirándolo. Se estaba desempalmando rápidamente. En torno a ellos, el

silencio tenía un relieve casi insoportable.

—Ahora sácame. Estoy agotada. Tengo frío.

Él se quedó mirando cómo salía del agua. Su silueta bien dibujada, rotunda, cojeaba un poco, y las sacudidas de ese movimiento producían en toda su carne un estremecimiento sexual y vano.

—¿Estás mosqueado? —preguntó Steph.

Se frotaba los brazos dando saltitos mientras se secaba al aire.

—No.

Al cabo de unos minutos pudieron vestirse. Se dirigieron hacia la moto dejando que el fuego muriera tras ellos. Esta vez Steph se sujetó al sillín. A modo de despedida, en la central eléctrica, Anthony obtuvo un piquito. Durante varios días, intentó convencerse de que se la había tirado. Pero fue al revés.

III

14 de julio de 1996

La Fièvre

Al fin y a la postre, las cosas se habían ido encadenando de manera bastante mecánica.

Anthony había cumplido los 18 en mayo. Y luego aprobó el *bac* en junio, en la especialidad de ciencias y tecnologías terciarias, sin repesca pero también sin ilusiones sobre lo que vendría a continuación. De todas formas, eso ya daba igual. En marzo había ido con toda la clase a una feria de orientación que se celebraba en Metz. Un pabellón de exposiciones gélido donde los centros de enseñanza superior iban a cazar clientela. Vendían titulaciones técnicas e ingenierías, había universidades con montones de posibilidades inquietantes de las que no sabía nada de nada. También había un puesto del ejército. Anthony había cogido un prospecto y charlado con la tía que estaba allí, un rubia de uniforme bastante cachonda. Le regaló un CD-ROM y le enseñó fotos de unos infantes de Marina, de submarinos, de pilotos de helicóptero y de un entrenamiento con barro en la escuela militar de la Guayana.

Firmó el alistamiento en abril. Se incorporaba el 15 de julio. Mañana.

El 14 de julio por la mañana corrió sus quince kilómetros, con la fresca, como todos los días. Cruzaba el bosque de Petit-Fougerey y luego rodeaba el lago antes de enfilarse la carretera departamental hasta el albergue de los Cazadores, donde había aparcado el Opel Kadett. Tenía la cabeza vacía, se sentía liviano y duro. Estaba a gusto.

Su madre le había cedido su coche viejo como premio por haber aprobado el *bac*. Menudo regalo. Se averiaba a la mínima. Por suerte, podía llevárselo a los hermanos Munsterberger, que tenían un tallercito en la carretera de Lameck. Le habían arreglado el embrague gratis, y luego le habían cambiado las bujías, el carburador y las pastillas de freno, siempre de gorra. Aunque con el cambio de aceite, Cyril Munsterberger decidió que ya estaba bien.

—Te vamos a enseñar a hacerlo y dejás de tocarnos los huevos.

Los hermanos eran amigos de su padre, dos gordos que siempre iban con la

raja del culo asomando, ásperos, majos y con las manos negras de por vida. Hélène los llamaba «los chatarreros». Su madre se encargaba del papeleo. Era joven todavía e iba bien vestida. Desde su despacho acristalado, velaba por la buena marcha del negocio. Ahora Anthony sabía arreglar el coche solo. Desde entonces, cuando iba a verlos era para tomar un café y charlar un rato.

Al llegar a casa de su madre, Anthony fue directamente al jardincito trasero. Hélène había encontrado un bonito adosado, pequeño, de una planta, por un módico alquiler. El barrio estaba construido encima de un antiguo huerto de frutales. De ese pasado campestre quedaban unos árboles maltrechos, entre ellos el ciruelo en el que Anthony había colgado la barra de tracción. Se quitó la camiseta, se puso un cinturón lastrado y empezó a hacer series. Cinco de veinte. Eran las diez de la mañana, y a pesar de la sombra que daba el ciruelo, enseguida empezó a correrle el sudor por los costados y la espalda. Luego encadenó con abdominales, fondos y estiramientos. La espalda, los brazos, los muslos, el vientre, le dolía todo. Se miró un momento en la puerta acristalada de la cocina. Músculos marcados, silueta esbelta, movió el deltoides.

—Y ahora, ¿qué estás haciendo?

—Nada.

—Anda, mejor ayúdame a doblar las sábanas.

Recogió los trastos y la siguió hasta el salón. Hélène estaba planchando, con las contraventanas cerradas, mientras veía la teletienda que presentaba Laurent Cabrol.

—Toma —dijo, alargándole las esquinas de una sábana bajera.

Se alejaron, la sábana se estiró y la doblaron.

—¿Tienes preparada la bolsa?

—Sí.

—¿Te has acordado de ir a la estación a mirar los horarios?

—Sí.

Estaba mintiendo. Hacía una semana que no paraba de darle la tabarra con eso. Para ella los preparativos de su viaje habían adquirido una dimensión casi existencial. Había hecho listas y pasado noches en blanco. Tenía miedo de que sucedieran calamidades improbables. Los horarios de tren, en concreto, eran motivo de preocupación constante. Anthony la dejaba que hablase. De todas formas, se pasaba la vida angustiándose.

Después de doblar la ropa, el chico volvió a la cocina, pequeña y coqueta. Abrió la nevera, sacó una botella de agua mineral y la vació casi del

tirón, con la cabeza echada hacia atrás, desnudo de cintura para arriba y con el pelo empapado.

—Oye, la nevera.

Cerró con el pie y estiró los brazos por encima de la cabeza, con los dedos entrelazados y las palmas hacia fuera. A Hélène no le gustó lo que vio. Desde los dorsales hasta el trapecio, había el mismo dibujo, nervudo y denso, que se anudaba en el hombro antes de surgir de nuevo en los tríceps. En su opinión, todo aquello no era más que una reserva de brutalidad. Detrás del músculo adivinaba la posibilidad de los golpes. Ya había visto demasiados y ahora ya no aspiraba más que a su paraíso estático, sin sacudidas ni remordimientos. Su ideal era una mediocridad gris.

—Con tanto deporte, vas a terminar haciéndote daño.

—Voy a ducharme.

—Acuérdate de la bolsa.

—Que sííí —dijo Anthony, abriendo los brazos de par en par—. Déjalo ya. Estoy en ello.

—Brrrr —soltó ella, enfadada, espantándolo como a una mosca.

La irritaba, con esa pinta de muñeco Michelin y ese contoneo constante, como si siempre fuera cargado con *packs* de botellas de agua. Tenía la esperanza de que en el ejército supieran qué hacer con ese corpachón estúpido. Anthony era de otra opinión. Al igual que miles de chavales pobres que nunca habían sido felices en el colegio, se marchaba para hacerse un sitio, aprender a luchar y conocer el país. En eso coincidía con el concepto que tenía su padre de lo que era un hombre. No habían visto todas esas pelis de Clint Eastwood en vano. Se lo había explicado a su madre. Hélène se reía. Conocía a unos cuantos que se habían alistado por la bronca y el exotismo. Todos habían vuelto asqueados de la disciplina, los funcionarios y los pijoteros, sin haber salido nunca del cuartel más que para ir a beber cerveza mala a los bares de alguna subprefectura.

Después de ducharse, el chico se afeitó. En el espejo ya no se veía el ojo cansado. Solo los hombros, con su denso cableado, la verticalidad lisa de los pectorales, los oblicuos y los bíceps, que incluso en reposo seguían inflados. Abajo, en la cocina, la olla a presión soltaba su «pssst» giratorio y familiar, mientras el olor de la comida empezaba a invadir la casa. Hélène estaba oyendo la radio, la cadena Europe, como de costumbre. Los parloteos de

fingida jovialidad alternaban con los títulos de los grandes éxitos. Reconoció *Gangsta Paradise* y, mientras se lavaba los dientes, sonó el teléfono. Cerró el grifo y entornó la puerta para escuchar. Entre la olla y la música, no se oía casi nada. Hélène hablaba bajo, «sí, no, sí, claro». Llamó:

—¡Anthony!

Él se quedó sin decir nada en el umbral, con el cepillo en la mano. La menta le picaba la lengua. Aguantaba la respiración. Al cabo de unos segundos, su madre repitió:

—¡Anthony!

—¿Qué?

—¡Es tu padre!

—Me estoy duchando.

—Pues no lo oigo.

—¿Qué quiere?

—¿Y yo qué sé? Venga, ven.

—Dile que luego lo llamo.

—¡Que bajes, hombre!

—No. Estoy en bolas.

—¡Pues vístete, joder!

El chico dio un portazo, a ver si así lo pillaba. Luego volvió al lavabo, escupió y se enjuagó la boca. Le cruzaba la frente una arruga de preocupación. Se quedó un rato mirándose fijamente en el espejo. No se le ocurría cómo atajarlo.

Cuando fue a la cocina, su madre estaba fumando y hojeando un número atrasado de *Point de vue*¹ que le había pasado la vecina. La mesa estaba puesta y la olla seguía pitando. A través de los cristales empañados no se veía nada. Se sentó enfrente de ella, esperando a que se dignara alzar los ojos. No lo hizo.

—¿Qué quería? —preguntó el chico, por si acaso, al cabo de un rato.

—¿A ti qué te parece?

Le lanzó una mirada por encima de las gafas, dos por el precio de una, con esa expresión a la vez contrariada y satisfecha que era tan irritante. Anthony se esforzaba por respirar despacio. Mañana se habría acabado todo, no merecía la pena cabrearse.

—Es tu padre.

—Ya lo sé.

—¿Cuándo piensas ir?

—Ni idea.

—Te vas mañana.

—Ya lo sé.

Dio la última calada, aplastó la colilla minuciosamente y se puso de pie para ocuparse de los fogones.

—He preparado carne asada y judías. ¿Quieres pasta, además?

—Sí, me apetece.

Necesitaba azúcares lentos, féculas, para ganar volumen. Su dieta se había convertido en un tema complejo. Usaba palabras como «electrolitos», «índice glucémico» y «aminoácidos». Su madre tenía que ponerle carne en todas las comidas. Lo de los musculitos era un pozo sin fondo.

—¿Qué le has dicho?

—Que te estabas duchando. ¿Qué querías que dijese?

—Y él, ¿qué ha dicho?

Hélène había llenado una cazuela debajo del grifo y sacado unos macarrones de la alacena. El gas silbaba azul mientras esperaba a que empezara a hervir el agua. Permanecía de espaldas. Anthony vio que decía no con la cabeza.

—No ha dicho nada en particular.

—Me pasaré dentro de un rato —dijo Anthony.

—¿Y esta noche?

—¿Qué?

—¿No vas a salir?

—Igual me doy una vuelta.

—Te recuerdo que te vas mañana.

—Ya lo sé.

Se había dado media vuelta con el paquete de macarrones en la mano y le brindaba su cara de sacrificio y de madre abnegada. Llevaba tanto tiempo sufriendo para llegar, para poder ir tirando, y nunca se llegaba a nada y, a fin de cuentas, se podía hacer tan poco. Al final se había vuelto incapaz de aguantar que los demás hicieran las cosas a su manera, que el motor del mundo fuera el conflicto y que nunca dejaran de aparecer nuevos obstáculos para impedir que se cumpliera su gran sueño de pacificación.

—Ya sabes que si llegas tarde, te conviertes en desertor.

—Pero quieres dejarlo ya...

—¡Que sí!

Por suerte, sonó el avisador. Hélène sirvió la mesa. Anthony no movió ni

un dedo. Se quejó de que la carne estaba sosa. Hélène se levantó para ir por la sal.

—Toma.

—Gracias.

—¿Y a qué hora sale tu tren?

El chico comía llenando mucho el tenedor, con un brazo doblado entre su cuerpo y el plato, echándose hacia delante. La comida le quemaba la boca y sabía bien, a mantequilla y a costumbre.

—Te lo he dicho quinientas veces. A las diez y cuarto.

—Si yo fuera tú, no saldría esta noche. Quédate aquí, tranquilamente. Y te alquilas una peli. Podríamos cenar *pizza*.

—Joder, mamá.

Se había enderezado y hablaba con la boca llena y los ojos muy abiertos, como si la mirada pudiese compensar la dificultad para vocalizar.

—Es 14 de julio. No voy a quedarme aquí como un gilipollas.

—Gracias por llamarme gilipollas.

—¡Si yo no te he llamado gilipollas!

—¿Y cómo quieres que me lo tome?

—Jooodeer...

La comida prosiguió en silencio. Hélène apenas tocó el plato, se conformó con contemplar a ese hijo que engullía la comida que había preparado para él, un bocado tras otro. Solo se oía el ruido que hacía al masticar, su respiración y el golpeteo del tenedor contra el plato. Anthony se sirvió más carne con pasta y luego se zampó dos Danettes de postre. Bien pensado, que hiciera lo que le viniese en gana; al fin y al cabo, era su vida.

Mientras Hélène llenaba el lavavajillas, Anthony encendió la tele. Faltaba poco para los Juegos Olímpicos. Siempre se veían las mismas caras, el gordo de Douillet, Marie-José Pécé, Jean Galfione y Carl Lewis, viejo pero magnífico. Desde el cielo, Atlanta parecía un tablero de juego, como un Monopoly reluciente, erizado de elevadas torres de cristal y de acero. Todo era color mercurio, limpio, afilado, de una modernidad apabullante bajo un sol plúmbeo reflejado mil veces, con 40 °C a la sombra, menos mal que era la ciudad de la coca-cola, seguro que refrescos no faltaban. El rumor del lavavajillas lo obligó a subir un poco el volumen. Cuando terminó, Hélène se secó las manos en el delantal y encendió otro cigarrillo. Estaba mirando a su

hijo. Fue a sentarse.

—La verdad es que se hace raro.

Anthony tenía los ojos clavados en la pantalla. Intentaba sacarse con la lengua un trocito de carne que se le había metido entre los dientes.

—¿El qué? —dijo distraídamente.

—No, nada. —Y, al cabo de unos segundos, añadió—: Que no se te olvide subir tus trastos al desván.

—¿Qué trastos?

—Toda esa chatarra tuya.

—Ya.

Hélène se refería a todo su material, pesas, barras de hierro, el banco de musculación, todo ello financiado por Sofinco². Al menos, con eso no estaba fumando droga.

—Ya es ya —dijo Hélène—. Ahora.

—Que vale. Estoy viendo las noticias. ¿No puedes esperar un segundo?

—Ahora mismo. No es cuestión de hacerlo cuando ya te hayas ido. Pesa demasiado, yo no puedo hacerlo sola.

Anthony dejó de mirar la pantalla un instante. Su madre tenía esa expresión imperiosa y dolida que se había convertido en su defensa y su arma, como si dijera «puede que sea una pesada, pero esta sigue siendo mi casa». Desde que vivían los dos solos, ella cedía en casi todo y, objetivamente, Anthony se había aprovechado al máximo. Así fue como consiguió la moto, la Play, la tele de su cuarto, por no hablar de los tres pares de Nike Air que estaban muertas de risa en el armario de la entrada. Simultáneamente, por un fenómeno de compensación bastante misterioso, se volvió de lo más tiquismiquis con los detalles, inflexible con los horarios y pesada hasta decir basta con la pulcritud de los suelos o el desorden de su armario. Ese contraste era motivo de peleas continuas. Al igual que un viejo matrimonio, se soportaban amargamente. También eso había contribuido a que Anthony decidiera largarse.

—Ahora —ordenó la madre con los brazos cruzados y el cigarrillo en el aire.

El chico se puso de pie soltando un suspiro. Fue el tiro de gracia:

—¡Y no subas con las zapatillas de andar por casa! Que se les va a pegar toda la porquería.

Efectivamente, el equipo ocupaba un montón de sitio. De hecho, por eso

mismo los coches dormían en la calle. Guardó las pesas en las fundas tricolores, ordenó las barras y se puso a desmontar el banco. Poco a poco, se le fue pasando la irritación. Tenía que reconocer que la madre las había pasado putas. Después del divorcio, vino el juicio del padre. Aunque al final no fue a la cárcel, fue lo que se estuvieron temiendo hasta el último momento, pues era el único desenlace que parecía lógico. En cualquier caso, la familia había perdido el poco dinero que le quedaba por culpa de ese asunto de violencia. Su padre se había endeudado para el resto de su vida. Tanto que cabía preguntarse para qué iba a seguir trabajando si ese esfuerzo nunca bastaría para cubrir todo lo que le reclamaban los abogados y la justicia. Entre las costas, la multa y lo que le había costado el despido, estaba más que limpio. En el fondo, era una lección increíble. Si te salías de los cauces establecidos, la sociedad disponía de todas las herramientas necesarias para dejarte fuera de juego. Los legisladores y tu banco lo tenían todo muy bien organizado. Una deuda de seis cifras y ya solo te quedaba irte al bar a esperar que te llegara el fin, privando con otros desgraciados de tu misma ralea. Obviamente, Patrick Casati no tenía la mínima excusa. Toda su vida había sido corto de miras, alcohólico y violento. No por ello el resultado dejaba de ser pasmoso. Destierro sin apelación.

Durante el juicio, citaron a Bouali padre como testigo. Respondió a todas las preguntas educadamente, con esa voz pedregosa tan bonita y casi inaudible, ofreciendo la imagen de un hombre saturado pero digno, que había gustado mucho a la jueza. Al final, le ofrecieron la oportunidad de dirigirse directamente a Patrick, su antiguo compañero de trabajo. Quizá deseara decirle algo, hacerle alguna pregunta. Malek Bouali contestó que no tenía nada que decir. Su pasividad se parecía a la sensatez. Pero puede que solo estuviera cansado.

—¿Y usted, señor Casati? ¿Quiere decirle algo al señor Bouali?

—No, señoría.

—Sin embargo, ustedes se conocen.

—Sí.

—Bueno —concluyó la jueza, golpeando dos veces la carpeta que tenía ante sí con la punta del boli Bic.

Cada uno se fue por su lado, con su historia y sus ofensas. Ese encuentro desperdiciado pesó mucho en la sentencia.

Después de la época del juicio, Hélène Casati tuvo que enfrentarse a otras desdichas. La dirección de la empresa en la que llevaba veinticinco años

currando decidió reorganizar las tareas administrativas, que ahora se llamaban «funciones de soporte». Así que su jefe la sometió a una serie de pruebas para asegurarse de que sabía hacer el curro que hacía. Luego, un auditor externo, un tío de Nancy con traje Ted Lapidus y el pelo engominado, decidió que no tanto. Por eso tuvo que volver a hacer un curso, conducir hasta Estrasburgo, acojonada, para volver a aprender lo que ya sabía. Volvió a ser una niña, a la que reprendían amablemente y que necesitaba supervisión para familiarizarse con las nuevas herramientas en un mundo cambiante. Al final, el curro seguía siendo hacer las nóminas, es decir, sumar líneas para obtener un resultado abajo a la derecha. Pero lo que había cambiado radicalmente era toda la parafernalia de alrededor, que se había vuelto opaca, sentenciosa e inglesizada. No tardó en llegar a la oficina una nueva jefa con ideas, veinte años menos que ella y un máster en administración de empresas recién traído de Estados Unidos. No perdía ocasión de contarle ni tampoco de lamentarse largo y tendido de que en Francia todavía hubiera tantos obstáculos inútiles que impedían el indispensable avance de toda una civilización. Porque en Berlín había caído un muro. Desde entonces, la historia había concluido. Solo quedaba salvar las últimas dificultades con herramientas informáticas y organizar la unión pacífica de cinco mil millones de seres humanos. El futuro traía la promesa de un progreso sin límites y la certeza de una unidad igualadora. Hélène enseguida comprendió que ella constituía uno de los frenos que entorpecían ese movimiento histórico. Lo cual le generó cierto despecho que se saldó con una baja de dos meses y una cura de antidepresivos. Cuando regresó a su puesto, se encontró con que habían asignado su despacho a los nuevos compañeros que habían contratado en *marketing*. La colocaron en otro sitio, en un *open space*. Para seguir teniendo en su escritorio la foto de su hijo y su planta, tuvo que enviar una carta certificada a la inspección de trabajo. Desde entonces, no tenía mucho que hacer. Se habían olvidado de ella. En un cajón cerrado con llave guardaba cajas de galletas, caramelos y cacahuets. Picoteaba. Había engordado once kilos. Por suerte, tenía un buen metabolismo y esa grasa reciente se había repartido de forma más o menos armoniosa. Además, le habían diagnosticado problemas de tiroides. Había empezado a tomar Levothyrox³. Se sentía muchas veces cansada y deprimida, no tenía ganas de nada, se moría de calor y sus compañeros no querían abrir las ventanas, porque ya estaba el aire acondicionado. Por lo menos, se había echado un novio nuevo, Jean-Louis, que no era muy listo pero sí buena gente. Siempre se le estaban escurriendo las gafas de la nariz y, como trabajaba en

restauración, olía un poco a patatas fritas. Al menos, sabía hacer el amor.

Anthony tardó casi dos horas en subir todos los cachivaches a la buhardilla. Hecho lo cual, no le quedaba otra que volver a ducharse. Pero antes decidió hacer el equipaje. Eran ya casi las tres.

Al entrar en su cuarto, se encontró con todas sus cosas ordenadas. Encima de la cama había una pila de camisetas planchadas, dos camisas, mudas, los vaqueros limpios y la bolsa de aseo nuevecita. Al abrirla, comprobó que también estaba todo perfecto: maquinilla, desodorante, pasta de dientes, bastoncillos y todo lo demás. Su madre había pensado en todo. Le ponía de los nervios. Estaba conmovido.

Sacó del armario la bolsa de deportes grande y se puso a llenarla con sus cosas. Al levantar la pila de camisetas, descubrió dos Snickers. Al cogerlos se le hizo un nudo en la garganta. Esta vez, se marchaba de veras. La infancia se había terminado.

La había aprovechado bien. ¿Cuántas veces le habían dicho «tienes suerte de ser menor»? Los años que se había pasado buscando bronca, metiéndose en trapicheos, robando escúteres, cargándose el mobiliario urbano por pura diversión, vagueando y haciendo pellas. La minoría de edad tenía esa virtud ambigua, por una parte te protegía, pero cuando concluía te lanzaba sin más a un mundo de una ferocidad hasta entonces insospechada. De la noche a la mañana, la realidad de lo que habías hecho te daba en los morros, las segundas oportunidades ya no tenían razón de ser y la paciencia social se agotaba. A Anthony lo intimidaba doblar ese cabo, aunque tampoco acababa de creérselo. El ejército era otro regazo en el que esconderse. Allí solo tendría que obedecer.

Sobre todo, era un medio de largarse. Quería marcharse de Heillange a toda costa y poner por fin cientos de kilómetros entre su viejo y él.

Después del juicio, Patrick tuvo que mudarse otra vez. Ahora vivía en una planta baja, en un estudio de dieciocho metros cuadrados a la salida de la ciudad, por donde Mondevaux, en un antiguo cuartel reformado para vivienda. Desde la ventana veía los locales de la Ddass⁴, una rotonda, la vía del tren y una valla publicitaria que lo animaba a ir, según los días, al Leclerc o al Darty. Una vez que a Anthony lo sancionaron a servicios comunitarios, le tocó cumplirlos por aquella zona. Vio a su padre volver de la tienda con un *pack* de veinticuatro birras debajo del brazo. «Al loro», dijo Samir, el tío que estaba arrancando hierbajos con él. El padre se tambaleaba bajo el peso de las latas. Cerveza barata, del Aldi. Para abrir la puerta de casa, dejó el *pack* en el

suelo, rebuscó en los bolsillos, encontró la llave y entró, dejándose olvidado fuera. A los dos minutos salió a buscarlo, y Samir se descolgó.

En los últimos dos años, Anthony se había encontrado varias veces a su padre dormido con la ropa puesta encima de la piltra, medio comatoso. Era un espectáculo perturbador. La almohada manchada, la boca abierta y ese sueño de muerto. Después de comprobar que seguía respirando, aprovechaba para limpiar un poco. Llenaba bolsas de basura de cien litros con las botellas vacías, pasaba el aspirador y ponía una lavadora. Cuando terminaba, se marchaba dejando la puerta cerrada, porque tenía llave. También se pasaba de vez en cuando a llevarle algo de papeo que había preparado su madre. Cuando su hijo estaba allí, el padre no bebía. Anthony le calentaba el plato de lasaña y lo miraba comérsela. No se quedaba mucho rato. Al terminar, el viejo liaba un cigarrillo. Seguía teniendo buen pulso. Estaba algo tocado, pero nada más. Los miembros algo flacos, la cara hinchada, los ojos que vacilaban a veces. Pero seguía siendo él, más duro y más reservado. Anthony miraba cómo desaparecía en el humo del tabaco liado y decía: «Bueno, pues yo me marchó»; «Pues, hala, vete», decía el padre. Le venía bien porque tenía sed.

Durante esa época, lo que lo mantuvo fueron, una vez más, la noche y el placer de conducir. Anthony se iba solo, como una catarata, preciso, por las calles que se le habían acabado grabando en el vientre. Rondaba por los alrededores desde niño y se conocía cada casa y cada calle, las urbanizaciones, los escombros y los adoquines. Había pasado a pie, en bicicleta y en moto. Había jugado en esa avenida, se habían metido con él en aquel murito, se había morreado debajo de la marquesina del autobús y había deambulado por las aceras, junto a esas naves gigantescas donde unos camiones frigoríficos esperaban por las noches en un silencio de muerte.

En la ciudad veía las tiendecitas de ropa, de muebles o de electrodomésticos que pronto morirían por culpa del nuevo polígono de Montants. Estaban los pisos con molduras del centro, que se alquilaban por una miseria a profesores o funcionarios de la Delegación del Gobierno. Y esas mansiones fastuosas sin dueño desde que los oficiales se habían mudado con el regimiento. Por no hablar de todos los locales pequeñitos que daban a la calle, servicios informáticos, tiendas de ropa, panaderías con pizzería, kebabs, y también no menos de quince cafés, abiertos de par en par, con fútbolín, *pinball*, tele, juegos de rascar, algunos periódicos, sobre todo locales, y, a menudo, un chuchito tumbado en un rincón. Anthony se marcaba la ruta a través de ese paisaje tan familiar como un rostro. La velocidad, el desfile gris de las

fachadas, el resplandor a trompicones de las farolas, el olvido. No tardaba en llegar a la carretera departamental y seguía todo recto, hacía allí, el extremo. Entre el insti y la parada del autobús, entre la piscina y el centro, entre el lago y el MacDonalds, yacía un mundo, el suyo. Lo recorría sin tregua, a toda velocidad, persiguiendo un riesgo, una línea estrecha.

Esa noche se subiría en su moto de 125 por última vez e iría a la fiesta. Bebería y bailaría. Y mañana, a las 10.15 h, el tren. *Ciao tutti*.

El teléfono volvió a sonar en el piso de abajo. Lo cogió su madre. Y luego, oyó subir su voz:

—¡Anthony!

—¿Qué?

—Es tu padre.

¹ Revista francesa sobre el famoseo.

² Entidad de crédito francesa.

³ Eutirox en España.

⁴ Direction Départementale des Affaires Sanitaires et Sociales (Dirección Departamental de Asuntos Sanitarios y Sociales).

Hacine se despertó y su primer pensamiento fue para Coralie. El segundo, para los dientes que ya no estaban en su boca. Había pasado la noche en el clic-clac del salón y le dolía un poco la espalda. Las cortinas flotaban en el vano de la ventana abierta. A lo lejos se oía el suave rugido de los coches que circulaban por el viaducto, que estaba muy cerca. Se quedó un rato sin moverse. Estaba pensando.

Seb, Saïd y Elliot se habían plantado allí la víspera y se habían quedado a pasar la velada. Los dos primeros se marcharon a eso de las tres de la madrugada. Elliot se quedó a dormir. Todavía está sobando, al otro lado de la mesita baja, tumbado en el colchón inflable. Mientras dormía, había apartado la sábana y se le veían el torso grueso, el calzoncillo blanco y las piernas flacas como las de un cadáver. Piel y huesos. Aunque no por ello dejaban de estar cubiertas de un denso vello muy negro.

Hacine se incorporó sobre los codos. Enseguida notó el espantoso olor que flotaba en la habitación. Buscó con la mirada. El desgraciado ese seguramente había vuelto a aliviarse en un rincón. Ya hacía casi dos meses que estaba en casa y por mucho que lo sacaran a pasear y le metieran la nariz dentro, no podía evitarlo. Pero a pesar de todo era un cachondo y Hacine sonrió imaginando cómo dejaba el regalito de extranjis mientras todo el mundo dormía.

Los colegas habían llegado sobre las ocho, como todas las noches desde que Hacine y Coralie habían vuelto de vacaciones. Habían montado la juerga habitual, porros, pizza, y habían encendido la Play para jugar al *FIFA* bebiendo Tropic⁵. La alfombra del salón aún estaba cubierta de cajas de Domino's, ceniceros llenos, los mandos de la consola y ropa tirada de cualquier manera. Hacine contemplaba el campo de batalla con una pizca de melancolía. Mañana volvía al curro. Habían pasado la última noche tranquila, se acabaron las vacaciones. Además, por una vez, Coralie no los había estado incordiando. Los dejó terminar una copa del mundo sin decir esta boca es mía. De todas formas, mientras estuviera con su perro y le pasaran el canuto,

siempre se podía negociar. Aunque en cierto momento no les quedó otra que pasarse a *Super Mario*. Era un poco coñazo porque como no tenían toma múltiple, cambiar de juego suponía desconectar la Play para pasarse a la NES. Estando muy pedo, la maniobra podía durar hasta veinte minutos.

Hacine fue a la cocina a por una bolsa de basura para recoger todo lo que andaba rodando por ahí. Prefería que estuviera todo limpio antes de que Coralie se levantara. Se había quedado sopa en el clic-clac poco antes de las doce, era su hora, y él la había llevado a la cama. Para él y sus colegas, era la señal para empezar a divertirse de verdad. Estaban entre tíos, podían decir tacos, Elliot no paraba de liar unas trompetas cargadísimas y se descojonaban hasta que les dolía todo. Sobre todo porque Seb siempre estaba convencido de que podía ganar la copa con Camerún.

—Ni de coña, tío, ni aunque jugaras cien años.

—Pero, en serio, ¿qué interés tiene ganar con Brasil? ¿Dónde está el reto?

—El reto eres tú.

—Tú a callar, ¿a quién te coges? ¿A Brasil?

—Sí, Brasil.

—Pero qué cagado eres. Cógete por lo menos a Holanda.

—¿Qué Holanda ni qué Holando? ¿Qué se me ha perdido a mí en Holanda?

Elliot sentía debilidad por Argentina. Hacine alternaba entre la Mannschaft y el equipo de Inglaterra, dos equipos sólidos, de balones largos, podía hacer pases en diagonal de 40 metros, rematar de volea, ¡PIM PAM: gol! Así no tenía que andar regateando por todo el campo. Usaba un sistema de 4-2-4 y pateaba todo lo que podía, no tenía ninguna paciencia. Saïd apostaba por la Squadra Azzurra. Nadie, jamás, había elegido a Francia. Los cabrones de los Bleus no habían sido capaces de ganar nada de nada desde que Platini colgó las botas.

Hacine encontró por fin sus dientes al pie del halógeno. Los olió y se fue al cuarto de baño. Iba descalzo, en calzoncillos y con una camiseta con «Just do it» impreso en la espalda. Cepilló la prótesis con pasta de dientes y se la colocó en la mandíbula superior. Siempre notaba un segundo de incomodidad, una sensación mecánica. Luego los dientes se colocaban en su sitio de forma natural. Se miró en el espejo. Eran rectilíneos y magníficos. Falsos.

Al volver al salón para despertar a Elliot, pasó por el dormitorio. Coralie estaba durmiendo en bragas y sujetador, no se había atrevido a desnudarla del todo. A su lado, *Nelson* respiraba deprisa, hecho un ovillo contra su vientre. Tenía algo de foxterrier y otra cosa. Coralie le había estado dando la tabarra

durante casi seis meses para adoptar un perro. A Hacine no le entusiasmaba. Huele mal, cuesta dinero, hay que sacarlo y ¿qué vamos a hacer con él si nos vamos por ahí? Nunca vamos a ningún sitio. Total, que ahora tenían viviendo en casa a ese chuchito desmadrado y achuchable y para las vacaciones tuvieron que buscarle un cuidador, porque al final sí que habían ido a algún sitio. Para ser totalmente sincero, y contra todo pronóstico, Hacine había disfrutado de esos días en la costa. Coralie había descubierto un *camping* estupendo en Six-Fours, con pinos piñoneros, tres piscinas, veraneantes habituales y familias. Se habían cruzado toda Francia en el Fiat Punto para pasar quince días sin pegar palo al agua, tranquilos, aguantando los precios abusivos de los comerciantes locales y el ruido de los críos, borrachos de cigarras, de calor, de clarete fresco y de multitudes. Hacine se había dejado llevar. Por la mañana madrugaban y desayunaban delante de la tienda diciéndose cosas de una neutralidad muy relajante. Los vecinos los saludaban. Se pasaban el día en chanclas, casi desnudos, respirando ese maravilloso olor a savia parda y aromática que subía del suelo sembrado de agujas de pino. Luego la pareja iba a la playa en coche. Coralie hacía crucigramas. Él miraba a la gente, incrédulo y agobiado de tanto sol. Se bañaban por turno para vigilar sus cosas. A continuación comían tomates y pollo a la parrilla, berenjenas fritas, ensalada de arroz y sardinas. La vida era de una sencillez desconcertante. Después de comer se quedaban dormitando en las sillas de tela mientras el calor caía como un silencio. Aquello se llamaba «siesta». A la sombra de su toldo, muy cerca, una pareja de cincuentones escuchaba el Tour de Francia, bajito, en un transistor viejo. De las piscinas llegaba otro rumor, mezcla de plufs y de gritos de niños.

Hacine ya conocía esa sensación de modorra, el agobio del mediodía y el placer de no hacer nada. Pero lo de allí no tenía nada que ver con Marruecos. Los franceses ponían un empeño particular en vivir sus vacaciones. En esa pereza organizada, había algo desafinado. En los supermercados climatizados, en las playas, cuando iban a ducharse o fregaban los cacharros, le parecían demasiado aplicados, casi ansiosos de hacerlo bien. Y además, en la superficie se mantenía la certeza del regreso, como una amenaza, un tope a la felicidad permitida del *far niente*.

La vuelta lo había sorprendido más aún. Cuando volvía de Marruecos con su familia, Hacine siempre se sentía atrapado entre dos desarraigos. Esta vez, mientras viajaba por la A-7 con Coralie, experimentó una añoranza de una naturaleza muy distinta. En los atascos, en la gasolinera, en los peajes, en las

áreas de descanso se había sentido integrado, en su lugar en todo momento, como los demás. En el fondo, esas trashumancias episódicas, el famoso cambio de turno, actuaban como un unificador inmenso. En el amargo regreso al redil, en la nostalgia de las veladas en el puerto y la añoranza de los plátanos de sombra, millones de ciudadanos en pantalón corto interpretaban para sí mismos una ficción muy grata de hombre libre. Allí se forjaba mucho más la identidad francesa que en la escuela o en los colegios electorales. Y, por una vez, Hacine formaba parte de ella. Sin embargo, la otra cara de la moneda de esa integración de vacaciones pagadas era que había que volver al trabajo.

Era domingo, 14 de julio, y mañana tocaba currar otra vez.

Mientras se bebía el café sentado en la cocina, con la mirada perdida en el paisaje, le daba vueltas a esa fatalidad. Eran casi las diez y Elliot seguía durmiendo. Hacine había recogido lo más gordo y limpiado la mierda del perro. La nevera estaba casi vacía. Y además, no había hecho ninguna de las tareas imprescindibles que tenía previstas para las vacaciones. En teoría, iba a encargarse de cambiar el lavabo del cuarto de baño, que estaba rajado, y luego de la ventana del dormitorio, por la que se colaba la corriente. De hecho, Coralie y él habían ido a Mr Bricolage y a Leroy Merlin, pero las dos veces habían vuelto con las manos vacías. Hacine no sabía nada de bricolaje y tenía miedo de que lo estafaran, lo que lo volvía desconfiado, y se negaba a hablar con los dependientes. Por suerte, justo al lado había otras tiendas para comprar objetos de decoración, ropa, videojuegos, equipos de alta fidelidad, muebles exóticos y luego ir a picar algo. En eso residía la belleza de esas zonas comerciales de las afueras, donde se podía estar deambulando días enteros, sin hacerse preguntas, fundiéndose la pasta que no se tiene para alegrarse la vida. Al final, fueron incluso a King Jouet y recorrieron los pasillos, con una sonrisa en los labios, pensando en lo felices que habrían sido de niños si hubieran podido tener todo eso. Total, que tenían el piso lleno de velas, farolillos de plástico, mantitas de forro polar y adornos de inspiración búdica. Coralie tampoco había podido resistirse a dos sillones de mimbre con cojines blancos. Con la yuca y unas plantas de interior en las esquinas, la verdad es que el conjunto había ganado cierta distinción. Y estaría aún mejor cuando Hacine se decidiera a clavar un clavo para colgar la foto del puente de Brooklyn que estaba esperando apoyada contra la pared.

Coralie se levantó hacia las doce. Había esperado hasta que Elliot se marchara porque cada vez que su madre iba a buscarlo, aquello era un circo, y prefería quedarse en la cama. Por lo visto, Elliot pronto empezaría a cobrar el subsidio de invalidez y podría mudarse con su mujer a su propio piso. Por fin. Estaba hasta las narices de tenerlo allí de okupa. Entró en la cocina en zapatillas. Había mantenido el bronceado todos los días desde que habían vuelto, en la piscina y en el parquecito que había al pie del bloque de pisos, y el algodón blanco de la ropa interior contrastaba con la piel morena.

—Buenos días.

Sonreía, estaba de buen humor, incluso por la mañana, incluso los lunes. Hacine observó con agrado ese cuerpo largo, los músculos de las piernas y el vientre plano. En invierno no parecía gran cosa. Era una rubia teñida, un poco nariguda, con los ojos moderadamente claros, que se pasaba con el maquillaje, llevaba botas y aros en las orejas y se envolvía en *pashminas* inverosímiles. Pero en cuanto volvía el buen tiempo, revelaba su silueta de modelo, sin el menor rastro de grasa, esbelta, de pecho menudo y hombros perfectos. Debajo de los riñones, dos hoyuelos la salvaban de parecer flaca.

Hacine le sirvió café y ella se estiró, satisfecha como un gato.

—¿Se fueron muy tarde?

—Sí. El gordo ha dormido aquí.

—Ah, ¿sí? ¿No huele raro?

Con la barbilla, Hacine señaló al responsable, que llegaba inocentemente detrás de Coralie, con su triquitraque en las baldosas y levantando el hocico. Coralie soltó una risa ahogada antes de sentarse. Luego hundió la nariz en el tazón mientras Hacine le untaba mantequilla en una rebanada de pan. *Nelson* lo miraba fijamente con ojos desesperados. Le tiró un trocito de pan.

—Toma, bastardo.

—No lo llames así —dijo Coralie.

—Es de coña.

El chico se puso a recoger la mesa. Mientras metía su taza y sus cubiertos en el lavavajillas, preguntó:

—¿Qué quieres hacer hoy?

—Nada. No sé. Follar.

El chico se volvió. A Coralie le encantaba ponerlo colorado de vez en cuando, igual que ahora. Llevaban saliendo desde hacía casi dieciocho meses y vivían juntos desde la primavera. Cuando se conocieron, Hacine aún vivía en casa de su padre. El viejo había vuelto a su tierra, pero seguía pagando el

alquiler ínfimo y todo continuaba como antes. En cuanto al curro, había encontrado una sustitución en Solodia, una gran empresa de limpieza industrial que había ganado el famoso contrato de Metalor. Las antiguas acerías eran dueñas de decenas de viviendas en el valle, casitas adosadas e incluso algunas mansiones, para los ingenieros y los patronos. Desde que cerraron, todo ese patrimonio se había quedado abandonado y literalmente se estaba cayendo a pedazos. Hizo falta mucho tiempo para que el grupo industrial al que pertenecía Metalor reconociese su responsabilidad y se decidiera a solucionar el problema. Solodia había ganado la licitación, lo que suponía trabajo para por lo menos tres años. Para Hacine, no era difícil. Llegaba por la mañana a un edificio con dos o tres tíos más, pertrechados con cubos, mazas y palanquetas, y se ponía a romper todo lo rompible. Era un juego de destrucción bastante divertido al principio. Había que tirar los tabiques de yeso, derruir las paredes de ladrillo y arrancar las cañerías viejas de plomo. Se experimentaba un placer infantil al ver cómo se hundía una pared y al desmoronarla de una patada. A la hora de comer ya no quedaba casi nada. En el aire flotaba un polvo denso del que los trabajadores se protegían con mascarillas de papel. Cuando esta primera tarea concluía, había que retirar los escombros. Los hombres se turnaban. Unos llenaban cubos mientras los otros los sacaban para vaciarlos en el volquete del camión. Las vigas y tuberías había que llevarlas en el hombro. Al principio, Hacine se había puesto a currar como un animal. Corría por las escaleras, confundiendo la rabia con la fuerza, subiendo las escaleras al galope, siempre acelerado e inquieto. Jacques se lo llevó aparte. No era el jefe. No ganaba mucho más que ellos. Pero era el que daba las órdenes.

—Escucha...

Y se lo dijo. Ese trabajo no tenía fin. Después de ese cubo, siempre vendría otro. Después de este piso, llegaría otro piso. Más paredes que destruir, más lugares que arrasar.

—El despertador suena todos los días a las seis. No hay por qué ponerse nervioso.

Sobre la marcha, a Hacine le dieron ganas de hundirle el puño en la cara. Pero ya le dolía todo y Jacques pesaba por lo menos cien kilos. Su ira cayó igual que el polvo. Volvieron en camión y el chico se sintió como una mierda, cansado, casi incomprendido. Por la ventana veía desfilas ese paisaje de grises que siempre volvían a empezar. El cielo no prometía nada más. Jacques tenía razón. De nada servía darse prisa. Hacine lo espío por el retrovisor. Con

sus vaqueros Rica Lewis, las botas de seguridad y las manazas secas. Trabajaba con una faja de franela en los riñones. No hablaba mucho.

Al lunes siguiente, le había costado una barbaridad levantarse y había llegado tarde. Los otros se pitorrearon. Serás vago. Jacques les dijo que lo dejaran en paz. Una vez más, se lo llevó aparte.

—La hora es la hora.

Poco a poco, Hacine fue cogiendo el ritmo, observando lo que hacía su superior. Se había fijado en que Jacques seguía unos rituales, para descansar y dividir la jornada. El pitillo de las ocho, otro a las diez con el café. A las once, subía el volumen de la radio porque era la hora de su programa. Intentaba hacer la faena más gorda por la mañana para estar tranquilo por la tarde. Del mismo modo, se entregaba más a fondo a principios de la semana. Existía pues toda una serie de trucos para sobrellevar el desierto, esa extensión uniforme de tiempo que le está esperando a uno cuando se levanta por la mañana y, en definitiva, hasta la jubilación. Eso fue lo que entendió Hacine. Su tiempo no le pertenecía. Pero siempre se podía engañar al reloj. En cambio, no se podía hacer nada contra esta realidad: otras voluntades que no eran la suya le dictaban las reglas a su cuerpo. Se había convertido en una herramienta, una cosa. Curraba.

Seguramente no habría aguantado el tirón él solo. Cuando se paraba a pensarlo, nada le había acostumbrado a aguantar. Que, por cierto, eso de aguantar, de convertirse en un pobre hombre, como su padre, ¿de verdad era buena idea? Pero estaba Coralie.

La verdad es que había tenido mucha potra. Sobre el papel, lo suyo ni siquiera era posible. Ella tenía un diploma de técnico especializado y un buen curro en la Delegación del Gobierno, era muy mona y la primera vez que coincidieron, él estaba borracho perdido, en casa de Derch. Al cabo de dos meses, estaba comiendo en casa de sus padres. Su padre se encargaba del mantenimiento en un instituto, muy majo, bocazas, sindicado, calvo y con jersey de camionero. La madre trabajaba en Solin, la última hilandería de la región. Para comer, había hecho pescado, por delicadeza. El viejo era menos sutil. Había sacado un burdeos sin plantearse nada y Hacine se lo había bebido sin hacerse de rogar.

Desde entonces, el chico aguantaba el equilibrio. Las penas se compensaban comprando electrodomésticos, las jornadas inacabables chocaban con la perspectiva de las vacaciones, Coralie borraba la monotonía de la semana, y los colegas, los porros, el abono a Canal+ y *Tomb Raider*

hacían todo lo demás. En conjunto, era, a fin de cuentas, una vida bastante aceptable.

De todas formas, desde que había perdido los dientes, Hacine ya no se metía en jaleos. Lo habían encontrado en el servicio de la Fábrica, bañado en su propia sangre. El padre se había puesto de rodillas para abrazarlo. En el hospital, había ido a verlo todos los días. Y, después del juicio, había vuelto a su tierra, esta vez para siempre. Ahora, cuando Hacine hablaba con él por teléfono, oía la voz de un desconocido, un hombre en proceso de desaparición, que rozaba las cosas, se disolvía. Llevaba meses jurándose que iba a ir a verlo. Pero lo acojonaba darse de narices con un fantasma. Coralie también lo ayudaba con eso. La herencia imposible y la proximidad de la muerte. Le cogía la mano y le decía «vamos a follar, cariño», cosas sencillas que resquebrajan la soledad.

Pero mañana Hacine volvía al curro y estaba acongojado como un escolar. Por la ventana de la cocina veía el valle, con todos esos gilipollas amontonados, pasando otro domingo feliz y en familia. El pequeño conjunto residencial donde vivía con Coralie estaba bien, la mitad de las viviendas eran en copropiedad, y la otra, de protección oficial, con baldosas de hormigón, calefacción de gas y doble acristalamiento; estaba recién construida en lo alto, tanto que las zonas comunes aún olían a nuevo. La había encontrado Coralie, por supuesto. Tenía una vista espléndida que abarcaba toda la ciudad y, a lo lejos, hasta Guéremange, al este. Curiosamente, esa panorámica le quitaba el mal rollo. De tanto mirar a los demás desde arriba, como si fueran hormigas, se acababa planteando preguntas de ámbito general.

Coralie, que se había terminado el café, se estiró y bostezó descaradamente, echando la cabeza hacia atrás y tensando las piernas, en cuyo extremo se balanceaban las zapatillas. A Hacine lo reconfortó la imagen.

—En serio. ¿Qué hacemos?

—Ni idea. Nos podemos quedar en casa.

De nuevo, le tendió la mano, sonriente. Él se acercó, le cogió los dedos y se besaron por encima de la mesa. Un piquito sonoro. Luego, Coralie lo observó:

—Y ahora, ¿qué te pasa?

—¿Cómo?

—Que tienes un careto...

Lo imitó, poniéndose de morros, y él se encogió de hombros.

—Venga, no irás a fastidiar el día solo porque mañana empiezas a trabajar.

—No es eso.

—Que te conozco.

Hacine se puso tenso. Al cabo de los años, seguía teniendo la misma pose, esa postura con la que parecía una gallina ofendida. Coralie no pudo contener la risa.

—Pero ¿qué pasa?

—Nada, hombre. Bueno, venga, que es nuestro último día. ¡Andando!

La joven se levantó y se puso en marcha. Pasó al salón y, sin que nadie supiera cómo, de repente pareció más pulcro y más luminoso. Hacine ya había observado cientos de veces esas metamorfosis relámpago. No hacía falta gran cosa. Un objeto, el pliegue de una cortina. ¡Qué caramba!, más de una vez, solo con pasar ella por algún sitio, era un antes y un después. En marzo, Coralie se marchó tres días a hacer un curso y el piso desmejoró a ojos vista, hasta que casi parecía un sótano. La última noche, Hacine incluso prefirió ir a cenar al *burger* antes que quedarse ahí.

Cuando concluyó sus tareas de abeja, libando por los rincones y llenando de sol la habitación, decidió lo que iban a hacer luego. Mientras ella se vestía, Hacine hizo unos bocatas, sacó una manta y llenó la nevera portátil. Una hora más tarde, estaban a la orilla del lago de Le Perdu. Eligieron un sitio a la sombra, extendieron la manta y se tumbaron, con la cabeza de ella apoyada en las rodillas de él.

—¿Te has acordado de la coca-cola?

—Sí.

—¿Y de las patatas fritas?

—Sí.

—¿Me quieres?

Hacine le dio un beso en la mano que tenía sujeta en la suya. Se estaba a gusto en la hierba, debajo de ese árbol viejo, mirando el agua metálica, las tablas de *windsurf* y a los niños acucillados en la arena fangosa. Comieron con los dedos y luego se bañaron. Normalmente, Coralie hablaba mucho y a Hacine le gustaba escucharla. A menudo hacía planes y él acababa diciendo que sí, que qué buena idea. Pero, por una vez, no se dijeron nada. Se sentían como en un día de resaca. Se tocaban, a flor de piel, contentos. Hacine la deseaba. Le acariciaba el hombro, dibujándole la clavícula con el índice. Bajo los dedos notaba la piel pegajosa y suave. En un momento dado, pasó a lo lejos una balsa grande, hecha de cosas viejas, tablas, bidones para que flotara y un mástil plantado en el centro. Los niños que iban encima llevaban

flotadores y remaban con trozos de madera. Se los oía a una distancia de cien metros. En el mástil ondeaba una bandera azul, blanca y roja.

—Por cierto, que hoy es 14 de julio.

—¿Y qué?

Pues que esa noche habría fuegos artificiales en la playa americana y Coralie quería ir a verlos. El ayuntamiento también organizaba un baile. Hacine no había ido ni una maldita vez.

—Pero ¿por qué? —dijo Coralie.

—Yo qué sé. ¿Qué coño pinto yo ahí?

—Pero si está muy bien. ¿Ni siquiera cuando eras pequeño? ¿Nunca has visto los fuegos artificiales?

—Que no, ya te lo he dicho.

Ni sus amigos tampoco. No iba con ellos. En su familia, ni siquiera se había planteado nunca el tema.

—¿Qué cojones me importa a mí el 14 de julio?

—Venga ya. Para un crío es algo mágico. Hay música, hay copas. Está genial.

—Ya, no. De todas formas, mañana curro.

Como se estaba enfurruñando, Coralie le dio un golpe.

—No empieces otra vez.

—Pero...

—Volveremos pronto.

Además, tenía que levantarse a las cinco porque en verano empezaban temprano. Jacques le había avisado, estaban en un emplazamiento chungo, con riesgo de amianto. No le apetecía nada ir a bailar. Seguro que el baile del 14 de julio estaba lleno de paletos colorados, polis por todas partes, fanfarrias, militares. Una mierda, vamos.

Cuando expuso sus argumentos, Coralie alzó los ojos al cielo.

—Pobrecito mío —dijo.

Hacine comprendió que lo tenía dominado, no había mucho que objetar a eso.

Aun así, en el camino de vuelta consiguió sacarle a Coralie alguna concesión. Nada de bailar.

—Vale —dijo Coralie—. Pero el sábado que viene vamos a casa de Sophie.

Sophie era una amiga suya que vivía en el campo. En una granja que estaba restaurando con su marido. Tenían cuatro críos, uno de ellos recién nacido. Un

infierno. Cada vez que iban, Coralie volvía con la cabeza llena de ideas de futuro.

⁵ Refresco muy popular en Francia.

Al final, el padre de Steph había construido la ansiada piscina. Era rectangular y azul. Alrededor había muebles de madera, flores y sombrillas, como en las de los presentadores cuyas casas aparecen en *Paris Match*. La joven la observó desde la terraza. Junto a ella, su madre esperaba el veredicto.

—¿Y?

—Está bien.

—¿A que sí? Las tumbonas son de teca. Es imputrescible. No se altera, ni en invierno.

Buscó el asentimiento de su hija. En vano. Steph se mantenía oculta detrás de las gafas oscuras. Desde que había vuelto a casa, guardaba la misma distancia, y había que dar gracias de que les siguiera dirigiendo la palabra. La madre quiso hacer las cosas bien.

—¿Te apetece bañarte? Te puedo traer una toalla.

—Quizá más tarde.

Las dos mujeres tenían aproximadamente la misma estatura. Steph era algo más redonda, quizá. La madre, vestida de blanco, se estaba fumando un Marlboro. Cada vez que se llevaba el cigarrillo a la boca, las pulseras que lucía en la muñeca tintineaban agradablemente. A lo lejos se oía el zumbido continuo de la depuradora. La luz creaba en la superficie finos reflejos blancos. Nadie se bañaba nunca.

—Tengo sed —dijo—. ¿Te apetece beber algo?

—Por qué no.

—Venga, te llevo al centro.

—Puf...

—Te invito a champán. Para celebrarlo.

—¿Celebrar qué?

La madre hizo una pedorreta, como diciendo que algo se les ocurriría. A Steph le hizo gracia esta reacción. Cuanto más se obsesionaba su padre con la respetabilidad, más parecía desentenderse ella. Ahora que su hija estaba fuera, y su marido, en el candelero, se había quedado sola, o con sus amigas. Ya no

la afectaba. Había decidido divertirse.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó Steph.

—Pues al Algarde, mismamente.

—¿Seguro?

—Vamos, no seas tan estirada. Se alegrarán de verte.

La madre miraba a su hija con una avidez preocupada. Desde que Steph había vuelto a casa, había querido llevarla a todas partes para lucirla. La gente la llamaba «la parisina». Era halagador, pero también un coñazo. Hasta habían ido de compras a la ciudad de Luxemburgo. De todas formas, Steph tampoco tenía alternativa. Ya había reducido la visita a lo mínimo, cuatro días antes de volver a marcharse para viajar por Italia con unas amigas, Florencia, Roma, Nápoles..., y no había estado en casa desde Navidad. Al fin y al cabo, la pasta la ponían sus padres.

De modo que Steph y su madre se subieron al Golf para ir a comer al centro. Steph regresaba a Heillange con sentimientos contradictorios. A su pesar, le gustaba volver a ver aquellos sitios, el Metro, el Comercio, las viejas tiendas que desaparecerían junto con sus dueños (el sombrerero, la mercería, la frutería diminuta), y también la oficina de correos con su mobiliario de los años setenta, el ayuntamiento con sus banderas tricolores para la fiesta nacional, las calles peatonales, el puente por encima del Henne y, por último, su insti. En ese paisaje reducido y permanente se sentía orgullosa. De hecho, le habría gustado que lo supiera todo el mundo, que la distinguiera alguna marca, puesto que ahora pertenecía a otros lugares. Su actitud pregonaba abiertamente que solo estaba de paso.

Cuando llegaron al Algarde, el dueño salió enseguida de la barra para recibirlas. Victor era uno de esos jóvenes eternos, con playeras a la última, la camisa remangada, unos dientes espléndidos, el pelo ralo pero sin una sola arruga. No presumía demasiado, aunque tampoco se privaba de conducir un 4 × 4 con una mujer recauchutada al lado y, en el asiento de atrás, dos críos que se le parecían muchísimo, excepto porque tenían pelo, y muy engominado, por cierto. La madre de Steph era una habitual, tomaba allí el aperitivo con sus amigas, iba a comer los fines de semana, era su cuartel general. Le dio un beso agarrándolo por los brazos.

—Mira quién ha venido: ¡la parisina!

Steph sonrió, pero se ahorró el beso. Tenía los ojos negros y una sonrisilla socarrona, seductora pero distante. Las mejillas tenían ese bonito y lustroso aspecto propio de los hombres que se afeitan dos veces al día. En realidad,

tenía un atractivo inquietante. Por fin, invitó a las mujeres a acompañarlo a la terraza. Hacía un tiempo espléndido. Victor preguntó cómo estaban. La madre contestó en tono jovial sin decir más que vaguedades. Les encontró una mesa al amparo de una amplia sombrilla, bastante lejos de la calle, por la que circulaban escasos coches. Detrás tenían unos árboles para estar más frescas, y una vista panorámica sobre la plaza Mortier, la más bonita de la ciudad, con las casas antiguas, los adoquines y la fuente, obra de un artista contemporáneo.

Charlaron un rato, pero sin convicción. En el fondo, Steph era objeto de un paripé generalizado. Su madre la exhibía, la gente fingía que le interesaba y la joven les correspondía. De ese modo circulaba una moneda falsa que servía para engrasar las relaciones. Al final, a todo el mundo le importaba un bledo.

Victor las invitó al aperitivo, así que renunciaron al champán. La madre pidió un *kir*, y Steph, cerveza. Eran casi las once de la mañana. Sorbieron las bebidas con calma mientras miraban a su alrededor. Había bastante gente. Desde hacía una temporada, el centro urbano era escenario de fenómenos contradictorios: mientras los comercios se exiliaban a la periferia, el ayuntamiento invertía grandes sumas en remozar las calles, las fachadas y el patrimonio histórico. Cabe destacar que el alcalde tenía ambiciones y también unos banqueros complacientes. En el valle ya no quedaba casi ninguna fábrica y los jóvenes liaban el petate por la falta de empleo. Consecuentemente, la masa de obreros de la que antaño se nutrían las mayorías municipales y que marcaba el tono de la política local estaba abocada a una ración de subsistencia. El ayuntamiento, con la ayuda del Consejo Regional y del Estado, sostenía pues hipótesis de desarrollo innovadoras. El turismo era lo que les permitiría renacer. Después de remodelar el *camping*, ampliar el club náutico y construir un minigolf temático, ahora se estaban multiplicando las calles peatonales y los carriles bici, y se anunciaba la apertura de un flamante museo del hierro y el acero para el año 2000. Por añadidura, en los alrededores abundaban los senderos, subidas y bajadas. También habían convencido a varios empresarios del sector (locales, alemanes y luxemburgueses) para que apoyaran un proyecto de parque de atracciones. A grandes rasgos, el plan era sencillo: invertir. El medio, obvio: el endeudamiento. El resultado, indudable: la prosperidad. El padre de Steph, que ahora era adjunto de Cultura, estaba entregado en cuerpo y alma a esta loable aventura cuyas consecuencias aún estaban por llegar. El consejo municipal se atenía al discurso oficial: cebar la bomba de agua llevaba tiempo y esfuerzo, pero cuando se pusiera la maquinaria en marcha, se compensaría

con un siglo de pleno empleo. Hasta entonces, cuando un votante escrupuloso, un economista novel o un periodista ponía en un aprieto a algún edil, este culpaba al Estado o a la legislatura anterior. Esos comunistas que habían puesto a la ciudad de rodillas.

—No está mal esto que han hecho —observó la madre de Steph.

—Ya.

—Antes, en esta ciudad todo era gris. Quedaba muy feo.

—Y tanto.

En efecto, en todo el cantón habían ido apareciendo fachadas de color grosella, verde, fucsia o azul bebé. Esta moda se había extendido hasta la Delegación del Gobierno, recién pintada de color rosa palo. Al recorrer las calles, a veces daba la sensación de estar en una película de Jacques Demy, y, paulatinamente, lo que quedaba de la antigua ciudad, con sus aceros, sus recuerdos de guerras y de cadáveres, su «libertad, igualdad y fraternidad» en las fachadas públicas y sus restos de catolicismo, desaparecía debajo del lavado de cara. A los vecinos el paisaje urbano fruto de estos revestimientos les dejaba una sensación peculiar de renovación y de cartón piedra. Pero se acomodaban a él en aras del progreso, que, en definitiva, era la idea más tenaz.

Steph estaba pensando en todo aquello y otras cuantas cosas cuando alguien le puso la mano en el hombro. Alzó los ojos. Clem estaba justo detrás de ella.

—¿Qué coño haces aquí?

—Pues nada —replicó Steph, feliz.

—¿Es que no avisas de cuándo vas a volver?

—Llegué el martes y me vuelvo a ir mañana por la noche.

—Yo me quedo aquí casi todo el verano —dijo Clem, fingiendo pesadumbre.

—Vaya mierda...

—Pues sí.

—¿No te vas fuera?

—Un viaje corto, en agosto. Pero voy a trabajar todo el mes de julio.

—¿Dónde?

—En la consulta de mi padre. Voy a sustituir a la de recepción.

—Mola.

Como Steph seguía de espaldas a Clem, tenía que mirarla desde abajo y veía el rostro de su amiga extrañamente invertido. Le hizo gracia que su vieja amiga le resultara tan desconocida.

—Siéntate —ofreció entonces la madre de Steph— y tómate algo con nosotras.

Clem aceptó encantada. Pidió una silla en la mesa de al lado y se pusieron a charlar animadamente, sabedoras de que las observaban, actuando y hablando más alto o más bajo en función del tema. Steph se enteró de que Clarisse había cateado primero de Medicina por segunda vez. Estaba al límite. Para colmo, su novio, que estudiaba en Dauphine⁶, se iba a Londres para unas prácticas de fin de carrera, así que estaba hecha polvo. Por su parte, Simon Rotier pasaba el tiempo en una facultad de empresariales en Provenza-Alpes-Costa Azul dedicado esencialmente a hacer surf y oír música electrónica. Ahora mismo estaba en Heillange y Clem se había cruzado con él.

—¿Y? —preguntó Steph.

—Fiel a sí mismo.

—Un gilipollas integral.

—Tú lo has dicho.

Se rieron. ¿Steph tenía intención de verlo?

—Antes muerta.

Pero solo de pensarlo, se sentía muy rara, como debilitada. Siguieron pasando revista a sus conocidos. Rodrigue estaba estudiando Derecho en Metz. Romain Rotier triunfaba en la Facultad de Ciencias de la Actividad Física y el Deporte. Se dedicaba al triatlón y ganaba medallas. De hecho, la madre de Steph lo había visto varias veces en el periódico.

—Y total, para acabar de profe de gimnasia.

—Ya te digo. El tío se va a pasar el resto de su vida en chanclas metido en un gimnasio apestoso. La hostia.

A la madre de Steph se le escapó la risa. Había terminado ya su copa y se lo estaba pasando pipa. Quiso seguir bebiendo y pidió una botella de un vino blanco muy frío que sabía a electricidad. Definitivamente, estaban todas de muy buen talante. Steph encontraba a su amiga igual que antes, aguda y envidiable, con un añadido que no era fácil definir. Parecía arrogancia, pero podía ser fuerza. Fuera lo que fuese, la hacía irresistible. Las tres estaban allí de maravilla y pretendían seguir así.

—Nos quedamos a comer —decidió al poco rato la madre, mirando el reloj.

Eran casi y media. Se les había pasado el tiempo volando. Clem dijo que la estaban esperando. La madre replicó que la invitaba. En ese caso... Victor les llevó la carta. A su alrededor, el aperitivo se eternizaba. Varios treintañeros en

camiseta disfrutaban del sol. Los niños iban y venían del amplio pilón que ocupaba el centro de la plaza. También había personas mayores, con bolsas de la compra de tela escocesa, y gente de paso que comía *rumsteck*⁷ o quiche. A las chicas les apetecía ensalada y la madre se decantaba en cambio por un tartar de salmón. Pero siguieron bebiendo y al final pidieron pizza. La conversación continuaba, cada vez más animada, alegre e inagotable. Clem tenía montones de anécdotas de la consulta de su padre y los chalados que pasaban por allí. Por lo que contaba, la sala de espera era como una corte de los milagros. Alcohólicos, pensionistas, indigentes, silicóticos, obesos, varicosos, inválidos y demás accidentados, extranjeros ininteligibles y franceses casi en las mismas.

—Me viene una señora con tres hijos, discapacitados los tres. Uno, pase. Pero tres..., ¡adónde vamos a parar!

Era gracioso, pero tampoco tanto. Las bromas a costa de los desfavorecidos estaban a la orden del día, cada vez más. Servían tanto para reírse como para conjurar el mal, esa marea insidiosa que parecía alcanzarlos uno a uno, desde abajo. Esa gente con la que se cruzaban en la ciudad no solo era parte del folclore, algunos parias, cabezudos achispados. Para ellos se construían viviendas, Aldis y ambulatorios, una economía mínima abocada a gestionar el desamparo, a la extinción de una especie. Se los veía, fantasmagóricos, errando de la CAF a la ZUP, del bar al canal, con bolsas de plástico colgando de los brazos, pertrechados de niños y sillitas, con unas piernas como postes, barrigas anormales y caretos escalofriantes. De tanto en tanto, les nacía una niña especialmente guapa. Entonces la gente se imaginaba cosas, promiscuidades y maltratos. Y sin embargo, tenía suerte. Ese físico quizá fuera su salvoconducto para un mundo mejor. En esas familias nacían también tremendos sañudos que no se resignarían a su suerte y devolverían los golpes. Tendrían una trayectoria corta y marginal, y acabarían muertos o en la cárcel. No existían estadísticas para medir el alcance de ese desmoronamiento, pero los Restos du Cœur⁸ aseguraban tener una actividad exponencial y los servicios sociales estaban desbordados. Cabía preguntarse, no obstante, qué clase de vida tendría esa gente, en esas casas mediocres, comiendo grasas, intoxicados por el juego y los culebrones, venga a traer hijos y desgracias, desesperados, rabiosos y residuales. Era mejor no saberlo, no contarlos, no especular sobre su esperanza de vida o su tasa de natalidad. Esa calaña fermentaba por debajo de los umbrales, espolvoreada con subsidios, abocada a desaparecer y a meter miedo.

Victor les ofreció tomar postre, pero las tres mujeres no podían comer nada más. Para acompañar la pizza habían seguido bebiendo, una botella de Côtes-du-Rhône. Se sentían relajadísimas, cansadas y llenas. La madre aseguró que no podía ni moverse. Las dos chicas no estaban mucho mejor. Les trajeron el café con la cuenta. La madre puso encima su Visa Premier. Mientras charlaban y reían, la terraza se había ido vaciando. Solo quedaba una pareja que había llegado tarde, ingleses, y unos adolescentes que fumaban Chesterfield mientras alargaban un cóctel Mónaco. En esa modorra de primera hora de la tarde, resultaba de lo más agradable contemplar el vacío del mes de julio.

—Anda —dijo Clem, señalando un punto en la perspectiva de la calle de Trois-Épis.

El padre de Steph se acercaba. La tripa, que le llegaba muy abajo, ya le tapaba el cinturón y le tensaba la camisa de verano Eden Park, a cuadros blancos y azules. Caminaba mirándose los pies, con la cartera en la mano. Miró el reloj de pulsera y apretó el paso. La madre de Steph se puso de pie para saludarlo.

—¡Uy! —dijo, apoyándose en el respaldo de la silla.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. He estado peor otras veces.

Alzó la mano y las pulseras le bajaron por el antebrazo, con ese agradable tintineo. El padre, de inmediato, respondió con un movimiento brusco y se acercó. Traía la cara de los días malos y se lanzó a contar todo lo que lo preocupaba. Las tres mujeres pusieron cara de estar escuchándolo.

Pierre Chaussoy venía de la playa americana, donde había ido a echar un vistazo a los preparativos del baile. La pirotecnia aún no estaba montada. Los bomberos le tocaban las pelotas, y los funcionarios municipales, también. Estos exigían que se les pagara el triple, porque además de ser 14 de julio era domingo. El alcalde lo estaba esperando para que le diera el parte. Mientras hablaba, picoteaba los bordes de la pizza en el plato de su hija. Steph miraba cómo comía: a ese paso, no iba a durar mucho.

—Pasaos esta noche, ¿vale? Habrá mucha gente.

Steph y Clem pusieron pegas. Lo cierto es que les apetecía regular. El chunda-chunda y las peleas no encajaban en su concepto de una buena velada. Pero el padre insistió tanto y sonaba tan convencido que al final le prometieron que irían. Luego siguió su camino, embutido, jadeante y con la cartera en la mano; el alcalde lo estaba esperando y toda la ciudad, de un modo u otro, lo necesitaba.

—Bueno...

La madre y las dos chicas ya no tenían nada más que contarse. Se evitaban con la mirada. La madre captó el mensaje. Se levantó y recogió la cuenta.

—¿Has traído coche, Clémence?

—Sí.

—Entonces, os dejo. Todavía tengo un montón de cosas que hacer.

Le pidió a Clem que saludara a sus padres de su parte y se metió en el local para pagar. No andaba muy recto, pero, de todas formas, tampoco veía muy bien. Más que conducir, era el coche el que la conducía a ella. Steph y su amiga sonrieron viéndola marchar, voluble, con el pelo rubio teñido, la piel mate y cubierta de oro. Antes de desaparecer, les dirigió un último saludo con la mano.

—¿Qué quieres hacer? —dijo Clem.

—Ni idea.

—Ya. El mismo coñazo de siempre.

—Ya te digo.

Se quedaron calladas unos minutos. Disfrutaban del embotamiento de las tres de la tarde, con los efectos del vino en la cabeza y el de la comida en el estómago.

—La verdad es que podrías haberme llamado.

—No he parado desde que llegué. Mi madre me lleva a todas partes.

—Ya, sí, bueno.

Decidieron ir a andar un rato para estirar las piernas. Todas las tiendas estaban cerradas, y los bares y restaurantes que quedaban estaban recogiendo. Por las ventanas que se habían quedado abiertas se veían casas modestas, una pareja viendo la tele en una planta baja, la habitación de un adolescente con carteles de *Top Gun* en la pared.

Clem empezó a contar cosas de su vida, de los estudios y de Nancy. Después del fracaso inicial en la preparatoria de Lyon, se había pasado a Medicina y acababa de aprobar primero. En conjunto, no le iba nada mal. Aunque el primer trimestre las había pasado putas. Había llegado con el curso empezado, desorientada en aquella masa de mil seiscientos alumnos antes de la criba, además del desprecio sistemático de los profes y la cantidad de trabajo ingente, espantosa. Hasta marzo, los días se habían sucedido sin luz ni alegrías, un túnel gris, sin contar el cansancio, la rivalidad y aquella ciudad que no era más que una sucesión de fachadas pretenciosas y de bares de mala muerte. Había acabado tomando Prozac. Pero luego pilló el ritmo y se juntó

con una pandilla de compañeros trabajadores y solidarios, Capucine, Marc, Blanche, Édouard y Nassim. Iban juntos a la biblio, se montaban juergas y, más o menos, se acostaban todos con todos. Eso creaba vínculos. En agosto se iban juntos de acampada a las Cevenas.

—¿Y alguno es tu novio? —preguntó Steph.

—En realidad, no. De todas formas, con todo el curro que tenemos...

Después le tocó a Steph contar su vida. Estuvo evasiva. Sin embargo, no había vuelto a ver a Clem desde el verano del *bac* y había mucho que contar.

Después de aquel notable, Steph tuvo una revelación. De repente, ya no quería hacer Derecho. Había intuido que para la gente como ella, la uni ofrecía demasiadas libertades y ocasiones de desviarse. Además, en aquel rechazo *in extremis* también había una pizca de esnobismo. No podía decidirse a pasar cinco años en anfiteatros monstruosos, mezclada con cientos de ineptos recién llegados de la aldea.

Lo malo era que, a diferencia de Clem y de otros compañeros mejor orientados que desde pequeños se pertrechaban para cursar provechosas carreras académicas, Steph no había previsto nada. Desde el primer curso de primaria hasta el último de bachillerato, se había conformado con hacer lo mínimo y, al final, la obsesión por Simon casi se había convertido en una actividad a tiempo completo. Cuando le tocó tomar las decisiones cruciales, estaba en bragas. Era algo que lamentaba y de lo que culpaba a sus padres.

Estos, de hecho, que llevaban una vida cómoda de burgueses apañados y no muy cultos, no habían elaborado ningún plan concreto para su única hija. Pierre Chaussoy solo le había exigido esa excentricidad de aprobar el *bac* con nota. Por lo demás, se imaginaban que Steph estudiaría Empresariales, le buscarían unas prácticas, un curríto, la ayudarían a comprar dos o tres pisos por la zona, plazas de garaje, que se alquilan bien, y, poco a poco, como habían hecho ellos, iría llenando el calcetín. Pero Steph no se conformaba con esas ambiciones relativas. Aunque tarde, había captado cómo funcionaba el mundo en general. El colegio actuaba como estación de clasificación. Algunos salían antes y los destinaban a tareas manuales, infrapagadas o poco gratificantes. Alguno acababa de fontanero millonario o mecánico forrado, pero en conjunto, aquellos desvíos anticipados no llevaban muy lejos. Otros llegaban hasta el *bac*, por lo visto el 80 por ciento de cada promoción, y acababan en Filosofía, Sociología, Psicología o Gestión Ambiental. Después de una criba brutal en el primer semestre, podían aspirar a titulaciones de segunda que les garantizaban largas búsquedas de empleo, unas oposiciones

aprobadas por desesperación y cargos variopintos y frustrantes como profe de clases de integración o responsable de comunicación en la administración territorial. Engrosarían entonces esa categoría amargada que constituyen los trabajadores hiperformados y subempleados, que se enteran de todo pero no pueden hacer nada. Después de la frustración y el cabreo, acabarían renunciando a sus ambiciones y se buscarían algo que llenara ese vacío, como coleccionar vinos o convertirse a una religión oriental.

Por último, estaban los triunfadores, los que se hacían con una buena calificación y un expediente blindado, que eran la rampa de lanzamiento hacia las carreras deseables. Estos se meterían por los canales estrechos y, por efecto de la presión, irían deprisa y ascenderían mucho. Las matemáticas eran una ventaja capital para cursar esos estudios de aceleración, pero también existían algunas buenas especialidades para las mentes abstractas, historiadores, soñadores, artistas y demás payasos. Steph quería formar parte de esta tercera categoría.

Por desgracia, con el expediente que tenía, quedaba descartado aspirar a entrar en preparatoria en un centro público. Su padre se puso a buscar una solución de emergencia. Por recomendación de un concesionario de Mercedes de Reims, optaron por uno privado que preparaba al examen de ingreso de la ESSEC, la HEC⁹, la Facultad de Ciencias Políticas y cosas así. El único inconveniente era que estaba en París, en el distrito VI, y costaba un ojo de la cara. Algo más de 3.000 pavos mensuales, a los que había que sumar comida, alojamiento y transporte. De modo que Steph recibió un ultimátum: estaban dispuestos a apoquinar, pero si metía la pata una sola vez, se volvía directa al redil.

A principios de septiembre, el padre alquiló una furgoneta para ayudarla a mudarse a su estudio. Hicieron el camino juntos y aprovecharon que, por una vez, estaban solos los dos. Él habló de su vida y de su juventud. Incluso le contó sus batallitas sentimentales. En cierto momento, Steph le preguntó si seguía queriendo a su madre.

—Ya no tanto.

Lo dijo sin amargura, y a Steph le encantó poder prescindir de las apariencias unos segundos. Se sintió valorada. En cambio, se guardó muy mucho de preguntarle por qué seguían juntos o cualquier majadería por el estilo. Ser adulto consistía precisamente en saber que existían otras fuerzas que no eran el amor verdadero ni todas esas futesas que llenan las páginas de las revistas, estar bien, hacer lo que te apasiona y triunfar a toda costa.

También estaban el tiempo, la muerte y la batalla infatigable que supone la vida. La pareja era la tabla de salvación al borde del abismo. El padre y la hija no hablaron más del tema. En el habitáculo, él le decía lo orgulloso que estaba y Steph se sentía mayor. Se tomaron un descanso en un *burger* de La Ferté-sous-Jouarre y Steph se empeñó en pagar la cuenta.

El primer otoño parisino fue espantoso. El centro al que acudía se llama la EPP, la Escuela Preparatoria de París. Estaba lleno de niños forrados que solo pensaban en ponerse de éxtasis y no pegar ni clavo. A su clase iban el hijo del embajador beninés, el vástago de un ministro tailandés, chicas con nombres compuestos y todo tipo de niños ricos melencólicos y displicentes. Los compañeros de Steph la veían como una paleta integral. Se pitorrearon en particular de que llevara calcetines Achille, que, sin embargo, en Heillange eran lo más. En el primer examen oral, el profe le recomendó que perdiera el acento porque podía lastrarla en el examen de ingreso. Por si fuera poco, tenía que encargarse de la compra y de la casa, aunque sus 16 m² se limpiaban enseguida. Los fines de semana, cuando no estaba estudiando, se permitía ir a dar una vuelta por París. Siempre había creído que viviría un idilio con esa ciudad. Pero se quedó con las ganas. Por supuesto, París seguía teniendo ese aspecto de *religieuse* de chocolate, con sus glorietas y su faceta desbordante, ahíta y demasiado rica (al menos, en los distritos del centro). Y también era cierto que solo allí se disfrutaba del sentimiento de estar en el meollo de las cosas. Pero en ese diluvio de cuerpos, en esa explosión de fachadas, de escaparates y de luces, en el frenesí de la trayectoria de los coches y del ir y volver en metro, presa de la belleza de los monumentos y de la fealdad de las calles, lo único que logró Steph fue convencerse de que era incapaz de poseer esa ciudad. Entre ella y París se abría un abismo insalvable. Tendría que haber nacido allí. O bien llegar a triunfar allí. Eso fue lo que se propuso.

Así pues, se dedicó a empollar como una loca. Había llegado allí sin hacerse ilusiones, aunque tampoco creía estar menos preparada que los demás. Pero desde las primeras clases se sintió como si estuviera en un país extranjero. Las referencias, el vocabulario, las expectativas..., no entendía nada. La primera semana lloró contra la almohada todas las noches. Encima, no tenía ni tele ni teléfono. Tenía que bajar a la calle para llamar a su madre desde una cabina. Se sentía agotada, los profes le parecían altaneros y pretenciosos, y los demás alumnos, medio retrasados. Ella, que siempre había dormido sus ocho horas del tirón, todas las noches se despertaba un par de veces con las mandíbulas doloridas. Se reventaba los granos delante del

espejo del cuarto de baño, bajo la luz terrible del fluorescente. Cuando terminaba, tenía la cara salpicada de rojeces. Se veía fea y ya no tenía el pelazo de antes. Encima, había cogido la mala costumbre de picotear mientras hacía fichas. En un pispás, el culo y los brazos se le pusieron el doble de gordos. A finales de diciembre, el balance era desastroso: había cateado todos los orales, estaba tan pálida que daba miedo y la balanza marcaba siete kilos de más. Fue entonces cuando un sábado por la mañana, con ocasión de un trabajo en clase de seis horas de duración, se topó con el siguiente tema de cultura general:

Los logros del insomnio son notables y son subsiguientes a todos los demás logros.

Paul Valéry

Se le hizo un nudo en la garganta. Esa frase desnuda, esa sensación de obviedad.

Steph se daba cuenta de que, hasta entonces, había tenido mucha suerte. Había nacido en el lugar correcto en un periodo bastante clemente de la historia del mundo. En toda su vida no había tenido que preocuparse de no pasar hambre ni frío, ni de padecer violencia alguna. Había pertenecido a los grupos deseables (familia favorecida, amigos listos, alumnos sin grandes dificultades, compañeras bonachonas...) y los días habían transcurrido con su lote de obligaciones mínimas y de placeres reiterados. En consecuencia, siempre se había planteado el futuro con una especie de indiferencia afable. Y ahora, a la intemperie, lejos de Heillange, resulta que estaba totalmente incapacitada y falta de preparación; que su único bagaje eran unas ideas ingenuas propias de la escuela primaria, el orgullo y la piel demasiado fina de una niña mimada.

Releyó la frase de Valéry y trazó un esquema con tesis, antítesis y síntesis. Luego se puso de pie sin decir palabra para ir al cuarto de baño. El encargado de vigilar el aula ya estaba acostumbrado. Él también había pasado por lo mismo y se limitó a sonreír comprensivamente al ver salir a esa joven con el moño medio caído. Steph se encerró en una cabina del piso superior para llorar un buen rato. Ya no aguantaba más. Y allí, muy en serio, se preguntó qué sería más fácil, si tirarse al Sena o a las vías del tren.

Pero en lugar de eso, volvió. El vigilante le preguntó: «¿Se encuentra

mejor?». Sí, ya estaba bien. A su paso, algunos rictus y caras de preocupación. Todos sabían que los acechaba más o menos el mismo drama, los bajones se multiplicaban, los que iban de listos tenían los días contados, había que emplearse a fondo, aguantar o renunciar. La Navidad era el cabo de Hornos del primer curso.

Y Steph aguantó.

Incluso empezó a irle bien en mates, lo cual tampoco la sorprendió mucho, porque siempre se le habían dado muy bien, pero bueno, era un balón de oxígeno.

Después de las vacaciones de Navidad, alcanzó su velocidad de crucero. Ya no se planteaba preguntas, se ponía manos a la obra sin flaquear, hasta la una de la madrugada si hacía falta. Tenía menos tiempo para ser coqueta. Miraba menos a los tíos. Hacía fichas. Pasó a segundo.

En las vacaciones de verano, siguió esforzándose leyendo gran parte de la bibliografía recomendada por los profesores. *Raza e historia*, el tratado de Winock sobre la década de 1960, Aron, *La historia de las derechas en Francia*, incluso a Robbe-Grillet y a Giono. Aunque no pudo con Proust. Tanta historia con las flores, las vidrieras y la mínima oscilación del alma era demasiado. A continuación pasó tres semanas en Bristol, en casa de una familia que se dedicaba a alojar a estudiantes extranjeros. Era una casa grande, enmoquetada de arriba abajo, incluso el baño, lo cual daba mucho que pensar en el retrete. Los otros *guests* eran casi todos japoneses o coreanos. Cumplían todos los tópicos: educados, trabajadores, las chicas se tapaban la boca para reírse... y siempre estaban asintiendo con la cabeza, como si quisieran clavar con la frente cada una de las palabras que decían. Steph había congeniado con los asiáticos. Estaban allí como de permiso carcelario. Cuando regresaran a su país, después de pasar un año visitando Europa y perfeccionando el idioma de los hombres de negocios, se convertirían en directivos. Yuki, un chico con el que se había acostado tres veces, le habló de ese futuro de *salaryman*. Los tres polvos fueron sobre las seis de la mañana, al volver de la disco. El chico tenía el pelo muy lacio y teñido, como exigía la moda en Tokio o en Osaka. Resultaba conmovedor cuánto se esforzaba para que ella disfrutara. Steph tenía que cerrar los ojos por culpa de los goterones de sudor que le caían de la frente. Una vez que le pidió que se calmara, se le bajó de golpe. Cuando terminaban, se quedaban charlando. Los padres de Yuki habían invertido buena parte de sus ahorros para que obtuviera el equivalente nipón del TOEIC. Todos contaban con él. Pronto tendría un buen sueldo y

responsabilidades, corbata y jornadas de catorce horas. En el fondo, lo tenía asumido. Steph pensó que en Europa aún tenías la suerte de poder decepcionar a los que te quieren.

El caso es que, en ese verano tan estudioso, no vio a ninguno de sus antiguos amigos de Heillange. Se mantuvo al margen, por miedo a las interferencias, y para no enseñar sus muslos de competidora profesional de lucha libre. Se ocultó.

El segundo curso se caracterizó por la medianía, por el despliegue neutro, ese aspecto de cartulina gris. Steph se sintió como si estuviera excavando un túnel a través de un Himalaya de trabajo. Acusaba el desánimo de esa tarea absurda, pero también el beneficio de cada metro que le ganaba a la roca. Sabía que al otro extremo encontraría su paraíso, una carrera. Entonces cogería la porción que le correspondía, y con apetito. Había clavado postales encima de su escritorio. Reproducciones de Sisley, *Judit y Holofernes* de Caravaggio, un retrato de Virginia Woolf, Jean-Paul Belmondo con el torso desnudo en *Al final de la escapada*.

También había hecho amigos, Renata y Benoît. Desde el principio, los profesores preconizaban la emulación como remedio para todo. Circulaban pues todo tipo de trucos para aprobar. Incluso refranes: *Prépa maquée, prépa ratée*¹⁰. Había que dormir bien, estudiar con un compañero a poder ser, juntarse con los más motivados y reservarse algo de tiempo libre para desconectar. Steph y sus colegas habían inventado un sistema: en unos papelitos, escribían los títulos del capítulo que tenían que repasar, los metían en una caja de zapatos y los iban sacando por turno. El sábado por la tarde iban a echar unas partidas de pimpón a un centro cultural y juvenil de por allí.

Paulatinamente, aquella organización fue dando sus frutos. Steph sacaba buenas notas, mejoraba en todos los ámbitos, incluso en filosofía, y, sobre todo, cada vez le costaba menos esforzarse. Poco a poco, la disciplina había hecho su labor y había alineado sus facultades para la batalla. Ya no se despertaba a las cinco de la madrugada, podía tirarse empollando doce horas seguidas sin flaquear y, además, había perdido peso. Solo había una pega: esa languidez residual que sentía cuando se daba un respiro, como una neblina de angustia, un «¿para qué?» impreciso. De todas formas, tampoco tenía tanto tiempo libre.

Pero lo más importante de ese segundo curso fue que su don para las matemáticas se afianzó. En secundaria y en el bachillerato siempre le había ido bien a pesar de su actitud diletante. Pero en preparatoria se descubrió a sí

misma. Como suele decirse, había nacido para eso. Lo peor era que ni siquiera le costaba. Las matemáticas parecían fluir de su interior, de forma casi milagrosa. Un poco como en esas historias de impíos que, al recibir la gracia de Dios, se ponen a hablar idiomas. Y en el mundo que ambicionaba Steph, las mates actuaban como un idioma universal. Las matemáticas no solo servían para que volaran los aviones y funcionaran los ordenadores, sino que organizaban nuestra civilización, daban fe de tu inteligencia y eran el fundamento de la innovación.

El señor Moineau fue el primero que le mostró todo aquello a lo que podía aspirar. Era su profesor de Economía. La paró un día al final de clase y se fueron a tomar un expreso a un cafecito de Notre-Dame-des-Champs. Le preguntó varias cosas. Cuáles eran sus métodos de estudio, cuánto tardaba en hacer los trabajos para casa. Quería asegurarse de que no la ayudaba nadie de fuera. También le preguntó a qué se dedicaban sus padres y si tenía novio. Utilizó la palabra *boyfriend*, seguramente para quitarle hierro a una pregunta tan intrusiva. A Steph le hizo gracia porque no le pegaba nada. ¿De dónde se había sacado esa expresión? Moineau era un hombre formal, con el pelo a cepillo, unas gafas Afflelou al aire, con un estilo desenfadado, que daba clase con un distanciamiento sarcástico y corregía con tinta verde. Corrían rumores sobre que tenía problemas con el alcohol. Por lo visto, había estudiado en la Escuela Politécnica, dirigido la rama inmobiliaria del BNP y luego cayó en picado. Debió de tardar mucho en recuperarse porque una vez les dijo que todavía tenía que cotizar veinticinco años para poder jubilarse con la pensión completa. Pero no podía tener menos de cuarenta y cinco. El día que se tomó el café con Steph, el señor Moineau llevaba una chaqueta escocesa verde muy bonita con la que parecía un pájaro carpintero, y una corbata de punto azul que le acentuaba la curva de la tripa. Parecía confuso, listo para tomarse un periodo sabático. Steph le veía en la aleta de la nariz unas venitas malva diminutas y pensó que nunca podría acostarse con un tío que tuviera esa piel, esa nariz y esos poros tan dilatados. Si lo que intentaba era ligar con ella, haría todo lo posible para zafarse. En el peor de los casos, estaba dispuesta a hacer algunas concesiones para mantener la nota media en Economía, meneársela o dejar que le metiera mano. Pero de chupársela, ni hablar. De todas formas, su vida sexual era muy limitada. Pero se equivocaba de parte a parte. Después de un rato pensando intensamente, el señor Moineau solo dijo:

—Bueno, bueno... En ese caso, apunte muy alto, señorita Chaussoy. Apunte muy alto.

En mayo, Steph pudo ir a visitar el campus de la HEC con un grupo de congéneres, para ir ambientándose. Vio las instalaciones luminosas, los arriates cuidados, el equipo de alta tecnología y a los profesores, dicharacheros y proféticos, mejor pagados que cualquier director de *marketing*. Lo que más le llamó la atención fueron los estudiantes, entrenados como atletas, consagrados a la excelencia y con la belleza que imprime saber que eres el mejor.

Esa visita fue una confirmación. Eso era exactamente lo que quería hacer. Así era exactamente como quería ser.

Siempre había tenido la sensación de que fuera de París solo existían vidas de segunda categoría. La misma impresión que tuvo al observar a esa casta de jóvenes hambrientos. Ellos eran los únicos que sabían, ellos eran los únicos que contaban con la formación necesaria para comprender cómo funcionaba el mundo y manejar los mandos. Todo lo demás eran naderías, los físicos, los jefazos de la EHESS¹¹, los catedráticos, los políticos, los filósofos, los abogados, las estrellas de cine, los futbolistas, todos estaban ciegos, eran unos incapaces, unos idiotas. Los que comprendían los entresijos de la maquinaria y hablaban el idioma de su tiempo, los que abarcaban con exactitud una época constantemente acelerada, exponencial por naturaleza, voraz, infundida de luz, de velocidad y de dinero, estaban allí, los príncipes economistas, líderes de los negocios, con sus camisas azules, sus cuerpos lisos y espigados, su aterrador impulso.

Se presentó a los exámenes de ingreso y recibió los resultados a principios de julio. Las cartas llegaron una detrás de otra. La habían admitido en Lille, en Lyon y en la ESSEC. Listo. Ya estaba en la rampa de lanzamiento. Podía relajarse.

A Clem Steph solo le contó que había aprobado el examen de ingreso en la ESSEC, sin ni siquiera sonreír, casi con hartura.

—¡Su puta madre! —dijo Clem.

—Sí, lo reconozco.

—Cuando me acuerdo del insti. No dabas palo al agua.

—Ya te digo. Pero queda lejos.

—Y ahora ¿qué te ha dado?

—No lo sé. No quería volver aquí. No voy a volver nunca.

—Me sorprendes.

—Llega un momento en que hay que tomar las riendas.

—Sí, y tanto.

—Me da igual, sé lo que quiero y no me asusta conseguirlo.

Anduvieron aún un rato hasta llegar al Peugeot 106 blanco que usaba Clem cuando estaba de paso. Era el coche comodín de sus padres, con seguro a terceros, pequeño y abollado pero tenaz. Su padre lo cogía a veces para ir al bosque. En los asientos se había quedado un desagradable olor a moho. Abrieron las ventanillas para que corriera un poco el aire.

—¿Adónde vamos?

—Ni idea.

—Ahora tenemos piscina en casa.

—Ah, pues ya está.

—Guay.

Steph estaba contenta. Hacía dos años que no sentía esa especie de relajación, como si nada pesara. No tenía que repasar nada, ninguna imposición en todo el día. Sus padres ni siquiera le daban la vara con que ordenara su cuarto o fregara los cacharros. El futuro se anunciaba pleno e ideal. Le bastaba con dejarse llevar hasta que empezara el curso. Estaba disfrutando de ese inhabitual estado de ingravidez cuando dijo:

—Lo cierto es que lo del baile ese me viene muy bien.

—¿Por qué?

—Tía, llevo meses sin follar.

Clem golpeó el volante con la palma de la mano y soltó la carcajada.

—¿En serio?

—Totalmente. Estaba estudiando como una loca. Y los tíos de mi clase ni merecían la pena, unos mierdas.

—Ya, pero aun así.

—Yo qué sé. Ni siquiera tenía ya ganas. Se me había ido la libido.

—Y ahora ¿te está volviendo?

—Joder... —replicó Steph con tono cómplice.

Clem volvió a descojonarse.

—Lo malo es que, un 14 de julio en Heillange, ¿a quién te vas a tirar? ¿A un militroncho, a un moro?

—Uy, eso me da la mismo —dijo—. A tu padre, si hace falta.

⁷ Lomo de buey a la parrilla.

⁸ Oficialmente, Les Restaurants du Cœur – Les Relais du Cœur: fundación sin ánimo de lucro con presencia en toda Francia cuyo objetivo es ofrecer comida gratis a los desfavorecidos.

⁹ ESSEC: École Supérieure des sciences économiques et commerciales (Escuela Superior de Ciencias Económicas y Comerciales).

HEC: École de hautes études commerciales (Escuela de Estudios Superiores de Comercio).

¹⁰ Preparatoria emparejada, preparatoria cateada.

¹¹ École des Hautes Études en Sciences Sociales: Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales.

Patrick Casati había querido hacer las cosas como es debido. Madrugó para ir a comprar cebo donde Lamboley, con la fresca. Volvió con la lata de Nesquik medio llena de gusanos de la harina. Cómo se retorcían ahí dentro, parecían una pota. Colocó la tapa agujereada riéndose al acordarse del asco que le daban al crío cuando era pequeño; luego preparó las cañas. Esas latas de larvas tenían ya casi quince años. Eran de cuando Anthony todavía se bebía el chocolate cogiendo el tazón con las dos manos, con el remolino del pelo tieso.

No lo había llevado mucho a pescar. Era buena idea, justo antes de que se fuera.

Después, no hizo mucho en toda la mañana más que esperar. No privar antes del mediodía era bastante fácil. Se apalancó delante de la tele y se puso a liar los cigarrillos de la semana. Lo hacía por adelantado y los guardaba en un bote de hojalata hermético. Al cabo, se quedó amodorrado con el tabaco y la máquina de liar en el regazo. Había colocado una toalla debajo para no ponerlo todo perdido. Estuvo durmiendo un buen rato, con la boca abierta y la barbilla pegada al pecho. Lo despertó el desfile. En la tele, los carros blindados bajaban por los Campos Elíseos. Las fanfarrias pasaban, los aviones en el cielo, el típico ruido de los soldados marcando el paso, geometría en marcha. Al ver a Chirac, tan estirado y con cara de pánfilo en el *jeep*, no pudo evitar reírse.

—¡Anda, el grandullón!

Ahora vivía en un estudio situado, supuestamente, en la planta baja. En realidad, tenía que bajar cinco peldaños para entrar en casa y las ventanas parecían tragaluces. En total, disponía de una habitación de tres por cuatro que le servía de salón, de cocina y de dormitorio. Había un cuarto de baño adyacente, con el váter y la ducha juntos. Como era manitas, lo había acondicionado un poco, en concreto había colocado unas estanterías para ganar espacio. Dormía en una cama de noventa, que también servía de sofá.

A la hora de comer cogió una lata, la primera que pilló. El armario de debajo del fregadero estaba lleno. Judías guisadas, estofado de buey, cuscús,

raviolis... Lo más básico. Echó los raviolis en una cazuela y los calentó en la cocina de gas portátil. En dos minutos estuvo listo. Muy práctico. Casi no había que fregar. No comía directamente del cazo, pero le faltaba poco. Salpimentó abundantemente y se sirvió un vaso grande de tinto. No tardó mucho más en comerse el almuerzo que en prepararlo. Lo hizo en una bandeja, delante de la tele. Como había perdido el mando y le daba pereza levantarse, se tuvo que tragar el telediario. De postre, se comió una manzana y se concedió otro vaso de vino hasta el borde, un vaso pequeño. Según el despertadorcito colocado en la cabecera de la cama, eran casi las dos de la tarde. El crío debía de estar al caer. Vacío el vaso, se tomó uno más para el camino y volvió a quedarse frito.

Llevaba pues en el estudio una vida aletargada y bajo mínimos. Había conseguido encontrar un currito muy llevadero para un administrador de fincas, doce horas a la semana por el salario mínimo. Se trataba de limpiar en algunas comunidades de vecinos tranquilas, sacar los cubos de la basura, cortar el césped cuando el tiempo lo permitiera; estar pendiente, en definitiva. No era gran cosa, pero de vez en cuando algunas viejas le pedían que les echara una mano. Les hacía arreglos de carpintería, alguna chapuza, y a cambio le daban una propina. Al principio lo llevaba mal porque se cruzaba con gente que ya conocía de antes. Pasar la fregona delante de un antiguo compañero de clase no dejaba de ser un reto existencial. Pero, al fin y al cabo, ese curro no era peor que cualquier otro. Tenía deudas, unos ingresos minúsculos, cobraba una ayuda para pagar el alquiler y el ayuntamiento lo había autorizado para cultivar una parcelita detrás de los campos de fútbol de La Renardière. Intentaba cultivar patatas y cebollas, perejil, hasta había sembrado fresas. Pero en realidad, cada vez que iba, se llevaba un *pack* de birras. A la tercera, soltaba el azadón y acababa en una silla de *camping*, fumando picadura mientras contemplaba la tierra removida. Podía tirarse así muchísimo rato, sin decir nada, solo bebiendo. El sol se hundía detrás de las gradas de la cancha. Solo quedaba él, apoltronado, soltando una risa de tanto en tanto, rodeado de latas tiradas por el suelo. Estaba a gusto.

Lo malo era que cuando llegaba el momento de recoger las patatas, la cosecha dejaba mucho que desear. De todas formas, lo que más comía eran conservas. También iba a pescar. Era una vida reducida y anestesiada sobre la que no se hacía muchas preguntas. Era lo que había.

No tardó en despertarse, con la boca pastosa. El teléfono estaba enterrado en el sillón. Lo sacó refunfuñando. Estaba de mal humor. Todo aquello le resultaba irritante. En la tele se veía un anuncio de SFR¹² con un tío delante del Mont Saint-Michel. Por lo visto, ahora tenían cobertura por todas partes. Patrick no tenía mayor intención de comprarse una mierda de móvil de esos que de viajar a la Luna. Bajó el volumen y marcó el número de su ex. Se tapó el oído para oír mejor.

—¿Diga?

—Soy Patrick.

Hélène dijo que ya, que lo había reconocido, estaba acostumbrada. Desde que volvían a tratarse, la llamaba a menudo. Le pedía que le rellenara la declaración de impuestos o le pidiera cita con el oftalmólogo. Para los hombres de su generación, la relación con el mundo exterior pasaba por las mujeres. Eran tíos que podían hacer un suelo de cemento o conducir dos mil kilómetros sin dormir, pero a los que les resultaba casi físicamente imposible invitar a alguien a cenar.

—Entonces ¿viene o no viene?

—Pues claro, si es lo que te ha dicho, irá.

—Ya, es que lo estoy esperando.

—Ya lo sé. Deja de preocuparte.

—No me preocupo.

—Vale...

Siguió un silencio.

—¿Has visto el desfile? —preguntó Patrick.

—Sí.

—Los legionarios.

—Que sí, los he visto.

—Qué raro se me hace.

—¿El qué?

—Que se marche para allá.

—Sí, ya lo sé. Esta noche no he pegado ojo.

A Hélène siempre le pasaba algo, las preocupaciones, a menos que fuera la luna. Por lo que contaba, llevaba sin dormir desde mayo de 1991.

Después de colgar, Patrick se tomó otro vino. Fregó los cacharros. Como estaba esperando a Anthony, había recogido las botellas, cinco bolsas hasta arriba, y había ido al contenedor en coche. El piso estaba impecable. Luego abrió las ventanas y se fumó un cigarrillo en la cama, con el cenicero en el

pecho. La tele seguía puesta con el volumen muy bajo. Fuera, el verano estaba precioso. Patrick había vivido suficientes veranos para saberlo. No llovía. Por el cielo despejado pasaban unas pocas nubes, cuya única finalidad era indicar la dirección del viento. El día de hoy era parecido al de ayer y al de mañana. Se acordaba de los veranos de su infancia, un auténtico continente al que se mudaba con sus hermanos y sus amigos para no volver hasta que empezaban las clases. Siguieron los veranos a retazos, con los curros, las chicas y las vespinos. Y después, los veranos adultos, casi insospechados, reducidos a tres semanas de vacaciones pagadas y obligatorias que siempre parecían salir mal y sabían a poco. Con el paro supo lo que eran los veranos culpables y lentos, cociéndose en su propio jugo y haciéndose mala sangre. Y ahora. Ya no sabía cómo era. Se sentía ajeno a las cosas. Lo aliviaba y lo cabreaba a la vez.

Lo que más intolerable le resultaba era desperdiciar su fuerza. Su padre había dejado el colegio a los doce años como mucho, y su madre igual. Él lo había dejado a los catorce y más adelante se consolaba afirmando siempre que podía que su certificado de estudios valía más que un *bac*. Durante toda la infancia, sus padres lo habían educado con el miedo a la ociosidad, el desprecio del *far niente*. Había aprendido a cortar leña, encender fuego, poner baldosas, arreglar un grifo, rehacer un tejado, cuidar de la casa y el jardín, e incluso algunos rudimentos de carpintería. Sus hermanos y él se habían pasado la juventud al aire libre, cogiendo setas, arándanos y ciruelas. Había aprendido a esquiar gracias a la Juventud Obrera Cristiana, aunque no iba a la iglesia. En su mundo, nadie creía mucho en las actividades de interior. Preferían la vida al aire libre, colectiva y atareada. La propia fábrica, en su maquinaria gigantesca, se parecía a un exterior. Cualquier cosa antes que una oficina, con un boli en la mano, anémico de tanto pensar.

Y hete aquí que ahora estaba en casa, casi siempre solo. Se pasaba las veladas aburriéndose y sorbiendo cerveza con Picon, y se dormía con la boca abierta delante de la tele. Se despertaba a las tres de la madrugada, dando un respingo, con una rigidez helada en los riñones. Al día siguiente le costaba levantarse y después tenía que aguantar la jornada laboral. Cuando terminaba, lo único que le apetecía era volver a casa. Y vuelta a empezar. Un vaso, solo uno, eso era lo que se prometía. Hasta que la voluntad se iba a tomar por culo y empalmaba una birra con otra. Gran parte de la vida se le iba ahora en esa repetición hogareña. A veces, con el culo pegado al sillón, se miraba las manos. Seguían siendo bonitas y recias. Le habían salido algunas manchas pardas en el dorso. Se sentía vacío y exhausto. Ya no le apetecía salir ni ver a

nadie. De todas formas, había reñido con casi todo el mundo. Le habría gustado emplear en algo esas manos vacías. Le habría gustado que sujetaran un mango. Estaban hechas para manejar herramientas y para moldear materiales. Era entonces cuando le entraban una exaltación y una angustia que lo convertían en asesino.

Pero, por una vez, Patrick Casati estaba contento. Su hijo iba a ir a verlo y se sentía orgulloso. El chaval pronto estaría en Alemania, vestido de uniforme. No pensaba que el chico iba a ser «soldado». Y aún menos se acordaba de la guerra. En su cabeza solo correteaba una palabra: militar. Tenía aroma a heroísmo moderado, a compostura y a disciplina; y, sobre todo, a estabilidad de funcionario.

La verdad es que al pobre chaval le habían venido mal dadas. Llegó demasiado pronto para Hélène y para él. Luego empezaron los problemas en la fábrica. El miedo al mañana se instiló en su vida. Y la falta de dinero, los quebraderos de cabeza y la necesidad de pelear en esa frontera que separa a la gente humilde de los pobres de solemnidad. Por último, las ganas de beber, que siempre habían estado ahí.

Cuando la conoció, Hélène tenía diecisiete años. Ella y su hermana se creían que eran las niñas bonitas del valle. La hija de los Kleber era más guapa, y Chantal Durupt, también. Tanto que había subido a París y la habían visto en un Scopitone¹³ de Petula Clark. Nadie sabía qué había sido de ella después, pero con esas piernas cabía sospechar que hubiera encontrado un buen marido o trabajo de azafata. Salvo que Hélène tenía algo peor, apetecible y peligroso. Mirarla se parecía un poco a estar ya acostándose con ella. Por aquel entonces la rondaban todos los tíos y ella manejaba a esa jauría de idiotas con mano firme. El juegucito aquel había durado varios decenios. En el fondo, Hélène no había querido renunciar al poder que ejercía sobre los hombres. Ahora a Patrick le daba la risa. El sortilegio se había desvanecido por completo. Hélène se había cortado el pelo, se le estaban poniendo los brazos fofos y se le descolgaban las mejillas. De las tetas ya ni hablamos. Había perdido la carga explosiva.

Y pensar que aún no tenían ni cincuenta tacos...

Qué rápido había pasado su turno y qué poco lo habían aprovechado. La sensación de estar retirados hacía nacer entre los dos un entendimiento de una clase nueva que ya no era amor, sino una especie de ternura cansada, una fidelidad por despecho. Ahora no se harían más daño. Era demasiado tarde.

Al cabo de un rato, Patrick fue a buscar el regalo al armario de debajo del

fregadero. Lo dejó sobre la encimera diminuta y se sentó en una silla. Eran casi las tres. El crío ese se estaba cachondeando de él. Patrick se quedó ahí, mirando el papel brillante y el tirabuzón de la cinta. La silla no era muy cómoda, pero no se atrevía a volver al sillón por si se volvía a quedar dormido. Media hora después se puso de pie y arrancó una lata del *pack* que tenía reservado para su juegucita hombre a hombre. Se tomó tres, acabó tumbándose y el sueño lo venció, como un mazazo.

Cuando volvió en sí, eran más de las ocho, se notaba anquilosado y el día se había echado a perder. Mientras tanto, los gusanos habían seguido retorciéndose incansablemente en la lata de Nesquik. El cielo desvaído ya solo ofrecía el vacío, ya no hacía tan bueno. Cerró la ventana y se dirigió a la cocinita. Con los labios prietos, se lo oía respirar a tres metros, un aliento empantanado y lleno de grava, que arrastraba treinta años de tabaco. Se quedó mirando el regalo un momento. Luego desgarró el papel brillante, abrió la caja rectangular y empuñó el bonito cuchillo de caza que había dentro. Era un arma realmente magnífica, con la hoja casi negra, ancha, cuya forma, oblonga y panzuda, recordaba un poco a las hojas del árbol de Judas. Lo había probado en el antebrazo. El filo estaba perfectamente afilado. Metió el cuchillo en la funda, y esta, en su cinturón. Ya que no había ido, iría él a buscarlo.

Antes de salir de casa, Patrick se llevó dos birras para el camino. Se subió al Peugeot 205 y se dirigió al lago. Le iba a dar el regalo por las buenas o por las malas. A ese hijo de puta suyo.

¹² Operadora francesa de telefonía móvil.

¹³ Aparato parecido a una *jukebox* con pantalla que además de música reproducía imágenes, como un videoclip musical. Fue muy popular en Francia en la década de 1960.

De modo que ahí estaban los franceses, puede que no todos, pero sí muchos.

Viejos, parados, mandamases, chavales en vespino y los árabes de la ZUP, los votantes decepcionados y las familias monoparentales, los maricas y los propietarios de un Renault Espace, los tenderos y los directivos de Lacoste, los últimos obreros, los vendedores de patatas fritas, los paletos, los cabezudos y, por supuesto, unos cuantos pelusos de propina.

Habían ido en masa a la orilla del lago, habían aparcado en los arcenes de la carretera departamental, a lo largo de tres kilómetros, o en los campos, incluso en el bosque. Iban por racimos, trashumantes, risueños, espantosamente variopintos, irreconciliables y, aun así, codo con codo y tan amigos, al final.

Todos iban en la misma dirección, hacia la playa americana, a la que todo el mundo llamaba así sin saber ya por qué. Esa denominación venía de lejos, de cuando un tío que tenía una tienda de excedentes del ejército y vaqueros de importación decidió montar allí un *drive-in*, en los *sixties*. Afirmaba que venía de Texas y llevaba botas de vaquero. No hacía falta más. El autocine había desaparecido hacía tiempo, pero el nombre se quedó.

Al llegar, Steph y Clem se lo encontraron todo ya instalado. Había un estrado para los discursos y, de tanto en tanto, al empleado municipal encargado de ajustar el sonido se le acoplaba el micrófono y soltaba por encima de la multitud un pitido indiferente. Este año no habría orquesta, salía caro y era una horterada. Un pincha haría el mismo apaño. También había un quiosco grande de bebidas, mesas largas con bancos corridos de madera y, debajo de una carpa de plástico, un vendedor de patatas fritas y salchichas. En teoría, tenía el monopolio porque era el único que contaba con los permisos necesarios. Pero en la práctica aparecerían otros, con una barbacoa pequeña, una freidora y un transformador, para intentar hacer negocio por libre. De todas formas, las autoridades tenían la manga ancha.

Algunos espectadores habían llegado temprano para coger los mejores sitios. Se habían acomodado junto al agua, con sillas y tumbonas. Esperaban el

espectáculo bebiendo cervezas heladas que sacaban de neveritas de colores. Más allá, lago adentro, flotaba una plataforma con la pirotecnia. El cielo claro aún se reflejaba en la superficie del lago, pero la luz ya se estaba replegando desordenadamente, dejando una sensación de barullo y de oscuridad, un frufrú de árboles que rodeaba el hormigueo de los espectadores. Sobre todo ello flotaba el agradable olor a carne a la parrilla, un aroma de verano. La concurrencia parecía paciente y disfrutaba. Steph y Clem rondaban por ahí.

—¿Dónde nos ponemos? —dijo Steph.

—Ni idea. Nos damos una vuelta.

—No me apetece mucho que nos vea mi padre.

Antes de ir allí, las chicas se habían pasado por donde Lamboley para comprar algo de priva. Al ser domingo, las tiendas estaban cerradas y el viejo era el único recurso. De hecho, el hombre lo tenía todo previsto. Su garaje, que albergaba las mercancías más variopintas, esa noche estaba a reventar de víveres y de botellas de bebidas alcohólicas. No se sabía con certeza si tenía permiso para vender todo eso. Vestido con un mono de trabajo y camiseta interior, junto con sus dos hijos, despachaba a la clientela tanto de día como de noche. Aunque el cierre metálico estuviese echado, bastaba con llamar, siempre había solución.

Al llegar, las chicas se encontraron a todos los despistados de la ciudad haciendo cola, sobre todo jóvenes, pero no solo. El funcionamiento era ejemplar. A un tío le llegaba el turno y pedía unas birras y guacamole. El viejo Lamboley decía «marchando». El hijo iba a rebuscar en el almacén de detrás, organizado someramente con unos congeladores y unas estanterías metálicas, regresaba con los productos, al cliente le metían un clavo y «siguiente». Cuando les tocó a Steph y Clem, pidieron un *pack* de doce. Treinta y cinco pavos.

—¡Qué caro!

—Es lo que hay.

El viejo, el mono y los dos chavales. Pagaron.

De camino, solo escucharon la misma canción una y otra vez, repitiendo «Pendant des heures, mais elle m'a mis la fièvre»¹⁴. Estaban peleonas y vaciaban una birra tras otra mientras conducían. Steph era la encargada de rebobinar la cinta. Cada vez que la oían, la letra las ponía más frenéticas. Poco antes de llegar, se bebieron una más en un caminito vecinal que serpenteaba entre los árboles. Cuando se hizo de noche, el bosque, donde había empezado a refrescar, les dio mal rollo. Se marcharon olvidándose allí

el *pack*. Luego tuvieron que buscar sitio y maniobrar para dejar el coche; Clem golpeó al coche de delante y al de detrás. Las chicas seguían riéndose. El aire les agitaba el pelo, que se les metía en la boca. Por fin consiguieron llegar a la playa, que ya estaba a tope de gente. Lo cierto es que les costaba andar en línea recta.

—Joder, como mi madre me pille con este pedo, se acabó.

—No hay peligro entre tanta gente.

—Ya, flipo con tanto cateto junto.

—Chachi, han venido todos. Menudo circo.

—La verdad es que no sé qué pintamos aquí.

—Hombre, pues tú querías follar, ¿no? —ironizó Clem.

Steph hizo una mueca. De repente, ya no estaba tan segura. Se sentía nerviosa y expuesta. Pensó que tenía que empezar a cortarse con la priva. Daban una vueltecita y luego le pediría a Clem que la llevase a casa.

Poco después, se confundieron con la muchedumbre. Estaban el olor, la música, el barullo y la perpetua intermitencia de los rostros. Las chicas caminaban juntas y sin hablar. Todo les parecía un espectáculo. Al rato, se compraron unas patatas fritas y se sentaron en unos troncos para comérselas. Pasó un grupo de tíos mirándolas de arriba abajo, unos pueblerinos con la cabeza rapada y botas militares. Llevaban cazadoras vaqueras sin mangas y, debajo, camisetas de *hard rock*. Algunos intentaban dejarse barba, sin mucho éxito. Como insistían, Clem los mandó a tomar por culo con el dedo y pasaron de largo.

—Me parto con los *heavies*. En cuanto te metes un poco con ellos, desaparecen.

—Ya, como casi todo el mundo. Venga, vámonos de aquí. Estoy harta.

—Joder, ¿y ahora qué te pasa?

Steph no contestó. En efecto, se sentía rara.

—Demasiada gente.

—¿Quieres que nos larguemos?

—No lo sé.

Clem se puso de pie y tiró del brazo de su amiga, que pesaba una tonelada. Y se fueron otra vez, derivando lentamente entre la multitud.

Coralie y Hacine paseaban con el perro, cogidos de la mano. Ni que decir tiene que Hacine lo llevaba fatal. Se dijo para sus adentros que en cuanto

pasaran el quiosco, la soltaba. Lo dejaron atrás. No se atrevió. Encima, se habían cruzado con algunos colegas de antes y había sido un corte. Sin saber por qué, no acababa de hacerse al rollo ese de ir en pareja, pasear y besuquearse en plena calle. Lo cierto es que las tías eran un tema muy chungo. Te apetecía tirártelas, y luego acababan convenciéndote de que te quedaras a dormir, una cosa llevaba a la otra y empezabas a firmar papeles, a hacer planes y, un buen día, ya no reconocías nada a tu alrededor. No volvías a ninguno de los sitios donde parabas antes. Los amigos de la infancia se convertían en desconocidos. Y empezabas a tener mucho cuidado de bajar la tapa del váter antes de salir del baño.

Para ser justo, Coralie no le había pedido nada y era bastante guay, como demostraba el que los colegas se hubiesen pasado la mitad de la noche jugando a la consola en su casa. No era eso, pero sí que se había producido una lenta transición y, poco a poco, Hacine había ido desprendiéndose de un montón de costumbres. No se arrepentía. No cabía duda de que ahora su vida era mejor. Cuando tenía un ataque de pánico y se preguntaba si su existencia era peor de lo que podría haber sido y si los demás se habían situado mejor que él, ya no estaba solo. Gracias a ella, ya no tenía esa sensación turbia de absoluto fracaso y de haber echado su vida a perder. Coralie le levantaba el ánimo y en la cama era estupenda. Hasta sus suegros eran majos. Solo que cuando iban al centro, siempre tenía miedo de que lo pillaran, como si tuviera algo de lo que avergonzarse. A la luz del día, aquella historia de amor le parecía una pantomima y se sentía un actor pésimo, al que no le pegaba nada ese papel. Había soñado con ser un capo. No acababa de resignarse a ese puesto de compañero.

A veces se preguntaba qué estarían haciendo todos aquellos a los que había perdido de vista, Mouss, Radouane y la pandilla. Seguramente seguirían llevando sin él la misma vida de huevones y delincuentes cutres. El retaco de Kader había pasado por el talego, dos años por agresión. Una gilipollez por un altercado en un semáforo. Le habría gustado estar allí para verlo.

A Coralie se le antojaron unas patatas fritas y una birra. Hacine la invitó. Echaba cuentas. Todo se volvía muy caro cuando la pasta se ganaba honradamente. Ser asalariado le había resultado reconfortante al principio, en comparación con los altibajos del bisnes. Pero pronto comprendió que esas cantidades irrisorias no eran un punto de partida, sino la velocidad de crucero de la gente honrada. Empezabas a calcular las cosas en carritos de la compra o a comparar la prima del seguro del hogar con lo que costaba una estancia en

las Baleares. La vida se convertía en esa sucesión de previsiones, de racaneos diminutos y de privaciones indoloras que se compensaban con placeres que siempre sabían a poco. Por ejemplo, Coralie llevaba un buen rato tocándole las pelotas con un rollo de talasoterapia. El finde para dos costaba casi 5.000 pavos. Hacine ganaba 7.240 francos al mes. ¿Cómo iba a disfrutar de esos dos días en albornoz y chanclas si tenía que romperse los cuernos durante dos años para pagarlos? Solo de pensarlo le daban sofocos. Y Coralie venga a decir «ya verás, nos va a sentar de maravilla».

A eso de las nueve se calló la música y Coralie llevó a rastras a Hacine hacia el estrado. El alcalde estaba allí arriba. Lo flanqueaban una mujer elegante con cara de ratón y un tío hinchado y esférico, a todas luces de muy buen humor, Pierre Chaussoy. Detrás del estrado se veía la superficie pareja del lago y, en la otra orilla, la silueta recortada de los árboles. Los bafles carraspearon.

—Por favor...

El público guardó silencio y el alcalde pudo iniciar el discurso. Se alegraba de que hubiese acudido tanta gente. Se alegraba de todo lo que sucedía en su ciudad. En invierno, el mercadillo de Navidad, el nuevo gimnasio cubierto y el salón del automóvil que ese año había alcanzado un récord de asistencia. En verano, Heillage disfrutaba, por supuesto, de su patrimonio natural que, por lo que decía, atraía a visitantes de muy lejos. Que se fueran preparando los de Saint-Tropez. Pero, además de eso, estaban el recorrido en canoa por la ciudad, el *skatepark*, las pistas de tenis, la piscina modernizada, el minigolf, el *camping*, etc. Aunque no por ello iba a dejar de hacer cosas. La ciudad tenía, además, otras ambiciones, puesto que había que adelantarse al futuro. Entonces Pierre Chaussoy tomó el micrófono y anunció la gran noticia. El verano siguiente, Heillage contaría con su propia regata. Este anuncio dejó al público bastante circunspecto. Hubo más de un curioso que preguntó que qué era eso de la regata.

—Sé que puede parecer pretencioso —dijo Pierre Chaussoy de lo más entusiasta—. No forma parte de la cultura de nuestra región. Pero estoy convencido de que contamos con todo lo necesario para celebrar un acontecimiento de alto nivel. He ido a informarme a Annecy, a Lugano y al lago de Como. No tenemos nada que envidiarles.

El alcalde comentó, socarrón, que el régimen fiscal del lago de Como sí que le parecía envidiable. El hombre esférico prosiguió, insistiendo en los beneficios que sin duda aportaría semejante acontecimiento, pero Hacine

había dejado de escuchar. Estaba mirando a su alrededor. Los demás espectadores no estaban mucho más atentos. En su cara se leía un regocijo cortés. A algunos listillos se les escapaba la risa. En un momento dado, un hombre, borracho perdido, gritó: «¡Desnúdate!», cosa que hizo mucha gracia a todos los que tenía al lado menos a su mujer. En el fondo, a la gente le importaba un bledo la vida social y cultural de Heillange. Habían acudido por el ruido, la luz y la bebida. Esperaban a que terminase el discurso por urbanidad. De repente, algo atrajo la mirada de Hacine. Pero no le dio tiempo a procesarlo. Ese rostro familiar con el párpado cansado ya había desaparecido.

Anthony había acudido solo. No quería ver a su padre ni a ningún colega en especial. Quería sencillamente disfrutar por una vez de la certeza de haber acabado con Heillange para siempre. Era una sensación nueva, ir con las manos en los bolsillos, casi como un turista, por un decorado y una multitud que ya no lo atañían. Mañana se iba, por fin.

Mientras escuchaba las últimas palabras del padre de Steph, se sorprendió buscándola. Cómo le gustaría que estuviese allí. Era el momento ideal para un último encuentro. Esta vez, se tratarían de igual a igual. Pierre Chaussoy les deseó a todos una agradable velada. El alcalde hizo otro tanto. La mujer con cara de ratón no había dicho una sola palabra y se la veía decepcionada.

—Hasta la hora de los fuegos artificiales, los dejo en las expertas manos de nuestro pinchadiscos —concluyó el alcalde, presentando a un joven relativamente obeso que llevaba unos cascos colgando del cuello y que empezó a poner música de emisora de FM, polivalente y superconocida. Anthony y otras cinco mil personas continuaron deambulando. Estaba terminándose una birra caldorra cuando vio al primo.

Andaba por ahí con su hermana y el novio de esta. Iban con una sillita y dos críos. Julie tenía dieciocho meses, y Killian, tres años. Anthony estrechó la mano a los hombres y dio un beso a Carine y a los niños. Cruzaron unas palabras sencillas y algo torpes. Aunque la verdad es que se alegraban de verse.

—Bueno, pues ya está, ¿no? Te marchas...

Carine lo decía con tono de reproche y de felicitación, con su hija en la cadera y una mano en la sillita. A Anthony le parecía que estaba cambiadísima. Los embarazos habían tenido en ella un efecto revelador.

Podría haber pasado por ser una vaga sin remedio. Pero en realidad era una de esas madres integrales. Desde el primer hijo, se había volcado en su nuevo papel y ya no quedaba nada de la adolescente, la chica había desaparecido entre los pañales. Ahora, con solo veintidós años, tenía esa capacidad de resignación y de ternura, esa hemorragia incansable y desbordante de leche, de lágrimas, de amor y de fatigas. Sin previo aviso, había cortado cualquier vínculo con su vida de antes para dedicarse sin remordimientos a su descendencia, convirtiéndose de la noche a la mañana en una mujer de su casa a tiempo completo. Todos los días se regían por el mismo ritmo de comidas y de siestas. Levantaba a los críos, les calentaba la leche, los lavaba, los cambiaba y luego a planchar. La olla a presión pronto pitaba que ya era mediodía. Había patatas, judías y cerdo. Se tomaba el café vigilando los juegos con mirada distraída. Sobre las dos se concedía una breve tregua mientras los peques dormían la siesta, empapuzándose de bombones delante de un culebrón. La tarde traía un nuevo lote de servidumbres y de repeticiones: levantar a los críos, alimentarlos, llevarlos de paseo, volver a casa y preparar la cena. Cuando salía era para ir invariablemente de casa al médico y del Leclerc a la zona de juegos. En su casa, la tele estaba puesta doce horas al día. Tenían tres aparatos en el piso. Micka, su hombre, curraba de transportista y pasaba fuera al menos tres noches a la semana. Cuando volvía, hecho polvo, se dejaba caer en el sofá y los niños iban a acurrucarse a su lado. Era una tradición, se otorgaban entonces un helado. La familia reunida miraba la pantalla con el agradable sabor de la vainilla en la boca. ¿Se podía aspirar a algo mejor?

Con solo mirarla, Anthony se sentía mal. Esas mujeres que de una generación a otra acababan derrengadas y medio convertidas en chacha, sin más objetivo que garantizar la continuidad de una descendencia abocada a las mismas alegrías y a los mismos males... Todo eso le daba un mal rollo tremendo. En esa obstinación sorda intuía el destino de su clase. Peor aún, la ley de la especie, que se perpetuaba a través de los cuerpos inconscientes de esas mujeres metidas en la cocina, de caderas anchas y vientres llenos. Anthony odiaba la familia. No aportaba nada más que un infierno de prórrogas sin meta ni final. Él se dedicaría a hacer viajes y milagros. Se permitiría hacer cosas; no sabía exactamente qué.

Mientras tanto, se puso a charlar con el primo. Aunque sabía de él por su madre, estaba bien eso de poder hablar un poco. Al cabo de un rato decidieron ir a tomar algo. Se acomodaron todos en el extremo de una de las mesas largas

que se extendían delante del quiosco. Como había poco sitio, se apretujaron. Micka se encargó de ir a buscar las bebidas. Era un tío amable, con unas pantorrillas como postes que le asomaban por un pantalón de chándal de tres bandas cortado. El primo, por una vez, estaba bastante locuaz. Había tenido bastantes disgustos desde hacía un año y lo contaba con tono desenfadado, como si estuviera de vuelta de todo. Aunque no lograba ocultar el despecho que sentía en el fondo. Él y la tontita de su novia, al final, habían cortado. «Se veía venir», pensó Anthony, pero se lo calló. Por lo demás, tenía un curro nuevo en Luxemburgo, que consistía en llevarles el papeo a las oficinas a los ejecutivos que tomaban decisiones en torres de cristal.

—Allí todo el mundo va en BMW —dijo el primo—. Ellos sí que saben.

Anthony estuvo de acuerdo. Como todos en el valle, siempre estaba oyendo hablar de Luxemburgo y de sus sueldos astronómicos, de las retenciones mínimas que les aplicaban y de ese maravilloso hallazgo que era el coche de empresa. El ducado estaba tan necesitado de mano de obra que las autoridades habían implantado disposiciones para que los asalariados transfronterizos pudieran desplazarse en Mercedes, en BMW Serie 5 o en Audi Quattro sin necesidad de poner un solo céntimo. Desde la perspectiva de Heillange, aquello se parecía mucho al paraíso en la tierra.

Por desgracia, el primo no había llegado a tanto. Vivía cerca de la frontera, en un pisito de dos habitaciones, y tenía que ir al curro por sus propios medios. Micka regresó con las cervezas. Los niños, nerviosos por la inminencia de los fuegos artificiales, estaban como motos. Carine alternaba las amenazas con las promesas, empezando todas las frases con un «estáis avisados», aunque no servía de mucho. Cuando brindaron, casi vació el vaso de plástico de un tirón. Cada uno pagó una ronda y Anthony insistió en comprar unas patatas fritas a los niños. Los adultos picaron de los cestillos. La mesa no tardó en estar cubierta de comida y de vasos de plástico. Estaban todos de buen humor, a pesar de que los niños lloriqueaban y se retorcían. Anthony y el primo miraron el lago con cierta nostalgia. Habían vivido en él cosas importantes. A Anthony le entraron ganas de mear. Estaba borracho y cada vez más sediento.

—Ahora vuelvo.

—No tardes, está a punto de empezar.

Se puso de pie y procuró andar en línea recta hasta los retretes químicos que habían instalado para la ocasión. El tío que se ocupaba del sonido era claramente un fan incondicional de Indochine, Anthony ya había reconocido

L'Aventurier, Trois nuits par semaine y *Canary Bay*, que ya era la segunda vez que sonaba. Pensó que era su última noche.

Patrick había dado una vueltecita antes de encontrarse con Rudi en el quiosco y ponerse a beber los dos codo con codo. Como Rudi no tenía muchos medios, el que apoquinaba era Patrick. Pronto se les unió el peluquero. Los tres hombres, acodados en la barra, disfrutaban del espectáculo mientras bebían sin prisa, mirando a los demás clientes, el movimiento acuático de la muchedumbre y también a la joven morena que tiraba la cerveza. Se movía deprisa, iba vestida de negro y respondía a las bromas con una sonrisa; no era muy guapa, pero tenía buen tipo y era el centro de atención; lo que es una camarera, vamos. A Rudi, sobre todo, lo tenía obsesionado. En cierto momento, cuando la joven les puso otros tres vasos delante, le tocó la muñeca. Ella apartó el brazo bruscamente y se acercó al dueño para decirle algo al oído.

—Eres idiota —dijo el peluquero.

—¿Qué pasa? —dijo Rudi.

El dueño les pidió que vigilaran a su amiguito o las cosas se pondrían feas. Patrick se lo prometió.

—Están avisados, me da igual si es discapacitado o no, como vuelva a pasarse, le parto la cara.

—No soy discapacitado —dijo Rudi.

—Ya, sí, pues vale.

El dueño tenía un bigotazo negro y casi no se le veían los labios. Patrick lo conocía del rugby, entrenaba a los benjamines, Anthony había estado federado tres años de pequeño. Patrick se lo prometió:

—No le vamos a quitar ojo, no se preocupe.

El peluquero dijo «je, je» y ahí se quedó.

—Déjate de tonterías. Pero ¿a ti qué te pasa?

—Me estaba mirando.

—Qué te iba a mirar...

—Tú no te sueles meter con las tías. ¿A qué viene esto?

—No lo sé. Creí que me estaba mirando.

—Todos necesitamos amor —dijo el peluquero alzando el vaso filosóficamente.

—Ya, será eso.

Patrick se había puesto de espaldas a la barra y rebuscaba con los ojos en el barullo. Estaba disfrutando de su estado, mamado, amargo y todopoderoso. En cualquier caso, tenía pocas probabilidades de encontrar a su chaval en ese torrente de caras y de luz. Rudi también se había dado la vuelta. En el rostro de erizo, las pupilas le brillaban como si fueran de plomo. Escudriñaba, pasmado, con la boca abierta.

—¡Allí! —dijo, señalando con el dedo.

Patrick trató de seguirlo. En efecto, una silueta que podía ser la de Anthony acababa de desgajarse de un grupo sentado a una mesa. Rudi seguía con el dedo en el aire. Patrick ni siquiera se molestó en preguntarle cómo lo sabía. Los borrachos, los tarados y los santos en el fondo pertenecen al mismo orden de la naturaleza.

—Ahora vuelvo.

Vació el vaso y se puso a abrirse paso. No era tan fácil. Refunfuñaba mientras no paraban de llegar personas a contracorriente. Comprobó que seguía llevando el cuchillo metido en el cinturón, por debajo del polo. Cuando llegó, se encontró con el primo y Carine, que estaban con unos niños y un tío achaparrado con cierta pinta hispana.

—Hombre —dijo.

—Hola.

El primo le ofreció sentarse. Carine tenía a un niño sentado a caballito en el muslo. El otro menda sonreía abiertamente y se ocupaba del otro crío. Los presentaron. Patrick estaba descubriendo el alcance de esa familia que había seguido creciendo sin él. Se había quedado de pie, con el corazón encogido. Los chavalines eran monos, a pesar de las velas de la nariz y que de tanto arrastrarse por debajo de la mesa estaban hechos un asco. Hizo como que le robaba la nariz a Julie entre dos dedos.

—¡Zas!

La nena abrió los ojos de par en par. Patrick vio que Carine torcía el gesto. Al fin y al cabo, no era más que un borracho.

—¿Qué tal os va?

—Pues como siempre. ¿Y a ti?

—Voy tirando.

—Cuánta gente, ¿eh?

—Sí.

Patrick se buscó el tabaco en los bolsillos. El primo le ofreció de su paquete.

—Toma.

Le dio fuego. Gracias. De nada. Patrick ya no sabía cómo plantear el asunto. Y volvía a tener sed.

—¿Y tu madre?

—Igual —dijo el primo.

Patrick dio una calada, pensativo, y asintió lentamente.

Había conocido a esos críos cuando no eran ni así de altos. Habían jugado en su casa. Los había invitado al ti vivo y se había bañado con ellos en la piscina. Se aclaró la garganta.

—Oye, ¿no habréis visto a Anthony?

Entonces se produjo un extraño intercambio de miradas por encima de la mesa. Ninguno quería hablar. Aun así, el primo se lanzó:

—Sí, estaba aquí hace cinco minutos. Ha ido a mear.

—Iba a ir a mi casa —explicó Patrick.

Los jóvenes no dijeron nada. Pues claro, ¿a ellos qué coño les importaba? De repente, Patrick se sentía hecho polvo. Aplastó el cigarrillo y sonrió.

—Bueno, pues os dejo.

—Pásalo bien.

—Si veis a Anthony...

—Tranqui, se lo decimos.

Regresó al quiosco procurando asentar bien cada paso. No quería zozobrar delante de ellos. Todo ese asunto estaba empezando a inflarle los huevos. Cuando llegó a la barra, volvió a encontrarse con Rudi, el peluquero y su caja de pitillos. Encendió uno y le hizo un ademán al bigotudo para que le pusiera otra birra. No les preguntó a los otros dos si querían algo.

Anthony se coscó enseguida de la situación. Para mear, en toda la playa no había más que tres retretes, unas cabinas de plástico azul, y una cola de veinticinco metros delante de cada una. Esencialmente mujeres. Los tíos, al ver las colas, preferían ir al bosque. Anthony hizo otro tanto. Quería encontrar un rincón tranquilo, pero incluso allí estaba a tope. Se adentró más entre los árboles. La oscuridad del bosque no tardó en rodearlo. A su espalda, la fiesta ya no era más que un latido amarillo y sordo. Avanzó unos pasos más. El follaje apenas sonaba. Se abrió la bragueta.

Siempre que estaba en una situación parecida, no podía evitar acordarse de los cabezudos. A los diez o doce años, había pasado tardes enteras viendo

películas de terror con el primo. Cerraban las contraventanas, se sentaban en el suelo y alzaban la mirada hacia la pantalla. El juego consistía en aguantar. A veces, el miedo era tan intenso que Anthony cerraba los ojos. Solo quedaba el sonido y, en su cabeza, el espanto cobraba entonces una dimensión superlativa. Después se tiraba varias noches con pesadillas. Y hasta en el cole o en casa notaba presencias, intuía cosas agazapadas en los rincones oscuros. Se sobresaltaba a la mínima y no quería ir al baño solo. Su madre incluso se planteó llevarlo al psicólogo. Por suerte, el padre le puso freno. Más tarde, se pasaron a las pelis porno, el primo las grababa en Canal+, Ashlyn Gere y Christy Canyon, y empezó a dormir mucho mejor.

Pero ahora, en ese sotobosque, con el pito al aire, le volvían las fantasías inciertas. Sintió un escalofrío en la nuca. Y eso que en realidad no hacía frío, pero impregnaba el aire una humedad intensa que caía de las ramas y se colaba por el cuello de la camiseta hasta la piel. Delante de él, entre los troncos espaciados, le pareció ver que pasaba una forma. Con los ojos como platos, espiaba el vacío. Una vez más, algo pálido captó su mirada. El escroto se le encogió de golpe. Se le erizó todo el vello de los antebrazos. Y entonces reconoció el ruido húmedo y familiar de la orina golpeando en el suelo blando del bosque.

Sin embargo, no estaba meando.

Sin aliento, se abrochó la bragueta. No se atrevía a hacer ningún otro movimiento.

—¡Eh!

Anthony dio un respingo y se giró rápidamente para ver de dónde venía esa voz. Solo era un tío meando detrás de un árbol, a unos pocos metros.

—¡Joder, menudo susto!

—Je, je —dijo el tío.

Solo con oírlo era como si se encendiera la luz. Anthony pudo entonces volver a lo que lo había llevado allí. Orinó mucho rato, con deleite, reconfortado por la presencia de ese otro hombre que, como él, se aliviaba contra un árbol. Cuando el otro hubo acabado, se acercó a Anthony.

—No aguanto este sitio —dijo.

—¿La playa?

—No, el bosque este. No sé, no me fio.

—Normal.

No podía verlo con nitidez, pero por el tono Anthony se imaginaba que era joven y amistoso, y que estaba un poco pedo, como él. A lo lejos se oyeron

subir los primeros compases de *La Bamba*. Anthony se sacudió las últimas gotas y se abrochó la bragueta. El otro estaba esperando. Por educación, en cierto modo. Anthony se limpió las manos en el pantalón y se le acercó.

—Mierda.

Hacine y él se daban de narices por primera vez desde hacía mucho tiempo. Se quedaron un momento sin reaccionar, un poco sonados. En el fondo, no sabían muy bien cómo tomarse ese encuentro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hacine.

Anthony no tenía ni puñetera idea. Por suerte, la música cesó y la playa se sumió en la oscuridad. Los dos chicos se quedaron en tinieblas. Un murmullo recorrió la masa inmóvil de los espectadores mientras el primer cohete subía desde el lago, dibujando en el cielo una prolongada curva chispeante. Estalló muy arriba, muy lejos, precioso. Las primeras palabras de *Who Wants to Live Forever* resonaron pomposamente. Y Anthony descubrió que volvía a estar solo. Hacine se había pirado. Tras él, el bosque pesaba como una memoria. Se apresuró a volver con el primo y los demás.

¹⁴ Estribillo de *La fièvre* del grupo Suprême NTM: «La tía me tuvo a cien horas y horas».

En la playa, miles de rostros se habían vuelto hacia el cielo. Se veían en ellos reflejos rojos, algo de azul, destellos blancos... Los cohetes desgarraban la noche, chispeantes y tiesos, antes de estallar en el pecho de todos y romperles los tímpanos. Era un auténtico hormigueo de luces, una cascada de colores y de truenos. Esta vez, el ayuntamiento se había portado.

Ni siquiera Steph y Clem tenían ya ningún motivo para burlarse, a pesar del ambiente profundamente gregario, a pesar de Céline Dion y de Whitney Houston. El sonido y la luz las habían cautivado y se les olvidaba ser distintas. A su lado, un padre llevaba al brazo a una niña que decía «mira el rojo, mira el azul» con el dedo apuntando hacia el cielo. Los polis también tenían los ojos levantados. Una sola mirada para todo un valle. Era el 14 de julio.

La traca final coincidió con *Que je t'aime*. Steph sintió que su amiga se pegaba a ella. Ambas tenían en los ojos el mismo brillo húmedo y sentían en el vientre la turbación de la letra, «mon corps sur ton corps»¹⁵, una emoción animal, en bruto, una opresión irresistible.

Luego se acabó, sonaron silbidos y aplausos y todo el mundo se abalanzó a beber. Una tremenda sed se había apoderado del público. Podía empezar el baile.

Enseguida cambió el ambiente. De la afabilidad andariega se pasó a una especie de frenesí. Los cuerpos calentados por el alcohol, el ruido y el cansancio se atraían y se dispersaban sin saber cómo. Los que bailaban en la pista empezaron a menearse debajo de las guirnaldas de bombillas. El pincha abrió con los Jackson Five y siguió con Gloria Gaynor. Conocía los clásicos. Las miradas descubrían la piel madrosa de los escotes. Los veteranos miraban con ternura aquel desorden. En cambio, los adolescentes no podían estar más alerta. Envarados y con fingida tranquilidad, se espiaban en el borde de la pista, con los ojos como puñales. En cada generación, el deseo siempre tenía que vencer la misma timidez. No por ello dejaba de ser un coñazo no saber cómo actuar.

Steph y Clem también se habían movido hasta la pista. Según volvía del

bosque, Anthony se topó con ellas. Estaban bailando, guapísimas y algo perjudicadas, mientras se hacían visajes y movían los brazos en el aire, todo un número. Al cabo de dos canciones se susurraron algo al oído y Clem salió de la pista.

Parecía el momento apropiado.

—Hola.

Steph se volvió hacia él. Tardó no menos de dos segundos en reponerse.

—Anda... esto... joder.

Sonreía ampliamente. Intentaron hablar, pero la música estaba demasiado alta. Fue ella quien tomó la iniciativa de salir de la pista.

—Y ¿qué es de tu vida?

—Ahora estoy en París.

—Ah, guay.

—Qué dices, trabajo como una esclava, he engordado diez kilos.

El chico le pasó revista de arriba abajo. Buena parte de ese sobrepeso había ido a parar, a todas luces, a las tetas. En el hombro, el tirante del sujetador se le clavaba cruelmente en la piel. Como antaño los cordones en las caderas.

—¡Eh! —dijo Steph, chasqueándole los dedos debajo de las narices.

—Estás muy guapa.

—Serás bobo...

Dicho lo cual, estaba bastante contenta y le costaba ocultarlo. En ese momento apareció Clem con un vaso lleno de birra en cada mano.

—No te encontraba. ¿Dónde te habías metido?

—Aquí.

Steph no sabía qué decir. Anthony callaba. Un poco chungo.

—Igual os estoy estorbando —dijo Clem.

—No, qué va.

No sucedió nada. La música atronaba. Anthony se sacrificó.

—Bueno, voy por algo de beber. Ahora vuelvo.

—Pues vale —dijo Clem.

Hala, se acabó, una vez más. Se alejó procurando que pareciera que estaba tan pancho, aunque estaba totalmente desilusionado. Había ido allí para disfrutar, respirar una última bocanada de esa ciudad de mierda antes de abrirse para siempre, y Steph lo jorobaba todo, como siempre. Ni siquiera podía darse la vuelta, ella y la gilipollas de su amiga debían de estar observándolo. Cogió turno en la cola del quiosco. Se moría de ganas de mirar

por encima del hombro, pero no se atrevía. Por su culpa le entraban ganas de dar golpes. De hacerse daño. Sin embargo, creía que ya tenía superado aquello. Definitivamente, las mujeres eran lo peor...

—¡Eh!

Se dio la vuelta. Steph se acercaba sola. La amiga se había esfumado. Un milagro.

—¿Me podrías llevar a casa dentro de un rato? —preguntó la joven.

—Claro.

—Clem tenía que volverse. Estaba fastidiada por marcharse ya.

—No te preocupes.

—Vale, pero tampoco te montes películas.

Demasiado tarde. Anthony lo esperaba todo. Cogió su birra y se fueron un poco más lejos, a la orilla del bosque, para poder hablar. En realidad la conversación consistió más que nada en esperar sentados en la hierba. Steph le hacía preguntas. Él contestaba sí o no, evasivo, casi incapaz de mirarla. A su vez, trataba de averiguar qué había hecho ella esos dos años. No es que contara mucho más. La cosa no estaba saliendo como debería.

—Eres un muermo —dijo Steph.

Entonces Anthony se volvió hacia ella y la besó. Se les chocaron los dientes. Era un beso rudo, de última oportunidad. A ella le dolió y lo agarró por el pelo. A punto estuvieron de perder el equilibrio. Habían cerrado los ojos, las lenguas giraban, el corazón les latía deprisa. Poco a poco la torpeza cedió. Se echaron hacia atrás, con él encima de ella, en la hierba que picaba. El chico le besó las mejillas y los pómulos, le respiró el cuello. Era pesado y Steph notaba que cedía bajo ese peso de hombre, que se abría como un vientre. Por una vez, ya no pensaba en nada. Y él, tampoco. Se deseaban y estaban en el fin del mundo. Pero cuando él empezó a toquetear dentro de las bragas, la joven se echó atrás.

—Espera.

—¿Qué?

—Mis padres están aquí. No quiero que me pillen con un tío, dándome el lote.

—No pueden vernos. Aquí estamos tranquilos. No hacemos nada malo.

—Aun así...

Y para salir del paso, Steph dijo lo primero que se le ocurrió.

—De todas formas, me apetece bailar.

—¿En serio?

—Venga, me encanta esta canción.

—A mí no me apetece bailar.

Pero ya estaba decidido. Ella lo había empujado a un lado y se recomponía la ropa deprisa.

—Anda, ven. No es tarde, ya follaremos luego.

En su trayectoria de bebedor, Patrick había tenido varias épocas. La de los amigotes y las juergas, que dejaban la memoria carcomida y se solucionaban a la mañana siguiente con un par de aspirinas y una coca-cola. Más tarde vivió las cogorzas de varios días, a las que seguían arrepentimientos piadosos en los que llegaba a sermonear a los colegas y se planteaba volver a la senda de la Iglesia. También pasó por la fase de borrachera continua y de baja intensidad, en que escondía botellas en la taquilla y masticaba chicles para el aliento, metía mil veces la pata en el curro y los amigos lo cubrían, pasaba buenos ratos riéndose en el bar y volvía a casa de bajón para acabar discutiendo y durmiendo en el sofá del salón, con el crío viéndolo todo... Cuando cerraron Metalor, llegó la bebida terapéutica, para relajarse, levantar el ánimo y olvidarse de las jodiendas, que también los parados tienen derecho a estar a gusto un rato, cojones. Hubo también momentos de remisión, en los que dejaba de beber de una vez por todas, ni siquiera una copa de fin de semana, y que en el fondo consistían en esperar la recaída, porque al final siempre había un trago que lo desengañaba, un dedo de oporto que lo hundía. En esos momentos de sobriedad ya no quería salir ni invitar a nadie a casa, la Navidad era una amenaza, recelaba de los amigos y, cada noche, de la hora del aperitivo. Hacia las siete de la tarde la necesidad se hacía notar, invariablemente. No como para tirarse por los suelos, pero sí la tentación de una copa, solo una. No podía sentarle mal. El aperitivo tenía su propio momento y también su propia voz, la del amigo que sabe que la vida es corta y todos vamos a terminar en el hoyo. Más vale aprovecharla. Entonces Patrick se permitía hacer una excepción y al día siguiente amanecía hecho polvo y tenía que volver a empezar desde el principio.

Esas fases se habían sucedido una y otra vez, en desorden, las había pasado todas. Pero lo de ahora no tenía nada que ver. Bebía como un atleta, buscando su propio límite, como el culturista que persigue la carga que lo dejará vacío y quebrará su esfuerzo. Y mientras se prolongaba ese esfuerzo, hasta que se dormía, vivía como un rey. Todopoderoso, brutal, provocando miedo y

espanto. Porque bastaba con mirarlo para saber que era capaz de cualquier cosa y que esa sed solo conducía al cementerio.

—Bueno —dijo—, pues esto es todo.

Rudi y él se habían buscado un rinconcito desde donde podían observar la pista de baile sin que los viera nadie. Allí vaciaron tranquilamente una botella que habían robado en una mesa. Casi no quedaba nada. Tumbados en el suelo, apoyados en los codos con las piernas cruzadas, no esperaban nada, se limitaban a estar ahí.

—Yo me voy.

—¿Adónde? —preguntó Rudi.

—Por ahí. Si sigo aquí, me voy a quedar dormido.

—¿Y qué?

—Que no me quiero dormir. Nada más.

Patrick se había incorporado mal que bien. Se tambaleaba sobre los talones. Se palpó el cuerpo.

—¿Qué buscas?

—Mi cuchillo.

—¿Dónde lo has puesto?

—Brrrr.

Se puso de rodillas y al final lo encontró. Una vez más, se lo metió en el cinturón y lo tapó con el polo. Luego agarró la botella.

—La remato.

Rudi no dijo ni mu. Tampoco le quedaba otra. De todas formas, a Patrick se le había vuelto a poner el careto de los días malos. Tenía otra vez en la boca ese pliegue amargo, la piel de los pómulos tensa y ese aspecto cadavérico. Ya no le quedaban muchas copas por delante. Y se las pensaba beber todas. Se llevó la botella a los labios y la apuró.

—Una cosa menos para los *boches*.

Ahora lo dominaba una borrachera terrible, de zumbido y metal. Miró al idiota, con el pelo disparado, las arrugas ya profundas y ese pasmo desgarrador. Ese pobre chaval que no servía para nada, con una existencia vacía y al que las chicas nunca iban a aceptar. Tanto le habría dado morir.

—Que vuelvas bien.

Patrick soltó una risita y se puso en marcha. Seguía con la botella en la mano y respiraba fuerte, encorvado. No tardó en deslizarse entre las mesas. Tenía que abrirse camino con los hombros y con las manos. La gente no quería apartarse ni por casualidad. Le pisaron. Unos críos lo empujaron. Unos

moritos, encima. Necesitaba una última copa, y luego, a casa. Ya encontraría alguien que lo llevara. Se paró un momento junto a una mesa y se sentó a horcajadas en el banco. Qué cantidad de gente y qué estruendo de música. Míralos, a los muy atontados, de aquí para allá, lo mal que huelen y el jaleo que meten. Buscó por encima de la mesa. Vasos usados, con culos de cerveza o de tinto. Se bebía lo que encontraba. Se dio cuenta de que había gente mirándolo. Una familia al completo, con abuelos y niños.

—¿Qué pasa?

Nada. No tenían nada que decir. Gallinas. Quiso levantarse, pero se le engancharon las piernas en el banco y antes de poder darse cuenta perdió el equilibrio y se estampó de morros contra el suelo. El padre de la familia acudió enseguida.

—Espere, no se mueva.

Patrick tenía la cara pegada al suelo y las piernas en el aire. Estaba atrapado. Se dejó ayudar.

Cuando estuvo de pie, se llevó la mano a la frente. No sentía nada, pero la sangre ya le corría por el polo y los zapatos. Tenía un corte que le cruzaba la nariz de arriba abajo. Buscó con el dedo y notó que se hundía. El tío que tenía enfrente hizo una mueca que lo decía todo.

—Madre mía, está usted hecho una pena.

—¿Es profundo?

El hombre le agarró la muñeca y le apartó la mano para ver mejor.

—Sí. Bastante.

Patrick comprobó los dientes con la lengua. Tenía ese sabor metálico en la boca, estaba sangrando. Pero, al parecer, estaban intactos.

—No es nada —dijo.

Se miraba las manos y la ropa. La mujer del otro sacó un paquete de pañuelos del bolso y el marido se los ofreció a Patrick.

—Estoy bien —dijo este último.

—Pero está sangrando un montón.

Patrick se sentía un poco gilipollas y con las piernas flojas. Extendió la mano para ver si le temblaba. Mañana no se acordaría de nada, solo le quedarían moratones y heridas. La mano sí que temblaba.

—Vamos a ver a los bomberos¹⁶.

—No. Estoy bien. Ya he pasado por otras.

Se enjugaba la sangre con un pañuelo. Cuando estuvo empapado, se lo metió en el bolsillo y usó otro. Hicieron falta dos más antes de que remitiera.

El otro insistía para ir al puesto de socorro. Era un hombre amable y corpulento, de rostro delgado y pelambreira gris. Toda su familia lo estaba mirando. Menudo héroe de pacotilla.

—Déjeme en paz —dijo Patrick.

Se zafó con un movimiento brusco. Le costaba mantenerse de pie.

—Ya me las apañaré.

Y se marchó, pasito a paso.

El golpe lo había despejado un poco. Fue deambulando hasta la pista de baile. La luz, que ahora era azul, acompañaba las lentas, y Patrick se quedó embobado contemplando a las parejas abrazadas que apenas se movían por el contrachapado. Las manos le pesaban como yunques colgados de los brazos y, de vez en cuando, se llevaba el pañuelo a la frente. Ese mero gesto le costaba sus últimas fuerzas. Era más de medianoche. Mucho más.

Fue entonces cuando vio a su chaval bailando con una chica. La ceñía con los brazos y ambos se movían con una languidez de medusa. La voz nasal de Eros Ramazzotti cantaba el sufrimiento del amor y cada pareja, al abrazarse, parecía sentir cuán solemne era su destino. Las mujeres se acordaban de penas inconcretas. Incluso los hombres habían bajado la guardia y se les leía en el rostro una conciencia contrariada, como un despecho. A la luz de esa melodía mediocre, de repente veían la vida tal y como era, un borrador, una serie de salidas en falso. La canción triste del italiano les susurraba al oído el secreto de las existencias fallidas, mermadas por los divorcios y los duelos, agobiadas de trabajo, recortadas por doquier, los insomnios y las soledades. Lo dejaba a uno pensativo. La gente se quería y también palmaba, nadie era dueño de nada, no más de sus impulsos que de su final.

Pero esa clase de reflexión no tenía cabida en la cabeza de Anthony. Él y su amiga, pegados el uno al otro, indiscernibles, bailaban con el pelo y el sudor entremezclados. Patrick vio cómo la mano del chico subía por la espalda de su pareja. Su hijo le dijo algo al oído. La canción concluyó. Y los dos se esfumaron, sin darse la mano ni nada.

El padre se quedó así un rato, jadeando, incapaz de moverse. Ya ni siquiera tenía sed. Solo sabía una cosa, que no quería dormir.

¹⁵ «Mi cuerpo encima del tuyo», verso de la canción *Que je t'aime*, de Johnny Hallyday.

¹⁶ En Francia, los encargados de atender en primera instancia las emergencias médicas en la vía pública,

domicilios, etc., son los bomberos.

Hacine estaba hasta los huevos. Coralie se había encontrado con unos compañeros del curro y ya no había forma de quitárselos de encima. Tuvieron que sentarse con ellos a tomar algo. Tres parejas, y si había algo que Hacine odiaba en su nueva vida era precisamente tener que tratar con otras parejas. Antes o después, los tíos siempre acababan charlando entre sí. Había que seguirles el juego. Un tío vestido con camisa *Mise au Green*¹⁷ y náuticos había empezado a contar cómo pensaba sacarle una plusvalía a su piso para comprarse uno mayor. ¿Y a él qué coño le importaba? Para colmo, Soizic y Romain acababan de comprarse un perro, un carlino tonto del culo que no paraba de incordiar a *Nelson*. Hacine se moría de ganas de darle un patadón, a ver qué pasaba. Ni siquiera podía privar, porque volvía al curro al día siguiente. Coralie, que debía de notar que algo le pasaba, le había puesto la mano en la rodilla. De vez en cuando se la apretaba para llamarlo al orden. Mensaje recibido.

Por si no tuviera bastante mosqueo, al ir a mear se había dado de narices con el niño ese del ojo torcido. Vale que vivían en un valle enano, con mala leche y endogámico, pero eso ya era demasiado. Encima, había tenido que salir por pies como un gallina. Qué remedio, si no le quedaba otra que volver a la mesa con los panolis esos. Desde entonces se sentía raro, como pendiente de una condena, y también avergonzado y, por encima de todo, espiado. Miraba sin parar el reloj de pulsera, y a su alrededor, por si se le echaba alguien encima. Mientras tanto, Rémi y su novia se empeñaban en convencerlos a él y a Coralie de que fueran a esquiar. Una pesadilla.

—Solo un finde.

—Lo cierto es que el comité de empresa de mi curro ofrece un buen plan. Alquilar un chalé tres días no sale ni a 500 pavos por cabeza.

—Pero yo ni siquiera sé esquiar —objetó Hacine.

—Da lo mismo. La montaña es preciosa, ya verás.

Coralie insistía y las reticencias de Hacine parecían cada vez más inaudibles. Como si estuviera loco por dejar pasar semejante oportunidad de

ir a congelarse los huevos.

—No, en serio, id vosotros sin mí.

—Pero si solo son dos días.

—Dos días no son nada. Haremos una *fondue*. Y puedes tomar vino caliente.

Y siguieron así un rato largo, tanto que Hacine acabó preguntándose si no lo harían solo por jorobarlo a él. Al final, pasó de la conversación y dejó la mirada perdida. En la pista, el pincha encadenaba lentas, tanto para que la gente bailara como para calmar los ánimos. Al borde, había un hombre zozobrando.

—No... —dijo Hacine.

—¿Qué? —preguntó Coralie.

Hacine se puso de pie. Había reconocido esa silueta que, un poco más allá, dudaba entre caerse o no. Era el hombre que le había destrozado la boca.

—¡Eh! —dijo Coralie, queriendo agarrarle la mano.

A su chico le había cambiado la cara de repente. Tanto que casi daba miedo.

—¿Pasa algo? —preguntó Soizic.

Hacine no acababa de ver la cara del hombre, pero tampoco le hacía falta. Se le había quedado grabada la pinta que tenía, cinco semanas ingresado y cuatro meses de convalecencia, podía reconocerlo donde fuera, en la oscuridad, con los ojos cerrados, lo llevaba en las entrañas.

Todos los que estaban sentados a la mesa se habían callado. Las otras dos parejas se miraban con intención. Coralie intentó reconducir la situación:

—¡Para ya! ¿Qué te ha dado? —murmuró.

En el borde de la pista de baile, la silueta pareció seguir dudando entre quedarse de pie o tumbarse, hasta que se puso en marcha. Inmediatamente, Hacine pasó por encima del banco. Coralie intentó retenerlo. Su mano se cerró en el aire.

—No es nada —dijo, sonriendo apenas.

Y todos hicieron como si no estuviera pasando.

Mientras tanto, el hombre había empezado a andar a buen paso a pesar de lo borracho que estaba y a Hacine le costó seguirlo al principio. Poco a poco se alejaron del baile y la fiesta se fue amortiguando a su espalda. Pronto estuvieron solos y esta quedó reducida a un sonido de fondo monótono y lejano. Anduvieron más aún, hacia el sur, a una distancia de solo veinte o treinta metros. El hombre se había acercado a la orilla y, de vez en cuando,

por efecto de un bandazo, daba unos pasos salpicando por el agua. Pero seguía adelante, incansable y obstinado, hacia el otro extremo de la playa, que, con casi tres kilómetros en total, era la más larga del lago. En esa determinación y esa torpeza de borracho había algo que recordaba a una bestia de carga, la sensación de estar realizando una tarea casi a su pesar.

Al cabo de diez minutos llegaron a ese punto donde la arena se convierte en lodo, una especie de maraña pantanosa de juncos, zarzas y hierbas altas. Solo entonces se atrevió Haciné a echar un vistazo hacia atrás. Sin ni siquiera darse cuenta, habían andado un buen trecho. Por su parte, el hombre había seguido adelante y se había encontrado con una piedra plana en la que estaba sentado. Con las piernas dobladas y los brazos estirados encima de las rodillas flacas, contemplaba el lago y la noche. Haciné se acercó, agachado, y luego se arrodilló para espiarlo. Entre las hierbas y los juncos, veía esa silueta de indio, inmóvil. El hombre no estaba haciendo nada. El croar episódico de una rana contrariaba el silencio. Haciné esperaba su momento.

Hasta que el hombre pareció adormecerse. La cabeza, que le pesaba demasiado, se le hundió en el pecho. Haciné pensó que ya, ahora. Pero el otro se repuso casi de inmediato y se sacudió mientras refunfuñaba. Se incorporó sin dejar de gruñir. Parecían insultos y reproches. El lamento prosiguió mientras se descalzaba con dificultad, se quitaba el polo, el pantalón y los calcetines. Por último, el calzoncillo. Cuando estuvo desnudo, se metió en el agua con precaución y se adentró hasta la cintura. Se tumbó en la superficie, primero de espaldas, flotando como una nutria. Y, sin previo aviso, empezó a nadar lago adentro.

—Pero ¿qué coño hace?

Los brazos blancos realizaban movimientos de braza torpes y desordenados, pero, mal que bien, nadaba. Haciné se incorporó para ver mejor. Pero aquella forma ya casi no estaba a la vista, se diluía a lo lejos, a falta de horizonte, en esa mezcla de oscuridad y agua. Vio una última estela blanca y, luego, nada.

Se abalanzó entonces hacia la piedra plana donde estaba amontonada la ropa. El agua chapoteaba suavemente a sus pies. No veía absolutamente nada. Todo era tan insondable como la tinta. El corazón le golpeaba intensamente las costillas. Gritó:

—¡Eh!

Y luego, una vez más, infantil e irrisorio:

—¡Señor!

Pero sus llamadas desafinaban. Esperó un buen rato, dejándose los ojos para escrutar el manto de agua y de oscuridad que se extendía ante él. Quería marcharse, pero no acababa de decidirse. Algo en su fuero interno se resistía, como una esperanza incongruente. Al final, se puso a registrar las cosas que el hombre había dejado abandonadas encima de la piedra plana. No había gran cosa, ni reloj ni cartera, solo la ropa y un cuchillo. Un bonito cuchillo de caza que Hacine se metió en el cinturón. Acto seguido, se dirigió a la carretera cruzando el bosque. De todas formas, no tenía nada que lamentar. Durante todo el camino estuvo pensando en ese hombre y su hijo. Se sentía como si su alma fuese la de un asesino, y no era tan desagradable.

¹⁷ Marca francesa de ropa informal de gama media-alta.

El Opel Kadett estaba aparcado muy lejos y Anthony y Steph caminaban por la carretera departamental, cansados y menos borrachos. De vez en cuando pasaba un coche y tenían que echarse a un lado. La noche ya estaba muy entrada, y los arcenes, desiertos. A veces sus manos se rozaban. Todo se volvía solemne y valioso. Callaban pensando en lo que vendría después. A ninguno de los dos le apetecía que aquello se quedase en nada.

—Ya estamos —dijo Anthony.

Acababa de ver su coche a lo lejos, aislado al borde de la carretera. Recorrieron los últimos metros arrastrando los pies. Steph se sentó del lado del copiloto, y Anthony, detrás del volante. Se dispuso a poner el contacto.

—Espera —dijo la joven.

Esperó. A través del parabrisas no se veía nada. Podían haber estado perdidos en medio del mar. Steph quiso entornar la ventanilla para que corriese un poco de aire. Había que girar una manivela que chirrió. El cielo era como un peso encima del techo cuadrado del cochecito, sin luna e indiferente. Del campo circundante llegaban ruiditos mínimos y tenaces.

—Aquí dentro te ahogas.

—Ya —dijo Anthony.

—¿A qué hora te vas mañana?

—Cojo el tren sobre las diez.

—Ven.

La chica se inclinó hacia él. Entreabrieron la boca por encima de la palanca de cambios. Anthony, que había cerrado los ojos, buscó el pecho de Steph. A través de la tela del sujetador, la carne parecía casi sólida. Apretó y Steph soltó una risita.

—¿Qué?

—Nada.

—No, dime qué.

—Que nada. Que me tocas las tetas como si fueran de plástico.

—Es que un poco sí parecen.

—Capullo.

—No, pero porque están superduras.

—Están firmes.

Steph había arqueado la espalda y se pavoneaba.

—Prueba a ver.

Él volvió a tocarla.

—¿Y?

La palpaba a través de la camiseta y luego, con la yema de los dedos, presionó la piel del escote.

—Aquí está blandito.

Recorrió con la mano el tramo desnudo que había entre los tirantes de la camiseta, y deslizó el índice por el canalillo.

—Estás sudando...

Steph se llevó las manos a la espalda y desabrochó el sujetador. Deslizó los tirantes por los hombros, se lo sacó por un lado y luego se quitó la camiseta. La escasa luz que daban las estrellas apenas dejaba adivinar el óvalo del hombro y el volumen del pecho. Cuánto tiempo hacía que Anthony quería ver esas tetas. Las agarró. La sensación era increíble y casi enseguida insuficiente. Empezó a explorarla, apresurado, respirando precipitadamente, y le mordió un pezón. La joven reprimió un gritito. Le había hecho daño. Se le empezaban a humedecer las bragas. A ver si no se entretenía mucho tocándola. Los tíos tenían tendencia a eternizarse con eso y ella prefería que le metiesen la mano en las bragas y la acariciasen directamente. Le apetecía abrirse de piernas sin más. Agarró la cara del chico con ambas manos y redoblaron los besos. Por una vez, Steph necesitaba ir deprisa, chapucear. En parte para reprimir esas ganas de llorar tan raras que sentía. Y eso que no tenía ningún motivo. Era tarde y estaba cansada, se arrimó a Anthony y él la abrazó. O al menos, lo intentó, porque la palanca de cambios estorbaba bastante. Se fueron poniendo nerviosos a medida que les entraba un deseo voraz, besándose como colegiales, con las manos caídas, en el habitáculo repleto de roces y suspiros. Las frentes y las mejillas se tocaban. Ella le mordió. Se moría de ganas. Soltó un sollozo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, no es nada. Estoy cansada.

Pasó por encima de la palanca de cambios para sentarse encima de él a horcajadas.

—Eh...

Anthony susurraba, consolándola y enjugándole las lágrimas con el pulgar. Ella le dio un golpe con la frente.

—Para. Te he dicho que estoy bien. Lo que quiero es que me folles.

Se puso a quitarle los vaqueros, la bragueta era de botones, menuda mierda.

—Ayúdame.

Anthony arqueó la espalda para abrirse la bragueta y Steph a punto estuvo de chocar con el techo. Le daba igual, se frotaba contra él, ya no aguantaba más.

—Date prisa.

Hundió la mano entre los dos y le tocó la polla a través de la tela del calzoncillo. Ondulaba encima de él con complacencia. Lo notaba empalmado contra las bragas. Le liberó el sexo. Ya casi estaban. Un ruido los desconcertó.

—¿Qué es eso?

—Espera.

Tras ellos crecía un sonido de motor, que empezaba siendo nasal, continuo, y luego se amplificaba.

—Pero ¿qué es?

—Unos chavales. No te muevas.

Se pegó a él. Anthony aprovechó para quitarle la goma que llevaba en el pelo.

—¡Eh!

—Shhh —dijo el chico.

Los faros se precisaban en el parabrisas trasero. La luz se extendía por todo el habitáculo. Era delicioso y alucinante. Pasaron unas vespinos, agudísimas e insultantes, antes de desaparecer a lo lejos por la carretera departamental. Solo quedó la luz roja de los pilotos flotando en la lejanía. Y también desaparecieron.

—Qué cosa más rara, ¿no?

—No nos han visto.

—Ya, pero no sé. ¿No te ha parecido que iban más despacio?

—Qué va.

—¿Quiénes eran?

—Nadie, no te preocupes.

Pero el caso era que eso los había enfriado un poco. Steph se quedó pensando.

—Me voy a quitar el pantalón, y eso que adelantamos.

Anthony se echó a reír. Pues sí, buena idea. Para ponerla en práctica hubo que superar una serie de obstáculos, empezando por el reducido tamaño del habitáculo, la falta de luz y, por último, la escasa colaboración de la palanca de cambios, pero Steph consiguió ponerse de rodillas y se bajó los pantalones cortos; debajo llevaba unas bragas de algodón muy sencillitas. El vientre le sobresalía por encima de la goma.

Anthony le tocó los muslos. Tenían la piel suave. La carne de debajo era untuosa y amplia. Los dedos se le hundían profundamente.

—Para.

—Me pone mucho.

—Bueno, pues me alegro. Pero para. Me siento como una vacaburra.

Steph volvió a colocarse encima de él y Anthony la sujetó por las caderas.

—¿Tienes condones?

—En el bolsillo.

Le dio el preservativo y mientras ella se las apañaba para abrirlo, le hundió una mano por detrás, rodeó la nalga y encontró, más abajo, la prominencia del coño. A través de la tela, notaba que el sexo de la joven se iba mullendo paulatinamente. Apartó las bragas para comprobarlo. Estaba ardiente y viscoso. Aunque Steph tenía la cara oculta tras el pelo, Anthony intuía el efecto que el placer ejercía en su vientre y el rubor de sus mejillas. Hundía los dedos hasta el fondo. Ella había conseguido sacar el condón del envoltorio. Lo sujetó entre los labios, se agarró las bragas y las rasgó por la costura.

—Bájate el pantalón —dijo.

Él se estiró para despegar el culo del asiento y poder deslizar el pantalón.

—Despacio, para —dijo Steph, que tenía la cabeza pegada al techo—. No te muevas.

Él no podía verle el pubis, pero notaba el cosquilleo del vello contra la polla, casi casi molesto. La sensación de calor era incomparable. Ella le puso el preservativo, fácilmente a pesar de la oscuridad, pellizcando la punta como en los manuales. Se alzó de pronto y él notó que estaba dentro. Durante una fracción de segundo, fue como un chapuzón. Ella lo atrapó hasta el fondo al caer, con todo su peso, abierta y densa, enlazándolo con los brazos y cubriéndole el rostro con el pelo. A Anthony se le metía hasta en la boca y sopló para sacarse un mechón. Casi no podía moverse. Ella lo sujetaba con su cuerpo como si lo estuviese agarrando con el puño.

A lo lejos volvió a oírse el sonido de las motocicletas. Era tremendamente

agudo. En la oscuridad, parecía la fresa de un dentista. Steph se pegó aún más a Anthony.

—No te muevas —dijo él.

Ella no contestó. Él la encerró en sus brazos.

Steph tenía miedo. Anthony la notaba respirar contra su vientre. Pensó que a ese paso se le iba a bajar. Las motos se acercaban. Pasaron al ralentí y, por un instante, la luz llenó el habitáculo de una claridad polvorienta. El ruido entraba por la ventanilla entornada. Era como si estuvieran allí. Anthony tuvo miedo de que se parasen. Pero se alejaron de nuevo.

—Me da mala espina. Estoy seguro de que nos han mirado.

—Me la suda —dijo Steph.

—No me gusta nada.

—Cállate.

Pero se daba cuenta de que él ya no estaba tan por la labor. Con un solo gesto, se recogió el pelo y se lo anudó. Se le despejaron el cuello y el rostro. Se arqueó por encima de él. Anthony le vio el ángulo de la mandíbula y el dibujo de la oreja. Cuántos detalles tiene una chica. Mientras tanto, la erección bajaba sin remedio. Steph se inclinó para besarlo y él le puso las manos en la curva de los riñones. Podía seguir a lo largo de toda la columna el surco húmedo del sudor. Notaba cómo le olía el coño, le recorría el busto y sus manos siempre se sorprendían con una prominencia o un pliegue inesperado. Además, por debajo de la piel estaba el movimiento mullido de la carne, el efecto de caldera intenso que giraba poderosamente. Las gotas de sudor le chorreaban por las costillas. Hasta él tenía las nalgas pegadas al asiento. Le subió hasta las axilas húmedas y profundas. Steph estaba desbordante. A Anthony le daban ganas de morderla, romperle la piel y beber su jugo. Quería notar la sal y el sudor. Le agarró las nalgas a dos manos y las separó. Steph soltó un suspiro. Empezó a ir y venir muy deprisa encima de él. Estaba tan llena, tan entregada y abierta que Anthony ni siquiera sabía si estaba muy empalmado o no. Se alzó para acompañar el movimiento. Estaban follando. Ya era oficial. Casi increíble. Steph había empezado a gemir siguiendo el ritmo, y él, con los brazos estirados y la espalda arqueada, golpeaba con la pelvis. El coño le chorreaba. Le dijo que se corriera, le dijo «suéltate». Le decía otras palabras que eran como bofetadas. Pero no estaba listo, se movió más deprisa. Un ruido sordo retumbó en el techo del coche.

Se quedaron quietos.

Unas siluetas giraban a su alrededor. Había una cara pegada a la ventanilla

del copiloto. El tío olfateó por la rendija y gritó:

—¡Aquí dentro huele a folleteo!

Steph se inclinó para recoger el sujetador del suelo. Cayeron otros golpes en el techo y en el capó. Y las siluetas desaparecían y regresaban una y otra vez. Era imposible saber cuántas eran. Retumbaba por todo el coche. Anthony se aseguró de que las puertas estaban bien cerradas. El pobrecito Opel empezó a bambolearse.

—Sube la ventanilla —dijo el chico, abrochándose.

Pero Steph estaba desnuda y a merced de las miradas, y se ocultaba contra el suelo, echa un ovillo.

—¡Hiiiiiiiiiiii! —gritó una voz.

Por la rendija se colaban unos dedos. Los asaltantes, que quizá fueran tres o quizá fueran diez, bramaban, emitían sonidos porcinos y estertores. El cochecito parecía a punto de levantarse. Ya no sabían hacia dónde mirar.

—¡Parad! —gritó Anthony.

Por la ventanilla entreabierta se colaban unos dedos. Apretaban las manijas de las dos puertas. Alguien pegó la cara contra la ventanilla de Anthony. Parecía un pez grande y pálido aplastado contra el cristal de un acuario. No se distinguían los rasgos, pero a ambos lados se veían perfectamente las orejas de soplillo, que otorgaban a esa cabeza de pesadilla una dimensión casi fantástica. Entonces Anthony encendió el contacto y tocó la bocina.

Un prolongado y ronco lamento subió del cochecito y se multiplicó a lo lejos por la noche mayúscula. Inmediatamente el desorden cesó. No quedaba ni rastro de los invasores. La oscuridad, devuelta a sí misma, parecía desmentir los hechos.

—Vístete —dijo Anthony—. Corre.

Steph hizo lo que pudo. Estaba tiritando. Anthony encendió los faros antes de salir. Fuera ya no quedaba nada. Todo estaba vacío y abandonado. Steph salió del coche a su vez. Ni siquiera se había parado a calzarse y notó la textura gruesa del asfalto en las plantas. No se veía a tres metros y el bosque circundante se había callado. El paisaje que adivinaba sin verlo parecía estar esperando.

—Quiero que me lleves a casa.

Anthony miraba fijamente un punto a lo lejos.

—Ahora mismo.

Dio la vuelta al coche, abrió el maletero y sacó una manivela, por si acaso. Luego volvieron a subir al Opel.

—Eran los cabezudos, seguro.

—Estoy helada.

Steph estaba tiritando en el asiento del copiloto. Anthony encontró en el asiento de atrás una sudadera olvidada y se la dio. Steph no tenía muy claro lo que eran los cabezudos. Sí que conocía la expresión, claro está. En su casa la usaban para referirse a esa gente rara, a las familias endogámicas de las aldeas, a los gitanos, a los chavales que iban como locos en vespino, brutales, con la nuca rapada y la nariz llena de mocos. Eran la hez, el nivel más bajo, incluso más que los marginales. Esas gentes, con esa forma de vivir, ese distanciamiento rústico y esa fisionomía confusa, parecían salidas como de un estado natural. Solo era posible imaginárselas encerradas en granjas y confundidas con los animales. Le dio otro escalofrío.

—Por favor, vámonos.

—Ya lo sé. Enseguida te llevo.

Ya no se dijeron nada más. Anthony miraba el reloj de pulsera cada poco. Tenía la bolsa en el maletero y su tren salía dentro de unas horas. Por fin había conseguido follar con Stéphanie Chaussoy y lo único que quedaba era eso, esa amargura, ese cansancio y nadie con quien fardar. Nadie lo había disfrutado.

Cuando llegaron a cien metros de su casa, Steph le pidió que parara el coche.

—Déjame aquí. Prefiero seguir andando.

Anthony detuvo el coche sin molestarse en aparcar. Las calles estaban desiertas. No se habían cruzado con nadie en todo el trayecto.

—¿Vives muy lejos?

—No.

No le preguntó nada más. Steph ya había abierto la portezuela y puesto un pie en el suelo. Necesitaba ducharse y dormir diez horas. Pensó en su cuarto, en las sábanas limpias, el decorado de su adolescencia. Aún había un póster de Luke Perry clavado a la pared. Y junto a la cama, un crucifijo con una ramita de boj seca.

—Espera —dijo Anthony.

—¿Qué?

—No sé. Me joroba que nos separemos así.

—Y ¿qué más quieres? Tampoco nos vamos a complicar la vida.

—Podría escribirte —dijo Anthony.

—Si quieres...

Steph estaba muy cerca de él.

—Lo siento —dijo el chico.

—Chao.

Cerró la portezuela y él miró cómo se alejaba. Andaba descalza, con las botas en la mano. Ni siquiera se molestó en darse la vuelta. Por lo menos, se la había tirado. Se consoló con eso mientras daba media vuelta y volvía a casa.

IV

1998

I Will Survive

El Leclerc había crecido mucho. Ahora contaba con una sección textil, una pescadería renovada y, lo más importante, una zona de alta fidelidad y electrodomésticos digna de los mejores hipermercados. En total, diez mil metros cuadrados de superficie comercial. La tienda ni siquiera había cerrado durante las obras, que se llevaron a cabo detrás de unos paneles de contrachapado mientras los clientes seguían con sus compras.

Cuando las reformas concluyeron, inundaron todo el valle de folletos de «ofertas excepcionales». Desde la plancha hasta la pantalla plana, era una auténtica locura. La gente se abalanzó en masa. Incluso mandaron a la policía para regular el tráfico. Desde entonces habían construido dos rotondas. Todos los sábados había cola en el aparcamiento, en las cajas, en el nuevo McDonald's... Semejante éxito, ahora que las mentes tristes veían por doquier el fantasma de la crisis y los efectos nefastos de la globalización, resultaba de lo más reconfortante.

Por otra parte, había que reconocer que generaba algunos inconvenientes. Por ejemplo, Anthony estaba muy indeciso en el pasillo de perfumería. Con tanta oferta, uno no podía elegir una pasta de dientes sin tener la impresión de estar dejando pasar algo mejor. Al final apostó por un tubo de Colgate y siguió adelante. Llevaba el carrito razonablemente lleno. A su alrededor, los compradores iban de acá para allá, contentos y bastante numerosos para ser un miércoles. Toda la tienda estaba llena de banderines. Desde hacía unos días toda Francia se mostraba tricolor y las mismas palabras brincaban por todo el país. La primera vez que las oyó fue a las ocho de la mañana en el radiodespertador: Francia estaba en la semifinal.

Lo cual no le impedía ir a hacer la compra, procurando esquivar a los indeseables. Porque en ese pueblucho siempre acababas cruzándote con alguien. Y había que ponerle al día. Y ¿cómo está tu madre? Y ¿qué es de tu vida? Anthony tenía veinte tacos, era joven y tenía toda la vida por delante. Eso era lo único que se les ocurría decirle.

—¿Y el trabajo?

—Estoy buscando.

Los *baby boomers* se mostraban comprensivos. En su época, la cosa estaba más fácil.

—Y ¿qué tal le va a tu madre? Salúdala de mi parte.

Iba tirando. Sí, descuide. Que le vaya bien.

Desde que había vuelto, Anthony no daba pie con bola. Y sin embargo, qué duda cabía de que era joven. Eso era lo que no paraban de decirle. Tenía que moverse. Pues vete a Canadá. O haz un curso de algo. Cada cual le aconsejaba algo distinto. Qué bien se le daba a la gente arreglarle la vida a los demás. Anthony no tenía palabras para explicárselo.

Siguió echando al carro unas latas, judías, guisantes y sardinas. Por lo demás, había los mismos productos de siempre: jamón, salchichón, filetes de carne picada y pasta. Coca-cola y cruasanes para desayunar. Café, plátanos y yogures.

Por fin llegó al pasillo de la priva. Allí eligió dos botellas de tinto, un *pack* de 24 birras y una botella de Label 5. Había quedado con el primo a última hora de la tarde para ver el partido. Cogió un *cubi* de clarete para no presentarse con las manos vacías. Lo metería en el congelador antes de ir.

Francia estaba en la semifinal. Una voz se lo recordó una vez más a los estimados clientes y anunció que, para celebrarlo, la tienda ofrecía una promoción excepcional de pantallas planas. Anthony se cruzó de inmediato el Leclerc para comprobarlo.

Efectivamente, en la famosa sección de televisores, unos cartelones fluorescentes anunciaban precios de ganga. Los clientes iban de una pantalla a otra, preocupados por encontrar la felicidad, y cada vez en mayor número. La misma voz procedente de la megafonía les recordó que Francia estaba en la semifinal y que no iba a haber para todos. Anthony lo tuvo claro enseguida. Un Samsung de 37 pulgadas a 600 pavos, un auténtico chollo. El vendedor llevaba un chalequito azul y tenía una cara flácida de prelado. Ni siquiera se molestó en alabarle el artículo. De todas formas, las teles se estaban vendiendo como rosquillas, y no solo por las ofertas. En semejante contexto, aquella compra se convertía casi en un acto patriótico. Anthony intentó regatear por cuestión de principios, pero el tío no quiso saber nada, a ese precio, no merecía la pena. Mientras le preparaba la factura, Anthony se quedó absorto mirando la pared de pantallas que mostraban extractos del partido contra Italia. A varios niños

sentados en el suelo con las piernas cruzadas se les llenaban los ojos. Incluso de lejos se distinguía cada silueta. Liza, Desailly, Zidane y Petit con su coleta. Al igual que otros cincuenta millones de atontados, Anthony había permitido que lo liaran y había dejado sus desgracias en suspenso para fundir sus deseos con la gran aspiración nacional. Los jefazos del CAC 40, los chavales de Bobigny, Patrick Bruel y José Bové, estaban todos de acuerdo; tanto en París como en Heillange, venía a ser lo mismo. Desde la categoría salarial más alta hasta la más baja, desde la Francia profunda hasta La Défense, todo el país bramaba al unísono. En el fondo, el asunto era muy sencillo, bastaba con hacer lo mismo que en Estados Unidos: estar convencidos de ser el mejor país del mundo y no parar de dar vueltas a lo mismo.

Anthony pagó el primer plazo con un cheque del Crédit Mutuel. Ya estaba en números rojos, pero la pantalla plana se podía pagar en seis plazos sin intereses y, a las malas, le podía pedir prestado a su madre. Luego pasó por caja, metió la compra en el maletero del Renault Clio y fue a recoger su tele nueva al almacén, detrás de la tienda. Volvió a casa sin prisa, era un día estupendo y no tenía que currar. En la radio seguían hablando de la semifinal. Por supuesto, Croacia parecía asumible. Aun así, no había que perder la concentración y no pecar de exceso de confianza para no llevarse sorpresas desagradables. Cuando llegó a casa, era casi mediodía. Conectó la reciente adquisición y programó los canales. Para celebrarlo, se sirvió un güisquicito. En la Une, Jean-Pierre Pernaut se exaltaba sin desfallecer. Croacia contaba, en efecto, con buenas cualidades técnicas y algunos grandes futbolistas. Por no hablar de que era una nación reciente llena de entusiasmo y con mucho que demostrar. Aunque Francia era una gran nación futbolera, jugaba en casa y disfrutaba de un fervor popular absolutamente inédito, en eso estaban de acuerdo todos los presentadores, y también en lo demás. De hecho, todo el mundo estaba de acuerdo en todo mientras Zidane siguiera en pie. Tras grandes hitos como el bautismo de Clodoveo, la batalla de Marignano y la batalla del Somme, llegaba ahora el Francia-Croacia. Un pueblo tenía cita con su historia. Y molaba un montón.

Anthony se tomó otro *whisky*, pero esta vez se lo sirvió mejor. El alcohol empezaba a hacer efecto; abrió una bolsa de patatas fritas, cortó unas rodajas de salchichón y empezó a picotear delante de la pantalla recién estrenada. Estaba muy satisfecho con esa nueva adquisición. Los colores tenían una nitidez casi fosforescente, mucho más atractivos que en la realidad. A medida que se sucedían los reportajes, su entusiasmo iba en aumento. Iba a ser un

partidazo. Los reporteros hablaban con los franceses de a pie, que, además de ser todos igual de abigarrados y vocingleros, tenían la misma ilusión. Sus hijos estaban como motos. Tenían cara de ser majos y acentos regionales. Llegó la cuña publicitaria. Anthony apagó, pensando que debería moverse y preparar la comida. Veía su reflejo en la pantalla negra, con el vaso en la rodilla y las piernas abiertas. A la mínima, le volvía todo. Encendió otra vez la tele.

En el ejército, Anthony se había lesionado, precisamente, jugando al fútbol después de clase. El menisco. Parecía benigno y al principio se pasó una semana en la enfermería con la rodilla vendada, a base de paracetamol, aburrido como una ostra y con dolores continuos. Una vez el enfermero se lo encontró desmayado al pie de la cama, enredado en las sábanas. Entonces le recetaron codeína. Por fin pudo leer revistas sin perder el conocimiento. Además, el médico jefe había vuelto de sus congresos y lo había examinado. Era un hombrecito pulcro que llevaba un anillo con sello en el meñique y utilizaba palabras como «mentecatos» y «haraganes». Puso a caldo a todo el servicio y a Anthony lo repatriaron a Francia por la vía rápida para que lo operaran de inmediato en el hospital militar de Saint-Mandé. Luego vinieron seis meses de rehabilitación y volvió a Alemania. Después de una serie de pruebas físicas para valorar si era apto para el servicio, le dijeron que quizá no mereciera la pena seguir insistiendo. Acabó en un despacho de tres metros cuadrados delante de un tío que le dio la noticia: recibiría sus dos años de paga y podía volverse a casa. Firme aquí. Sobre la marcha, parecía un buen negocio.

Así fue como Anthony se encontró un buen día en el andén de una estación con un cheque de 20.000 pavos en el bolsillo y todas sus cosas en un petate. Estaba nublado y hacía fresco. Era una estación alemana. Los destinos no le sonaban de nada. Dortmund, Múnich, Polonia... ¿Volvería directamente a Heillange? De todas formas, tenía que pasar por París. Ya lo decidiría allí. Puede que se quedase un par de días para divertirse.

Cuando se bajó del tren en la estación del Este, se le encogió el corazón. Era la primera vez que iba allí. Desde el primer momento, aquel sitio tan grande le desagradó. Una ciudad llena de negros, de amenazas, de tiendas, con tanto tránsito y tantos coches... Tenía la vaga impresión de que cada uno de sus habitantes estaba allí para desvalijarlo. Se refugió en el garito más cercano, en

la calle de L'Alsace, y se puso a jugar al *pinball* tomando una caña tras otra. Por lo menos allí estaba tranquilo, un barecito punk cuyo dueño llevaba un resto de tupé, como un Elvis deslucido. Ponía *ska* y servía cerveza de grifo belga. Anthony pagó varias rondas y se hizo unos cuantos amigos. A la una de la madrugada, el dueño avisó de que cerraba y Anthony acabó pedo en la acera. Le preguntó al dueño si no necesitaba que le echara una mano. El tío llevaba anillos en todos los dedos y un cuello de piel en la cazadora vaquera. Parecía guay, pero le dijo que no hacía falta.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Yo me largo, colega, he acabado la jornada.

—¿Sabes dónde podría dormir?

—Pues en un hotel, hombre.

El tío echó el cierre y lo cerró con candado. El bulevar Magenta bajaba a lo lejos hacia el centro de la ciudad, surcado de sombras veloces, con letreros de colores y su bullicio contenido. A Anthony le apetecía regular. Necesitaba que alguien lo guiase. Le daba miedo.

—Por favor, tío, yo era militar. No conozco París.

El dueño se lo quedó mirando un momento, con cierta sorna. Obviamente, no acababa de ver qué relación había.

—No puedo ayudarte, chaval. Tengo una familia y me está esperando.

Anthony se hurgó en los bolsillos. Encontró el cheque y se lo enseñó, como si ser solvente lo arreglara todo.

—Sí, vale. ¿Y qué?

—¿No podrías alojarme, solo una noche?

—Déjalo ya.

—Te pagaré.

Anthony le puso la mano en el hombro y el otro se apartó secamente.

—Mira, tronco, no te conozco. Si quieres que te parta la cara con una manivela, tú sigue así.

Anthony retrocedió un paso. Con lo majo que parecía el tío, y Anthony le había invitado, a él y a todo el mundo.

—Hala, adiós.

Se fue taconeando con las botas tejanas antes de desaparecer detrás de la estación. Anthony se encontró solo en París. Hasta de lejos, la dichosa ciudad parecía complicada, con sus diez mil calles, las luces engañosas, la mezcla de estilos generalizada, los edificios, una iglesia, la pasta chorreando por encima de la miseria, esa impresión de estar en vela, de que siempre te están

acechando, los inmigrantes increíblemente numerosos y variopintos, moros, negros, chinos, a millones. Bajó hacia la plaza de La République. En ambas aceras había peluquerías para africanos y vendedores de maletas, angostos locales de comida rápida iluminados con fluorescentes, con hombres jóvenes delante hablando muy alto mientras bebían cerveza barata. Nadie lo miraba. Era una noche entre semana y las calles, sin llegar a quedarse nunca totalmente desiertas, sí que estaban bastante tranquilas. Anthony se preguntaba adónde iría toda esa gente. Sin saber por qué, le parecían diferentes. Las chicas puede que fueran más guapas que en cualquier otra parte. Los tíos a veces parecían maricones y aun así se paseaban con la chorba. En conjunto, seguía siendo un lugar de mezcla y de amenaza. Paulatinamente, se le fue pasando el pedo. De vez en cuando comprobaba que seguía llevando el cheque en el bolsillo. París le apetecía. Le apetecían las chicas, tomar algo en esos cafés y vivir en uno de esos pisos cuyas arañas o molduras vislumbraba desde la acera. Era tentador y prometedor. Pero inasequible. ¿Por qué extremo había que empezar? En cierto momento, preguntó por dónde caía la Torre Eiffel a dos jóvenes con chupa de cuero y mechas.

—Todo recto.

—Y luego sigues y verás el mar.

Gilipollas.

Por miedo a perderse y a encontrarse con quien no debía, volvió sobre sus pasos y se quedó esperando en las inmediaciones de la estación. Era noviembre. Hacía frío. Unos mendigos le pidieron un pitillo. Como no le quedaban, empezaron a tocarle las pelotas. Anthony estaba en buena forma física y era tentador reventar a uno para dar ejemplo. Los tíos apestaban y casi no se tenían en pie. Sería muy fácil. Pero prefirió largarse y se puso a dar vueltas por la zona soplándose en las manos, descansando un rato y vuelta a andar. Los hoteles lo intimidaban. Era demasiado tarde. No tardaría ya en amanecer. ¿Para qué se iba a gastar 100 pavos? Las primeras cafeterías habían abierto, se tomó un café en la barra y asistió al *ballet* de los camiones de la basura y los barrenderos. El ejército negro de la limpieza. A primera hora se compró un billete para Heillange pasando por Nancy. Llegó a casa de su madre al principio de la tarde.

—¿Y tú qué haces aquí?

A pesar de lo cual, no parecía demasiado sorprendida. Su cama estaba hecha. Quedaba coliflor gratinada y algo de pasta, le preparó escalope a la crema. Se lo zampó todo y subió a acostarse para dormir veinte horas del

tirón.

Después encadenó varios trabajos temporales sin llegar a tocar el cheque que le habían firmado los militares. No se atrevía, tenía la impresión de que en cuanto empezara a gastar ese dinero se quedaría sin nada al momento. Y acto seguido llegarían la escasez, la precariedad y dependería otra vez de su madre, volvería a ser pobre, un niño. Así que se buscó curro. En la clínica Saint-Vincent se ocupó de los aseos. Lo mismo en el matadero. Luego estuvo limpiando colegios. Pronto entró en el equipo de cocina de la Delegación del Gobierno. Lo malo era que no estaba precisamente al lado y todo el sueldo se le iba en gasofa, o casi. Se lo contó a la tía de Manpower que hacía su seguimiento y ella le aconsejó que no lo dejara porque daría mala impresión. Se pasó ocho semanas levantándose todos los días al amanecer para conducir cien kilómetros, currar cuatro horas y volverse, y todo por apenas 4.000 pавos al mes. Era agotador y le sentaba fatal. Pero al menos cuando volvía a casa su madre no le daba la charla. Tenía a su favor que se mataba a trabajar, cosa que en su familia se consideraba lo normal. Poco le faltaba para hacerse a la idea, de hecho. Al menos, tenía la moral de su lado. Ahora también él podía quejarse de los impuestos, de los inmigrantes y de los políticos. No le debía nada a nadie, era útil, gritaba, explotado y con una conciencia confusa de que formaba parte de la gran mayoría, de la masa que podía conseguirlo todo, pero convencido de que no había nada que hacer.

Más adelante, se especializó en las residencias de la tercera edad. Se encargaba de la colada y de la limpieza, y empalmó cinco seguidas en tres meses. Ya eran un negocio floreciente. Después estuvo en el almacén de Vivarte, en LiquiMolly, en la imprenta Merax y, por último, en la fábrica Gordon, donde encontró un curro más o menos fijo en un taller. Su tarea consistía en apilar placas de metal, varillas y trozos de rejilla siguiendo un plano concreto. El resultado final era una especie de sarcófago cúbico e inoxidable que unos carros elevadores prodigiosos levantaban para ponerlo a cocer en unos hornos no menos impresionantes. En su interior se alcanzaban temperaturas de 1.000 °C y más. Por lo visto, así era como se conseguía un aparato de aire acondicionado. Gordon los vendía por toda Europa, aunque cada vez con mayor dificultad. Algunos contramaestres preocupados vigilaban a los obreros y las remesas de interinos que acababan en la calle a la mínima dificultad económica. Por encima estaban los jefes, los ingenieros y las

oficinas. Te cruzabas con ellos en el comedor. Era otro mundo.

En el curro, Anthony se hizo varios buenos amigos. Cyril, Krim, Dany, Zouk y Martinet. Le alegraba encontrarse con ellos todas las mañanas. Papeaban juntos en el comedor y fumaban porros a escondidas en los descansos, sentados en los palés del patio pequeño que había detrás del almacén C. También quedaba con ellos después del curro. Todos tenían aficiones parecidas, la misma categoría salarial, una incertidumbre idéntica sobre su porvenir y, sobre todo, ese pudor que les impedía hablar de los problemas de verdad, de esa vida que se tejía casi a su pesar, día tras día, en ese agujero perdido del que todos habían querido salir, una existencia similar a la de sus padres, una lenta maldición. No podía admitir esa enfermedad congénita de la cotidianidad replicada. Esa confesión habría añadido la vergüenza a su sumisión. Pero resulta que se sentían orgullosos, y, en particular, de no ser ni vagos ni chupópteros ni maricas ni parados. Y, en el caso de Martinet, también de recitar el alfabeto eructando.

Sea como fuere, gracias a todo aquello Anthony había logrado alquilar un pisito. Lo amuebló en Conforama y se permitió un cochecito, un Clio Williams nuevo, a cambio del cheque. Desde entonces estaba endeudado, pero aun así contaba con comprarse una moto para el verano. Su madre le echaba en cara esos gastos irreflexivos, pero mientras siguiera trabajando no tenía nada que decir. En cambio, en lo que a tías se refiere, la cosa estaba mal.

Claro está, de vez en cuando se echaba algún ligue, el sábado por la tarde, en una fiesta o en el Papagayo, cuando salía con los colegas. Pero eso no contaba. Eran cajeras, auxiliares de enfermería, puericultoras o chicas que ya tenían dos críos y se tomaban un respiro de fin de semana mientras los abuelos cuidaban de ellos. Su ideal era otro.

No hablaba de ello. Pero de tanto en tanto, cuando se hacía tarde y había bebido más que de costumbre, se cogía una birra, bajaba los dos pisos que separaban su piso de una habitación del aparcamiento y se subía al Clio. Buscaba algo bueno en la radio, encendía un pitillo y ponía rumbo al norte. Hacia la casa de Steph.

Le encantaba conducir pedo en la noche de Heillange y emocionarse hasta llorar escuchando RFM. Iba sin forzar el motor, siguiendo los muelles que bordeaban el Henne, y se metía por las calles de sobra conocidas de su ciudad natal. La luz de las farolas pautaba esa trayectoria sin altibajos. Poco a poco notaba cómo iban aflorando los grandes sentimientos que suscitan las canciones tristes. Johnny Hallyday era su favorito. Les cantaba a las ilusiones

rotas, a las historias sin final feliz, a la ciudad y a la soledad. Al paso del tiempo. Con una mano en el volante y la otra en la birra, Anthony rehacía el paisaje. La fábrica titánica entre los haces de los proyectores. Las marquesinas de autobús donde se había pasado la mitad de la infancia esperando el transporte escolar. Su antiguo insti, los kebabs que proliferaban como setas, la estación de la que se había marchado, la misma a la que había vuelto con el rabo entre las piernas. Los puentes desde los que había escupido para engañar el aburrimiento. Los locales de apuestas PMU, el *burger* y el vacío de las pistas de tenis, la piscina apagada, la lenta transición hacia las zonas residenciales, el campo, la nada. La letra de *J'oublierai ton nom*. No tardaba en llegar muy cerca de la casa de Steph casi sin hacerlo aposta. Subía el volumen y bebía un trago de cerveza. Se quedaba mirando desde lejos la bonita casa de los Chaussoy, con su verja y su puerta con control remoto. Se preguntaba si estaría allí. Seguramente no. Encendía otro pitillo y se lo fumaba dejando la mente a la deriva. Y luego volvía a casa como un gilipollas.

Pero eso no importaba, porque Francia estaba en la semifinal. Hacia las cinco, agarró el *cubi*, subió al coche y se fue a casa del primo.

Desde que Hacine y Coralie habían vuelto de la maternidad con la niña, su vida se había convertido en una serie de tareas ininterrumpida. Había que levantarse en plena noche, empalmar biberones las veinticuatro horas, las mudas, los paseos y seguir yendo al tajo. Los días iban pasando, todos parecidos y extenuantes. Él y Coralie ya ni siquiera conseguían hablar sin acabar peleándose. Se cruzaban, más que nada, como zombis, como socios cuya empresa era mantener a flote esa vida diminuta. La cría. Se llamaba Océane, era Acuario y cumpliría seis meses a principios de agosto.

Por si fuera poco, Coralie estaba deprimida porque había engordado. Le sobraban doce kilos del embarazo de los que no conseguía librarse. Lloraba a la mínima, y cuando Hacine intentaba quitarle hierro, era aún peor.

Y luego estaban los suegros, que se habían inventado nuevos derechos sobre su vida desde que eran abuelos. Ahora consideraban que tenían permiso para plantarse en su casa cuando quisieran, una visita rápida para ver a la niña y echar una mano, mira, he hecho una sopita y os he traído una poca. No parecía existir obstáculo alguno que se opusiera a esa invasión de ternura. La madre de Coralie había dejado en su casa un delantal y unos cuantos productos porque, ya que colaboraba en la limpieza, mejor hacerlo en condiciones. Hasta había reorganizado los cajones de la cocina porque estos chicos no tienen ni idea.

A veces, cuando estaba en el sofá viendo el telediario con su suegro, Hacine se preguntaba qué había pasado para llegar a ese punto. Tenía la sensación de estar viviendo su vida como un pasajero clandestino. No tenía nada que le gustara ni que le pegara; se andaba con ojo y esperaba. Por su parte, Coralie vivía de siesta en siesta. Ya no follaban.

Hacine estaba dividido. Por una parte, se sentía agradecido, por supuesto. Esa gente lo había adoptado. Sin embargo, odiaba sus manías y su modo de vida. Los horarios inamovibles para comer, a las doce y a las siete. Su forma de contarle todo, de racionar, de cortar en trozos, ya fueran días o raciones de tarta. El padre, que se desabrochaba el pantalón después de comer. Su forma

de pensar sobre todas las cosas, sencilla, honrada, de eternos pringados. Esa bendita probidad que siempre los dejaba perplejos ante el funcionamiento del mundo. Los tres o cuatro conceptos sólidos que les inculcaron en la escuela municipal no les servían para entender los acontecimientos, la política, el mercado de trabajo, los resultados trucados de Eurovisión ni el caso del Crédit Lyonnais. Con eso solo podían escandalizarse pobremente, decir «no es normal, no es posible, no es humano». Los tres comodines con los que zanjaban todas las cuestiones, o casi. Y sin embargo, cuando la vida contradecía una y otra vez sus pronósticos, decepcionaba sus ilusiones o los engañaba mecánicamente, ellos seguían alzándose con valentía sobre sus principios de siempre. Continuaban respetando a sus jefes, creyendo lo que les contaba la tele, entusiasmándose cuando tocaba e indignándose por encargo. Pagaban sus impuestos, se ponían las zapatillas, les gustaban los castillos del Loira y el Tour de Francia y compraban coches franceses. Su suegra incluso leía *Point de vue*. Era como para pegarse un tiro.

Lo que necesitaba Hacine era alguien con quien hablar de todo aquello, un aliado. Ahora trabajaba en el almacén Darty de Lameck, con contrato indefinido, y cada vez que se atrevía a decir delante de sus compañeros que no podía más, siempre había alguno que replicaba que tener un hijo era lo más maravilloso del mundo. En el trabajo, como en todas partes, dominaban los tópicos, lo cual solo servía para cubrir, para intoxicarse de felicidad y no morir ante la evidencia de los hechos.

En lo que se refiere a Coralie, quedaba totalmente descartado mencionarle nada. Era extraño, porque en el fondo nunca había sido quien él creía. Desde que había nacido Océane, la había descubierto de nuevo y aún no se había recuperado. A él siempre le habían encantado su alegría, su carácter templado, esa facilidad para entablar conversación con cualquiera. Coralie no pensaba, como él, «eso no es para mí». Por el contrario, no se sentía limitada de antemano. Todo se podía hacer, todo podía intentarse. Bastaba con quererlo. A esa chica le encantaba divertirse, comer y estar con los amigos. En Navidad, se volvía totalmente incontrolable. Era su gran momento, la alegría obligatoria, pasarse semanas comprando cosas, acordarse de mil pormenores, detalles mínimos, regalos minúsculos para todo el mundo, hasta le sabía a poco. Y eso a Hacine le encantaba, verla ruborizarse o bailar, repetir asado tres veces. Su torpeza y sus bromas un poco pesadas, su faceta de unicornio y oso de peluche, su laca de uñas de todos los colores. Ella era el vínculo. Sin ella, la vida le parecía por encima de sus posibilidades. No se atrevía. Se

habría quedado en su rincón.

Pero, en realidad, desde la niña, Hacine había comprendido otra cosa. En su fuero interno, Coralie siempre se había sentido vacía. Durante todo ese tiempo había tenido un hueco que llenar. Océane, cuando llegó, había ocupado ese hueco antes que nadie y la había colmado del todo. Desde entonces todo se había organizado en torno a eso. La niña era la medida de todo, justificaba el conjunto.

Hacine no estaba celoso. No sentía que lo descuidaran especialmente. Tampoco guardaba rencor a la nena. No pensaba que tuviera cosas mejores que hacer que dedicarse a un bebé. Sencillamente, él no había tenido ese vacío, ese hueco disponible. Océane venía por añadidura, además del resto de cosas, de sus neurosis, de lo malo que tenía, de esa rabia que no lo abandonaba. Para él, la vida no bastaba, y la niña no cambiaba eso. Al contrario. Bueno, era un poco más complicado. No habría sabido explicarlo.

Por eso, cuando uno de los vendedores del almacén donde curraba puso un anuncio para vender su Suzuki DR, Hacine no se lo pensó dos veces. Le dio el cheque directamente. Esa noche Coralie gritó como nunca. Ya estaban fatal de dinero. No iban a marcharse de vacaciones ese año. Y dónde iban a meter la moto esa, si ni siquiera tenían garaje. Por último, las motos matan a los motoristas, lo sabe cualquiera, joder.

—Pero ¿cuántos años tienes? —le dijo.

En ese momento la nena estaba entretenida arrancando las páginas de *prêt-à-porter* masculino del catálogo de La Redoute, acucillada en el corralito. Coralie, con los brazos cruzados, parecía a punto de llorar. Tenía unas ojeras que daban miedo. Acababa de teñirse el pelo. Era la tercera vez en ese mes. Con las hormonas revolucionadas, le había cambiado todo, las uñas, el pelo, la piel y la libido. Estaba intentando volver a tomar el control, no sin esfuerzo.

—Y ni siquiera tienes carné.

—No hace falta, es pequeña.

—¿Cuánto te ha costado?

—Barata.

—¿Cuánto?

—Mil pavos.

—¿Y el seguro?

—Me las apañaré.

Coralie había cerrado los ojos y respirado despacio. No enfadarse delante de la niña. Mantener la calma.

—Mis padres acaban de volver a preguntarme cuándo íbamos a devolverles la pasta que les debemos. ¿Qué les digo?

La niña había empezado ahora con las páginas de ropa interior. Hacine no tenía gran cosa que decir. Coralie se había replegado en el dormitorio. Él decidió ir a dar una vuelta en moto. El cielo estaba extremadamente pálido. Temblaba al cambiar de marcha. Le entró el pánico, quiso huir. Mala suerte, el depósito estaba casi vacío y no llevaba encima la tarjeta. Así que volvió a casa poco antes de las diez de la noche.

—¿Estás contento? —le dijo Coralie.

La niña estaba acostada. Sí, sí que estaba contento.

Desde entonces, se estaba esforzando. Coralie no lo entendía, pero transigía. Su relación cobraba progresivamente ese aspecto de guerra de posiciones. Ella le echaba en cara que solo hacía lo que le venía en gana, que se comportaba como un crío. Hacine se guardaba los reproches en las entrañas. Por las noches, se iba a conducir. Sin casco. Era reconfortante. En conjunto, las cosas parecían haberse estabilizado. Eso sin contar con el Mundial de Fútbol.

Ya de entrada, su suegro había empezado a pitorrearse de él porque Marruecos se había clasificado, y si por desgracia tenía que enfrentarse a Francia, le darían una zurra sin precedentes. Y el muy gilipollas se reía, con el barrigón y la doble papada temblándole como si fueran de gelatina. Cuando Marruecos encajó tres goles de Brasil, redoblaron los sarcasmos. Por suerte, los Leones del Atlas ganaron tres a cero a Escocia, unos días más tarde: la afrenta estaba lavada. Aunque no compensaba que no hubieran pasado de la liguilla de grupos.

Las cosas se pusieron chungas de verdad cuando Hacine, en lugar de volver a casa directamente desde el curro, se fue al bar con los compañeros para ver el Francia-Dinamarca. Se moría de ganas, pero sobre todo volver a casa y encontrarse el mismo panorama, el piso, los suegros, los llantos... habría sido superior a él. Así que hizo pellas, pidió una caña como todo el mundo mientras veía el partido con una mezcla de satisfacción y de remordimiento. No fue fácil disfrutar del juego mientras se agobiaba por anticipado por la escenita que le iban a montar cuando llegara a casa. Tanto es así que ni siquiera vio el primer gol. Se enteró cuando los demás se pusieron a gritar. Al final, prefirió volver en el descanso, sintiéndose culpable y frustrado a partes iguales, la peor situación.

Cuando llegó, se encontró el piso desierto. Coralie le había dejado una

nota encima de la mesa de la cocina: «Estoy en casa de mis padres con la niña». Estaba muy feo decirlo, pero se sintió aliviado. Se preparó un buen plato de pasta que se zampó tranquilamente viendo el final del partido. Antes de irse a la cama, como por una vez estaba a su bola, se hizo una paja mientras veía un DVD porno. Se lo tomó con calma y tuvo un orgasmo brutal.

Mientras se duchaba, al menos se preguntó en qué punto estaba. Le caía el agua por el torso y la polla. Miraba la espuma a sus pies. ¿Qué iba a hacer? Estaba atrapado. Y la niña. No pedía nada. La quería a rabiar. No podía quedarse. Se tomó un lorazepam y a dormir.

Coralie volvió al día siguiente y no cruzaron ni tres palabras en toda la semana. Luego todos los comentaristas empezaron a emocionarse con Francia. Después de pasar la primera ronda, eliminó a Paraguay en octavos, y luego, a Italia. Todo el mundo se había fijado en el subidón de potencia. Y cuando Italia, cuyo vicio proverbial conocían todos, se quedó fuera de juego, podía pasar cualquier cosa. La única que parecía no querer participar en ese regocijo universal era Coralie. Hacine se veía todos los partidos, los resúmenes, los telediarios, los comentarios, las redifusiones y hasta compraba el periódico, todo. Era apasionante y, al mismo tiempo, muy cómodo. Se entregaba en cuerpo y alma a la epopeya nacional para olvidarse mejor de su drama cotidiano. Y durante toda aquella inmersión en la ola azul, sentía la reprobación sorda de Coralie. Aunque ella no le hacía ningún reproche, solo por cómo andaba, golpeaba los cajones, cerraba la nevera o se comía un yogur, él sabía con toda certeza que estaba de morros. Ni siquiera estaba cabreada. Estaba triste, y eso era casi peor.

De modo que Hacine fingía valientemente que no pasaba nada. La presión iba subiendo. Se esperaba una explosión. Con la niña, se limitaba al mínimo por convenio, la mitad de los cambios de pañal, un biberón de vez en cuando, acostarla por la noche, eventualmente una canción, pero deprisita y sin bises. Se quedaba dormido en el sofá. Un desertor.

Hasta que la mañana de la semifinal, Coralie fue a despertarlo al salón con un café.

—Toma.

Él cogió la taza mientras Coralie recorría las cortinas y abría la ventana de par en par. Hacía bueno. El sol claro de julio se reflejaba en las baldosas blancas, un poco cegador. El habitual rumor de los coches que llegaba desde el viaducto. El agradable olor del café.

—¿Está dormida?

Coralie asintió y se sentó en la mesita baja.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Cómo?

El chico se había incorporado y frotado la cara. Todo aquello se parecía mucho a una emboscada. Tomó un sorbo de café.

—Esta noche, el partido. ¿Adónde vas a ir?

—Ni idea.

—No te quedes aquí.

—¿Y eso?

Se mosqueó un poco. No dejaba de ser su casa, al fin y al cabo.

—No quiero verte por aquí —continuó Coralie.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué me hablas así?

—Eh...

Le pasó la mano abierta delante de los ojos para asegurarse de que seguía estando consciente.

—¿Tienes un derrame o qué? ¿Qué es lo que no entiendes?

—Lo que no entiendo es por qué me tocas los huevos.

Entonces Coralie le cogió la oreja y tiró muy fuerte, hasta desgarrarla, tanto que Hacine chilló, un grito lacerante y ridículo, que resonó por todo el piso. Debió de oírse incluso fuera. Se quedaron quietos, preocupados por cómo iba a reaccionar la niña. A veces tardaba media hora en volver a dormirse. Hacine quiso decir algo y Coralie lo miró con los ojos muy abiertos. Los segundos transcurrieron uno a uno. La niña siguió durmiendo.

Entonces Coralie lo miró directamente, en lo más hondo y hasta lo más bajo, y añadió:

—Ahora vas a escucharme, pedazo de capullo. O te pones las pilas, o cojo las maletas y a mi hija y no nos vuelves a ver en la vida.

Y se marchó, dejando a Hacine con la cría a pesar de que entraba a trabajar dentro de una hora. Por suerte llegó la suegra. No le montó ningún número, se limitó a cogerle a la niña de los brazos.

—Ya me ocupo yo, estará bien.

Mientras se preparaba a toda prisa para ir a trabajar, oyó a la mujer hacerle cucú-trastrás a la niña, que se reía a carcajadas. Qué capacidad para ser feliz tenía, tan pequeña, tan poquita cosa. Bastaba con casi nada para alimentar esa vida minúscula. También habría bastado con nada para acabar con ella. Una mala caída, un coche al pasar, se ahogan en la bañera, no paran de encontrar ocasiones para morirse, los jodidos niños. Un segundo de despiste, una

negligencia y acabas con un ataúd de metro veinte. Mierda. Al marcharse, Hacine le dio un beso en la cabeza y otro en el puño cerrado. Se fue en la moto porque Coralie se había llevado el coche.

Después tuvo el día entero para rumiar. En el curro había un ambiente rarísimo, como de víspera de vacaciones, con todo el mundo excitadísimo y las mismas palabras repitiéndose una y otra vez: Francia está en la semifinal. Los clientes y los vendedores hablaban de fútbol. Los mozos de almacén y los transportistas, lo mismo. Hasta los accionistas debían de estar encantados porque las pantallas planas se vendían como rosquillas, al igual que los grifos de cerveza y las barbacoas.

Al final de la jornada, todos los colegas se fueron a ver el partido a la pantalla gigante que habían puesto en el estadio de La Renardière. Hacine no quiso ir con ellos. En cambio, estuvo en el centro dando vueltas con la moto. El ambiente era una auténtica locura. Los bares estaban a reventar de gente que se desbordaba por las aceras. No existía más que una cadena de televisión, la Une, y Thierry Roland y Jean-Michel Larqué formaban parte de la familia. De tanto dar vueltas para encontrar un buen garito, yendo de un bar a otro, como por casualidad, Hacine acabó en la Fábrica. No había vuelto allí desde el «accidente». Hacía una eternidad.

Davor Suker recogió un pase largo de Asanovic y marcó. Limpiamente, por la espalda, recién salido del vestuario en el minuto 46.

Parecía entonces que el país solo pendía de un hilo.

Davor Suker era ese tío de cara huesuda, afilada, con la barbilla hacia delante y los ojos hundidos. Parecía un mercenario, un maqui saliendo del monte, un partisano muerto de hambre. Tenía cara de hijoputa, con esa boca sin labios que gritaba de alegría. Y era desagradablemente pálido, con la camiseta blanca sembrada de cuadros rojos, mientras corría con los brazos en cruz.

Davor Suker. Bastaba con ese nombre para traer malos recuerdos, de aviación alemana, de velocidad contra la que no hay nada que hacer. Delante de la tele, miles de personas con el corazón en un puño. Anthony dejó la cerveza en la barra. Al igual que los demás, se llevó las manos a la cabeza. Un gesto dramático. No hay tantas ocasiones de tener esperanza.

Había llegado a casa del primo hacia las cinco, en coche, con el *cubi* en la mano. El primo se estaba construyendo una casa en una nueva urbanización situada cerca de las pistas de tenis. Para él, las cosas habían ido muy deprisa. Había conocido a Nath aproximadamente un año antes, conseguido un contrato indefinido en Kleinhoffer, la empresa de calefacción, y, ya que estaba, había pedido un préstamo. Nath estaba embarazada. El primo era feliz. También él había echado tripa. Nath y él estaban bien juntos.

Le hicieron a Anthony el honor de enseñarle la casa, como cada vez que iba a verlos, por aquello de comprobar cómo avanzaban las obras. La casa ya se alzaba firmemente en medio de una parcelita que pronto tendría césped, cuatro paredes, un tejado, un suelo de baldosas blancas en la planta baja y parque flotante en el piso de arriba y en los dormitorios. Estaba todo reciente. Salían cables eléctricos de las paredes, que te dejaban las manos blancas. De momento, todavía había que usar una escalera de mano para subir. Así que dormían abajo, en la cama del salón. Los muebles de pino bronco parecían muy poca cosa en esa casa de seis habitaciones. El primo pensaba a lo grande. Ya solo quedaba ganar el Mundial. Y devolver el préstamo.

Nath era una morena guapa con los ojos moteados de amarillo que trabajaba en la policía municipal. Tenía previsto volver a estudiar para sacarse unas oposiciones. Ya se vería, cuando el crío fuera al cole. Mientras tanto, la casa se llevaba todo su tiempo, su pasta y su energía. El primo estaba orgulloso, pero exhausto. Y angustiado como un propietario.

—No puedo más. Me paso la vida mandando rehacer cosas. El tamaño de las contraventanas estaba mal. Y en toda la maldita casa no hay una sola puerta que cierre. Menuda panda de vagos.

Después de la visita se sentaron los tres en la terraza, o más bien lo que hacía las veces de terraza, es decir, un cuadro de grava con muebles de plástico. Nath tenía las piernas estiradas y los pies apoyados en el regazo de su hombre. Estaba bebiendo agua. Los chicos empalmaban una birra con otra. A Anthony le costaba acostumbrarse a la nueva actitud del primo, la faceta preocupada, supervisora y enraizada. En cambio, le caía muy bien Nath. Era divertida y socarrona. Anthony y ella le tomaban el pelo al primo. Para Anthony eran un poco como una familia. Iba a verlos regularmente en verano. Le habían preguntado si le gustaría ser el padrino del crío. Había dicho que sí.

La conversación trató principalmente de fútbol. Nath no se creía nada de lo del *black blanc beur*¹. En su opinión, era un espejismo pasajero, un opio cómico. En su curro de policía veía de todo y para blindarse recurría a un cinismo legítimo. El primo no estaba de acuerdo:

—No lo creo. Si ganamos, algo quedará.

—¿Qué quedará?

—Saber que podemos llevarnos bien.

—Pero ¿qué me estás contando? —se burló Nath—. Protestas por el albañil turco y los obreros árabes. No paras de quejarte del ruido de los portugueses de al lado.

—Ya, pero porque están como cabras. Llevan poniendo *I Will Survive* en bucle desde que empezó el mundial. De verdad que acabas tarumba.

—Sí, y por eso mismo dices que estás hasta los huevos de los jodidos portugueses.

—Eso no es racismo.

—Entonces, ¿qué es?

—Sentido de la observación.

Anthony se partía de risa. A veces se oían a lo lejos bocinas y petardos. Un cohete que lanzaban desde una casa cercana. Los niños que pasaban en bici gritaban *allez les bleus*. En todas las casas de la urbanización se adivinaba la

misma prisa. El primo no tardó en poner chuletas de cerdo y salchichas en la barbacoa. La gente comía fuera. Los televisores se quedaban encendidos. Todo estaba tranquilo y febril. Los primos se sirvieron vasos grandes de clarete con muchos cubitos, que sonaban como campanillas al atardecer. Nath se había ido apagando paulatinamente. Estaba cansada. Era su tercer mes de embarazo. Los chicos recogieron la mesa rápidamente y dejaron los cacharros en el fregadero, antes de ir al salón. Iba a empezar. El país contenía el aliento. Los himnos. Adelante.

El primer tiempo no fue demasiado mal, aunque los franceses jugaron de forma timorata y sin ilusión. Al cabo de un rato, los croatas, que no tenían nada que perder, eran jóvenes, sin complejos, sañudos y conservaban el recuerdo de la magnífica victoria contra Alemania, empezaron a ponerse realmente amenazadores. Ante esa situación, los primos soltaron observaciones como: pero qué coño están haciendo, hostia; o: Guivarc'h está de copas o qué. Cuando Karembeu se lesionó, Thierry Henry lo sustituyó. Y después se vio cómo el bloque francés se iba dislocando poco a poco, mientras los croatas lo manejaban y lo estiraban como si fuera masa de pan. En medio del campo habían aparecido socavones inverosímiles. Anthony ni siquiera se atrevía a beber. Se comía las uñas, mientras el primo se levantaba, se sentaba y se volvía a levantar. Hacia el minuto 40, Nath se quedó frita. Estaba fuera de juego.

En el descanso, el primo sugirió pues que si se iban a ver el resto del partido al bar.

—Se va a quedar así doce horas. Voy a meterla en la cama. Espérame fuera. Ahora voy.

—Date prisa. No quiero perderme el principio.

—Sí, tranqui.

Anthony se fumó un pitillo sentado en el capó del Clio, mientras caía la noche. Las casas de alrededor tenían todas un aire de familia, con su parcelita, el tejado rojizo, la fachada nueva, el seto a medias y un coche aparcado delante. Entre ellas serpenteaban las calles recientes con nombres de árboles. Reinaba en aquel reducido mundo una tranquilidad confortable. Miles de detalles delataban cuánto les preocupaban a los propietarios su comodidad, su intimidad y el respeto a la propiedad privada. Un hombre con manguera regaba el césped, con la camisa abierta y expresión satisfecha. De tanto en

tanto, se oía una carcajada a lo lejos o el roce de una tumbona que metían en casa por la noche. Unas golondrinas pasaron veloces por encima de su cabeza. El cielo estaba inmenso y redondo como el vientre de una mujer. Precisamente, apareció el primo.

—Venga, arreando, vámonos.

—¿Qué ha dicho Nath?

—Ni se ha despertado.

Se subieron pues en el coche y se fueron a toda velocidad al bareto más próximo. No había ni una plaza de aparcamiento libre en toda la ciudad. Las calles, largas y desiertas, estaban saturadas de coches. Cada bar y cada terraza rebosaban de hinchas. Habría costado mucho encontrar a un croata ahí metido. En cambio, se veían siluetas no habituales, cabezas al cero y pintas inverosímiles. El campo circundante se había volcado hasta el centro de la ciudad. Era peor que las rebajas. El primo acabó dejando el coche en doble fila porque, de todas formas, ya había bebido demasiado para aparcar maniobrando. Anthony y él se pusieron a buscar algún local donde quedase un poco de sitio. Estaba todo ocupado. El tiempo apremiaba. La publicidad ya estaba terminando. Llegaron cerca del alto horno y se adentraron en la Fábrica, abriéndose camino hasta la barra. Anthony reconoció a Rudi. Manu también estaba allí. El primo y él tuvieron el tiempo justo de pedir una birra.

Davor Suker marcó.

Todo el mundo calló, el país entero, pendiente, decepcionado.

—Cabrón —dijo Rudi.

En ese preciso instante, un tío con el pelo rizado entraba en el bareto y se abría camino hasta la barra. Pidió una cerveza y se dio la vuelta para ver si veía a algún conocido. Reconoció a Anthony. Anthony también lo reconoció. Hacine desvió la atención hacia la tele que colgaba de la pared. Era el minuto 47 del partido y Lilian Thuram, que no marcaba nunca, recorrió la mitad del campo y metió gol. El bareto, entonces, se inflamó. Un solo grito salió de todas las bocas. Una mesa se volcó. Se derramó cerveza por el suelo. Los espectadores se pusieron a pegar saltos, gritando y abrazándose. Hacine había alzado los puños al cielo y sintió que lo meneaban. Era Anthony, fuera de sí, repentinamente amnésico, francés hasta la médula y feliz como un niño.

El partido continuó en un ambiente de absoluto delirio. La cerveza corría a

chorros, todos fumaban como carreteros, gritaban y se llamaban de una mesa a otra. También Anthony se puso a beber cuanto podía. Él y el primo invitaban a rondas y emborrachaban a Rudi, que gritaba «kikirikí» cada vez que los franceses hacían algo en el campo. Hacine también bebía con ganas. Tenía buenas razones.

En el minuto 70 Thuram metió un segundo gol y fue el no va más. El pueblo, de repente, estaba unido, entregado a su destino de horda, libre de distanciamientos y posiciones, de una sola pieza. Lo que quería permanecer fuera se volvió incomprensible. Todo lo que se encontraba dentro resonó al mismo toque. El país entero acababa de entrar en plena fantasía. Era un momento de unidad, sexual y solemne. Nada había existido antes, ni la historia, ni los muertos, ni las deudas, que desaparecían como por encanto. Francia se empalmaba, inmensamente fraterna.

En un momento dado, Anthony, que ya no podía más, quiso ir a mear. En el retrete había cola. Prefirió salir. Avisó al primo.

—Salgo cinco minutos.

Había tal barullo que le estuvo haciendo señas con los dedos durante cinco minutos. El primo hizo una mueca de no haberse enterado. Se iba a perder el final del partido, pero era eso o mearse encima.

—Ahora vuelvo.

Fuera, el chico aprovechó el aire de la noche para serenarse un poco. La calle estaba tranquila. A ratos, del café brotaban gritos y bocanadas de alegría. Eran sofocones en el crepúsculo, el vapor que escupía una olla a presión. Se buscó un sitio algo apartado y empezó a mear contra la tapia del recinto de la fábrica de Metalor. La formidable presencia del alto horno le imponía. Alzó la cabeza e injurió a ese millar de toneladas mientras dibujaba arabescos en el ladrillo.

Cuando regresó al bar, el primo lo paró:

—Me tengo que ir.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. No quiero esperar a que todo el mundo se ponga en marcha. Va a ser el atasco del siglo.

—¿No quieres celebrarlo?

—No, prefiero volver.

Anthony se hacía cargo, claro. Nath y el bebé, era natural.

—Lo celebraremos el día de la final —dijo.

—Vale. Pues venga...

Se abrazaron y se palmearon la espalda. Era un momento singular. Casi podrían haberse dicho que se querían. Pero no era su estilo.

—Pues venga —dijo Anthony.

—Sí, nos vemos pronto, chao... Y no hagas tonterías.

Con la cabeza, el primo había señalado a Hacine, que, con un codo apoyado en la barra, miraba la tele como cualquier otro.

—Ya, no vamos a estar de mal rollo una noche como esta —dijo Anthony.

Y el primo se fue a paso ligero. Anthony volvió al bar y pidió una caña. Ganó Francia. Francia estaba en la final.

¹ Literalmente, «negro blanco árabe». Expresión acuñada para la selección de fútbol francesa de 1998 (con una sonoridad muy parecida al *bleu blanc rouge* de los colores de la bandera) como símbolo de la igualdad y la fraternidad raciales de dicha selección, representativa, supuestamente, de todo el país.

Cuando se pitó el final del partido, Heillange se alzó. Las calles se llenaron de inmediato de una procesión infinita de coches que empezaron a tocar la bocina en todas direcciones. Las ventanas estaban cuajadas de banderines y la gente agitaba banderas sujetas al extremo de varillas largas y flexibles. Se creaba así un efecto borroso, de veladura, que recordaba a los ejercicios con cinta de gimnasia rítmica. Incluso los rostros tenían tres colores. Había jóvenes que corrían, silbaban y encendían petardos. Algunos brindaban en las aceras con latas enormes. Varios cabroncetes se subían al capó de los coches y recorrían el atasco saltando de un coche a otro. Los polis lo miraban todo con afable indiferencia. De hecho, algunos transeúntes se paraban para darles besos. La ciudad no sabía que contaba con tanta fuerza y tanta energía. Después de estar gafada tres decenios, se descubría de nuevo y la victoria barría la crisis. En el ayuntamiento habían abierto el champán. En la plaza central, un periodista local recababa en caliente algunas reacciones. El periódico del día siguiente estaría lleno de comentarios lenitivos. Todas las bocas conjugaban los verbos en la misma persona. «Hemos» ganado, «estamos» en la final, «somos» los campeones. Algunas banderas argelinas se aventuraron a su vez por las calles. De hecho, un chapista del centro, Aubertin, hacía varios días que había colgado en la fachada una pancarta que rezaba «Zidane presidente». El local del Frente Nacional había bajado temporalmente el cierre.

Hacia las doce o la una, Anthony y Hacine se encontraron en la acera delante de la Fábrica. A lo lejos ya no se oían más que estallidos esporádicos y algún bocinazo al azar. Los bares estaban cerrando y mandaban a casa su cargamento de carne ebria. De hecho, Anthony se tambaleaba bastante y tuvo que apoyarse contra la pared para encender un cigarrillo. A lo largo de la velada había hablado y bebido con un montón de gente, especialmente con Rudi, que iba tan pedo que terminó tumbándose encima de una mesa mientras unos niños se divertían tiznándole la cara con corcho quemado. Por eso mismo, Hacine y él

habían intentado evitarse todo lo posible. Había hecho falta que confluyeran la hora tardía, el alcohol y la victoria, además de esa poderosa sensación de amnistía que flotaba en el aire, para que se aventuraran a hablar. Hacine se acercó, con las manos en los bolsillos. Él fue el primero:

—Menudo follón —dijo.

—Ya.

Allí estaba la carcasa iluminada del alto horno. No sabían muy bien qué decirse. Hacine se lanzó:

—¿Curras por aquí?

—Sí. En Gordon.

—Ah. Está guay.

—No tanto.

A Hacine le hizo gracia la respuesta.

—Estamos todos igual.

—¿Dónde curras tú?

—En el Darty de Lameck.

—La verdad es que tiene gracia.

—¿El qué?

—Que nos encontremos así.

—Ya.

Transcurrieron unos segundos antes de que Anthony retomara la palabra.

—Mi padre murió. Hace dos años justos.

Quería ver en el rostro de Hacine qué reacción le provocaba la noticia, pero se quedó con las ganas. Al menos, facilitaba las cosas. Se acabó. Todo aquello pertenecía al pasado.

—¿Qué le pasó?

—Se ahogó.

—¿En el lago?

—Sí.

Anthony le dio una calada pensativamente al cigarrillo. Hacine estaba recordando.

Su viejo tampoco estaba en su mejor momento. Insuficiencia respiratoria. Se negaba a volver a Francia para que lo trataran y ahora iba a todas partes con una botella de oxígeno colocada en un carrito. Hacine había ido de visita a su tierra y no le gustaba nada lo que había visto. El viejo vivía como si fuera de porcelana, ya no salía, se quedaba a la sombra, se movía lo mínimo, apartado, siempre delante de la tele. Y por algún motivo, le untaban la cara y

las manos con una especie de pomada que le daba a la piel lívida un aspecto reluciente. Parecía un bichito que vivía al fondo de una cueva, lejos del sol, ciego y blandengue. Por no hablar del olor.

—Me he comprado una moto.

—¡Venga ya! —dijo Anthony.

De repente, se le iluminó la cara, como la de un niño. Añadió:

—La verdad es que tiene gracia.

—Sí. Tiene gracia.

—¿Qué modelo?

—Suzuki. 125 DR.

A Anthony le dio un ataque de risa. Todo aquello para esto. Si te parabas a pensarlo, la vida era una gran comedia. Ahora estaba muy animado.

—¿Me dejas probarla?

—No, va a ser que no.

—Me subo detrás. Vamos a dar una vuelta.

—Que no. En serio, no.

—Venga, no seas capullo.

En un piso por encima de sus cabezas, alguien se arrancó a cantar *La Marsellesa*. Era una voz de mujer que afinaba bien, pero que no debía de saberse toda la letra porque se interrumpió después de «Qu'un sang impur abreuve nos sillons»².

—Vamos, tío —insistió Anthony—. Además, mi primo me ha dejado plantado. Me voy a tener que chapar cinco kilómetros a pata.

Hacine acabó cediendo. También porque se sentía bastante orgulloso. Así pues, mientras iban hacia la moto, preguntó:

—¿Qué edad tenía tu padre?

—En realidad, ni siquiera lo sé.

Anthony se sujetaba al transportín mientras Hacine zigzagueaba entre los restos abandonados en la calzada. Heillange era una ciudad pequeña y la explosión de alegría de las once de la noche había cedido el sitio a la paz siniestra que sigue a las fiestas. En las calles quedaban papeles grasientos, botellines rotos, huellas de explosiones y algunos rezagados titubeantes. Hacine conducía deprisa, todo nervio, a trompicones: acelerador, freno, acelerador. Detrás, Anthony disfrutaba del paisaje y de la noche. Notaba el viento acariciador en la cara. El olor a tubo de escape y el ruido adolescente

del motorcito lo retrotraían muy lejos. Le apetecía conducir. Cuando se detuvieron en un semáforo, se lo volvió a pedir.

—En serio, déjame probarla, tendré cuidado.

—Ni de coña, tío.

—Nos paramos en un aparcamiento. Voy y vengo un par de veces. Rapidito. Solo probar. Tío, sé conducir con los ojos cerrados.

—Ya, pero no.

Anthony siguió dándole la brasa. Tanto que al final fueron por donde el nuevo polígono de Montets. El lugar apenas estaba definido aún, era uno de los grandes proyectos para impulsar la economía de la ciudad. Algunas naves se alzaban aquí y allá, una Halle aux Vêtements, una tienda Connexion y oficinas recientes que parecían contenedores apilados. Eran todos ellos edificios funcionales, con paredes montadas en dos días, corredores, escaleras, y un aspecto generalizado de fragilidad, como si se fuera a desmoronar todo con la primera ráfaga de viento. Allí habría una asesoría contable, consultas de médicos, todo tipo de actividades, espacios de trabajo abiertos, ordenadores, máquinas de café, fotocopiadoras... El futuro. Y, desde ya mismo, los aparcamientos, extensos como praderas, divididos con topes de cemento y sembrados de farolas. Por la noche se parecían al mar, un océano de plazas libres.

Hacine puso el pie en el suelo en la entrada oeste del aparcamiento. Desde allí, la vista estaba totalmente despejada. Los chicos tenían delante una recta de quinientos metros. Anthony se bajó de la burra. Hacine cortó el contacto y puso la pata de cabra. Estaba indeciso. De todas formas, tampoco tenían prisa.

—¿Tienes un pitillo?

Anthony le ofreció su paquete. Se estaba poniendo nervioso. Conducía muchísimo mejor que Hacine, no concebía que el otro no quisiera prestarle la Suzuki para dar una vuelta. Además, tenía el sentimiento de que Hacine se lo debía.

Este fue a sentarse en el bordillo de una mediana. Fumaba con los antebrazos apoyados en las rodillas, muy sereno. Anthony, que se había quedado de pie, lo miraba fijamente. Le parecía raro que tuvieran tan poco de qué hablar. Al fin y al cabo, habían nacido en la misma ciudad, se aburrían en los mismos curros, habían asistido a los mismos coles, que dejaron demasiado pronto. Sus padres habían trabajado en Metalor. Se habían cruzado cien veces. Sin embargo, esos puntos comunes no eran nada. Había entre ellos una distancia. Anthony empezaba a perder la paciencia. La necesidad de conducir

lo acuciaba como las ganas de mear.

—Venga, tío —dijo otra vez.

Hacine alzó los ojos. El rollo que tenían estaba empezando a cambiar. Anthony se acercó y tendió la mano.

—Venga...

Hacine se hurgó en los bolsillos y le lanzó la llave.

—Vas a la otra punta y vuelves.

—OK.

—Ir y volver, no más.

Anthony torció el gesto. Tanta insistencia lo irritaba. Contestó, pero tenía cierta ironía en la mirada.

—Sin problema.

—En serio, tío... —volvió a decir Hacine.

Esta vez era una amenaza.

Anthony le dio la espalda, se subió a la Suzuki y pulsó el arranque. En la tranquilidad ideal de esa noche de verano, el motor petardeó cruelmente. Anthony giró el acelerador y sintió cómo la peculiar vibración de la 125 le subía por los muslos, la pelvis y hasta el pecho. Qué gusto daba. Un placer que tenía parte de cosaco. Desde siempre, los hombres como él, jóvenes, incultos y de pecho ancho, habían cabalgado y destruido. Con los gruesos muslos en torno a una montura fragante, habían invadido y, a veces, destruido imperios. Para ello había bastado con no preocuparse por nada que no fuera su impulso. Aceleró y la moto obedeció al milímetro. Condujo en línea recta, embriagándose, llenando la noche con el ruido concentrado que hace el metal ante el empuje del fuego.

Desaceleró en el extremo del aparcamiento y viró, con un pie en el suelo. Al otro lado, Hacine se había puesto de pie. Le hacía señas con la mano. Una vez más, Anthony arrancó y condujo aún más deprisa, haciendo un caballito, estruendoso, embriagado aún, tan hábil que daba miedo. La rueda delantera volvió a tocar el asfalto y ganó velocidad. Iba directo hacia Hacine, como loco, a casi 90 kilómetros por hora. Hacine giró sobre sí mismo cuando Anthony lo rodeó en la moto, con una precisión de centímetros, y luego se marchó a toda velocidad, acelerando al máximo, desgarrando el fino tejido de la noche. Hacine echó a correr tras él.

—¡Vuelve, joder!

Anthony se divirtió desafiándolo un poco más, alejándose velozmente para volver mejor. Era un toreo bastante penoso. Hacine corría desesperado,

sudoroso y ridículo, agitando los brazos en el aire. Anthony se había hecho totalmente con su máquina. Lo esquivaba fácilmente, no temía nada.

Al final, se largó. Sin ni siquiera haberlo planeado, cogió la carretera que llevaba a casa de Steph. Le latía el corazón más fuerte que el de la moto. Era más veloz que la velocidad.

Con un grácil movimiento del amortiguador, la moto se detuvo delante de la casa de los Chaussoy. Era bonita, de una planta más la buhardilla, amplia, con un balcón bajo el voladizo del tejado. Nunca se había atrevido a acercarse tanto y la estaba descubriendo. Las esquinas estaban decoradas con sillares de piedra. Unos peldaños conducían a la pesada puerta principal con aldaba de hierro colado. El césped estaba cuajado de macizos de flores que se parecían con mucha exactitud a los que había en la glorieta de delante del ayuntamiento. También había dos abedules, un sauce llorón y una buganvilla. En la grava estaban aparcados un BMW Serie 7 y un viejo Golf descapotable.

No había ni una luz, ni un ruido. Anthony se limpió las manos en los vaqueros. Las casas vecinas también estaban protegidas en su estuche de césped y de tuyas. ¿Cómo podía saber si Steph estaba en casa? No debería haber venido, claramente había sido una gilipollez. Sin embargo, no se decidía a marcharse. Era una noche especial. Bastaba con mirar el cielo. Las estrellas se clavaban en el corazón.

Puso la pata de cabra y se dirigió a la casa. La verdad es que era muy alta e imponente. No era una de esas mansiones burguesas de estilo tradicional, como las que veía cuando podaba setos con su padre. Esta era más reciente. Intentó adivinar cómo sería por dentro. Cuando era más joven y hacía de camello, se había relacionado con muchos niños pijos y había tenido ocasión de ver cómo funcionaban esas familias. Les había envidiado las enormes neveras americanas y las alfombras que amortiguaban los pasos, las mesas bajas cargadas de libros de arte de 500 pavos, los cuadros de las paredes... Los padres nunca estaban. A menudo, ni siquiera había una tele en el salón. En casa de Steph, se imaginaba más bien un batiburrillo confortable, con un sillón Stressless junto al sofá Roche Bobois y una sauna apañada en el garaje. Dio un paso más, con las manos en los bolsillos, indeciso. Aún estaba borracho, pero cada vez menos. Avanzaba un poco torcido. De repente, lo cegó una luz.

—Mierda...

Una hilera de focos de 50 vatios situados en el alero del tejado lo atrapó en

su resplandor blanco. Se protegió los ojos con la mano, pero no se atrevía a moverse. Por fin, la luz se apagó.

Se quedó quieto unos instantes. Ante la duda, movió la mano. La luz volvió de inmediato, con la misma crudeza. De una blancura carcelaria. Soltó un suspirito regocijado. Era un chisme de esos que detectan el movimiento y asustan a los gatos y a los ladrones. Se lo tenía merecido. Pensó que mejor se volvía a casa. Al cabo de unos segundos, la luz volvió a apagarse. Según volvía hacia la moto, pareció de nuevo que se había hecho de día.

—¡Eh, eh!

Una silueta lo llamaba desde lo alto de los escalones.

—¿Qué haces aquí?

Era Steph. No le costaba reconocerla, ni siquiera a contraluz.

—Hola —dijo el chico.

—Espérame.

Manipuló algo dentro y cerró la puerta para reunirse con él. Por fin, la luz se apagó de una vez por todas.

La joven bajó corriendo las escaleras de dos en dos, descalza, vestida con vaqueros y blusa. Tenía el pelo menos largo que antes.

—Tienes suerte de que mis padres no estén.

—Y ¿dónde están?

—Por ahí.

El chico le buscaba la cara, pero no la encontraba. Solo contaban para verse con la palidez del cielo y el resplandor triste de las farolas que llegaba desde la calle. Muy insuficiente.

—¿Y bien?

—Nada, que pasaba por aquí.

—¿Has visto qué hora es?

—Estamos en la final.

—Sí, claro, cómo no...

Estaban de pie, azules y muy próximos en la oscuridad. A su alrededor, el verano paciente sonaba suavemente a hierba. Anthony bajó los ojos. Steph se impacientó.

—¿Algo más?

Él se enderezó.

—¿Te apetece dar una vuelta?

—¿Qué vuelta?

—En moto.

—¿Para ir adónde?

—A ningún sitio. Solo porque sí.

—Apesta a alcohol.

No tenía mucho que decir a eso. A Anthony le habría gustado preguntarle dos o tres cosas. Saber lo que estaba haciendo y dónde vivía, si tenía novio. Pero había perdido la ilusión. Aun así, insistió.

—¿Seguro que no quieres dar una vuelta? Solo diez minutos. Luego te traigo directamente.

—No.

El chico se llevó la mano al párpado izquierdo. Un viejo reflejo. Ya no tendría más oportunidades. Se le agolpaban las palabras.

—Lo siento —dijo Steph—. Todo aquello acabó.

El chico hundió las manos en los bolsillos de atrás del pantalón e inspiró profundamente. Ya era mañana. La situación se le escapaba entre los dedos. Le habría gustado cogerle la mano o algo. Se limitó a decir:

—No dejes de pensar en ti.

La silueta de la joven se tensó, como con una sacudida.

—No te imagines cosas —dijo—. Ahora me tengo que ir. Mañana madrugo.

Le dio la espalda y se metió en casa. Dentro de unos días volaba rumbo a Canadá. Su chico la estaba esperando allí. Acababa de salir del centro de formación de periodistas y se había agenciado unas prácticas en Ottawa, en un periódico local. Oficialmente, Steph solo iba a quedarse tres semanas, pero planeaba en secreto matricularse en la universidad cuando estuviera allí. Trabajaría de camarera al mismo tiempo. Por lo visto, la gente era generosa con las propinas. Un país grande y nuevo. Se sentía entusiasmada y transatlántica, ya no le veía sentido a nada que estuviera relacionado con Heillange. Subió las escaleras de dos en dos. Anthony ni siquiera le había visto la cara.

—Chao —dijo él.

Ella levantó la mano a modo de despedida. Cuánto había durado ese sentimiento, creciendo en su interior. Prácticamente una vida. Volvía a ver su coleta un día de julio. Su silueta se dibujó una última vez en el vano de la puerta, y esta se cerró. Nunca volvería a tocarle las tetas.

Antes de arrancar la moto, procuró alejarse de la casa. Luego apretó el arranque y el motor obedeció. Al menos en la mecánica se podía confiar. Cada

elemento cumplía una función precisa, de una sencillez majestuosa. Una chispa inflamaba una mezcla gaseosa. La combustión movía el pistón que subía y bajaba, organizando sucesivamente la entrada, la combustión y el escape. Los gases nuevos desalojaban a los gases quemados. El movimiento se repetía, más rápido, más potente, imparable. Era una rotación perfecta, bastaba con que el mecanismo funcionara y la gasolina fluyera para producir energía hasta el final, y velocidad, y olvido, hasta el infinito.

Circuló un rato por la noche de Heillange y luego decidió dejar la moto en su casa, en el garaje. Al cerrar la puerta metálica se acordó de que tenía que volver a casa del primo antes del curro para recoger el Clio. Qué coñazo. A menos que fuera en moto. Ya lo vería.

Luego subió a su piso. Se encontró con la botella de Label 5 y se sirvió un vaso grande, sacó un par de cubitos del congelador y los removió. Todo estaba tranquilo. Los cubitos tintineaban. En el salón, la luz procedente de las farolas dibujaba rombos pálidos en el sofá de cuero. Miró fuera. Había varios coches de edad intermedia aparcados en la claridad reconfortante de las farolas. El edificio estaba lleno del sueño de los que allí dormían y esperaban a que sonara el despertador. Anthony encendió la cadena de música. En la radio, una chica se imaginaba cómo habría sido su vida de haber sido capitana. El *whisky* estaba asqueroso, se tomó otro. Había cierto deleite en el dolor. Se sentía despegado. En medio de las cosas. Tenía en la boca un pliegue amargo. Miró el reloj de pulsera. Entraba a trabajar dentro de tres horas. Tenía que cenar con su madre. Gordon cerraba el 14 y el 15 de julio. No tenía planes para las vacaciones, ni ganas. Pensó que había terminado. Se sentía desvinculado de cualquier deuda.

Fue al cuarto de baño para ducharse. Cuando estuvo desnudo, se quedó mirando su imagen en el amplio espejo que había encima del lavabo. Abrió el grifo con el agua muy caliente. Debajo del chorro hirviendo, se sacudió abriendo la boca y se pasó los dedos por el pelo denso y negro. Se quedó mucho rato, hasta que el agua se templó y luego se enfrió. Steph dejaba un vacío físico. Lo notaba en el pecho, en el vientre. La vida iba a seguir. Eso era lo más duro. La vida seguiría.

Se metió en la cama aún mojado y se durmió enseguida.

² Último verso de la primera estrofa.

Al día siguiente, Anthony decidió ir al curro en autobús. Llegaba tarde y seguramente no sería el único. De hecho, al cruzar el aparcamiento de Gordon se fijó en que había muchas plazas vacías. Se dirigió a su puesto sin prisa. A pesar de las dos aspirinas que se había tomado al levantarse, se sentía descompuesto, con las piernas pesadas y la cabeza congestionada. Y eso que hacía una mañana magnífica. El cielo tenía un azul siciliano. Los pájaros cantaban. Hacía bueno. De camino, había visto a chicas con falda, madres con sillita y a los basureros recogiendo los restos de la fiesta. Estaba todo el rato esperando a que se presentara Hacine. Lo adivinaba. Casi se sintió decepcionado de no encontrárselo en la parada del autobús cuando llegó. Al fin y al cabo, sabía dónde curraba.

En el taller de apilado, encontró a sus compañeros animadísimos. Con cara de cansancio, pero radiantes. Todos tenían aún en mente el partido del día anterior que los había propulsado a la final. La lentitud que solía reinar en los talleres se había esfumado por completo. Aunque no estaban tan entusiasmados como para acelerar las cadencias. Porque en el curro, el juego consistía en mantener el ritmo sin hacer de más porque entonces los objetivos del mes siguiente se revisarían al alza y, de ese modo, poquito a poco, al aceptar una presión tras otra, y una prima de productividad después de una vuelta de tuerca de la dirección, acababas atrapado en la maquinaria, devorado y arrasado. Los contra maestres siempre andaban rondando, como quien no quiere la cosa, a la caza de tiempos muertos y vagancias disimuladas. Conocían esa estratagema del mínimo esfuerzo, pero no podían demostrar nada. El truco de los operarios consistía en currar continuamente, pero con una lentitud estudiada; en ahorrar, inventándose pausas diminutas y respiros entre dos movimientos; en acelerarse disimuladamente para luego poder descansar, siempre de forma clandestina. Fruto de esa manipulación infinita y de los recorridos acechantes de los jefes en los talleres era una sensación de desconfianza continua, pero también de solidaridad sin brechas. Y ay del atontado que se las diera de diligente...

A la hora del descanso, volvieron a jugar el partido en torno a la máquina de café. Martinet estaba especialmente entusiasta. Repetía que jamás había visto nada igual, jamás. Schlinger, más viejo, no estaba de acuerdo. Sacaba a relucir su sabiduría. México, Kopa, Piantoni, Fontaine y así hasta la prehistoria.

—Tú sí que eres La Fontaine —dijo Zouk.

Sentado en su rincón, encima de un cubo de basura, era un hombre de costumbres y siempre soltaba alguna broma lacónica cuando todos creían que se había dormido. Como le habían roto varias veces el arco supraciliar y la nariz, tenía la cara con un aspecto extraño, como si se la hubieran masticado, y apenas se le veían los ojos. Tenía veinticinco años y aparentaba cuarenta. El hecho de fumarse diez porros diarios no contribuía a mejorar su aspecto. Pero era divertido, eso sí, con un estilo intempestivo y sin imaginación.

La conversación continuó. Por una vez y sin que sirviera de precedente, los capataces y los contraмаestres se habían unido a los operarios. En opinión de todos, Lilian Thuram se merecía una medalla y acababa de ganarse un puesto en la historia de Francia, entre Napoleón y Platini. También se habló de las primas por partido y de la mala salud de Ronaldo. Brasil era un peso pesado, pero los equipos sudamericanos casi nunca ganaban el Mundial fuera de su hemisferio. De todas formas, con Zidane, Francia era capaz de cualquier cosa, bastaba con tener fe. Karim se preguntaba, de todos modos, qué habría en esa gruesa libreta negra que Aimé Jacquet siempre llevaba encima. Seguro que estadísticas. También se sospechaba que trucos y sortilegios. Anteriormente, el entrenador también había trabajado en una fábrica, en Saint-Chamond, en una acería. Para que veáis, decía Cyril con pasajera melancolía. Sonó el timbre, como en el colegio, tocaba seguir currando. Anthony no había dicho ni una palabra. A Martinet lo preocupó.

—¿Estás bien?

—Déjame en paz.

—Bueno, hombre, si te vas a poner así...

Todos volvieron a su puesto. Ese día las cosas parecían más fáciles. El único que estaba de morros era Anthony. A nadie le importaba.

En el comedor siguieron con lo mismo. Para comer había que comprar tiques. Rojos para la comida y azules para el vino. Cada trabajador recibía diez tiques azules mensuales. Hacían falta cuatro para coger una botella de tinto.

Era el método que se había inventado la dirección para limitar los daños. También intentó, en un momento dado, prohibir la venta de alcohol. Pero se montó tal escándalo que hubo que recurrir al truquito de los tiques.

Ese día, los hombres pusieron los tiques de tinto en común. Arrasaron con todas las botellas. Durante toda la comida reinó un bullicio extraordinario. La gente reía, hablaba y gesticulaba. El domingo iba a ser el gran día. Los pronósticos tenían buenas perspectivas. Nadie se planteaba una derrota. Ya no podía ser. La era de los milagros había comenzado. Para demostrarlo, Karim se subió a una silla y entonó *La Marsellesa*. Los operarios corearon, más que nada por puro cachondeo, y se formó un vocerío insoportable y casi revolucionario. So pretexto del patriotismo, no dejaba de ser un desbarajuste y una forma de tocarles los huevos a los directivos que comían en su rincón.

Anthony, en cambio, no cantó. No tocó el vaso de vino y engulló la comida apresuradamente, carne, zanahorias y patatas. Y una Danette de chocolate de postre. Tenía el sabor de la infancia. Su madre siempre las compraba cuando era pequeño. Y de café para su padre. Solo que su padre se las comía de dos en dos, y cuando se le terminaban, seguía con las de chocolate. Anthony se acordaba de las comidas los tres juntos. Años queriéndose sin decirse nada, y odiándose igual. En último término, venía a ser lo mismo. El padre había muerto. Y lo que es su madre, estaba rehaciendo su vida. Salía con hombres. Ahora llevaba el pelo color caoba y de punta. Dentro de quince años estaría jubilada, si al gobierno no se le ocurría alguna chorrada de aquí a entonces. Aún faltaba mucho. Contaba los días. Los fines veía a su hermana. Quedaba con las amigas. Era increíble cuántas mujeres solas había deseosas de disfrutar de la vida. Hacían excursiones y se apuntaban a viajes organizados. De ahí los autobuses que recorrían Alsacia y la Selva Negra, repletos de solteras, viudas y esposas abandonadas. Ahora se divertían entre sí, se ponían las botas en los albergues con vigas vistas y menú de precio fijo con todo incluido, queso y café con dulces. Visitaban castillos y pueblos típicos, organizaban noches de karaoke y fondos comunes para ir a las Baleares. En su vida, los hombres y los hijos solo eran una etapa más. Eran las primeras de su especie, se daban el capricho de desligarse de servidumbres milenarias. Y esas Amazonas en pantalón corto, modestas, risueñas, con sus mermadas coqueterías, el pelo teñido, ese culo que les parecía tan gordo y el deseo de disfrutar porque, en el fondo, la vida es demasiado corta; esas hijas de proletarios; esas chavalas que crecieron oyendo música yeyé y que accedieron masivamente al trabajo asalariado ahora podían reírse, después de una vida de

disgustos y de penurias. Casi todas habían tenido varios embarazos y maridos despedidos, depresivos, violentos, machistas, parados y humillados compulsivos. Sentados a la mesa, en el café, en la cama, con su cara de funeral, sus manazas y su corazón destrozado, esos hombres se habían pasado años jorobando a todo el mundo. Inconsolables desde que las dichas fábricas habían cerrado y los altos hornos habían callado. Incluso los amables, los padres atentos, los buenazos, los silenciosos y los sumisos. Todos esos tíos, en mayor o menor medida, habían salido rana. También los hijos varones, por lo general, se habían torcido haciendo el tonto y dando disgustos, antes de encontrar una razón para sentar la cabeza, que solía ser una chica. Durante todo ese tiempo, las mujeres habían aguantado el tirón, resistentes y maltrechas. Y las cosas, por fin, volvían a transitar por sendas admisibles, después del socavón de la crisis. Y eso que la crisis ya no era solo cuestión de tiempo. Era una posición en el orden de las cosas. Un destino. El suyo.

Precisamente, Anthony había quedado con su madre esa misma noche. Hélène siempre iba a la compra los jueves y quedaban en el autoservicio del Leclerc a eso de las siete. El filete con patatas costaba 20 pavos, estaba limpio, Anthony se pedía cuarto de litro de vino y natillas con merengue. Habían llegado a esa solución para acabar con las peleas domésticas. En cuanto el chico ponía un pie en casa de su madre, esta recuperaba sus instintos de loba, empezaba a darle consejos, quería controlarle la vida y se ponía trágica. Para defender su terreno, él se cerraba en banda y la provocaba. Al menos, en el Leclerc no les quedaba más remedio que guardar las formas. Pagaban por turno. No podían fumar en la mesa y después del café se echaban un cigarrito en el aparcamiento. Hélène hablaba mucho. Tenía la voz áspera y los dientes amarillos. La mirada ojerosa daba fe de los disgustos de antaño. Ahora ya no se hacía tanta mala sangre. El chico estaba colocado, y el marido, en el hoyo. Los hombres que se acercaban a ella sabían de inmediato a qué atenerse. Estaba tranquila.

Después del postre, Anthony salió del comedor sin esperar a nadie. Los demás se preguntaban qué le pasaría ahora.

—Nada le parece bien nunca.

—Es lo que tienen los interinos —observó Schlinger.

—Para interino, tú —replicó Zouk, que también era un temporal de Manpower.

Anthony se fumó un pitillo en el aparcamiento que separaba el comedor de su taller. El calor había subido mucho durante la comida y el aire vibraba encima de los capós. Miró el reloj de pulsera. Aún le quedaban veinte minutos. El tabaco tenía un sabor ácido. Tenía las manos sudorosas y las uñas mugrientas. Y además, esa angustia sorda. Hacine iba a ir allí. Era una cuestión de tiempo. De hecho, le sorprendía que aún no hubiese llegado. No tenía ni idea de lo que haría entonces. Llevaban tanto tiempo así que estaba cansado, nada más.

El rebaño de compañeros no tardó en salir del comedor, amuermados por el alcohol y a todas luces menos joviales. Arrastraban los pies por la gravilla. Sorbían. Aún les quedaban cuatro horas por delante. Y en los talleres no había aire acondicionado. Aun así, se resignaron. En el descanso de las tres, hubo silencios y bostezos. La máquina de café funcionó sin tregua. Hablaron de las vacaciones. Cyril las empezaba esa misma tarde. Iba a dejar a los niños con sus suegros, en el monte Jura, él tenía reformas que hacer en casa, tapicería. Luego irían a la costa, les sentaría muy bien.

Las dos últimas horas de la jornada eran las más largas. Se estiraban en un silencio de plomo. Por fin se incorporaron los del turno de noche. Cuando fue a fichar, Anthony se fijó en que le faltaban dos horas, de tanto llegar tarde. Con tres equipos en turnos de ocho horas, era imposible recuperarlas. Se lo descontarían del sueldo y RR. HH. le mandaría una carta. Y en la ETT le echarían la bronca. Sintió que se le encogía el estómago. Vivía ya en la cuerda floja. Ganaba 7.000 francos mensuales. El alquiler le costaba la mitad. Tenía el coche, la gasolina, el tabaco, la compra y varios créditos. En total, 4.000 pavos. Acababa todos los meses con un descubierto de 500 pavos por lo menos. Bastaba con un extra, ir al restaurante o pasarse bebiendo en el bar, para que se le hiciera un agujero imposible de tapar. Cuando cobraba se ponía al día y se juraba que iba a tomárselo en serio y a apretarse el cinturón. Pero la pasta volvía a desaparecer enseguida y la cuenta se le quedaba a cero y luego en números rojos. Había negociado con el banco para que no lo penalizara, pero aun así su autonomía siempre estaba en peligro. Vivía veinte días al mes de la generosidad del banco. Así que volvía a trabajar día tras día. Tenía que pagar el coche, la nevera, la cama, el sofá de cuero y la nueva tele plana.

En el autobús, tuvo una sensación extraña. Había muy poca gente. Muchos se habían marchado de vacaciones. No había tráfico y hacía bueno. Enfrente, dos señoras mayores charlaban sobre los tomates, que ya no eran como los de antes, y las heladas que no eran puntuales. El autobús atravesó la ciudad, una parada tras otra: Pont-de-Lattre, Rue-Combes, Hôtel-de-Ville, Piscine-Debecker, Collège-Louis-Armand, Route-d'Étange. Se bajó en Trois-Épis, le pillaba un poco lejos, pero le apetecía andar. Había una luz vespertina relajante y difusa. Anduvo con la mochila al hombro, sin pensar en nada. Se dio cuenta de que se sentía bien.

Cuando llegó a casa, llamó a su madre para contarle lo que se le había ocurrido.

—¿Sabes dónde está el Vertedero, la playa a la que iba con el primo?

—Sí.

—Estaba pensando que podríamos cenar allí.

—¿Un pícnic?

—Sí.

La madre se lo pensó un momento. Esa iniciativa no le pegaba nada.

—Por qué no.

—¿Tienes algo que llevar?

—Sí, sí, tengo restos de tabulé y muslos de pollo.

—Yo llevaré patatas fritas y bebida.

—Vale... ¿Ha pasado algo?

—No, no, no te preocupes.

Hélène colgó primero. A Anthony le gustaba cómo marchaba su plan. Metió en la mochila vasos de plástico, una botella de clarete, patatas fritas y una tableta de chocolate. Luego fue al garaje y se subió en la Suzuki de Hacine. Arrancó y disfrutó de ese sonido maravilloso de encaje mecánico, carraspeante y agudo como una serie de íes. El motor reaccionaba a la primera. Dejó que se calentara un ratito. Estaba decidido. Más tarde, esa misma noche, dejaría la moto delante del Darty de Lameck donde trabajaba Hacine. Dejaría las llaves en el buzón de la tienda. Así de fácil. Volvería a pie o en autoestop. Se puso en camino.

Caía la noche sobre el valle mientras aceleraba entre los bosques, con los brazos apartados y las piernas abiertas. Los árboles formaban un desfile cambiante e irregular. Se metía de lleno en la beatitud de ese mes de julio, dolorido y a salvo, con sus veinte años recién cumplidos, en la plenitud de la velocidad, donde tenía que estar. Aceleró y la irritante sonoridad de la Suzuki

arañó el aire opalino y leve.

Anthony se sentía libre, a pesar de todo.

Su madre lo estaba esperando en la playa. Había colocado los platos de cartón encima de una sábana de cuadros. El tabulé estaba en una ensaladera grande tapada con papel de plata. Los muslos, en un táper. Hélène incluso se había acordado de coger servilletas de papel. El chico aparcó muy cerca. Un poco más allá, en la orilla, había un grupito de chavales en torno a una fogata. ¿Qué tendrían? Quince o dieciséis años. Tres chicas, cinco chicos, birras y una guitarra.

—¿Y esa moto?

Anthony le dio un beso a su madre antes de quitarse las deportivas para sentarse.

—Me la ha prestado un colega.

—Ah.

Uno de los chavales empezó a tocar *No Woman No Cry*. Anthony descorchó el vino. Un poco más abajo, el lago desplegaba sus honduras y su misterio.

—¡Venga, chinchín!

—A tu salud.

Bebieron. Hélène lo miraba con una expresión a la vez benévola y desconfiada, como si estuviera esperando que le hiciera alguna confidencia o le comunicara alguna noticia o algo importante.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—No creo que me hayas traído aquí por casualidad...

Por muy curioso que pudiera parecer, no había caído en la coincidencia. Solo quería hacer algo distinto. Hacía bueno y hacía mucho que no iban de pícnic. Nada más.

—Y yo que creía que querías hablar de tu padre...

Y con la mano con la que sujetaba el vaso, hizo un ademán hacia el lago. La madre y el hijo contemplaron la superficie unos instantes. Cuando caía la noche, parecía una capa de petróleo. Del otro lado, la orilla y luego el verde difuminado de los árboles. Y por fin el cielo, cubriéndolo todo.

Después de la desaparición, en realidad no habían tenido ocasión de hablar. Anthony estaba de servicio en Alemania. Su madre decidió comunicarle la noticia por correo. Volvió para el funeral, pero tuvieron que

ocuparse de los trámites, el papeleo y vaciar el estudio.

—¿Qué vamos a hacer con todas sus cosas? —había preguntado Anthony.

—Bah, para lo que hay...

Efectivamente, el padre vivía en una casa diminuta y no tenía nada, dos vaqueros, tres camisetas, una tele y unas cazuelas. Hacía ya tiempo que vivía con lo mínimo. Esa desaparición no era más que la consecuencia lógica de un lento difuminado. Pasaron las semanas. Los meses. Ni Anthony ni su madre se planteaban el tema del duelo ni ese tipo de cosas de teleserie estadounidense.

Ahora, cuando Hélène recordaba a su exmarido, no hablaba de él ni bien ni mal. Los recuerdos caían como calderilla. Había ordenado los episodios y elaborado una historia que le convenía. Al fin y al cabo, habían tenido momentos buenos. Era una parte de su vida que no lamentaba. Nadie tenía la culpa, desde luego, la crisis no. El alcohol, apenas. Era el destino, su vida, no se avergonzaba. Aun así, a veces, cuando Anthony se pasaba de duro o de cabezota, le decía «eres igual que tu padre». No era un halago. Él se sentía orgulloso.

—También está bien donde está.

—Sí —convino Anthony.

Y Hélène cambió de tema. A su hermana pronto le iban a hacer pruebas de la tiroides. Tenía muchas esperanzas. Según su nuevo médico, podría explicar unas cuantas cosas.

—Se imagina que todo le viene de ahí. Como si no tuviera mala leche de antes.

Pusieron verdes a sus conocidos mientras comían con ganas. Era un pasatiempo agradable. Por lo menos, estaban bastante de acuerdo. La botella pronto se vació. Los chavales de abajo se reían a carcajadas. Caía la noche.

—Tendría que haber cogido otra botella —dijo Anthony.

—No, así está bien. De todas formas, ya es tarde.

Era la hora, la serie veraniega de la Une estaba a punto de empezar. Anthony prefería quedarse un rato más. Ayudó a su madre a recoger. Hélène lo miraba de reojo. Lo cierto es que no parecía muy católico.

—Bueno, pues un beso —dijo.

—Sí. Nos vemos.

Le rozó la mejilla. Apenas nada.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Bueno, pues mañana será otro día.

Con las sandalias de cuña y la pesada bolsa en la mano, Hélène fue hacia el coche con andares indecisos. Seguía estando delgada. Los codos parecían frutos secos. Los vaqueros le quedaban un poco holgados en las caderas.

Cuando se quedó solo, Anthony encendió un cigarrillo. Estaba pensando en su viejo. En esa vida que les hacían llevar. Le fastidiaba mucho no tener nada más que beber. Rebuscó en los bolsillos algo de pasta para comprarle una o dos birras al grupito de abajo. Pero estaban vacíos. Miró cómo el sol se deslizaba hacia el oeste. El horizonte no tardó en incendiarse. El chico que había llevado la guitarra estaba tocando ahora una pieza complicada con pinta de ser española. Dos chicas daban palmadas. Luego, dos adolescentes del grupo decidieron ir a bañarse. Se desnudaron mientras los otros les decían burradas, por puro trámite. El chico tenía un cuerpo muy bonito, espigado, esculpido por la natación. La amiga tenía un tipo más fornido, con pantorrillas recias y poco pecho, también muy guapa, estilo senderista supersana, siempre sonriente y con todo el futuro por delante. Una vez en el agua, estuvieron un rato jugando a salpicarse y a sumergirse. Luego el tío de la guitarra los desafió a cruzar el lago.

—Estáis locos, se está haciendo de noche.

—Es fácil, solo hay que ir en línea recta.

—¡Vamos!

—¿Cuánto te apuestas?

—Cien pavos —dijo el de la guitarra.

Y se pusieron a nadar lago adentro. Los demás se apiñaron en la orilla para aplaudir, silbar y animarlos. Eran entusiastas, absolutamente jóvenes y sus dos amigos hendían el agua grácilmente, perturbando apenas con sus movimientos regulares el pesado reposo del lago.

Anthony prefería no verlo. Se subió en la Suzuki y enseguida estuvo en la carretera departamental. Volvió a sentir en las manos el trepidante pánico del motor, ese sentimiento de explosión inminente, el ruido infernal y el olor delicioso del tubo de escape. Y cierta calidad de la luz, untuosa, cuando el mes de julio en Heillange caía en un suspiro y, al ponerse el sol, el cielo se volvía algodonoso y rosa. Las mismas sensaciones de noche de verano, la oscuridad del bosque, el viento en la cara, el olor exacto del aire, el tacto de la carretera, familiar como la piel de una chica. Esa huella que el valle le había dejado en la carne. La pavorosa y dulce sensación de pertenecer.

Agradecimientos

Quiero dar aquí las gracias a mi madre, que, no conforme con haberme traído al mundo, me ha echado más de un cable mientras escribía este libro.

También quiero dar las gracias a mis compañeros escritores, Marion Brunet y Benoît Minville, por su amistad, su pésimo sentido del humor, la exaltación que compartimos y los sarcasmos de los que tanto disfrutamos en mensajes privados.

Además, quiero agradecer la ayuda a Sabine Barthelemy, Alhem Bensaïdani, Cindy Couval, Clotilde Eustache, Bernard Favre, Emmanuelle Filipetto, Véronique Gerber, Elsa Grimberg, Ghizlane Laïrini, Alexandre Lambert, David Mathieu y Marie-Léone Vaquette.

Y expresar mi gratitud a Manuel Tricoteaux, una de cuyas virtudes es abrir el correo que recibe.

Por último, le dedico un pensamiento a mi padre. Detrás de los silencios, no dejamos de acordarnos de él.

Este libro ha contado con el apoyo del Centre National du Livre.

Título original: *Leurs enfants après eux*

Esta obra ha sido publicada originalmente en francés por Actes Sud.

Edición digital: 2019

Copyright © Actes Sud, 2018
© de la traducción: Amaya García Gallego, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-639-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com